FINAL DE PARTIDA

ÉLITES, CONTRAÉLITES Y EL CAMINO A LA DESINTEGRACIÓN POLÍTICA

PETER TURCHIN

DEBATE

FINAL DE PARTIDA

ÉLITES, CONTRAÉLITES Y EL CAMINO A LA DESINTEGRACIÓN POLÍTICA

PETER TURCHIN

Final de partida

Élites, contraélites y el camino a la desintegración política

Peter Turchin

Traducción de
Jordi Ainaud i Escudero

DEBATE

Prólogo

La Historia no es «una puñetera cosa tras otra»,[1] como respondió en tono jocoso el historiador británico Arnold Toynbee a un crítico en cierta ocasión. Durante mucho tiempo, la opinión de Toynbee fue minoritaria. Historiadores y filósofos —entre ellos, algunos del prestigio de Karl Popper— insistían con vehemencia en que una ciencia de la historia era imposible. Nuestras sociedades son demasiado complejas; los seres humanos, demasiado volubles; el progreso científico no puede predecirse y la cultura es demasiado variable en el espacio y el tiempo. Kosovo es completamente diferente de Vietnam, y los Estados Unidos de antes de la Segunda Guerra Mundial no pueden decirnos nada sobre los Estados Unidos de la década de 2020. Esta ha sido, y sigue siendo en gran medida, la opinión mayoritaria. Confío en que este libro convenza al lector de que es errónea. La ciencia de la historia no solo es posible, sino también útil: nos ayuda a prever que las decisiones colectivas que tomamos en el presente pueden llevarnos a un futuro mejor.

Empecé mi carrera académica en los años ochenta como ecólogo; me ganaba la vida estudiando la dinámica de poblaciones de escarabajos, mariposas, ratones y ciervos. Era la época en que la ecología animal se vio revolucionada por el rápido crecimiento de la capacidad de procesamiento de los ordenadores. Nunca había sido alérgico a las matemáticas, así que acepté el giro del campo hacia la ciencia de la complejidad, que combina los modelos informáticos con el análisis de macrodatos para responder a

preguntas como, por ejemplo, por qué muchas poblaciones animales atraviesan ciclos de auge y caída. Sin embargo, a finales de los años noventa me pareció que ya habíamos respondido a la mayoría de las preguntas interesantes por las que entré a trabajar en este campo. Con cierta inquietud, empecé a plantearme cómo podría aplicarse el mismo enfoque de la ciencia de la complejidad al estudio de las sociedades humanas, tanto pasadas como presentes. Al cabo de un cuarto de siglo, mis colegas y yo hemos creado un campo floreciente conocido como cliodinámica (de «Clío», el nombre de la musa mitológica griega de la historia, y «dinámica», la ciencia del cambio). Hemos descubierto que existen importantes patrones recurrentes que pueden observarse a lo largo de los últimos diez mil años de la historia de la humanidad. Sorprendentemente, a pesar de la miríada de diferencias, las sociedades humanas complejas, en lo fundamental y en cierto nivel abstracto, se organizan según los mismos principios generales. Para los escépticos y los simples curiosos, he incluido una descripción general más detallada de la cliodinámica en un apéndice al final de este libro.

Desde el principio, mis colegas y yo nos hemos centrado en los ciclos de integración y desintegración política, especialmente en la formación y el colapso de los estados. Este es el campo en el que los hallazgos de nuestra investigación son seguramente más sólidos y más inquietantes. El análisis histórico cuantitativo nos ha demostrado que las sociedades complejas de todo el mundo se ven afectadas por oleadas recurrentes de inestabilidad política y, hasta cierto punto, predecibles, provocadas por el mismo conjunto básico de fuerzas activas a lo largo de los miles de años de historia de la humanidad. Hace unos años caí en la cuenta de que, suponiendo que la pauta se mantuviera, íbamos derechos hacia otra tormenta. En 2010, la revista científica *Nature* pidió a especialistas de distintos campos que

miraran hacia el futuro a diez años vista, y yo expuse con toda claridad los motivos por los que, a juzgar por el patrón de la historia de Estados Unidos, nos esperaba otro fuerte pico de inestabilidad a principios de la década de 2020. Lamentablemente, en los años transcurridos desde entonces, los hechos no han refutado en absoluto mi modelo. En el libro que el lector tiene entre sus manos me he esforzado al máximo por explicar este modelo de forma asequible, es decir, sin fórmulas matemáticas. Se basa en un enorme número de investigaciones importantes que abarcan distintos campos; no pretendo ser radicalmente original, sino infundir ánimos al lector porque otras sociedades se han encontrado antes en esta misma encrucijada, y aunque algunas veces (incluso la mayoría) el curso de los acontecimientos se haya traducido en la pérdida de numerosas vidas y la desintegración de la sociedad, en otras ocasiones ha conducido a una resolución mucho más feliz para la mayoría de las personas implicadas.

¿En qué consiste este modelo? A grandes rasgos, el modelo dice que cuando en un país, como Estados Unidos, los salarios reales se encuentran estancados o tienden a la baja (ajustados a la inflación), la brecha entre ricos y pobres es cada vez mayor, existe una sobreproducción de jóvenes con titulaciones superiores, declina la confianza en las instituciones y la deuda pública explota, todos estos indicadores sociales en apariencia dispares están en realidad interrelacionados de forma dinámica. Históricamente, estos acontecimientos han servido como indicadores adelantados de una inestabilidad política inminente. En Estados Unidos, todos estos factores empezaron a tomar un cariz ominoso en los años setenta. Los datos apuntaban a los años cercanos a 2020, cuando se esperaba que la confluencia de estas tendencias desencadenara un repunte de la inestabilidad política. Y aquí estamos.

Desde luego, no cabe duda de que Estados Unidos está en crisis, aunque discutamos acaloradamente sobre sus causas. Algunos culpan a los racistas, a los supremacistas blancos y al resto de «deplorables» que votaron a Trump. Otros culpan a los antifa, al Estado profundo y a los «giliprogres». Los paranoicos de verdad se imaginan que agentes de la China comunista se han infiltrado en todos los niveles de la Administración estadounidense o ven la mano invisible de Vladímir Putin moviendo los hilos de su marioneta Donald Trump. Mientras tanto, seguimos sin comprender del todo los motivos de fondo de la discordia actual.

Lo cierto es que existen «fuerzas ocultas» que empujan a Estados Unidos hacia la guerra civil. Pero la verdad no reside en conspiraciones urdidas por oscuros grupos nacionales o agentes extranjeros. La explicación es más sencilla y más complicada al mismo tiempo. Es más sencilla porque no necesitamos elaborar construcciones teóricas que «conecten los puntos» e imputen motivos siniestros a unos agentes determinados. De hecho, la información que necesitamos para comprender la difícil situación en que vivimos está al alcance de todo el mundo y nadie la discute.

La mayor parte de lo que necesitamos saber no tiene nada que ver con los tejemanejes de individuos malvados o corruptos. En vez de eso, tenemos que fijarnos en datos macro, cuya veracidad no suele cuestionarse, sobre salarios, impuestos y producto interior bruto (PIB), así como en las encuestas sociológicas elaboradas por agencias gubernamentales y organizaciones como Gallup. Estos datos alimentan los análisis estadísticos publicados por los científicos sociales en revistas académicas. Y aquí radica el motivo por el que la explicación que ofrece este libro es también más complicada. Hablando claro, tenemos que recurrir a la ciencia de la complejidad para dar sentido a todos los datos y análisis.

Los expertos y los políticos invocan a menudo las «lecciones de la historia». El problema es que la historia es rica y cualquier experto puede encontrar fácilmente casos que apoyen el bando del debate político que prefiera. Está claro que la inferencia a partir de ejemplos «selectos» no es el camino que hay que seguir.

La cliodinámica es otra cosa. Con los métodos propios de la ciencia de datos, procesa como macrodatos la información histórica recopilada por generaciones de historiadores. Emplea modelos matemáticos para analizar la compleja red de interacciones entre las distintas «partes móviles» de los sistemas sociales complejos que son nuestras sociedades. Y lo que es más importante: la cliodinámica utiliza el método científico, en el que las teorías alternativas se someten a pruebas empíricas con datos.

¿Qué nos dice la cliodinámica sobre nuestros problemas actuales? Resulta que desde que aparecieron las primeras sociedades complejas organizadas como estados —hace unos cinco mil años—, por mucho éxito que tuvieran durante un tiempo, todas acababan teniendo problemas. Todas las sociedades complejas atraviesan ciclos en los que se alternan periodos de paz y armonía interna interrumpidos periódicamente por estallidos de guerra civil y discordia.

Mi estudio pretende explicar cómo las fuerzas sociales impersonales llevan a las sociedades al borde del colapso y más allá. Daré ejemplos de toda la historia de la humanidad, pero mi objetivo principal es hablar de cómo hemos ido a parar a nuestra actual época de discordia, con Estados Unidos como foco empírico. Dado que la crisis tiene profundas raíces históricas, habremos de viajar en el tiempo hasta la época del New Deal, cuando un contrato social no escrito pasó a formar parte de la cultura política estadounidense. Este contrato informal e implícito equilibraba los intereses de los trabajadores, las empresas y el Estado de un modo parecido

a los acuerdos tripartitos más formales y explícitos de los países nórdicos. Durante dos generaciones humanas, este pacto implícito propició un crecimiento sin precedentes del bienestar general en Estados Unidos. Al mismo tiempo, la «Gran Compresión» redujo drásticamente la desigualdad económica. Muchas personas quedaron al margen de este pacto implícito, en particular los estadounidenses de raza negra, un hecho que abordaré con mayor detalle. Pero en general, durante unos cincuenta años los intereses de los trabajadores y los intereses de los propietarios permanecieron equilibrados en este país, de modo que la desigualdad general de ingresos se mantuvo notablemente baja.

Este contrato social comenzó a romperse a finales de los años setenta del siglo XX. Como consecuencia, los salarios típicos de los trabajadores, que anteriormente habían aumentado al mismo ritmo que el crecimiento económico general, empezaron a quedarse rezagados. Peor aún, los salarios reales se estancaron y a veces incluso disminuyeron. El resultado fue un declive en muchos aspectos de la calidad de vida de la mayoría de la población estadounidense. La tendencia más llamativa fue el estancamiento e incluso el descenso de la esperanza media de vida (que comenzó mucho antes de la pandemia de COVID-19). Mientras los salarios y los ingresos de los trabajadores se estancaban, los frutos del crecimiento económico los cosechaban las élites. Surgió una perversa «bomba de la riqueza» que se la quitaba a los pobres para dársela a los ricos. La Gran Compresión se revirtió. En muchos aspectos, los últimos cuarenta años se parecen a lo que ocurrió en Estados Unidos entre 1870 y 1900, la «Edad de Oropel». Si la posguerra fue una auténtica edad de oro de prosperidad general, a partir de 1980 entramos de hecho en la «Segunda Edad de Oropel».

Como predice nuestro modelo, la riqueza adicional que fluye hacia las élites (hacia el proverbial «1 por ciento», pero aún más hacia el 0,01 por

ciento del vértice de la pirámide) ha acabado por ocasionar problemas a los dueños de la riqueza (y del poder). El vértice de la pirámide está sobrecargado. Ahora tenemos un exceso de «aspirantes a la élite» que compiten por un número reducido de puestos en los niveles superiores de la política y los negocios. En nuestro modelo, estas condiciones tienen un nombre: sobreproducción de élites. Junto con la pauperización del pueblo, la sobreproducción de élites y los conflictos intraestatales que esta ha engendrado han socavado gradualmente la cohesión cívica, el sentido de cooperación nacional sin el cual los estados se pudren rápidamente por dentro. La creciente fragilidad social se ha manifestado en el hundimiento de la confianza en las instituciones estatales y en el desmoronamiento de las normas sociales que rigen el discurso público y el funcionamiento de las instituciones democráticas.

Se trata, por supuesto, de un resumen básico. El grueso del libro desgrana estas ideas, las relaciona con las tendencias estadísticas de los principales indicadores económicos y sociales, y sigue algunas historias humanas arquetípicas de personas que se han visto sacudidas por estas fuerzas sociales. Aunque me centro sobre todo en Estados Unidos y los estadounidenses, el libro hace incursiones en otras partes del mundo y en épocas históricas anteriores. Una vez más, nuestra crisis en Estados Unidos no carece de precedentes; estamos en condiciones de aprender del pasado.

En última instancia, la cuestión clave del libro es el poder social: ¿quién gobierna? ¿Cómo mantienen las élites gobernantes su posición dominante en la sociedad? ¿Quiénes desafían el *statu quo* y qué papel desempeña la sobreproducción de élites en la generación de tales desafíos? ¿Y por qué las clases dominantes, tanto históricamente como en la actualidad, a veces pierden de pronto el control del poder y son derrocadas? Empecemos a responder a estas preguntas clave.

PRIMERA PARTE

La cliodinámica del poder

1
Élites, sobreproducción de élites y el camino hacia la crisis

¿Quiénes son las élites? Las fuentes de poder social

¿Quiénes son las élites? Usted, lector, ¿pertenece a la «élite»? Si tuviera que apostar, diría que el 99 por ciento de mis lectores respondería: «¡No!». Así que definamos lo que entiendo por «élite». En sociología, las élites no son las personas mejores que las demás en lo que sea. No son necesariamente las más trabajadoras, o más inteligentes, o con más talento. Son tan solo las que tienen más poder social, es decir, la capacidad de influir en otras personas. Una definición más descriptiva de la élite es la siguiente: «Quienes ostentan el poder».

Dado que el poder es un elemento tan importante de nuestra exposición, volveremos a él en capítulos posteriores, en los que analizaré cómo definen los sociólogos el poder y a quienes lo ostentan en distintas sociedades, pasadas y presentes. Pero por ahora, tomemos un atajo. En Estados Unidos, el poder está estrechamente relacionado con la riqueza, de modo que resulta bastante fácil averiguar quién pertenece a las distintas categorías de personas que ostentan el poder. (Para una respuesta más matizada a la pregunta de quién gobierna, el lector tendrá que esperar hasta el capítulo 5).

Si usted es estadounidense y su patrimonio neto oscila entre uno y dos millones de dólares, por ejemplo, se encuentra aproximadamente entre el 10 por ciento más rico, lo que le sitúa en el peldaño inferior de las élites estadounidenses.[1] La mayoría de las personas de esta categoría no son especialmente poderosas en el sentido de tener a mucha gente a sus órdenes.

Pero unos cuantos millones de dólares de riqueza (y los ingresos más altos que suelen ir asociados a ella) dan a los miembros del 10 por ciento mucho control y poder sobre sus propias vidas. Pueden rechazar trabajos desagradables, mal pagados o situados en regiones a las que no les gustaría mudarse. U optar por alejarse del mundanal ruido. Suelen tener casa propia y enviar a sus hijos a buenas universidades, y las emergencias médicas repentinas no los arruinan. No cabe duda de que han escapado a la «precariedad».

La correlación entre riqueza y poder de verdad empieza a estrecharse para quienes poseen un patrimonio de varias decenas o, mejor, centenares de millones de dólares. Entre las personas de esta clase figuran los dueños de empresas y los directores generales de grandes corporaciones, que ejercen su poder sobre cientos o miles de empleados. Muchos políticos poderosos también pertenecen a esta categoría (hay unos cincuenta congresistas cuyo patrimonio neto supera los diez millones de dólares). La correlación entre riqueza y poder político no es perfecta. Nueve presidentes de Estados Unidos no llegaban al millón de dólares (en dólares actuales); entre ellos, Harry Truman, Woodrow Wilson y Abraham Lincoln. Pero más de la mitad de los presidentes eran lo bastante acaudalados para situarse en lo que hoy sería el 1 por ciento más rico.[2] Y antes de 1850, todos los presidentes formaban parte de dicho 1 por ciento (como mínimo).

Otro aspecto que tener en cuenta es que, en Estados Unidos, los pobres que se convierten en poderosos dejan de ser pobres al poco tiempo. Bill Clinton creció en el seno de una familia pobre de Arkansas, con un padrastro alcohólico y maltratador, pero ahora se calcula que su fortuna asciende al menos a 120 millones de dólares.[3] La estrecha correlación entre riqueza y poder político en Estados Unidos se debe en parte a que muchos políticos, pobres al principio de su carrera, pasan a engrosar las

filas de los ricos tras abandonar sus cargos públicos. Pero una razón igualmente importante es que las personas que ya son muy ricas tienen muchas más probabilidades de buscar y obtener un cargo público que el resto de nosotros. Pensemos en los clanes Roosevelt y Kennedy, Ross Perot, Michael Bloomberg y, sí, Donald Trump. Aun así, la correlación entre riqueza y poder, incluso en Estados Unidos, no es perfecta. Así que hablemos de otras fuentes. La forma más dura y cruda de poder social es la coerción: la fuerza o la amenaza de la fuerza. Los estadounidenses especializados en la coerción, como los generales del ejército y los altos cargos policiales, suelen estar completamente subordinados a otras formas de poder. Las excepciones, como J. Edgar Hoover, que fue el primer y más poderoso director del FBI, son raras.

El segundo tipo de poder es la riqueza (o los recursos materiales acumulados, más en general). Los ricos pueden pagar a terceros para que hagan lo que ellos quieran (dentro de unos límites).

El tercer tipo de poder, más sutil, es el burocrático o administrativo. Los seres humanos modernos pertenecemos a varias organizaciones. Tenemos una serie de «jefes» cuyas órdenes solemos seguir. En estas relaciones hay un elemento de coerción, por supuesto, porque no seguir las órdenes puede hacer que te despidan, te multen o te arresten. Pero la mayoría de las veces seguimos órdenes simplemente por el poder de las normas sociales. Los jefes de los distintos niveles de las organizaciones ejercen cantidades variables de poder, que tiende a aumentar cuanto más grandes son sus organizaciones y más altos son sus puestos dentro de las mismas.

El cuarto tipo de poder, el más «blando», es el ideológico: el poder de la persuasión. El poder blando, o persuasión, es una fuerza extremadamente potente que puede influir en multitudes. Es el ámbito de las personas que influyen en el pensamiento, como los famosos «intelectuales públicos», los

columnistas de los principales periódicos y, más recientemente, las figuras de las redes sociales que cuentan con millones de seguidores.

Como vemos, esta sencilla pregunta —¿quiénes son las élites?— no tiene una respuesta sencilla. Las sociedades humanas son sistemas complejos, e intentar caracterizar los flujos de poder social en su seno mediante un esquema demasiado simplista sería contraproducente. Mi tarea, parafraseando a Einstein, consiste en presentar mi teoría del modo más sencillo posible, pero no más.[4]

El juego de las sillas de los aspirantes

Cuando empezamos a pensar en el comportamiento de las élites, nos encontramos con varios niveles de complejidad. En primer lugar, por lo que se refiere a la riqueza, no existe una frontera rígida entre las élites y los que no forman parte de ellas. El 10 por ciento más privilegiado (aproximadamente, los millonarios en dólares de hoy) tiene mucho poder sobre su propia vida. Los del 1 por ciento (aproximadamente, decamillonarios) tienen mucho poder sobre la vida de los demás. Los centimillonarios y milmillonarios ostentan aún más poder. Pero no existen fronteras nítidas entre el 1 y el 10 por ciento: la distribución de los ingresos es una curva suave. Y no existen grandes diferencias en las actitudes sociales entre el 1 por ciento y el 10 por ciento, o entre el 10 por ciento, el decil superior de ingresos y el decil siguiente. En el capítulo 3 veremos que otra forma de diferenciar las clases sociales, entre los más formados (los que poseen un título universitario de cuatro años) y los menos formados (los que no lo poseen), es mucho más importante para entender la diversidad de las trayectorias vitales y de las actitudes sociales.[5]

En segundo lugar, las distintas élites tienden a especializarse en diferentes tipos de poder social: los generales, almirantes y jefes de policía ejercen la coerción; los directores generales y los ricos ejercen el poder económico; los senadores y secretarios de departamentos federales gestionan el poder administrativo; y los presentadores de televisión y los podcasters influyentes se dedican a la persuasión. Cada tipo de influencia tiene su propia jerarquía de poder, algo que se ve claramente en las cadenas de mando militares, pero el poder más blando también posee sus jerarquías.

El tercer nivel de complejidad surge cuando nos preguntamos cómo se crean las élites. Para entender la sobreproducción de élites necesitamos comprender la reproducción social de las élites, es decir, lo que les ocurre con el paso del tiempo.

Distingamos entre las personas que ya ocupan puestos de élite —élites consolidadas— y las que quieren llegar a esos puestos —aspirantes a élite—. Los aspirantes a formar parte de la élite pueden adoptar distintas formas, dependiendo del tipo de poder que deseen y del nivel al que aspiren. Por ejemplo, la mayoría de los tenientes quieren llegar a ser comandantes, y la mayoría de los comandantes quieren llegar a ser generales de una estrella, y los generales de una estrella aspiran a añadir más estrellas a sus galones. Del mismo modo, los decamillonarios quieren convertirse en centimillonarios, y los que ya han ganado sus primeros cien millones de dólares aspiran a entrar en la clase de los milmillonarios.

Aunque no todo el mundo ambiciona adquirir más poder, siempre hay más aspirantes que puestos de poder. Inevitablemente, hay quienes intentan pero no consiguen hacerse con un puesto de poder: aspirantes a la élite frustrados. La sobreproducción de élites se produce cuando la demanda de puestos de poder por parte de los aspirantes a la élite supera con creces su

oferta. Centrémonos ahora en el nexo entre riqueza y política, y veamos cómo puede desarrollarse la sobreproducción de élites en este ámbito.

A partir de los años ochenta del siglo pasado, el número de superricos en Estados Unidos —con un patrimonio mínimo de diez millones de dólares, o decamillonarios— empezó a crecer rápidamente.[6] En 1983, solo había 66.000 hogares de este tipo y en 2019 (el último año del que disponemos de datos) su cifra se había multiplicado por más de diez, hasta 693.000. Pero eso no se debe a la depreciación del dólar por la inflación: ajustamos el umbral para determinar quién pertenece a esta clase utilizando dólares constantes de 1995. Durante el periodo indicado, el número total de hogares creció un 53 por ciento, de modo que, proporcionalmente, los decamillonarios pasaron de ser el 0,08 por ciento de la población total al 0,54 por ciento.

En la parte inferior de la cadena alimentaria se produjo un aumento parecido de las fortunas de los más ricos. El número de decamillonarios se multiplicó por diez, el de hogares con cinco millones de dólares o más se multiplicó por siete y el de meros millonarios se multiplicó por cuatro. En general, cuanto mayor es el nivel de las fortunas que examinamos, mayor crecimiento han experimentado en los últimos cuarenta años.

A primera vista, el aumento del número de ricos no parece tan malo. ¿Acaso no forma parte del sueño americano el hacerse rico? Pero esta buena noticia tiene dos inconvenientes. Para empezar, el aumento de la clase superrica no se ha producido al margen de la fortuna del resto de la población. Mientras que el número de superricos se ha multiplicado, los ingresos y el patrimonio de la familia típica estadounidense han disminuido (el calificativo más exacto, en lugar de «típica», sería «mediana», es decir, la cifra que divide la distribución de la riqueza en dos mitades iguales; el declive económico de los trabajadores estadounidenses será un tema

importante en el capítulo 3). Esta divergencia entre el bienestar económico de los estadounidenses comunes y corrientes y el de la élite adinerada es lo que ha impulsado el rápido aumento de la desigualdad económica, tan debatido en los últimos años.

El segundo problema es mucho más sutil y menos conocido:[7] cuando el peso de la cúspide de la pirámide social resulta excesivo, las consecuencias para la estabilidad social son nefastas.

Para entender por qué, pensemos en un juego. En el musical *Evita*, un grupo de militares argentinos juega a las sillas musicales. El juego es como sigue: empieza a sonar la música y los oficiales dan vueltas caminando alrededor de un conjunto de sillas. Cuando la música se detiene, cada uno debe encontrar una silla donde sentarse. Sin embargo, hay más jugadores que sillas, por lo que un oficial con mala suerte no consigue ocupar una silla y es eliminado. A continuación, se retira una silla y se juega otra ronda. Al final, hay un ganador. En *Evita*, es el coronel Juan Perón, que en el musical (y en la vida real) sería luego el presidente de Argentina y fundador del Partido Peronista.

En el juego de las sillas de los aspirantes a la élite, o juego del aspirante, para abreviar, en lugar de reducir el número de sillas en cada ronda, aumentamos el número de jugadores. El juego empieza como las sillas musicales, con diez sillas que representan posiciones de poder (como cargos políticos). En la primera ronda, once jugadores (aspirantes a la élite) juegan para conseguir una silla. Diez se incorporan a la élite consolidada, y el perdedor es un aspirante frustrado. En las rondas siguientes, aumentamos el número de jugadores hasta duplicarlos y triplicarlos (manteniendo las mismas diez sillas). El número de ganadores sigue siendo el mismo, pero el número de aspirantes frustrados aumenta de uno a diez y luego a veinte. A medida que avanza el juego, como es lógico, aumentan el caos y los

conflictos. (También se produce un curioso efecto de amplificación: al multiplicar el número de aspirantes por dos y luego por tres, la cifra de aspirantes frustrados se multiplica por diez, y luego por veinte. (Se trata de una característica genérica de los juegos de sobreproducción de élites).

En la teoría de juegos, una rama de las matemáticas que estudia las interacciones estratégicas, los jugadores deben idear estrategias ganadoras ciñéndose a unas reglas dadas. Pero en la vida real, la gente se salta las reglas constantemente. Como es inevitable, a medida que crece el número de aspirantes a los puestos de poder, algunos deciden ignorar las reglas del juego, frenando o deteniéndose por completo, por ejemplo, delante de una silla a la espera de que pare la música, mientras apartan a empujones a los demás aspirantes. De este modo se convierten en contraélites, personas dispuestas a quebrantar las normas para progresar en el juego. Desgraciadamente, los demás no tardan en darse cuenta, y delante de cada silla pronto se agolpa una multitud, que primero se empuja y al cabo de un rato se lía a puñetazos. Es un buen modelo para entender las consecuencias de la sobreproducción de élites en la vida real.

En la vida real, como hemos visto, en los últimos cuarenta años el número de poseedores de riqueza a distintos niveles se ha multiplicado por cuatro, por siete o incluso por diez. Solo una pequeña proporción de estos decide invertir una parte de su fortuna en presentarse a un cargo político, por ejemplo, aspirando a un escaño en la Cámara de Representantes o en el Senado. Puede que se presenten a las elecciones a gobernador. El premio gordo es, por supuesto, la presidencia de Estados Unidos. El número de estos puestos de poder no ha variado en las últimas décadas, pero el número de aspirantes ha aumentado a la par que el número total de poseedores de riqueza. Debido al efecto de amplificación, el número de aspirantes

frustrados ha crecido a una velocidad aún mayor que la ya de por sí impresionante expansión del número de poseedores de riqueza.

Esta conclusión no es solo un modelo abstracto. Así se comprenden varias tendencias que observamos en las elecciones a cargos públicos de Estados Unidos y que recoge el Center for Responsive Politics.[8] Una es que el número de candidatos que se autofinanciaban empezó a aumentar durante los años noventa del siglo pasado. En las elecciones al Congreso del año 2000 (sumando los escaños de la Cámara de Representantes y los del Senado), hubo diecinueve candidatos que se gastaron un millón de dólares o más de su propio bolsillo en sus campañas. En la siguiente convocatoria electoral, había 22 aspirantes ricos a un escaño en el Congreso. Al cabo de veinte años, la cifra prácticamente se había duplicado, con 41 y 36 candidatos en las elecciones de 2018 y 2020 que se gastaron cada uno de ellos un millón de dólares o más.

Una medida aún mejor para constatar el efecto de la sobreproducción de poseedores de riqueza en las elecciones es el coste de una campaña victoriosa. Al fin y al cabo, no todos los ricos con ambiciones políticas se presentan ellos a las elecciones, sino que muchos optan por financiar a profesionales que puedan impulsar las políticas de sus patrocinadores en Washington. Según los datos recogidos por el Center for Responsive Politics, el gasto medio del ganador de un escaño en la Cámara de Representantes pasó de 400.000 dólares en 1990 a 2,35 millones en 2020, mientras que en el caso del Senado pasó de 3,9 millones en 1990 a 27 millones en la última convocatoria electoral.

Desde hace cuarenta años, hemos jugado al juego de la sobreproducción de élites una vez cada dos años. Al aumentar el número de jugadores, aumentan las posibilidades de que se infrinjan las reglas. ¿A quién le extraña que las reglas del juego —las normas sociales y las instituciones

que rigen las elecciones democráticas— se hayan ido desintegrando en la vida real?

Pero la sobreproducción de élites es solo la mitad de la historia. La expansión de la clase acaudalada no se produjo aislada del resto de la sociedad. Es hora de introducir el segundo factor en nuestro modelo para la estabilidad de nuestras sociedades: la pauperización del pueblo.

LA PAUPERIZACIÓN DEL PUEBLO

Nuestra sociedad produce colectivamente muchos productos y servicios, y los economistas han aprendido a calcular con precisión ese total, el producto interior bruto (PIB). Sí, siguen existiendo algunos problemas (¿cómo se contabiliza el trabajo doméstico? ¿Y las actividades delictivas?). Pero podemos utilizar las estadísticas del PIB, tal y como las publican los organismos gubernamentales, para hacernos una idea bastante exacta de la cantidad total de riqueza generada en cualquier país concreto cada año. Este total suele aumentar con el tiempo, gracias al crecimiento económico, pero no deja de ser finito. Por eso, su reparto entre los distintos tipos de consumidores se convierte en una cuestión muy interesante. En nuestra teoría, representamos la estructura de la sociedad como si constara de tres partes principales: el Estado, las élites y los demás. Se trata de un modelo que simplifica enormemente la gloriosa complejidad de nuestras sociedades modernas (y ya hemos comprobado que definir quiénes forman las élites no es sencillo). Pero, como veremos, se ajusta a la realidad en una medida empíricamente significativa e informativa.

¿A expensas de quién ha aumentado la riqueza de las élites en los últimos años? La riqueza es renta acumulada; para que crezca, hay que alimentarla

destinando una parte del PIB a las élites. La proporción del PIB consumida por la Administración no ha cambiado mucho en las últimas cuatro décadas.[9] El principal perdedor ha sido el estadounidense de a pie.

A partir de los años treinta, durante dos generaciones, los salarios reales de los trabajadores estadounidenses experimentaron un crecimiento constante, lo que proporcionó a Estados Unidos una prosperidad sin precedentes en la historia de la humanidad. Pero durante los años setenta, los salarios reales dejaron de aumentar. Mientras la economía en general seguía creciendo, la parte del crecimiento económico que iba a parar a los trabajadores medios empezó a reducirse. Podemos indexar el funcionamiento de esta bomba de la riqueza observando la dinámica de los salarios relativos: salarios típicos (por ejemplo, de los trabajadores no cualificados o de los trabajadores de la industria manufacturera; el sector da igual mientras utilicemos el mismo grupo) divididos por el PIB per cápita. Hasta los años sesenta, los salarios relativos aumentaron con fuerza, pero a partir de esa década empezaron a bajar, y en 2010 se habían reducido ya casi a la mitad.[10] Esta inversión de tendencia en la parte del crecimiento económico que va a parar a los trabajadores también se corresponde, a su vez, con un cambio de fortuna de los ricos; es el efecto Mateo:[*] si se lo quitas a los pobres para dárselo a los ricos, los ricos se harán cada vez más ricos y los pobres, cada vez más pobres.

Cuando Estados Unidos entró en una era de estancamiento y declive salarial, ello no solo afectó a las medidas económicas del bienestar, sino también a las biológicas y sociales. Hablaré más del tema en el capítulo 3, pero por ahora baste con señalar que la esperanza de vida de amplios sectores de la población estadounidense empezó a disminuir años antes de la pandemia de COVID-19. Las «muertes por desesperación» debidas al suicidio, el alcoholismo y las sobredosis de drogas se dispararon entre las

personas sin estudios universitarios de 2000 a 2016, mientras que se mantuvieron en el mismo nivel, mucho más bajo, entre las personas con al menos un título universitario.[11] Así es la miseria popular.

Y la pauperización del pueblo genera descontento, que acaba convirtiéndose en ira. El descontento popular unido a un gran grupo de aspirantes a la élite constituye una combinación altamente inflamable, como hemos experimentado en Estados Unidos a partir de 2016.

TRUMP: UN PRESIDENTE ATÍPICO

Donald Trump fue un presidente atípico. Fue el único presidente estadounidense que llegó al cargo sin haber ocupado antes cargo público alguno.[12] En 2014, nadie, incluido quizá el propio Trump, podía imaginar que se convertiría en el presidente de la nación más poderosa del planeta. Su vertiginoso ascenso a la cúspide del poder mundial fue tan increíble que la mitad de la población estadounidense y la mayoría de las élites dirigentes del país estaban convencidas de que no había ganado la presidencia legítimamente. Muchos optaron por creer en una teoría de la conspiración que sostenía que la elección de Donald Trump era el resultado de maquinaciones rusas. Hoy en día, expertos y columnistas siguen discutiendo sobre cómo y por qué ocurrió lo de Trump.

Nuestros cerebros humanos están cableados para ver «intencionalidad» detrás de cualquier acontecimiento, sobre todo si nos afecta mucho.[13] Nos resulta difícil comprender que muchos acontecimientos importantes ocurren no porque los hayan concebido conspiradores en la sombra, sino porque los impulsan fuerzas sociales impersonales. Pero para entender el ascenso de Trump —y más en general, por qué Estados Unidos está en

crisis— no necesitamos teorías de la conspiración, sino una teoría científica.

Para entender por qué Donald Trump se convirtió en el cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos deberíamos prestar menos atención a sus cualidades y maniobras personales y más a las profundas fuerzas sociales que le llevaron a la cima. Trump era como un barquito que se encuentra en la cresta de un tsunami. Las dos fuerzas sociales más importantes que nos dieron la presidencia de Trump —y empujaron a Estados Unidos al borde del colapso del Estado— son la sobreproducción de élites y la pauperización del pueblo.

Parece extraño calificar a Donald Trump de aspirante a la élite. Al fin y al cabo, nació rico y heredó (o recibió de su padre) cientos de millones de dólares.[14] Pero encaja de maravilla con la definición que he dado de los aspirantes más arriba. Trump forma parte de esa cohorte en rápida expansión de superricos que aspiran a cargos políticos. Aunque ya era bastante rico (sin duda centimillonario, quizá milmillonario, como él mismo afirma) y famoso, quería más.

Trump no es el primer superrico sin experiencia política previa que opta a la presidencia de Estados Unidos. Steve Forbes (con una fortuna estimada en cuatrocientos millones de dólares) se presentó como candidato en las primarias republicanas de 1996 y 2000, pero no llegó muy lejos. El milmillonario Ross Perot se presentó como independiente en 1992 y 1996 y recibió casi el 20 por ciento del voto popular en las primeras elecciones. ¿Por qué Trump tuvo éxito mientras que Forbes y Perot fracasaron?

Mi respuesta tiene dos partes. En primer lugar, en 2016 la pauperización del pueblo se había agravado mucho más que en 1992, y Trump explotó de forma inteligente y despiadada esta fuerza social en su candidatura a la presidencia. Al final, una gran parte de los estadounidenses que se sentían

abandonados votaron a un candidato atípico: un milmillonario. Para muchos de ellos, no fue tanto por apoyar a Trump como para expresar su descontento, teñido de ira, contra la clase dominante. Hablaremos más sobre las causas y consecuencias del descontento popular en el capítulo 3.

En segundo lugar, en 2016, el juego de sobreproducción de élites había llegado a un punto en el que las normas de conducta de las campañas políticas habían pasado a mejor vida. Las primarias presidenciales del Partido Republicano de 2016 contaron con el mayor número de candidatos de peso de la historia: se presentaron un total de diecisiete contendientes.[15] El público estadounidense contempló atónito el extraño espectáculo de un juego de aspirantes a la élite que alcanzaba su culminación lógica. Los candidatos competían en extravagancia, con declaraciones cada vez más absurdas, para captar la atención de la prensa y mantenerse en liza, mientras los candidatos «serios» perdían puntos en las encuestas y acababan eliminados.[16]

Al final, no cabe duda de que Trump supo navegar mejor que sus rivales (y contaba con otros miembros importantes de la tripulación, como el sedicente estratega revolucionario Steve Bannon). No obstante, sería un error atribuir a Trump (o a Bannon) todo el mérito del triunfo en algo en lo que otros aspirantes milmillonarios habían fracasado. Lo que le dio la presidencia a Trump fue una combinación de conflicto entre las élites y la capacidad de Trump para canalizar una corriente de descontento popular más extendida y virulenta de lo que muchos veían, o querían ver.

Nuestra situación actual no es única: este es uno de los temas centrales del libro. Retrocedamos en el tiempo para observar a otro aspirante a la élite cuya trayectoria vital ilustra el funcionamiento de las fuerzas gemelas de la inestabilidad: la sobreproducción de élites y la pauperización del pueblo.

LINCOLN: OTRO PRESIDENTE ATÍPICO

Abraham Lincoln, decimosexto presidente de los Estados Unidos, es una de las figuras más veneradas de la historia estadounidense. La estatua colosal de Lincoln preside serena su monumento al final del Mall de Washington. Sin embargo, la vida de Lincoln lo fue todo menos serena. Perdió muchas más elecciones de las que ganó, sufrió una depresión y en un momento dado decidió abandonar la política. Por supuesto, ganó sus elecciones más importantes, las de 1860. Pero durante su presidencia recibió ataques de todos lados. El historiador Stephen Oates comenta secamente:

> Los demócratas del norte le tachaban de dictador abolicionista; los abolicionistas, de hijo tonto de un estado esclavista; y los republicanos de todo pelaje, de ser un charlatán incompetente. Lo cierto es que seguramente Lincoln fuese uno de los dos o tres presidentes más impopulares de la historia de Estados Unidos.[17]

Lincoln fue otro presidente atípico, cuyo ascenso al poder se vio impulsado por las fuerzas sociales gemelas de la sobreproducción de élites y la pauperización del pueblo. Antes de la guerra de Secesión, Estados Unidos estaba gobernado por una élite aristocrática de esclavistas sureños aliados con patricios del noreste: comerciantes, banqueros y abogados.[18] La base económica de esta alianza eran los productos agrícolas cultivados en las plantaciones sureñas con mano de obra esclava, sobre todo el algodón. El comercio del algodón era el negocio más importante de las élites mercantiles neoyorquinas, que exportaban productos del Sur e importaban manufacturas europeas. Otro segmento de las élites (sobre todo en Massachusetts) utilizaba el algodón del Sur para producir telas. Esta coalición, y especialmente su componente esclavista sureño, dominaba la

política de Estados Unidos antes de la guerra. Los votos de los hombres blancos del Sur tenían un mayor peso debido al infame compromiso de los tres quintos de 1787, que contabilizaba a tres quintas partes de la población esclava a la hora de establecer el número de representantes y electores presidenciales (sin que esa misma población esclava tuviera derecho al voto, claro). Las élites del Sur también controlaban la mitad del Senado, aunque la población no esclava del Norte prácticamente duplicaba a la del Sur. Dos tercios de las personas más ricas de Estados Unidos vivían en el Sur: 4.500 de los 7.000 estadounidenses con un patrimonio superior a cien mil dólares (más de dos millones de dólares de hoy).[19] Los aristócratas ricos disponían del tiempo y el dinero necesarios para ocupar cargos electos y hacer carrera en la Administración, así como para influir en las elecciones, y sencillamente eran más numerosos en el Sur que en el Norte. Las élites del Sur también controlaban los altos cargos de la Administración: la mayoría de los presidentes y vicepresidentes, ministros, altos funcionarios, senadores y presidentes de tribunales eran sureños.

Lincoln, en cambio, era de familia muy humilde. Fue un abogado autodidacta y comenzó su carrera política en Illinois (en aquella época, un estado de la frontera noroeste del país), lejos de los centros de poder de Virginia y de la Costa Este. Era muy diferente de los ricos aristócratas que habían dominado la República desde sus inicios. Las ambiciones presidenciales de Lincoln no se tomaron en serio hasta muy tarde. De hecho, era más conocido por sus fracasos anteriores que por sus éxitos. ¿Cómo llegó a la presidencia este abogado autodidacta procedente de la periferia?

Los Estados Unidos de la década de 1850 y de 2020, a pesar de ser países muy diferentes, presentan algunos parecidos muy notables. Entre las décadas de 1820 y 1860, el salario relativo, es decir, la proporción del PIB

que representaban los salarios de los trabajadores, disminuyó casi un 50 por ciento, al igual que entre 1970 y 2020.[20] Las consecuencias en el bienestar de los estadounidenses de a pie fueron tremendas, como reflejan a la perfección los datos biológicos referidos a la calidad de vida. La esperanza media de vida a los diez años ¡cayó ocho años! Y la estatura de los estadounidenses nativos, que en el siglo XVIII se encontraban entre las personas más altas del planeta, empezó a disminuir. La pauperización genera descontento, como podía verse por doquier. Un indicador clarísimo de la creciente presión social es la incidencia de las revueltas urbanas. Entre 1820 y 1825, en época de vacas gordas, solo hubo una revuelta urbana cruenta (es decir, unos disturbios violentos en los que murió como mínimo una persona). Pero en los cinco años anteriores a la guerra de Secesión, 1855-1860, las ciudades estadounidenses se vieron sacudidas por no menos de treinta y ocho revueltas cruentas. Un signo más del creciente descontento popular fue el auge de los partidos populistas, como el Know-Nothing Party, contrario a la inmigración.

Otro factor relacionado con el ascenso de Lincoln y la guerra de Secesión, que fue el resultado de su llegada a la presidencia, era la sobreproducción de élites. A partir de 1820, la mayor parte de los beneficios de la prosperidad económica no fueron a parar a los trabajadores sino a las élites; el número de miembros de las élites y su riqueza se dispararon. Entre 1800 y 1850, el número de millonarios (milmillonarios en dólares actuales) pasó de media docena a un centenar. Por supuesto, el número de habitantes del país también aumentó (de 5 a 23 millones), pero la cifra de millonarios por cada millón de habitantes durante esta época se cuadruplicó.[21] En 1790, la mayor fortuna de Estados Unidos era de un millón de dólares (Elias Derby) y aumentó a tres millones (William Bingham) en 1803. Y a partir de aquí, fue en ascenso sin límite aparente: seis millones de dólares

(Stephen Girard) en 1830, veinte millones de dólares (John J. Astor) en 1848 y cuarenta millones de dólares (Cornelius Vanderbilt) en 1868.[22] Otras muchas estadísticas sobre los distintos sectores de población más ricos apuntan a la misma tendencia: los pobres eran cada vez más pobres, mientras que los ricos eran cada vez más ricos.

La nueva riqueza se debía materialmente a la minería, los ferrocarriles y la producción de acero, más que al algodón y al comercio exterior. A los nuevos millonarios les irritaba la hegemonía de la aristocracia sureña, ya que sus intereses económicos divergían de los de las élites consolidadas. Las nuevas élites, cuya riqueza procedía de la industria manufacturera, estaban a favor de unos aranceles altos que protegieran a las incipientes industrias estadounidenses y del apoyo público a las «mejoras internas» (construcción de carreteras, canales y ferrocarriles). Las élites consolidadas, que cultivaban y exportaban algodón e importaban productos manufacturados de ultramar, estaban, claro, a favor de unos aranceles bajos. También estaban en contra de emplear recursos públicos para esas «mejoras internas» porque ellas enviaban sus productos por río y por mar a los mercados mundiales. Las nuevas élites económicas propugnaban la industrialización interna, la sustitución de las importaciones y la exportación de productos agrícolas, como el trigo, cosechados por trabajadores libres. Los empresarios de las nuevas élites empezaron a argumentar que la hegemonía de los esclavistas sureños en el Gobierno federal impedía las reformas necesarias de los sistemas bancario y de transporte y, por tanto, amenazaba su prosperidad.

Además, el aumento espectacular del número de integrantes de las élites destruyó el equilibrio entre la oferta y la demanda de altos cargos en la Administración. Algunos ricos se presentaban a las elecciones, mientras que otros apoyaban con sus recursos a políticos rivales. Además, los hijos de las

familias de comerciantes solían dedicarse a profesiones como la abogacía. La formación jurídica era, y sigue siendo, la principal vía de acceso a los cargos políticos en Estados Unidos. Ser abogado en aquella época resultaba relativamente fácil porque no se necesitaba un título expedido por una facultad de derecho. El creciente número de abogados, incluido Lincoln, generó un número cada vez mayor de aspirantes a cargos políticos. Al mismo tiempo, la oferta de cargos políticos se estancó. Por ejemplo, el número de representantes estadounidenses entre 1789 y 1835 aumentó de 65 a 242, pero después se mantuvo inalterado.[23] Al dispararse el número de aspirantes a la élite, se intensificó la competencia por el poder político.

En aquellos tiempos no se andaban con remilgos, y los conflictos en el seno de las élites adoptaban a veces formas muy violentas. En el Congreso, los incidentes y las amenazas de violencia aumentaron hasta llegar a su punto álgido durante la década de 1850. La brutal paliza que el representante de Carolina del Sur, Preston Brooks, propinó al senador de Massachusetts Charles Sumner en el pleno del Senado en 1856 es el episodio más conocido de este tipo de violencia, pero no el único. En 1842, después de que el representante Thomas Arnold, de Tennessee, «reprendiera a un miembro de su partido favorable a la esclavitud, dos demócratas sureños se dirigieron hacia él, al menos uno de ellos armado con un cuchillo de caza, un arma de quince a veinte centímetros que se suele llevar atada a la espalda. Tras llamar a Arnold “cobarde de mierda”, sus airados colegas amenazaron con rebanarle el pescuezo “de oreja a oreja”».[24] Durante un debate en 1850, el senador por Mississippi Henry Foote encañonó con una pistola al senador por Missouri Thomas Hart Benton. En otro agrio debate, a un congresista de Nueva York se le cayó una pistola del bolsillo sin darse cuenta y estuvo a punto de provocar un tiroteo general en el hemiciclo del Congreso.[25] Lincoln participó en estas trifulcas políticas, sobre todo al

principio de su carrera. Solía insultar verbalmente a sus adversarios, más de una vez estuvo a punto de llegar a las manos con ellos y en cierta ocasión incluso le faltó poco para batirse en duelo.

Las diferencias sobre política económica y la competencia por los cargos eran poderosos incentivos para acabar con la hegemonía sureña en el Gobierno federal. Los manuales de historia nos dicen que la guerra de Secesión se debió a la esclavitud, pero esa no es toda la verdad. Una forma mejor de caracterizar este conflicto sería decir que se debió a la «esclavocracia». De hecho, aunque en 1860 la mayoría de los norteños pensaran que la esclavitud era moralmente incorrecta, solo una pequeña minoría, los abolicionistas del Norte, estaban lo bastante convencidos para que ese fuera el centro de su programa político. En el Sur, la «peculiar institución» era tan lucrativa para la inmensa mayoría de los blancos (ya que la mayoría poseía esclavos o aspiraba a poseerlos) que se sentían obligados a defenderla. Evidentemente, la mayoría de los blancos del Norte no estaban lo bastante motivados por la tragedia de los esclavos negros para luchar y morir por ellos. Sin embargo, como la esclavitud constituía la base económica de la hegemonía del Sur, el ataque político a los esclavistas se reforzaba mediante el ataque ideológico a la esclavitud. La mayoría de los norteños arremetían contra el «poder esclavista» —de los aristócratas ricos del Sur— y su hegemonía en la política nacional. El programa político de Lincoln reflejaba esos sentimientos. En un principio, no pretendía abolir la esclavitud en el Sur, pero se oponía firmemente a la extensión de la esclavitud (y del poder de la esclavocracia) a nuevos estados.

El resto es historia. El hundimiento del Second Party System («sistema de segundo partido») provocó la fragmentación del panorama político durante la década de 1850. Cuatro grandes candidatos compitieron en las elecciones presidenciales de 1860. Lincoln obtuvo menos del 40 por ciento

del sufragio popular, pero consiguió la mayoría de votos del Colegio Electoral. El Sur se separó, lo que desencadenaría la guerra de Secesión. La victoria del Norte en la contienda provocó el derrocamiento de la clase dirigente anterior al conflicto y su sustitución por la nueva élite económica que ha dominado el Estado americano desde entonces (discutiremos esto al detalle en el capítulo 5).

Existen numerosas coincidencias entre la época de discordia que vivimos ahora y la que terminó con la guerra de Secesión hace ciento sesenta años. Los expertos actuales comentan a menudo que parece como si estuviéramos reviviendo la década de 1850. Y, en efecto, aunque los Estados Unidos de antes de la guerra de Secesión y los de hoy son dos países muy distintos, tienen mucho en común. Veamos ahora a otro aspirante a la élite que también vivió en tiempos turbulentos y fue impulsado a la cima del poder. Esta vez, pasamos de Occidente a China.

HONG: UN EMPERADOR ATÍPICO

Hace doscientos años, la economía china era, con diferencia, la más poderosa del mundo, y representaba casi un tercio del PIB mundial.[26] En la actualidad, el PIB de China, expresado en PPA (paridad de poder adquisitivo), vuelve a ser el mayor del mundo, superior en casi un 20 por ciento al del siguiente país (Estados Unidos). Sin embargo, entre estos dos periodos de prosperidad, China padeció un siglo infernal, que los chinos de hoy denominan el Siglo de la Humillación. A partir de 1820, el PIB total de China empezó a disminuir, hasta el punto de que en 1870 era menos de la mitad del de Europa Occidental. El país sufrió una serie interminable de hambrunas, rebeliones y humillantes derrotas a manos de enemigos

externos. La peor catástrofe fue la rebelión Taiping (1850-1864), que tiene el triste honor de ser la guerra civil más sangrienta de la historia de la humanidad. ¿Cómo se convirtió China en el «enfermo de Asia Oriental» y a qué se debe su milagrosa recuperación en los últimos cincuenta años?

Entre 1644 y 1912, China estuvo gobernada por la dinastía Qing. Aunque la dinastía llegó al poder con la conquista de China por Manchuria (que antes de los Qing no formaba parte de China), los manchúes adoptaron rápidamente las formas tradicionales de gobierno chino. En particular, el Imperio Qing estaba gobernado por una casta de burócratas letrados, que solo podían ascender en el escalafón tras superar con éxito una serie de exámenes cada vez más difíciles. La mayoría de la población, más del 90 por ciento, eran campesinos. El resto lo formaban artesanos, comerciantes y soldados. Pero los mandarines —la clase con título— estaban al frente de todo. Incluso los altos cargos militares de la dinastía Qing solían hallarse en manos de burócratas letrados, no guerreros.

La primera mitad de la dinastía fue una época de fuerte crecimiento económico y esplendor cultural. La mejora de las técnicas agrícolas y la adopción generalizada de nuevos cultivos, como el maíz y la batata, aumentaron la producción de alimentos. La incipiente industrialización contribuyó asimismo a impulsar un fuerte crecimiento demográfico. Pero el crecimiento demográfico no se detuvo, ni siquiera cuando se agotaron los efectos positivos de estas innovaciones. En 1850, la población china era cuatro veces mayor que al principio de la dinastía Qing. La tierra cultivable por campesino se redujo casi a la tercera parte, los salarios reales disminuyeron y la estatura media (un indicador fiable de bienestar biológico) se redujo. En los primeros tiempos de la dinastía Qing no hubo grandes hambrunas; la última, de 1630-1631 en el noroeste de China, se produjo al final de la dinastía precedente, la Ming, y contribuyó a su caída.

La siguiente gran hambruna llegó en 1810 y fue seguida por toda una serie: 1846-1849, 1850-1873, 1876-1879 (esta última, con entre nueve y trece millones de muertes), 1896-1897 y 1911 (que desencadenó la revolución que liquidó a la dinastía Qing). En general, está claro que a partir de 1800 el nivel de pauperización del pueblo de China fue altísimo.[27] ¿Y la sobreproducción de élites?

Durante la dinastía Qing, el mecanismo principal de ingreso en las élites era mediante un sistema de exámenes civiles de nivel cada vez más alto que otorgaban a los candidatos que los superaban títulos de ámbito local, provincial y finalmente, de la corte. El sistema funcionó bien durante la primera parte del periodo Qing. Garantizaba un alto nivel de alfabetización y competencia entre los burócratas. El estudio de los clásicos confucianos ayudó a crear un espíritu de cuerpo —el sentimiento de formar parte de una misma cultura, moral y comunidad— entre la clase dirigente. Y su insistencia en la promoción meritocrática reforzaba la legitimidad del Estado.

Por desgracia, el sistema funcionarial demostró ser muy vulnerable a las presiones del crecimiento demográfico. El número de cargos públicos estaba determinado principalmente por el número de unidades administrativas, que iban desde las provincias (al más alto nivel) hasta los condados (a nivel local). Así pues, el número de puestos de poder se mantuvo relativamente constante, mientras que el número de aspirantes iba en aumento a lo largo del periodo Qing, impulsado por la cuadruplicación de la población de China. El número de aspirantes a la élite aumentó no solo por el incremento de la población, sino también porque se produjo un crecimiento sustancial de la clase mercantil adinerada, de la que surgían nuevos aspirantes a engrosar las filas de los burócratas letrados. Sin pretenderlo, el Imperio Qing creó un juego de sillas para aspirantes. Hacia

1850 se formó en China un inmenso grupo de aspirantes frustrados, que habían perdido la esperanza de conseguir un cargo público.

Hong Xiuquan (1814-1864), el cabecilla de la rebelión Taiping, era uno de estos aspirantes frustrados. Era el tercer hijo de una familia acomodada que podía permitirse contratar maestros que le proporcionaran una educación formal. Superó con éxito el examen de primer nivel de la Administración pública para convertirse en *xiucai* o licenciado (el equivalente aproximado de un máster actual). Pero en su intento de ir más allá, se estrelló. Hong se presentó a cuatro convocatorias de los exámenes imperiales, y las suspendió todas.

Después de suspender el examen por tercera vez, no pudo superar la distancia entre sus deseos y la realidad. Sufrió un ataque de nervios, cayó enfermo y estuvo a punto de morir. Durante su enfermedad, tuvo una serie de visiones religiosas. Más tarde, leyendo folletos en chino publicados por misioneros cristianos, combinó lo que había aprendido de ellos sobre el cristianismo con sus visiones para formar una nueva religión sincrética, uno de cuyos principales objetivos era purgar a China del confucianismo, que en esencia era la religión de Estado de la China de la dinastía Qing. Hong consideraba su nueva fe como una variante del cristianismo, pero los cristianos propiamente dichos, los misioneros occidentales, discrepaban rotundamente.

Tras suspender por cuarta vez el examen imperial provincial en 1843, Hong comenzó a predicar su nuevo credo, primero a sus parientes y amigos y luego a un público más amplio. Dos de sus primeros conversos, Feng Yunshan y Hong Rengan, se convirtieron en sus lugartenientes. Ambos habían suspendido también los exámenes imperiales. Los tres aspirantes frustrados a la élite se convirtieron así en contraélites. Las autoridades se dieron cuenta y enviaron tropas para reprimir el naciente movimiento

Taiping, al que Hong denominó Sociedad de Adoradores de Dios. Irónicamente, *taiping* significa «gran paz», pero lo que los taiping llevaron a China no fue la paz, sino la rebelión más sangrienta de la historia de la humanidad.

Durante sus primeros años, el movimiento Taiping se expandió lentamente. En 1847 solo había dos mil seguidores de la sociedad de Hong, organizados en numerosas congregaciones independientes. Tenían visiones y el don de lenguas. Pero lo más inquietante para las autoridades fue que empezaron a atacar templos budistas y a destrozar estatuas o «ídolos». El número de miembros de la sociedad se disparó de pronto a raíz de una epidemia en 1850, cuando se corrió la voz de que los enfermos se curaban rezando al Dios de los taiping.[28]

Cuando los responsables de la Administración, preocupados por esta nueva amenaza, enviaron soldados a detener a Hong Xiuquan y Feng Yunshan, una congregación cercana de Adoradores de Dios, armados con espadas y lanzas, atacaron y derrotaron fácilmente a las tropas imperiales. Tras esta victoria, Hong hizo un primer llamamiento a sus seguidores para que se reagruparan. Al año siguiente, 1851, Hong Xiuquan proclamó la fundación del Reino Celestial Taiping, del que él sería el Emperador Celestial. Multitudes de sus seguidores vendieron sus posesiones y se unieron a la causa. Durante los dos años siguientes, el ejército de los taiping marchó hacia el norte por la provincia de Guangxi, luchando contra las tropas del Imperio Qing que intentaban sofocar la rebelión. Hong comenzó con diez mil soldados, pero la situación de miseria popular generalizada, falta de tierras y anarquía que reinaba en China por aquel entonces le proporcionó cantidades ingentes de reclutas. En 1853, el ejército de los taiping contaba con medio millón de soldados.[29] La pauperización del pueblo unida a la sobreproducción de élites es una combinación explosiva.

Las masas empobrecidas generan energía, mientras que los cuadros de contraélites aportan la organización necesaria para canalizar esa energía contra la clase dominante.

En marzo de 1853, el enorme ejército de los taiping conquistó Nanjing, la capital del sur de China. Durante más de una década, Hong Xiuquan gobernó un reino con capital en Nanjing y ocupó gran parte del sureste de China, con una población que, en su momento de máximo apogeo, alcanzaba los treinta millones de habitantes. Estuvo a punto de lograr la caída de la dinastía Qing, ya que otras partes de China se vieron sacudidas a su vez por importantes rebeliones, pero al final perdió. Tras años de lucha, el ejército imperial Qing, a las órdenes del general Zeng Guofan, sitió Nanjing. Hong cayó enfermo y murió el 1 de junio de 1864. Al cabo de un mes, caía Nanjing y concluía el experimento de la Gran Paz.

De joven, Hong había sido persistente y, como demostró su posterior trayectoria, brillante a su manera. Pero había demasiados aspirantes para un número fijo de puestos, y él acabó en el grupo de los frustrados. Y no era el único. Sus principales lugartenientes y más de la mitad de los líderes del peldaño siguiente en el escalafón de la rebelión Taiping eran candidatos suspendidos en los exámenes imperiales.[30]

La némesis de Hong, el general Zeng Guofan, también procedía de un entorno humilde.[31] Zeng era el mayor de cinco hermanos nacidos en una familia de agricultores. Su padre era relativamente próspero y podía permitirse una educación. Sin embargo, el padre de Zeng suspendió dieciséis veces el examen local, el de nivel más bajo, antes de aprobarlo. Zeng Guofan suspendió el mismo examen (solo) seis y lo aprobó a los veintidós años. Al año siguiente, Zeng aprobó el examen provincial (el nivel en el que Hong Xiuquan suspendió cuatro ocasiones). Finalmente, tras suspender dos veces el examen imperial de máximo nivel, el de la capital,

lo aprobó al tercer intento con los máximos honores, y acabó destinado en Hunan, una provincia situada en los confines occidentales del creciente Imperio Taiping. Así, le correspondió a Zeng organizar y dirigir el cuerpo principal del ejército Qing que derrotó a los taiping tras una larga lucha. En la rebelión Taiping, que estuvo a punto de acabar con el Imperio Qing, los líderes de los bandos enfrentados eran miembros de las élites consolidadas y aspirantes frustrados a la élite convertidos en contraélite.

El camino hacia la crisis

Donald Trump, Abraham Lincoln y Hong Xiuquan fueron aspirantes a la élite muy diferentes que vivieron en mundos muy distintos. Sin embargo, en el fondo, sus trayectorias personales tienen mucho en común. Todos ellos vivieron (o viven) en una época de discordia, en la que las presiones sociales que generan inestabilidad —pauperización y sobreproducción de élites— alcanzaron su punto álgido. Los tres eran aspirantes a la élite que llegaron a la cima del poder, aunque solo fuera por poco tiempo. Y todos gobernaron mientras sus países se desmoronaban.

La magnitud de los desastres que siguieron al ascenso al poder de estos tres aspirantes varió enormemente. Sin duda, la rebelión Taiping fue la peor, ya que fue posiblemente la guerra civil más sangrienta de la historia de la humanidad. Duró catorce años y en ella murieron entre treinta y setenta millones de personas.

Con seiscientos mil muertos en combate, la guerra de Secesión sigue siendo el conflicto más sangriento de Estados Unidos hasta la fecha. La contienda también se cobró la vida de Abraham Lincoln, asesinado por John Wilkes Booth, actor y simpatizante de los confederados.

El mandato de Donald Trump es el que ha tenido las consecuencias más leves (al menos por ahora). Aun así, fue el presidente durante una epidemia que mató a más personas que la gripe española y durante un año infernal, 2020, en el que los disturbios políticos provocaron veinticinco muertos,[32] más de diez mil heridos,[33] y más de dos mil millones de dólares en daños.[34] Su presidencia tuvo por colofón el asalto al Capitolio, que supuso una enorme conmoción para el sistema político estadounidense. Por supuesto, aún no sabemos cómo va a terminar nuestra propia época de discordia. La historia del futuro todavía no se ha escrito. Lo que sí sabemos es que en 2022 las fuerzas gemelas que empujaban a Estados Unidos a la guerra civil —la pauperización y la sobreproducción de élites— seguían sin decaer. ¿Qué puede decirnos la historia sobre estas épocas de crisis?

2
Algo de perspectiva: lecciones de la historia

La hoja de ruta

Todas las sociedades humanas complejas organizadas como estados experimentan oleadas recurrentes de inestabilidad política. La pauta más común es una alternancia de fases integradoras y desintegradoras que duran aproximadamente un siglo. Las fases integradoras se caracterizan por la paz interna, la estabilidad social y unas élites relativamente cooperativas. Las fases desintegradoras son todo lo contrario: inestabilidad social, ruptura de la cooperación entre las élites y estallidos persistentes de violencia política, como rebeliones, revoluciones y guerras civiles. Existen variaciones sobre el mismo tema; más adelante comentaré por qué algunos ciclos son más cortos y otros, más largos. Además, la gravedad de las crisis es variable. A pesar de esta variabilidad, siempre acaba llegando una época de conflictos. Hasta ahora, no hemos visto ninguna excepción a esta regla. Ninguna de las sociedades estudiadas por mi equipo tuvo una fase integradora que durara más allá de unos doscientos años.[1]

Para un relato detallado de la historia y la metodología de la cliodinámica, sobre todo en su relación con el modelo central de este libro, véanse los capítulos A1 y A2 del apéndice. Lo esencial de esa historia es que una gran red de investigación, que he estado coordinando durante la última década, ha construido una gran base de datos en la que figuran cientos de estados históricos y contemporáneos, haciendo especial hincapié en cómo estas sociedades se deslizaron hacia las crisis políticas para luego salir de ellas con más o menos éxito. El análisis de esta base de datos de

crisis (CrisisDB) aporta pruebas contundentes de que, a pesar de las muchas diferencias visibles (y no tan visibles) entre los distintos casos, existen pautas comunes muy claras.

Nuestro análisis apunta a cuatro motores estructurales de la inestabilidad: la pauperización del pueblo, que conduce a un potencial de movilización de las masas; la sobreproducción de élites, que desemboca en un conflicto interno de las propias élites; el deterioro de la salud fiscal y el debilitamiento de la legitimidad del Estado; y los factores geopolíticos. El motor más importante es la competencia y el conflicto entre las élites, que es un indicador fiable de la inminencia de una crisis. Otros factores suelen estar presentes, pero no son universales. Por ejemplo, en el caso de los imperios grandes y poderosos, los factores geopolíticos suelen tener poca importancia. Son estados que acostumbran a ser demasiado extensos para verse afectados por lo que hagan sus vecinos, y la descomposición social dentro de ellos se debe a fuerzas internas. Parafraseando a Arnold Toynbee, los grandes imperios no mueren asesinados, sino que se suicidan.[2]

Debo mencionar un factor más que complica la situación. Cuando observamos de cerca las fases de desintegración, descubrimos que no son un cúmulo constante de desgracias, sino que el nivel de violencia colectiva tiende a seguir un ritmo. La primera generación libra una guerra civil sin cuartel, mientras que la segunda («los hijos»), marcada por esta violencia, mantiene una paz frágil. La generación siguiente («los nietos»), que creció sin estar expuesta directamente a la violencia, repite los errores de los abuelos. Esta dinámica establece un ciclo recurrente de violencia de unos cincuenta años de duración (es decir, dos generaciones humanas), que persiste hasta que las condiciones estructurales se resuelven de algún modo, lo que da lugar a la siguiente fase integradora.

Concretemos ahora estas ideas teóricas siguiendo la dinámica de la inestabilidad social y la desintegración del Estado en una región concreta durante un periodo largo de tiempo. Comenzaré mi estudio de los ciclos de inestabilidad en la Francia medieval, el reino más rico y poderoso de Europa occidental en la Alta Edad Media. Luego avanzaremos en el tiempo, analizando las sucesivas oleadas de inestabilidad en Francia y, en general, en el occidente europeo. He elegido Europa porque contamos con datos cuantitativos abundantes, que nos informan sobre las tendencias de la pauperización del pueblo, los conflictos internos de las élites y otros importantes factores de inestabilidad. Pero no nos equivoquemos: las fuerzas históricas que provocan las crisis no son eurocéntricas: todas las sociedades complejas son vulnerables a ellas.

La crisis de la Baja Edad Media en Francia

El siglo XIII fue la edad de oro de la Francia medieval. El territorio controlado directamente por la corona francesa se triplicó a lo largo de la centuria, y en 1300 Francia había llegado a dominar militar, política y culturalmente Europa occidental. La población francesa superaba los veinte millones de habitantes: uno de cada tres habitantes de Europa occidental era súbdito del rey de Francia. La ciudad de París, con sus 230.000 habitantes, era con diferencia la más poblada y espléndida del orbe católico. Durante la Alta Edad Media, Francia no solo era el reino más poderoso de Europa occidental, sino también una potencia cultural. El estilo arquitectónico gótico, que sus contemporáneos denominaban el «estilo francés», surgió en Île-de-France y de allí se extendió a Inglaterra, Alemania, la península ibérica y el norte de Italia. Durante el siglo XIII, la Universidad de París se

convirtió en el principal centro de aprendizaje y filosofía de Europa, que atraía a las mentes más preclaras de la época. El francés era la lengua internacional más importante de Europa, hablada por la aristocracia de Inglaterra, Flandes, Hungría y los reinos de Nápoles y Sicilia.[3]

Hacia 1300, sin embargo, el reino de Francia comenzó a perder lustre. La edad de oro se convirtió en una edad de oropel. Mientras que la opulencia de las élites no disminuía, las condiciones de vida del pueblo llano se deterioraban. La causa fundamental del empobrecimiento popular fue el enorme incremento de la población de Europa occidental en los dos siglos anteriores a 1300. Si en el año 1100 unos seis millones de personas vivían en el territorio de las fronteras actuales de Francia, al cabo de dos siglos la población se había triplicado con creces, hasta superar los veinte millones. La explosión demográfica desbordó la capacidad de la economía medieval para proporcionar tierras a los campesinos, empleos a los trabajadores y alimentos para todos. La mayoría vivía al borde de la inanición, y una serie de malas cosechas y epidemias de ganado entre 1315 y 1322 llevaron al sistema al borde del abismo. En 1325, la población de Francia estaba entre un 10 por ciento y un 15 por ciento por debajo del máximo alcanzado en 1300. Entonces llegó la peste negra, que mató entre un cuarto y la mitad de la población. A finales del siglo XIV, la población francesa se había reducido a diez millones de habitantes, la mitad que en 1300.

Como si millones de muertes no fueran suficientes, la catástrofe demográfica tuvo otro efecto más sutil, pero devastador, sobre la estabilidad social, al hacer que la parte superior de la pirámide social aumentara de peso hasta llegar a ser insostenible. Después de 1250, el número de nobles creció a ritmo aún más rápido que el de la población general porque su situación económica era mejor que la de la plebe. De hecho, la pauperización del pueblo benefició a las élites, gracias a las elevadas rentas

de la tierra, los salarios bajos y los precios altos de los alimentos. Dicho de otro modo, la superpoblación masiva del siglo XIII creó una bomba de la riqueza que enriquecía a los terratenientes a costa de los campesinos.

A medida que aumentaban sus ingresos, muchos nobles de rango inferior descubrieron que repartiendo sus propiedades entre dos o más hijos podían lograr que todos sus herederos contaran con ingresos suficientes para mantener el estatus propio de la nobleza. Los magnates adinerados con propiedades dispersas utilizaban las que se hallaban peor situadas para que se instalaran allí sus hijos más jóvenes como nobles de rango medio. También aumentó la movilidad social ascendente: los campesinos ricos y los comerciantes de éxito podían acceder a la condición de nobles. Cuando se producían hambrunas y epidemias, las élites estaban en mejor situación para sobrellevarlas, ya que sufrían menos mortalidad que los plebeyos. Todas estas tendencias se combinaron para que se incrementara la proporción de nobles sobre la clase productiva, con lo que el vértice de la pirámide social se hipertrofió y, al cabo de unos años de ínterin, la prosperidad de la nobleza empezó a declinar. Mientras que antes de 1300 los nobles disfrutaban de una coyuntura económica favorable en la que había relativamente pocas élites y mano de obra barata y abundante, a mediados del siglo XIV la situación se había invertido por completo.

Los nobles reaccionaron ante la falta de ingresos para mantener su estatus de élite buscando empleo en el Estado y extrayendo una mayor proporción de recursos de los campesinos. Sin embargo, el Estado no podía emplear a todos los nobles empobrecidos: eran demasiados, y la mismísima corona iba camino de la insolvencia. La inflación, impulsada por el vertiginoso crecimiento demográfico, mermó los ingresos del Estado, y los intentos de responder a las demandas de las élites tensaron las finanzas reales hasta la ruptura.

Por otra parte, para extraer mayores ingresos de los campesinos, los terratenientes empezaron a ir más allá de quedarse con el excedente de producción y pasaron a confiscar los recursos que los campesinos necesitaban para sobrevivir. La opresión de los terratenientes socavó su propia base económica, ya que los campesinos respondieron con la huida, el hambre o la muerte en rebeliones inútiles. Al fracasar las dos estrategias de los nobles para mantener su estatus, se dedicaron a la depredación mutua. El juego de la sobreproducción de élites entró en su fase final, violenta, y en toda Francia estallaron conflictos entre sectores de las élites.[4] En la década de 1350, la quiebra del orden interno alcanzó el corazón del reino.

Cuando el último rey capeto murió en 1328 sin dejar heredero varón, la corona pasó a Felipe VI, primer monarca de la dinastía Valois. Pero había otros dos pretendientes que reclamaban la corona con la misma fuerza: Carlos II de Navarra y Eduardo III de Inglaterra. La lucha a tres bandas entre estos poderosos señores, unida a la sublevación urbana en París liderada por Étienne Marcel y a la insurrección rural, la Jacquerie, desembocó en 1360 en un colapso general del Estado.

Este no es el lugar para un relato exhaustivo de los acontecimientos, de modo que continuaremos con nuestra observación a vista de pájaro para ver qué ocurrió después.

El hundimiento del Estado francés durante la década de 1350 conmocionó a las élites gobernantes. En la asamblea de los Estados Generales de 1359, las distintas facciones fueron capaces de enterrar sus diferencias y pactar un programa común para salvar el Estado. Durante las dos décadas siguientes, los franceses llevaron a cabo operaciones militares sistemáticas, aunque poco espectaculares (evitando grandes batallas que anteriormente les habían resultado catastróficas). En 1380, el ejército real ya había logrado aplastar a los rebeldes internos y expulsar a los ingleses de

casi todo el territorio de Francia. Pero este éxito resultó ser temporal, porque las fuerzas estructurales que llevaron a Francia a la crisis —la pauperización del pueblo, la sobreproducción de élites y la debilidad del Estado— aún no se habían abordado adecuadamente. Una vez más, observamos que los ciclos de violencia colectiva tienden a repetirse durante las fases de desintegración, con una periodicidad aproximada de cincuenta años. La crisis bajomedieval de Francia no fue una excepción.

Cuando la nueva generación de dirigentes sustituyó a la que había vivido en primera persona el colapso del Estado en la década de 1350, repitió los errores de sus mayores. Dos facciones aristocráticas, los borgoñones y los orleanistas, se disputaron la capital, masacrándose unos a otros por turnos, siguiendo la fortuna de la guerra civil. Otra sangrienta revuelta urbana estalló en París en 1413, y en 1415 otro rey inglés, Enrique V, entró en liza. La historia se repitió con la catastrófica derrota del ejército francés en Agincourt, que fue una repetición exacta de la batalla de Crécy. Resulta inquietante lo mucho que se parece el segundo colapso del Estado francés al primero. Puede que la historia no se repita, pero sin duda rima.[5]

El segundo colapso fue aún más profundo que el primero, y las élites francesas supervivientes tardaron más tiempo en recomponerse. Pero lo consiguieron, y volvieron a expulsar a los ingleses, cuya última gran posesión, Burdeos, fue reconquistada por los franceses en 1453.[6]

Tras el final de la guerra de los Cien Años, Francia disfrutó de una fase integradora que duró un siglo. ¿Por qué el siglo anterior a 1450 fue tan sombrío y el posterior, tan brillante? La respuesta es que las fuerzas que empujaban a Francia a la guerra interna dejaron de actuar hacia 1450. Las hambrunas, las epidemias y las luchas internas, cuyo efecto acumulado fue reducir a la mitad la población francesa, «resolvieron» la pauperización del pueblo. Ahora había tierra en abundancia para los campesinos, y la escasez

de mano de obra hizo que se duplicaran con creces los salarios reales de los trabajadores. La caída de las rentas de la tierra y el aumento de los salarios cerraron la bomba de la riqueza.

Y lo que es más importante: las hecatombes de Crécy, Poitiers, Agincourt y un sinfín de batallas menos famosas eliminaron a decenas de miles de nobles «sobrantes». A esto hay que añadir las masacres durante las luchas intestinas entre facciones. (Como anotó un testigo presencial en su diario en mayo de 1418, las calles de la capital estaban sembradas de cadáveres de la facción derrotada, que «se amontonaban como cerdos en el barro»). Mientras que la población total se redujo a la mitad entre 1300 y 1450, el número de nobles en el mismo periodo cayó a la cuarta parte.[7] La pirámide social dejó de estar sobrecargada en la cúspide y recuperó una configuración mucho más estable, con una base ancha y una cúspide estrecha. En ausencia de sobreproducción de élites, la competencia y los conflictos intraélites remitieron. Al mismo tiempo, el recuerdo de la oscura etapa de descomposición social y la presión exterior de los ingleses forjaron un nuevo sentimiento de unidad nacional entre las élites. En este nuevo clima de cooperación intraelitista resultó posible reformar las finanzas del Estado y dotar a Francia de una sólida base fiscal para las generaciones venideras.

Los principales motores internos de la inestabilidad —pauperización y sobreproducción de élites— se apagaron. ¿Y los motores externos? Muchos libros de historia describen la guerra de los Cien Años como un conflicto dinástico entre los reyes de Francia e Inglaterra. Pero esa es una imagen muy superficial de una serie extremadamente compleja de conflictos con múltiples facetas. Como escribió el célebre historiador francés Fernand Braudel, sería mejor llamar a esta época los «Cien Años de Hostilidad».[8] Las causas profundas de los colapsos de ambos estados en los siglos XIV y

XV fueron internas, y los ingleses desempeñaron en el fondo el papel del chacal que se alimenta del cadáver de un león muerto (que me disculpen mis lectores ingleses). Teniendo en cuenta que la Inglaterra medieval tenía menos de un tercio del número de habitantes de Francia y la misma proporción de sus recursos, estos dos reinos pertenecían a categorías de peso muy distintas (una situación que cambiaría al cabo de unos siglos). Las espectaculares victorias de Crécy, Poitiers y Agincourt, de las que los niños ingleses se enorgullecen con razón, no produjeron a la postre ningún beneficio duradero para la corona inglesa. De hecho, en última instancia ayudaron a los franceses al resolver en parte su problema de sobreproducción de élites y forjar un sentimiento de unidad nacional que era tan importante para lograr un consenso de las élites sobre la forma de poner unos cimientos financieros sólidos para el Estado.

Esto no significa que el papel de los ingleses en los Cien Años de Hostilidad fuera insignificante, sino que el conflicto anglo-francés no fue una causa fundamental de los dos colapsos del Estado francés. Al fin y al cabo, Inglaterra y Francia estuvieron en guerra casi continuamente desde el siglo XI hasta el XIX.[9] Desde este punto de vista, el periodo 1338-1453 no tuvo nada de especial.

ÉPOCAS DE DISCORDIA

Hace tiempo que los historiadores han constatado la existencia de ciertos ritmos en la historia. A los «siglos de oro» de orden interno, esplendor cultural y optimismo social, les siguen las «épocas turbulentas» de luchas intestinas recurrentes, decadencia de la alta cultura y pesimismo social. Los historiadores europeos dieron un nombre a cada uno de estos periodos. Así,

a la Alta Edad Media siguió la crisis de la Baja Edad Media. Al Renacimiento le siguió la crisis general del siglo XVII. El último ciclo completo anterior al nuestro —la Ilustración o Siglo de las Luces— fue seguido por la era de las revoluciones.

Los historiadores de China ven una pauta parecida, que denominan «ciclos dinásticos». Entre el 221 a.C. y 1912, desde la dinastía Qin hasta la dinastía Qing, China se unificó (y reunificó) repetidamente y contó con gobiernos eficaces durante bastante tiempo. Luego llegaron la corrupción moral, la decadencia y la fragmentación. Como se lee en la novela histórica china *El romance de los Tres Reinos*: «El Imperio, tras una larga división, se une; tras una larga unidad, se divide. Así ha sido siempre». Los historiadores del antiguo Egipto también dividen su historia en el Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Imperio Nuevo, seguidos cada uno de ellos por el Primer, Segundo y Tercer Periodos Intermedios.

El análisis estadístico de CrisisDB confirma esta intuición histórica, pero este patrón macrohistórico no son ciclos simples y matemáticamente precisos. En primer lugar, la duración de la secuencia global de integración-desintegración varía en función de las características de la sociedad. En segundo lugar, durante las épocas de desintegración, la violencia colectiva tiende a repetirse con una periodicidad aproximada de cincuenta años.

En Francia, la fase integradora de la Alta Edad Media comenzó durante el reinado del gran unificador, Felipe II Augusto (1180-1223), y finalizó en 1350. Tras la fase desintegradora bajomedieval (de 1350 a 1450), la siguiente fase integradora, el Renacimiento, duró algo más de un siglo (1450-1560). La siguiente fase desintegradora (1560-1660) comenzó con el estallido de las guerras de religión de Francia (1562-1598), seguidas de la segunda oleada de inestabilidad, que comenzó en la década de 1620 con las rebeliones de los magnates, las insurrecciones de los hugonotes y los

levantamientos campesinos, y culminó en la Fronda de 1648-1653. En el último ciclo completo en Francia, la fase integradora, la Ilustración, se extendió desde 1660 hasta el estallido de la Revolución francesa, en 1789. La fase desintegradora, el siglo de las revoluciones, incluye la época napoleónica, las revoluciones de 1830 y 1848 y la sacudida de la Comuna de París en 1871 (aunque esta última se precipitó por la catastrófica derrota en la guerra Franco-Prusiana). Así pues, cada fase duró alrededor de un siglo —década más, década menos— y la duración total de los ciclos fue aproximadamente de 250, 210 y 210 años.[10]

EL VERDADERO *JUEGO DE TRONOS*

Para hacer una comparación instructiva con Francia, observemos los ciclos de Inglaterra. En este país, el ciclo medieval estuvo marcado por dos etapas de guerras civiles prolongadas: la Anarquía durante el reinado del rey Esteban (1138-1153) y la guerra de las Dos Rosas (1455-1485). Aunque el periodo integrador fue relativamente pacífico (en comparación con lo que llegaría después), se vio interrumpido por rebeliones baroniales, que se repiten a intervalos aproximados de cincuenta años.[11] Al igual que Francia, Inglaterra sufrió el doble golpe de la gran hambruna de 1315-1317 y la peste negra, pero, a diferencia de Francia, no entró inmediatamente en barrena. ¿Por qué? La teoría cliodinámica de los ciclos integradores-desintegradores no presupone una periodicidad estricta que impulse ciclos de duración fija. Es un modelo dinámico, que sigue la evolución de las fuerzas internas de cada sociedad. Una vez más, el motor más importante de la inestabilidad que se avecina es la sobreproducción de élites. ¿Qué

ocurriría si de repente se redujera de algún modo? La crisis se pospondría. Y eso es lo que ocurrió en la Inglaterra de la Baja Edad Media.

Cuando Francia se desmoronó en la década de 1350, todo el excedente de las élites inglesas —tan considerable en Inglaterra como en Francia— siguió a su rey al otro lado del Canal. Algunos de ellos murieron en los combates, pero la mayoría descubrió que la guerra en Francia era un negocio sumamente lucrativo. Las victorias de Poitiers y Crécy (y las batallas menores que siguieron) les proporcionaron unos cuantos rescates astronómicos y muchos otros de menor cuantía gracias a la captura de miles de nobles franceses. La campiña francesa seguía siendo rica y producía una enorme cantidad de botín, que se recogía durante las llamadas *chevauchées* [correrías más o menos disimuladas para saquear al enemigo). Y en los territorios conquistados había castillos y tierras que repartir entre los servidores fieles del rey y los magnates. En definitiva, Inglaterra exportó sus excedentes de élite —y su inestabilidad— a Francia.

Pero las alegrías no son eternas. A partir de 1360, los franceses se pusieron las pilas y en 1380 ya habían expulsado a los ingleses. Y fue entonces cuando Inglaterra entró en barrena. De repente, todas esas élites excedentes volvieron al país, curtidas en mil batallas tras las incesantes guerras en Francia, acostumbradas al asesinato, la tortura y la extorsión, y empobrecidas y amargadas por su derrota. Como es habitual en esas épocas, la descomposición social se manifestó simultáneamente de varias maneras. Los campesinos, más oprimidos cuanto más se hundían las élites, acabaron por hartarse. La revuelta de los campesinos, encabezada por Wat Tyler en 1381, fue reprimida a sangre y fuego, pero atemorizó a las élites y las obligó a aligerar la carga que imponían a las clases productivas. En el oeste, estalló una rebelión separatista en Gales liderada por Owain Glyndwr. En el centro, el rey Ricardo II y sus partidarios se enfrentaron al grupo de nobles

conocido como los Lords Appellant con desigual fortuna hasta que acabaron deponiendo a Ricardo II en 1399, lo que dio lugar al cambio de dinastía de los Plantagenet a los Lancaster. Si todo esto suena a *Juego de tronos*, es porque George R. R. Martin modeló sus Lannister de ficción a partir de los Lancaster históricos.[12]

Cuando Francia volvió a desmoronarse a principios del siglo XV y otro rey inglés entró en liza en 1415, hordas de élites empobrecidas volvieron a cruzar el Canal tras él. Antes he comentado lo inquietante que resulta que todas las crisis tiendan a parecerse a las anteriores. Es como si las sociedades siguieran las mismas pautas para la destrucción del Estado, a la francesa o a la inglesa, según el caso. La trayectoria de Inglaterra después de 1415 es otro ejemplo de este curioso patrón. Al igual que en la crisis anterior, a los ingleses las cosas les fueron bien durante un tiempo. Exportaron con éxito su inestabilidad a Francia, de modo que no se produjeron alteraciones relevantes en Inglaterra entre 1415 y 1448. Sin embargo, a medida que los franceses reconquistaban con éxito su país hacia 1450, un número cada vez mayor de las élites inglesas excedentarias tuvo que regresar a casa. El monarca que ocupaba el trono, Enrique VI, estaba incapacitado para gobernar, y gobernaba en su nombre el Consejo Real. El liderazgo de la facción lancasteriana recayó en Margarita de Anjou, a quien un contemporáneo suyo describió así: «Esta mujer superaba a todas las demás, tanto en belleza y favor como en ingenio y política, y tenía un temple y un coraje más propios de un hombre que de una mujer»[13] (Martin se inspiró sin duda en ella para crear a Cersei Lannister).

Las facciones de las élites y los favoritos reales fomentaban el desorden. Los grandes magnates mantenían ejércitos particulares de sirvientes armados cada vez más numerosos, con los que luchaban entre sí, aterrorizaban a sus vecinos, paralizaban los tribunales e intentaban dominar

el gobierno. En 1450 se produjo otra gran revuelta campesina, acaudillada por Jack Cade. Y en 1455 estalló la guerra de las Dos Rosas, que se prolongaría hasta 1485.

Se dice que Martin, cuando vio la primera temporada de *Juego de tronos*, quedó conmocionado por la brutalidad gráfica, las traiciones y los asesinatos que los personajes que había creado cometían unos contra otros. Pero la guerra histórica de las Dos Rosas fue igual de cruenta. Tres reyes fueron depuestos y asesinados, y numerosos magnates fueron ejecutados, a menudo sin juicio previo. A los lores que perdían una batalla los obligaban a arrodillarse en el fango y los decapitaban en el acto. Además, las batallas entre yorkistas y lancasterianos no eran más que la punta del iceberg. En paralelo a este conflicto dinástico por el trono, hubo numerosas guerras privadas entre élites rivales a escala regional y local. En *The End of the House of Lancaster*, el historiador británico R. L. Storey describe al menos ocho conflictos de este tipo que asolaron el oeste, el norte y el este de Inglaterra. El pueblo llano sufrió muchísimo a causa de estas luchas intestinas, ya que cada facción solía extorsionar, robar y asesinar a los vasallos de la facción contraria.

Es importante recordar que, aunque la Inglaterra de la Edad Media era en general un país mucho más violento que el Reino Unido de hoy, los niveles de violencia que caracterizaron la guerra de las Dos Rosas se sitúan muy por encima de la norma. Durante la fase integradora, cada dos generaciones se producía una rebelión de los nobles contra la corona, pero en comparación con la guerra de las Dos Rosas, esas revueltas eran más bien manifestaciones armadas destinadas a imponer al rey las exigencias de la nobleza. La rebelión de 1215-1217, por ejemplo, concluyó cuando el rey Juan I sin Tierra firmó la Carta Magna para satisfacer a las élites

amotinadas. En la guerra de las Dos Rosas, en cambio, el objetivo de ambos bandos era el exterminio del contrario.

Los espectadores de *Juego de tronos* se quejan a veces de que los personajes que les caen bien son eliminados de la historia con una frecuencia deprimente. Pero así eran las cosas en la vida real. Al fin y al cabo, el principal motor de la guerra de las Dos Rosas fue el horrible grado de sobreproducción de élites en Inglaterra hacia 1450. Hasta que se resolviera como fuese, el conflicto no podía detenerse más que por puro agotamiento, lo que provocaría que se repitiera cuando una nueva generación no inmunizada contra la violencia asumiera el poder. Para que termine una fase de desintegración, es necesario revertir las condiciones estructurales que la han provocado.

Por supuesto, la muerte en batalla o por ejecución no era el único mecanismo para reducir la sobreproducción de élites. En los niveles más altos de la aristocracia, al parecer, sí lo era, pero en los niveles inferiores, el mecanismo principal era la movilidad social descendente. La mayoría de los nobles no morían en guerras civiles o privadas, sino que sencillamente aceptaban, al cabo de un tiempo, que sus ingresos no les permitían mantener su estatus de élite, y asumían discretamente su condición de simples hidalgos. Las guerras civiles, y el alto nivel de violencia general, seguían siendo una motivación importante, aunque indirecta, para aceptar la pérdida del estatus de nobleza. Tras años y décadas de violencia e inseguridad, los más violentos fueron exterminados, mientras que el resto se dio cuenta de lo inútil que era prolongar los enfrentamientos y adoptó una existencia pacífica, aunque menos ostentosa. El número de miembros de las élites inglesas a todos los niveles, desde los magnates hasta la pequeña nobleza rural, se redujo varias veces durante la crisis de la Baja Edad Media.

En Inglaterra disponemos de un indicador cuantitativo útil para monitorizar esta tendencia, ya que el consumo de vino (en lugar de cerveza) era un símbolo de estatus de las élites. En el apogeo de sus fortunas, las élites inglesas importaban y consumían casi veinte millones de litros de vino de Gascuña. Al final de la guerra de las Dos Rosas, el volumen de las importaciones de vino se situaba por debajo de los cinco millones de litros, y no empezó a recuperarse hasta después de 1490. La reducción a la cuarta parte del número de integrantes de la élite de Inglaterra que se deduce de este indicador es paralela a la reducción a la cuarta parte de la nobleza de Francia al final de su propia época de discordia.[14]

Aunque el periodo más intenso de guerra intestina terminó en 1485, hubo algunas réplicas; sabemos de tres rebeliones menores que fueron sofocadas rápidamente entre 1489 y 1497. Después de eso, en Inglaterra no se produjo ninguna revuelta durante dos generaciones, lo que constituye toda una hazaña, dada la violencia generalizada de la Inglaterra de principios de la Edad Moderna. Y así llegamos por fin a la siguiente fase de integración.

Los dos ciclos siguientes en Inglaterra tuvieron duraciones parecidas a los ciclos de Francia, pero como Inglaterra salió de la crisis de la Baja Edad Media mucho después que Francia, los dos países dejaron de estar sincronizados. La crisis general del siglo XVII comenzó en Inglaterra en 1639 con la rebelión de los escoceses que se ha dado en llamar la guerra de los Obispos, a la que siguió de inmediato la guerra civil inglesa, que terminó en 1651. Después de la típica etapa de precaria estabilidad, Inglaterra pasó por otra guerra intestina, la Revolución Gloriosa (1688-1689), con la que puso fin a su fase de desintegración del siglo XVII (de nuevo, con varias décadas de retraso con respecto a Francia). Y la era de las revoluciones llegó a Inglaterra en 1830, mientras que en Francia, por supuesto, se inició con la toma de la Bastilla, en 1789. En resumen, Francia

e Inglaterra se comportaron como dos péndulos que oscilan de un lado a otro durante el mismo periodo, pero desacompasados.

Otra diferencia entre ambos reinos durante la era de las revoluciones es que, mientras Francia se vio sacudida reiteradamente por una revolución tras otra (1789, 1830, 1848…), Inglaterra entró en una «situación revolucionaria» en 1830, pero luego logró evitar el colapso del Estado. La explicación de cómo lo consiguió es un tema sumamente interesante porque puede darnos algunas pistas sobre cómo podemos repetir la hazaña. Volveré sobre el asunto en el capítulo 9.

EL EFECTO DE LA POLIGAMIA DE LAS ÉLITES

A pesar de las luchas casi constantes entre 1100 y 1815,[15] o quizá debido a ellas, Inglaterra y Francia presentaban una composición social muy parecida. Por ello, no es de extrañar que la duración de sus ciclos fuera tan similar (aunque no estuvieran sincronizados). Pero este parecido no se da necesariamente en todas las sociedades humanas complejas. Dependiendo de su constitución, algunas sociedades pasan por ciclos de integración-desintegración más deprisa y otras, más despacio.

Dado que el motor más importante de la inestabilidad social y política es la sobreproducción de élites, vamos a reflexionar sobre cómo pueden afectar al ritmo social —la rapidez con la que una sociedad entra y sale de las crisis— algunas cuestiones de detalle sobre la reproducción (y la sobreproducción) de las élites. En las sociedades preindustriales, en las que a los plebeyos les resultaba difícil, aunque ni mucho menos imposible, alcanzar el estatus de élite, la velocidad a la que podían aumentar las filas de las élites y, por tanto, llegarse a la sobreproducción de élites estaba muy

influida por la reproducción biológica de las élites; más en concreto, por la tasa de reproducción de los hombres de la élite. (Nos guste o no, los hombres dominaban las altas esferas del poder en esas sociedades). En los humanos, lo que más influye en el éxito masculino a la hora de reproducirse no es otra cosa que el número de parejas a las que tienen acceso los hombres.

En los reinos de Europa occidental, como Francia e Inglaterra, el cristianismo restringía el número de parejas legales que podían tener los hombres. Por supuesto, los poderosos tenían la capacidad —que empleaban a menudo— de mantener relaciones extraconyugales con amantes, con independencia de sus esposas legítimas. Y la descendencia de esas uniones tenía la ocasión de incorporarse a las filas de la nobleza. Pero este «efecto bastardo» no aumentó significativamente la tasa de producción de aspirantes a la élite en las sociedades europeas medievales y de principios de la Edad Moderna.

En las sociedades islámicas, por el contrario, un hombre podía tener cuatro esposas legítimas y tantas concubinas como lograra mantener. Ser hijo de una concubina no conllevaba ningún estigma. La poligamia extensiva, la práctica de casarse con muchas esposas, también era la norma para los pueblos de pastores esteparios, como los mongoles. Como resultado, estas sociedades producían aspirantes a la élite a un ritmo alarmante. Cuanto más rápido es el ritmo de sobreproducción de élites, más cortas son las fases de integración.

La teoría nos dice, por tanto, que debería haber una diferencia significativa en la duración de los ciclos entre las sociedades con clases dirigentes monógamas y las polígamas. Según mis cálculos, la duración típica de los ciclos en las sociedades monógamas debe ser de entre doscientos y trescientos años, pero en las sociedades con élites polígamas

será de solo un siglo, o incluso menos.[16] Hemos visto que los ciclos de Francia e Inglaterra (y según CrisisDB, también de otras sociedades europeas) se ajustan a esta predicción teórica. ¿Qué ocurre con las sociedades polígamas?

Resulta que esta pregunta ya la contestó hace muchos siglos un notable historiador y filósofo musulmán: Abu Zayd Abd ar-Rahman ibn Muhammad ibn Jaldún al-Hadrami, nacido en Túnez en 1332. Ibn Jaldún observó que la dinámica política de su Magreb natal, así como del resto del mundo islámico, tiende a seguir ciclos. A la instauración de cada nueva dinastía le sigue una etapa de aproximadamente cuatro generaciones, que termina con su caída y sustitución por otra nueva dinastía. Y el ciclo vuelve a repetirse.[17] Algunas dinastías duran solo tres generaciones, otras cinco, pero por término medio, la duración de los ciclos de Ibn Jaldún es de cuatro generaciones, lo que corresponde a unos cien años. Son ciclos mucho más cortos que los europeos, como pronosticaba nuestra teoría. Pero habrá que ver si los ciclos de Ibn Jaldún se observan también en otras sociedades polígamas, como las de los pastores nómadas de Asia Central.

Un buen término de comparación nos lo proporcionan las conquistas de los mongoles dirigidos por Gengis Kan y sus sucesores inmediatos. El inmenso territorio conquistado por los mongoles durante la primera mitad del siglo XIII abarcaba cuatro grandes «áreas culturales» habitadas por agricultores. De este a oeste: China, Transoxania, Persia (incluida Mesopotamia) y Europa oriental. A partir de mediados del siglo XIII, cada una de estas cuatro regiones estuvo gobernada por una dinastía de descendientes de Gengis Kan.[18] Según nuestra teoría, las cuatro dinastías deberían estar sujetas a los ciclos de Ibn Jaldún de alrededor de un siglo. Y así es: en las cuatro regiones, las dinastías gengiskánidas se desmoronaron antes de mediados del siglo XIV.[19] Un análisis estadístico más formal de

CrisisDB confirma que los ciclos de ascenso y caída en las sociedades con élites polígamas son sustancialmente más cortos que en las sociedades monógamas.

Contagio y arrastre dinámico

Los científicos que estudian sistemas complejos deben navegar por un camino intermedio entre la Escila de la complicación excesiva y la Caribdis de la simplificación excesiva. Por un lado, la historia no es una puñetera cosa tras otra. Pero, por el otro, no es una mera repetición de ciclos matemáticamente exactos.

Nuestro análisis de los ciclos de Ibn Jaldún demuestra que las escalas de tiempo en las que las sociedades atraviesan ciclos de auge y caída dependen de sus características culturales, como el grado de poligamia entre las élites. Una comparación entre los dos «queridos enemigos», Inglaterra y Francia, apunta a otro factor de complicación: que el entorno geopolítico puede alargar o acortar los ciclos. Al exportar la inestabilidad a Francia durante la crisis bajomedieval, Inglaterra pudo retrasar su entrada en su época de turbulencias. Esta es la razón por la que el marco de la dinámica no lineal, y la ciencia de la complejidad en general, es tan fructífero para comprender la historia: nos proporciona herramientas para estudiar cómo interactúan los distintos factores para generar dinámicas sistémicas. Un conjunto bastante pequeño de mecanismos puede generar dinámicas extremadamente complejas. Esta es la esencia de la ciencia de la complejidad: las dinámicas complejas no tienen por qué tener causas complejas.

¿Qué otras ideas aporta la ciencia de la complejidad? Un concepto productivo es el de inducción dinámica. Si se disponen en el mismo tablero

varios metrónomos que empiezan a oscilar al azar (desincronizados), veremos que al cabo de un rato empiezan a oscilar al unísono en perfecta sincronía.[20] El físico holandés Christiaan Huygens, que observó por primera vez este fenómeno en 1665, lo calificó de «extraña sintonía».

La inducción puede ayudarnos a comprender por qué las oleadas de inestabilidad suelen golpear a muchas sociedades al mismo tiempo. Por ejemplo, pensemos en la crisis general del siglo XVII, que se extendió por toda Eurasia: ¿por qué se produjeron al mismo tiempo la guerra civil inglesa, el Periodo Tumultuoso en Rusia y la caída de la dinastía Ming en China? ¿Y por qué el siglo XVIII fue una época de paz interna y expansión imperial en los tres países?

Una posible razón de esta sincronía son los fenómenos externos. En este capítulo hemos visto que una serie de años de mal tiempo y malas cosechas provocó la gran hambruna de Europa occidental entre 1315 y 1317. La gran hambruna coincidió con una disminución de la actividad solar conocida como el mínimo de Wolf (1280-1350). La mayoría de los climatólogos coinciden en que una menor actividad solar provoca la disminución de las temperaturas terrestres. La principal causa de las malas cosechas en los países europeos situados más al norte de los Alpes es el frío y la lluvia, que retrasa la maduración de los cultivos y aumenta las posibilidades de que se pudran antes de la cosecha. Otras épocas de baja actividad solar, como el mínimo de Spörer (1460-1550) y el mínimo de Maunder (1645-1715), también están correlacionadas con temperaturas más frías que la media y con malas cosechas.

Correlacionar el colapso social con las perturbaciones climáticas es uno de los pasatiempos favoritos de los colapsólogos. Pero establecer una relación causal directa entre el empeoramiento del clima y el colapso social no funciona del todo. Las épocas de disminución de la actividad solar

durante el último milenio solo coinciden a veces con fases de desintegración. Es posible que las inclemencias meteorológicas durante el mínimo de Wolf fueran una de las causas de la gran hambruna, que a su vez desestabilizó las sociedades europeas bajomedievales. Años más tarde, el mínimo de Maunder ocasionó otra gran hambruna, que afectó al norte de Europa, desde Francia hasta Escandinavia y Rusia. En Francia, dos millones de personas murieron de hambre entre 1694 y 1703. En la misma época, se calcula que Rusia pudo haber perdido hasta el 10 por ciento de la población a causa del hambre. Pero ambos imperios —donde reinaban Luis XIV, el Rey Sol, y Pedro el Grande, respectivamente— tenían una enorme capacidad de resistencia (como indican los sobrenombres de los monarcas). Estas hambrunas causaron un enorme sufrimiento humano y sometieron a ambas monarquías a una enorme presión, pero no llegaron a hundirlas.

A mi juicio, los fenómenos externos como las fluctuaciones climáticas no son una causa directa de la desintegración política. Su efecto es más sutil. Aquí es donde puede ayudarnos la oscilación sincronizada de los metrónomos, con su extraña sintonía. Tenemos que pensar en los imperios como metrónomos que oscilan entre fases de integración y desintegración. Supongamos que dos imperios situados en distintas regiones de Eurasia están desincronizados de entrada, aunque ambos se vean afectados por las mismas fluctuaciones del clima mundial. Si un imperio está «adelantado» en su ciclo, una época de clima favorable le permitirá aguantar un poco más antes de entrar en crisis. Por el contrario, una época de clima desfavorable empujará antes a la crisis al imperio que se ha quedado atrás. A medida que se acumulen los efectos de estos «empujones» climáticos, los dos imperios se irán sincronizando, igual que dos metrónomos en el mismo tablero. Por supuesto, los ciclos de auge y caída de los imperios son mucho más complejos que las oscilaciones de los brazos de un metrónomo. Pero el

principio general actúa de forma parecida en ambos tipos de «osciladores». Ni siquiera es necesario que el fenómeno externo sea periódico. Los empujones pueden llegar en momentos completamente aleatorios: su función es sincronizar las tendencias cíclicas, no provocar los ciclos en sí, que se ven impulsados por los mecanismos internos de cada imperio.

La segunda fuerza sincronizadora, el contagio, es aún más poderosa que los fenómenos externos. El análisis cliodinámico indica que las grandes epidemias y las pandemias suelen ir asociadas a periodos de gran inestabilidad sociopolítica. Observamos este patrón durante al menos los últimos dos mil años, remontándonos a la peste antonina (siglo II) y la peste de Justiniano (siglo VI). La propagación de la peste negra por África y Eurasia (siglo XIV) fue parte integral de la crisis de la Baja Edad Media; un importante rebrote de la peste coincidió con la crisis general del siglo XVII. Y las pandemias de cólera más devastadoras (siglo XIX) se produjeron durante la era de las revoluciones. La causalidad que subyace a esta correlación es compleja, con bucles de retroalimentación que van en ambas direcciones.[21] Vamos a analizar de forma un poco más pormenorizada estas relaciones causales comprobando hasta qué punto la fase del ciclo afecta a la probabilidad de que se produzca una gran epidemia.

Como hemos visto unas páginas antes, cada ciclo secular está formado por una fase de integración seguida de otra de desintegración. Al principio del ciclo, la población crece a partir de unas cifras muy bajas, lejos de la capacidad de carga máxima (el número total de personas que el territorio puede alimentar, en función tanto de la cantidad de tierra cultivable como de la tecnología agrícola del momento). Como consecuencia, los salarios reales son altos y la productividad laboral también porque la tierra sigue siendo abundante. Además, la mayor parte del excedente agrícola lo

consumen los propios productores, lo que hace de este periodo una edad de oro del campesinado.

Sin embargo, el crecimiento demográfico acaba llegando al límite maltusiano. Con el aumento de la pauperización del pueblo, se acaba la edad de oro del campesinado y la sociedad entra en la edad de oro de las élites, que se benefician de los bajos salarios y los altos precios de los productos de las tierras que poseen. El poder adquisitivo cada vez mayor de las élites crea oportunidades de empleo para artesanos y comerciantes. El desempleo rural unido a la demanda urbana de mano de obra (en artesanía y oficios, pero también como criados de los ricos) genera un flujo de población hacia las ciudades, que crecen mucho más rápido que la población general durante ese periodo. La demanda de artículos de lujo por parte de las élites impulsa el comercio a larga distancia.

Estas tendencias vuelven más probable la aparición de nuevas enfermedades y la propagación de las ya existentes. En primer lugar, el crecimiento demográfico hace que se supere el «umbral epidemiológico», es decir, la densidad de población a partir de la cual una nueva enfermedad es capaz de propagarse. En segundo lugar, el descenso del nivel de vida debido a la pauperización del pueblo conduce a la malnutrición y al debilitamiento de las defensas del organismo contra las infecciones. En tercer lugar, la urbanización significa que una proporción cada vez mayor de la población se hacina en las ciudades, que eran lugares notoriamente insalubres en la época preindustrial. En cuarto lugar, el incremento del número de inmigrantes y vagabundos provoca un aumento de la densidad de las redes de interacción, mediante las cuales las enfermedades pueden propagarse con mayor facilidad. En quinto lugar, el comercio a larga distancia conecta regiones remotas y favorece la propagación de enfermedades a escala continental.

En consecuencia, las sociedades que se acercan a una crisis tienen muchas probabilidades de verse afectadas por una epidemia. Pero la causalidad también puede darse en sentido contrario, es decir, que una epidemia importante mine los cimientos de la sociedad. Como los pobres sufren una mayor mortalidad que las élites, la cúspide de la pirámide social se sobredimensiona. Las epidemias letales también socavan la cooperación social al deslegitimar a los gobiernos. Antiguamente, estas grandes calamidades se consideraban una señal de que Dios había abandonado al monarca, o de que el Cielo le había retirado su mandato. Hoy en día, solemos adoptar una perspectiva más materialista y culpamos al Gobierno de las disfunciones y de no tomar medidas eficaces para detener las epidemias. El resultado final tiene las mismas consecuencias negativas: el colapso de la confianza en las instituciones del Estado afecta negativamente a su capacidad para mantener la paz y el orden internos. Las grandes catástrofes demográficas, como las epidemias y las hambrunas, suelen convertirse en detonantes que llevan a las sociedades a la crisis porque provocan un aumento de la pauperización del pueblo (y del potencial de movilización de masas) y un desplome de la legitimidad del Estado (y de su capacidad para reprimir la violencia interna).

Así pues, el contagio es un mecanismo importante que impulsa las olas de inestabilidad que golpean a numerosas sociedades a escala continental o incluso mundial. El agente de contagio, sin embargo, no tiene por qué ser un virus o un microbio. Las ideas también pueden ser contagiosas.

¿Se acuerda el lector de la Primavera Árabe?[22] Arrancó en Túnez el 18 de diciembre de 2010, al día siguiente de que el vendedor de fruta Mohamed Bouazizi se inmolara para protestar contra la corrupción y los malos tratos de la policía. Desde allí se extendió a Argelia (29 de diciembre de 2010), Jordania (14 de enero de 2011), Omán (17 de enero de 2011),

Arabia Saudí (21 de enero de 2011), Egipto (25 de enero de 2011), Siria (26 de enero de 2011), Yemen (27 de enero de 2011) y Sudán (30 de enero de 2011). A finales de febrero, se había extendido al resto de los países árabes (incluidos Irak, Libia, Kuwait, Marruecos y Líbano). La autoinmolación de Bouazizi no fue la causa fundamental de la Primavera Árabe, sino el desencadenante: la chispa que incendió la pradera.[23] Las condiciones estructurales necesarias para la conflagración se habían desarrollado lentamente a lo largo de los años y las décadas anteriores a la Primavera Árabe.[24] Pero el estallido casi simultáneo de rebeliones y revoluciones en el mundo árabe se debió al contagio de ideas.

Muchos comentaristas políticos culpan a las por aquel entonces incipientes redes sociales de ser la causa de la Primavera Árabe. Pero quienes creen que fue un acontecimiento sin precedentes en la historia de la humanidad sencillamente no conocen la historia. Antes de la Primavera Árabe de 2010, existió la Primavera de las Naciones de 1848. Comenzó en Italia en enero, pero apenas se notó en su momento. El acontecimiento más influyente fue la Revolución de Febrero en Francia, que inspiró levantamientos en Alemania, Dinamarca y Suecia en marzo. En el Imperio austriaco también se produjeron múltiples rebeliones en marzo, de entre las que destacan las de Hungría y Galitzia. En junio, las revoluciones de 1848 se propagaron a Rumanía; en julio, a Irlanda.[25]

En la Europa de 1848 no existía internet, pero las noticias se difundían rápidamente a través de los periódicos. El detonante fue Francia, donde la revolución comenzó el 22 de febrero de 1848. A finales de marzo, la mayor parte del continente europeo estaba convulsionado.

EN RESUMEN: LA HISTORIA HASTA AHORA

En la primera parte, nuestra indagación sobre las causas de las recurrentes oleadas de inestabilidad que afligen a las sociedades humanas ha empezado en los Estados Unidos de hoy y luego se ha ampliado retrocediendo en el tiempo y abriéndola a otras zonas del mundo. En la segunda parte, volveré a Estados Unidos y profundizaré en los procesos «subterráneos» que han ido configurando nuestra actual época de discordia. Hasta ahora, desde el punto de vista metodológico, mi estrategia ha consistido en ilustrar las lecciones que hemos aprendido del análisis cliodinámico con ejemplos concretos de sociedades pasadas que cayeron en crisis a las que tuvieron que hacer frente de un modo u otro. A fin de la cliodinámica es mucho más que una serie de ejemplos históricos. Para extraer de la historia lecciones verdaderamente útiles que nos doten de los conocimientos necesarios para navegar por las turbulentas aguas que nos aguardan, tenemos que traducir nuestras ideas verbales sobre el funcionamiento de las sociedades en modelos matemáticos. A continuación, debemos integrar nuestras teorías con los datos, evitando al mismo tiempo las trampas de los ejemplos escogidos a nuestra conveniencia. Esto significa que tenemos que construir y analizar estadísticamente bases de datos históricas. Al lector que desee saber más sobre cómo funciona la cliodinámica en la práctica, le aconsejo que lea ahora los capítulos del apéndice antes de abordar el capítulo 3. Quien prefiera meterse de lleno en el asunto, que continúe con la secuencia principal.

SEGUNDA PARTE

Los motores de la inestabilidad

3
El hartazgo de las masas

Ahora que disponemos de un contexto comparativo sobre la estructura y la dinámica de nuestros sistemas sociales, volvamos a nuestra investigación sobre Estados Unidos. Empezaremos por el mayor grupo de interés: la clase trabajadora. Puede resultar sorprendente en una obra construida a partir del análisis de grandes series de datos sobre el comportamiento humano en conjunto, pero abriré este capítulo, y varios de los que siguen, con una breve historia, un ejemplo arquetípico, si se quiere. Aparte de mi temor a que sea fácil perder de vista a los seres humanos reales cuando se modelizan fuerzas sociales impersonales, mi única defensa es que todos y cada uno de los hechos que se incluyen en estas historias cuenta con abundantes precedentes en el mundo real.

Steve

—Entonces ¿votarás a Trump en noviembre? —le pregunté a Steve en el verano de 2016—. ¡Si es milmillonario! ¿Qué sabe él de la gente corriente o qué le importa? Además, es un payaso.

Steve sacó un cigarrillo de un paquete de Marlboro y lo encendió.

—No es a Trump a quien voy a votar. El problema son las élites progresistas que han estado hundiendo este gran país. A esa mujer [Hillary Clinton] solo le importa que los banqueros conserven su riqueza. Dice que los «deplorables» como yo somos el problema. ¿Yo y el «privilegio blanco»? Menudo chiste. Los auténticos supremacistas blancos son los

consejeros delegados de las megaempresas, el 90 por ciento de los cuales da la casualidad de que son hombres blancos. Pero resulta que los medios corporativos no ven lo que no quieren ver. No, no me creo lo que nos cuentan los demócratas y los medios progresistas. Al menos Trump dice en voz alta lo que pensamos todos.

Steve se crio en el norte del estado de Nueva York, en una familia de clase media-baja. Su padre trabajaba como maquinista en una fábrica de productos para infraestructuras viarias. Ese trabajo le reportaba unos ingresos modestos pero constantes que permitían a la familia de Steve mantener su estatus de clase media. La madre de Steve no trabajaba, y la familia era propietaria de su propia casa y pudo permitirse enviar a la hermana mayor de Steve a una universidad local.

En cuanto a Steve, decidió que la universidad no le interesaba. Sus notas de bachillerato no eran para tirar cohetes. Además, cuando su hermana se licenció en Ciencias y Humanidades, su título no tuvo ningún efecto visible en el tipo de trabajo que le ofrecieron ni en el salario que le pagaron. A los dos años de terminar la carrera, ella y su marido se mudaron a Carolina del Norte, donde los impuestos y el coste de la vida eran más bajos y las perspectivas de empleo de su marido, mejores.

En vez de ir a la universidad, Steve se alistó en el ejército, que lo envió a Alemania. Pero solo cumplió un periodo de servicio. En aquella época, Estados Unidos estaba a punto de embarcarse en una serie de guerras en el extranjero en lugares como Afganistán e Irak. Steve no veía el sentido de jugarse la vida en guerras que no le iban ni le venían. Por desgracia, su padre falleció de pronto de un ataque al corazón siendo aún relativamente joven, y Steve quiso ayudar a su madre en esos momentos difíciles. Cuando volvió a casa, se dio cuenta de que, a diferencia de la generación de su

padre, no podía contar con un empleo estable. Durante un tiempo trabajó en la construcción, pero acabó formándose como mecánico de coches.

Aunque no es apto para trabajos directivos, es un trabajador manual competente y sus jefes valoran su habilidad para reparar coches. A pesar de ello, su nivel salarial en términos reales es mucho más bajo que el de su padre. Además, no tiene estabilidad laboral. Siempre pasa algo: el taller quiebra, o tiene que reducir la plantilla por falta de demanda, o el dueño exige que trabajen más, pero sin pagarles las horas extra.

El resultado es que Steve no puede mantener un empleo durante más de uno o dos años y tiene que apuntarse al paro una y otra vez. La solicitud de la prestación por desempleo es un proceso denigrante que lleva su tiempo y Steve pasa a menudo semanas sin percibir ingreso alguno. Uno de los inconvenientes de cobrar el paro es la tremenda presión para que acepte empleos mal pagados, aunque no se ajusten a sus aptitudes. Sabe que es un buen trabajador y en empleos anteriores llegó a ganar hasta veinticinco dólares por hora. ¿Por qué iba a aceptar un trabajo por el salario mínimo? Y una vez descontados los impuestos, en realidad va a ganar menos que con la prestación de desempleo que percibe. Steve quiere trabajar: le gusta arreglar coches y se le da bien. Pero le molesta que le llamen «vago» porque se niega a aceptar trabajos temporales mal pagados. Aunque no conoce la palabra, forma parte del «precariado».[1]

Por suerte, su madre consiguió empleo en el Walmart del pueblo. Tratar con clientes maleducados es desagradable y el sueldo es bajo. Lo bueno es que el trabajo queda cerca de su casa, de la que Steve y su madre se consideran afortunados por ser los propietarios. Los impuestos sobre bienes inmuebles de su municipio son altos: más de cinco mil dólares al año. Aun así, vivir en tu propia casa es mejor que alquilar un piso. También es una suerte que, como veterano, Steve tenga seguro médico gratuito a través de

la Administración Sanitaria para Veteranos. Por otra parte, hay que reconocer que Steve se ha demostrado incapaz de ahorrar nada para épocas de vacas flacas. Incluso cuando le va bien, el dinero siempre se le evapora antes del siguiente día de cobro.

Steve quiere una familia e hijos. Pero aunque ha tenido varias novias, ninguna de sus relaciones llegó a ser duradera. No sabe cuál es el problema, pero ahora que pasa de los cuarenta, cree que quizá deba resignarse a una vida sin hijos.

Las dos pasiones de Steve son los coches y las armas. La primera le ayuda a ganar dinero, y la segunda es una de las razones por las que no tiene ahorros. Posee una buena colección de armas de fuego, con las que dispara de forma habitual en el campo de tiro. Sus compañeros son en su mayoría veteranos y, como él, están locos por las armas. Para ellos, la parte más sagrada de la Constitución estadounidense es la Segunda Enmienda: «El derecho del pueblo a poseer y portar armas». A través de sus amigos, Steve conoció a la milicia ultraderechista de los Oath Keepers. Como veterano, lo recibieron con los brazos abiertos y ha participado en varias manifestaciones a favor de la Segunda Enmienda, pero últimamente se ha distanciado de la organización.

Las opiniones políticas de Steve son el fruto de su experiencia personal y su entorno social. En general, tiene claro que su país avanza en la dirección equivocada. Sus abuelos crecieron durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. La vida fue dura por un tiempo, pero luego mejoró visiblemente cuando el país entró en la posguerra. La siguiente generación, la de sus padres del *baby boom*, vivió tiempos aún mejores. Estados Unidos era un gran país en el que la calidad de vida de la gente corriente había ido mejorando de forma apreciable con cada generación. Pero no para Steve y sus amigos. Por el motivo que sea, la época de prosperidad para la gente

común ha terminado y la ha sustituido una época de precariedad. No es justo que los hijos vivan peor que sus padres.

Lo que es aún peor, según Steve, es que las «élites cosmopolitas», que controlan el Estado estadounidense, prácticamente les han declarado la guerra a las personas como él: los hombres blancos heterosexuales sin estudios universitarios. Son los «deplorables», según las célebres palabras que pronunció Hillary Clinton en 2016: «Racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos». Steve tiene la sensación de ser una de las personas con menos poder de Estados Unidos, sobre todo cuando está temporalmente en paro. Él y sus compañeros creen que las élites están deseando deshacerse de ellos. Los expertos y los políticos progresistas cuentan los años que faltan para que gente como Steve se vea finalmente superada en número por los votantes «correctos». Como él oye decir a los comentaristas de derechas, las élites trabajan activamente para acelerar el proceso fomentando la inmigración.

Aunque su padre era un demócrata furibundo, Steve no se molestó en votar antes de 2016. Ningún político convencional le atraía. Todo cambió en 2016 con el ascenso estratosférico de Donald Trump, que obtuvo la nominación republicana contra todo pronóstico. Steve no creía del todo a Trump, pero por lo menos expresaba con palabras lo que sentían Steve y sus amigos. Prometió drenar la ciénaga de Washington y construir un muro en la frontera de México. Era un mensaje con el que se identificaba, aunque Steve no acabara de creerse que permitieran a Trump hacer ni lo uno ni lo otro. Pero no importaba. Steve recibió con alborozo la candidatura de Trump como un ariete contra las élites de Washington. Era una delicia ver a las élites retorcerse bajo las embestidas de Trump.

Steve no es un revolucionario. No pretende destruir el Estado y remodelar la sociedad. Lo que sí quiere es que las cosas vuelvan a ser como

lo fueron para sus padres y abuelos. Así entiende él el lema de Trump: «Make America Great Again» («Que América vuelva a ser un gran país»).

Si ya detesta a los políticos convencionales, Steve desprecia aún más a los medios de comunicación convencionales. El único programa que ve es *Tucker Carlson Tonight* en Fox News. Pero sus principales fuentes de información e ideas son blogueros y youtubers veteranos del ejército como él. Se ríe cuando las grandes empresas de los medios de comunicación de masas acusan a sus fuentes de información de propagar *fake news* (bulos o noticias falsas); en su opinión, son canales como la CNN los que propagan bulos, en particular, según Steve, el de la existencia de una epidemia de tiroteos. La mayoría de estas noticias falsas son obra de los partidarios del control de armas con el objetivo de influir en la opinión pública en contra de la Segunda Enmienda, un tema en el que sus convicciones son más que firmes; para él, la línea roja es que el Estado llegue a confiscarle las armas. Está dispuesto a recurrir a ellas para defender su derecho a portarlas. Como le gusta repetir a su amigo Brad: «Si nos tratan así de mal cuando estamos armados, ¿qué nos harán cuando nos hayan desarmado?».

Kathryn

Al cabo de un año o dos, más o menos, desde que Donald Trump asombrara al mundo al ser elegido, cuando nuestras élites políticas todavía intentaban asimilar ese increíble desenlace, tuve una interesante conversación con una persona que formaba parte de esa élite. Kathryn, que pertenece al 1 por ciento de privilegiados, vive en Washington y tiene una extensa red de contactos entre filántropos ricos y políticos de trayectoria consolidada o en ascenso. A menudo actúa como intermediaria entre ambos grupos. Kathryn

había oído en alguna parte que yo había publicado hace años un pronóstico según el cual se avecinaba una época de inestabilidad en Estados Unidos y quería saber en qué se basaba mi pronóstico. Más concretamente, quería saber por qué tanta gente votó a Trump en 2016.

Empecé a hablarle de los motores de la inestabilidad social y política, pero no pasé del primero: la pauperización del pueblo. «¿Qué pauperización? —replicó Kathryn—. La gente no ha vivido nunca mejor que ahora». Y acto seguido, me recomendó que leyera *En defensa de la Ilustración*, un libro recién publicado por Steven Pinker. También me aconsejó que echara un vistazo a los gráficos del sitio web de Max Roser, Our World in Data. Apelando a ambos, me instó a reconsiderar mi postura: «Usted guíese por los datos. La vida, la salud, la prosperidad, la seguridad, la paz, el conocimiento y la felicidad van en aumento».[2] La pobreza mundial disminuye; la mortalidad infantil disminuye; la violencia disminuye. Todo el mundo, incluso en el país africano más pobre, tiene un smartphone, que contiene un nivel de tecnología prodigioso comparado con el que tenían las generaciones anteriores.

Kathryn tiene razón, dentro de lo que cabe. Según Max Roser,[3] si en 1820 más de tres cuartas partes de la población mundial vivían en la pobreza extrema, hoy solo vive así una décima parte. En los dos últimos siglos, la pobreza mundial ha disminuido década tras década, con un ritmo de descenso especialmente impresionante a partir de 1970.

Pero a Steve le da igual lo que haya ocurrido con la pobreza mundial a partir de 1820, o incluso de 1970. En cualquier caso, la mayor parte del descenso de la pobreza desde 1970 se debió al enorme crecimiento económico de China. ¿Qué relevancia puede tener eso para él? ¿Qué le importa que él sea más rico que la mayoría de los habitantes del África subsahariana? Él no se compara con un cultivador de sorgo de Chad, sino

con su padre. Sabe perfectamente que su generación está en peor situación económica que la de su padre.

En cambio, cuando Kathryn dice que la gente jamás ha vivido mejor, no lo dice solo por lo que ocurre a nivel mundial, sino también por experiencia propia. A ella y a la gente con la que habla (en su mayoría, otros integrantes del 1 por ciento, con algunos del 10 por ciento entremezclados) les ha ido de fábula en las últimas décadas. Su experiencia coincide con las estadísticas optimistas citadas por Pinker y Roser. Pero esa no es la experiencia personal de Steve y los de su entorno social. No es de extrañar que estos dos grupos discrepen sobre la dirección que está tomando el país.

En opinión de Kathryn, los problemas de Steve son sobre todo culpa de él. En la economía actual, basada en el conocimiento, no basta con tener un título de secundaria. También se necesita disciplina económica. En lugar de gastar su dinero extra en armas y munición, debería invertirlo en un plan de pensiones.

¿Quién tiene razón? ¿Hasta qué punto la experiencia de Steve es representativa y está justificado que crea que Estados Unidos va en la dirección equivocada? Estas preguntas solo pueden responderse con estadísticas.

Una mirada a fondo a los números

Kathryn reconoce que el aumento de la desigualdad es un problema. Sin embargo, a su juicio, aunque el aumento de la desigualdad es real, se exagera un poco al considerarlo un problema que exige medidas urgentes. Aunque el nivel de vida de los más pobres no mejore con la suficiente rapidez, lo cierto es que mejora. El sistema económico basado en el

capitalismo y el libre mercado está dando resultados. La mejor solución para la desigualdad no es otra que más crecimiento económico.[4]

¿Mejora el nivel de vida de la población estadounidense? La forma habitual de responder a esta pregunta es observar lo que ha ido sucediendo con los ingresos de los hogares. Dado que nuestro objetivo es entender por qué ganó Trump en 2016, veamos cómo cambiaron los ingresos en los cuarenta años anteriores a esa fecha. El año 1976 es un buen punto de partida para esta comparación porque por entonces el joven padre de Steve ya tenía un trabajo estable. Él y su mujer se habían mudado a su nueva casa y esperaban su primer hijo, la hermana de Steve. La vida era buena y cada vez mejor.

Según la Oficina del Censo de Estados Unidos,[5] la renta real media de los hogares (expresada en dólares ajustados a la inflación de 2020) pasó de 61.896 dólares en 1976 a 89.683 dólares en 2016. Eso supone un aumento del 45 por ciento, lo que parece bastante bueno. Sin embargo, la renta media no es el mejor indicador al que atenernos, porque la media se calcula promediando los ingresos de familias pobres, cuyo único sostén es una persona con ingresos próximos al salario mínimo —o sea, unos 20.000 dólares anuales—, con los de familias ricas, como la del consejero delegado de una gran empresa que gana al año, de media, 16,6 millones de dólares.[6] Lo que queremos saber es qué pasa con las familias típicas, no con los extremos de la distribución. Para ello tenemos que fijarnos en la mediana de los ingresos: el valor que divide la serie de los ingresos exactamente por la mitad. Por fortuna, la Oficina del Censo de Estados Unidos nos proporciona datos sobre la renta mediana: entre 1976 y 2016, pasó de 52.621 dólares (en dólares de 2020) a 63.683 dólares, una subida del 21 por ciento. No es tanto como el 45 por ciento, pero sigue siendo un incremento razonable, ¿no?

Sin embargo, comparemos estas estadísticas de las rentas familiares con lo ocurrido con los salarios. Al fin y al cabo, aunque los ingresos combinados de Steve y su madre en 2016 eran superiores a lo que ganaba su padre en 1976, esto se debía a que ambos miembros de la familia trabajaban. La madre de Steve trabaja en Walmart no porque disfrute con ello, sino sencillamente porque sin sus ingresos no podrían pagar las facturas. El aumento de la renta familiar no ha ido acompañado de un aumento de su calidad de vida, sino que solo les ha permitido no quedarse atrás.

Cuando nos fijamos en los salarios, la supuesta mejora de las condiciones económicas se diluye aún más. La mediana del salario real entre 1976 y 2016 aumentó de 17,11 a 18,90 dólares por hora, es decir, un 10 por ciento. [7] Cuando desglosamos las cifras por raza, vemos que para los trabajadores negros la mejora fue ligeramente mejor, de un 12 por ciento. Pero como partían de un nivel inferior en 1976, su salario mediano en 2016 fue de solo 16,06 dólares; en cambio, para los trabajadores hispanos, la mejora fue de solo el 6 por ciento. En el extremo inferior de la distribución salarial, también vemos que el primer decil (el 10 por ciento de los trabajadores peor pagados) también mejoró solo un 6 por ciento.

A medida que profundizamos en las cifras, el panorama halagüeño de cómo el crecimiento económico ha beneficiado presuntamente a la mayoría de la población estadounidense se vuelve cada vez menos halagüeño. Un 10 por ciento al cabo de cuarenta años no es que sea muy impresionante. Y hay que tener en cuenta que esta evolución global no ha sido en absoluto constante. En los años noventa, por ejemplo, los trabajadores típicos fueron perdiendo terreno, hasta el punto de ganar menos que en los setenta.

Seguir la evolución de los salarios reales en las distintas partes de la distribución salarial es útil, pero no el único método de análisis posible, y

quizá ni siquiera el mejor. No hay solución de continuidad entre los distintos deciles: la distribución es suave. Otra posibilidad es observar cómo han cambiado los salarios de las distintas clases de trabajadores. Recientemente, los científicos sociales han empezado a prestar atención a cómo afecta el nivel de estudios al bienestar económico.[8]

Los estadísticos clasifican a los estadounidenses en cinco categorías que reflejan su nivel de estudios: por debajo de secundaria (9 por ciento de la población en 2016), secundaria (26 por ciento en 2016), estudios universitarios empezados (29 por ciento en 2016), licenciatura o grado universitario (23 por ciento en 2016) y estudios de posgrado (13 por ciento en 2016).[9] La gran diferencia, en términos de prosperidad económica, se produce entre las tres primeras clases (con menos estudios), que perdieron terreno, y las dos últimas (con más estudios), que se adelantaron. El salario promedio real de los trabajadores con un título de grado o licenciatura aumentó de 27,83 a 34,27 dólares por hora (igual que antes, estoy comparando cifras de 1976 y 2016 en dólares ajustados a la inflación). A los estadounidenses con títulos de posgrado les fue aún mejor, ya que pasaron de 33,18 a 43,92 dólares. Sin embargo, los trabajadores cuyo único título era el de bachillerato vieron que sus salarios disminuían de 19,25 a 18,57 dólares. En el caso de los trabajadores que ni siquiera terminaron la secundaria, los salarios se redujeron de 15,50 a 13,66 dólares. Si nos fijamos en las diferentes categorías demográficas, observamos algunas variaciones en torno a este patrón general: a los hombres les fue peor que a las mujeres y a los negros les fue peor que a los blancos o hispanos.[10] Pero para todas las categorías, la brecha entre las personas con más o menos estudios se ha ensanchado con el tiempo.

La sorprendente conclusión que se deduce de estos datos es que los estadounidenses sin un título universitario de cuatro años —el 64 por ciento

de la población total— han ido perdiendo terreno en términos absolutos; sus salarios reales se redujeron en los cuarenta años anteriores a 2016. Pero eso no es todo. Hasta ahora, nos hemos centrado solo en los salarios ajustados a la inflación, o «salarios reales». Pero ¿por qué los llamamos «reales»? Ajustar los salarios a la inflación no es tan fácil como parece. En las últimas décadas, algunos bienes se han abaratado: los televisores, por ejemplo, y muchos juguetes. El coste de otros, como los coches nuevos, no ha cambiado mucho en dólares corrientes, lo que significa que los coches nuevos son más baratos en dólares ajustados a la inflación. Pero el coste de otros artículos y productos aumentó mucho más deprisa que la tasa de inflación oficial. Para calcular esa tasa, los economistas de la Administración tienen que definir una cesta de productos de consumo y luego calcular cómo cambia de coste de un año a otro. Esta metodología plantea varios problemas. En primer lugar, las cestas de Steve y Kathryn son totalmente diferentes o, por decirlo de otro modo: cada uno vive una tasa de inflación diferente. En segundo lugar, la cesta de la compra cambia drásticamente con el tiempo. Por ejemplo, en 1976 no había móviles y ahora todo el mundo los usa. ¿Cómo podemos incluir todo esto en nuestros cálculos?

El proceso mediante el cual los economistas de la Administración crean y ajustan la cesta de bienes de consumo es algo opaco que, como afirman algunos críticos, se presta a la manipulación. Al fin y al cabo, cuando las agencias gubernamentales informan sobre el crecimiento económico, existe un fuerte incentivo para subestimar la tasa de inflación, porque así el Gobierno sale mejor parado. El PIB se calcula como la suma de todos los bienes y servicios producidos en Estados Unidos. A continuación, se divide por la población estadounidense, lo que da el PIB per cápita. Por último, se ajusta por el coste de la cesta de la compra, dando como resultado el PIB

real per cápita. Subestimar la inflación hincha el PIB real per cápita, lo que deja al Gobierno en mejor lugar. Varios críticos han propuesto sus propios métodos para calcular la inflación, aunque los economistas convencionales suelen tacharlos de engañosos. Tenga quien tenga la razón, lo principal es que ajustar los salarios a la inflación no es una tarea sencilla y puede introducir grandes errores en las estadísticas que manejamos. Los distintos organismos públicos utilizan índices de precios diferentes: el índice de precios al consumo (IPC) y el índice de precios de los gastos de consumo personal (PCE, por sus siglas en inglés). La diferencia media entre ambos es del 0,5 por ciento.[11] Puede que no parezca mucho, pero hay que considerar que una variación del 10 por ciento al cabo de cuarenta años (que es lo que ha aumentado el salario medio real) es el resultado de una variación interanual del 0,25 por ciento, es decir, la mitad de la diferencia entre los índices IPC y PCE.

De todos modos, está claro que los dólares ingresados en 2016 son diferentes de los ingresados en 1976, y tenemos que compensar este cambio de alguna manera. La forma habitual de hacerlo es recurriendo a las estadísticas gubernamentales. Como hemos visto, según este cálculo, el salario mediano real ha crecido un 10 por ciento en cuarenta años, o sea, un 0,25 por ciento anual, un crecimiento que parece raquítico. Otro método consiste en desglosar la cesta de la compra y examinar los distintos tipos de bienes y servicios por separado. Por ejemplo, ¿cuáles son los bienes más importantes que definen la calidad de vida de la clase media estadounidense? Uno es claramente la educación superior. Otro es la vivienda en propiedad. Otro es la atención sanitaria. Curiosamente, el coste de estas tres grandes partidas del gasto ha aumentado mucho más rápido que la inflación oficial.

Para que se vea más claro, olvidémonos de los dólares reales (que al final no son del todo reales) y hagamos un cálculo utilizando solo dólares nominales (corrientes), saltándonos así el paso de ajustar la inflación. En 1976, el coste medio de estudiar en una universidad pública era de 617 dólares al año. Parece casi irreal. Un trabajador que ganara el salario mediano en 1976 tenía que trabajar 150 horas para pagar un año de universidad. En 2016, el coste anual medio de la matrícula y las tasas de las universidades públicas era de 8.804 dólares. Un trabajador que ganara el salario mediano tenía que trabajar 500 horas para pagarlo, es decir, más del triple. El reto de adquirir una vivienda media es muy parecido: un trabajador que perciba el salario mediano tiene que trabajar un 40 por ciento más para pagarla en 2016 en comparación con 1976. Ese aumento del 10 por ciento en el salario mediano real empieza a parecer más raquítico que antes.

Peor aún: si hacemos el mismo cálculo, pero en lugar del salario mediano utilizamos el salario promedio de alguien que solo tenga el título de bachillerato —un salario que, recordémoslo, disminuyó en términos absolutos entre 1976 y 2016—, el número de horas que tiene que trabajar para pagar la universidad es casi el cuádruple (3,85 veces más, para ser exactos). En 2016, los padres de «clase obrera» (con un nivel de estudios inferior) tenían que trabajar cuatro veces más para pagar la universidad de sus hijos en comparación con 1976. Esto significa que la capacidad de pasar de la clase menos formada a la más formada ha mermado drásticamente en apenas unas décadas.

Bienestar biológico

Hasta ahora, en este análisis de la evolución de la situación de la clase trabajadora estadounidense, solo hemos examinado los aspectos económicos del bienestar. Pero el bienestar y su antónimo, la miseria, tienen otras dimensiones: biológica y social. La primera de ellas, relacionada en términos generales con la salud, es en muchos sentidos un indicador mejor y menos engañoso de la calidad de vida. ¿Qué podemos decir de la salud?

Uno de los indicadores más sensibles del bienestar biológico es la estatura media de la población.[12] La estatura física viene determinada por el equilibrio entre la ingesta nutricional y las exigencias que el entorno impone al organismo durante los primeros veinte años de su vida. El aspecto más importante de la nutrición es la ingesta calórica, pero la calidad de la dieta (disponibilidad de verduras frescas, por ejemplo) también afecta a la estatura. Entre los factores ambientales que pueden frenar el crecimiento figuran la alta prevalencia de enfermedades, ya que combatir las infecciones cuesta energía, y el trabajo pesado, si se obliga a realizarlo a niños y adolescentes. Así pues, muchos factores que determinan la estatura se ven afectados por la situación económica de la familia. A mayores ingresos, mayor cantidad y calidad de alimentos. La riqueza también permite acceder a mejores servicios médicos y libera a los niños de la necesidad de trabajar en fábricas. Las vacaciones en la playa permiten a los cuerpos en desarrollo reponer sus reservas de vitamina D. Así pues, la estatura media de la población representa un factor de corrección muy útil respecto a los indicadores puramente económicos, como el salario real. Es posible obtener estimaciones fiables de la estatura a partir de huesos humanos, lo que nos permite estudiar el bienestar de la población en poblaciones prehistóricas.

En el siglo XVIII, los habitantes de Estados Unidos eran los más altos del mundo.[13] La estatura media de los estadounidenses nativos siguió

aumentando hasta la cohorte nacida en 1830. Durante los setenta años siguientes, disminuyó en más de cuatro centímetros. Tras otro punto de inflexión, en 1900, y durante unos setenta años más, la tendencia volvió a ser muy positiva. Durante ese periodo, la estatura media aumentó la friolera de nueve centímetros. Entonces ocurrió algo. A partir de los niños nacidos en los años sesenta, el incremento de la estatura se detuvo. Este cambio de tendencia solo afectó a Estados Unidos. En otras democracias de renta alta, la estatura media siguió aumentando, y hoy las personas más altas del planeta viven en países como Holanda, Suecia y Alemania. Pero no en Estados Unidos. ¿Qué está ocurriendo?

La estatura adulta se alcanza cuando los adolescentes de entre quince y veinte años pasan por su estirón. Una vez cumplidos los veinte años, dejamos de crecer (y por último empezamos a encoger, aunque muy despacio). Así pues, la estatura de los niños nacidos en 1960 está parcialmente determinada por las condiciones ambientales que experimentaron entre 1975 y 1980. Y estas condiciones estaban determinadas en gran medida por los salarios de la generación de los padres. En consecuencia, cuando los salarios reales de los estadounidenses medios dejaron de crecer a finales de los años setenta, también lo hizo la estatura media de sus hijos.[14]

Otro indicador muy útil del bienestar biológico es la esperanza de vida, más difícil de calcular en el caso de poblaciones que vivieron en un pasado lejano. Sin embargo, gracias a las investigaciones realizadas por el premio Nobel Robert Fogel y otros historiadores económicos, tenemos la suerte de disponer de los datos de toda la historia de Estados Unidos.[15] Durante estos dos siglos, los cambios en la esperanza de vida son un correlato fiel de la evolución de los datos de estatura,[16] lo que no es de extrañar, porque a nivel individual existe una fuerte correlación positiva entre la esperanza de

vida y la estatura, excepto en las estaturas extremas. En otras palabras, estas dos medidas proporcionan imágenes complementarias del bienestar biológico. Cuando ambas disminuyen, se refuerza la idea de que algo no funciona entre la población.

Hoy disponemos de datos muy detallados que permiten a los científicos sociales reconstruir las tendencias de la esperanza de vida o, en su defecto, las tasas de mortalidad de los distintos estratos de población de la sociedad. Cuando una persona fallece en Estados Unidos, por ejemplo, se expide el certificado de defunción correspondiente, que proporciona todo tipo de datos sobre el difunto, incluido su nivel de estudios. Los prestigiosos economistas Anne Case y Angus Deaton utilizaron hace pocos años estas estadísticas e identificaron una tendencia muy preocupante en esta medida del bienestar. Descubrieron que la esperanza de vida al nacer de los estadounidenses blancos se redujo en una décima de año entre 2013 y 2014. En los tres años siguientes, la esperanza de vida de la población estadounidense en general disminuyó. La mortalidad en todas las edades aumentó, pero el aumento más rápido ocurrió en los estadounidenses blancos de mediana edad. «Cualquier disminución de la esperanza de vida es sumamente raro. Ante una disminución de tres años, nos encontramos en territorio desconocido; la esperanza de vida de los estadounidenses nunca había descendido durante tres años seguidos desde que se empezaron a recopilar datos vitales exhaustivos en todos los estados en 1933», escriben Case y Deaton.[17] La disminución de la esperanza de vida de los estadounidenses comenzó varios años antes de la pandemia de COVID-19, pero la pandemia supuso un duro golpe. Para 2020, la esperanza de vida al nacer había caído 1,6 años, en comparación con 2014.[18]

La historia que cuenta el libro de Case y Deaton es sobre todo la de los estadounidenses blancos de clase trabajadora. Los estadounidenses blancos

no hispanos constituyen el 62 por ciento de la población en edad de trabajar y hacer un seguimiento de su bienestar es muy importante para comprender hacia dónde se dirige Estados Unidos como país. Pero sería un error limitar las implicaciones de la investigación de Case y Deaton a los «hombres blancos airados», como a veces hace la prensa. Las fuerzas económicas y sociales que han ido perjudicando al trabajo han afectado a todos los estadounidenses de clase trabajadora, con independencia de su sexo, raza u origen étnico. Sin embargo, el momento en que sus vidas se han visto afectadas por estas fuerzas puede ser muy diferente.

La actual ola de globalización, que se puso en marcha en torno a 1980, golpeó con especial dureza a los negros estadounidenses, sobre todo a los que vivían en el centro de las ciudades. Los estadounidenses negros que tenían un nivel de estudios más alto se marcharon a barrios más seguros y a las zonas residenciales de las afueras. En el centro de las ciudades, la tasa de nupcialidad cayó, los índices de delincuencia y muerte por causas violentas aumentaron y las epidemias gemelas del crack y el sida afectaron de forma desproporcionada a los estadounidenses de raza negra. Lo que les ocurrió a los negros de clase trabajadora durante los años ochenta quizá fuese un aviso de las circunstancias parecidas que afectarían a los blancos al cabo de tres décadas. Las tasas de mortalidad de los negros siempre han sido superiores a las de los estadounidenses blancos, y a principios de los años noventa las duplicaban con creces. Pero a partir del año 2000, el aumento de la tasa de mortalidad de los blancos discurrió en paralelo al descenso de la tasa de los negros, hasta que la diferencia entre ambos grupos se redujo al 20 por ciento. Por desgracia, las mejoras en la esperanza de vida de los negros cesaron en 2013; un factor importante en este cambio de tendencia fue el aumento de las «muertes por desesperación» entre los estadounidenses negros con menor nivel de estudios a partir de 2013.[19]

Muertes por desesperación

Ya hemos visto en este capítulo que la suerte económica de la «clase titulada» (estadounidenses con una licenciatura o grado o un posgrado) y la de la «clase trabajadora» (con menos estudios) ha divergido en términos absolutos en las últimas cuatro décadas. Los salarios de los más formados aumentaron, mientras que los de los menos formados disminuyeron. ¿Y qué pasa con otros indicadores de bienestar? Gracias a las investigaciones exhaustivas de Case y Deaton, sabemos la respuesta, y no es buena. Las tasas de mortalidad de las personas con estudios continuaron su descenso; en cambio, las de la clase trabajadora aumentaron y la esperanza de vida disminuyó.

El primer grupo de población en el que Case y Deaton documentaron un aumento de las tasas de mortalidad fue el de los hombres blancos de clase trabajadora de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. La inversión de la tendencia de este grupo se produjo a finales de los años noventa.[20] El aumento de las tasas de mortalidad se debió a una combinación de causas, a las que Case y Deaton se refieren en conjunto como «muertes por desesperación». Las causas de las muertes por desesperación son el suicidio, el alcoholismo y el consumo de drogas, todas ellas formas de escapar del dolor físico y psicológico. El suicidio es la salida más rápida, pero las muertes por sobredosis de drogas y cirrosis alcohólica son también autoinfligidas; sencillamente, tardan más en producirse. Lo más impresionante es que, mientras que las muertes por desesperación se multiplicaron por cuatro entre los hombres con menor nivel de estudios, apenas variaron entre los hombres con estudios superiores.[21]

Sin embargo, las muertes por desesperación no afectan solo a los hombres. Case y Deaton escriben:

> Al principio, los medios que se hicieron eco de nuestro trabajo solían emplear titulares que se referían a la muerte de los hombres blancos «airados», lo que a nuestro juicio se debe a que eran incapaces de imaginar que las mujeres pudieran suicidarse del mismo modo. Históricamente, no era así. Pero eso ha cambiado. Las mujeres se suicidan menos —algo que parecen confirmar los datos de los que disponemos en todo el mundo, incluso en China, que antes era la excepción a la regla— y es menos probable que mueran por enfermedad hepática asociada con el alcohol o por sobredosis de drogas. Sin embargo, el gráfico indica que la epidemia afecta casi por igual a hombres y mujeres en todas y cada una de sus distintas componentes —suicidio, sobredosis de drogas y hepatopatía alcohólica— analizadas por separado. [...] Esta plaga no hace distinciones de sexo.

A principios de los años noventa, el riesgo de que las mujeres blancas de mayor o menor nivel de estudios murieran por abuso de alcohol, suicidio o sobredosis de drogas era bajo. Pero a partir de ese momento, las trayectorias de cada grupo de nivel de estudios empezaron a divergir entre las mujeres igual que en el caso de los hombres.

Posteriormente, en 2005, las muertes por desesperación comenzaron a aumentar antes de la mediana edad. Las tasas de mortalidad de los estadounidenses de entre treinta y cuarenta años crecieron más rápido que las de sus padres, aunque lo normal suela ser lo contrario, a consecuencia del envejecimiento. Se produjo una situación paradójica en la que la generación mayor tenía una tasa de mortalidad más baja que la generación más joven. Como escriben Case y Deaton, «los padres no deberían ver morir a sus hijos adultos. Es una inversión del orden normal de las cosas; se supone que los hijos entierran a sus padres, y no al revés».

Ya en 2010, en las conferencias que daba con mis pronósticos para los turbulentos años veinte que nos aguardaban, apuntaba al descenso de los salarios relativos, la reducción de la estatura media (sobre todo entre los

sectores más desfavorecidos de la población) y el empeoramiento de los aspectos sociales del bienestar (del que hablaré más adelante). Pero la esperanza de vida de los estadounidenses seguía aumentando, aunque fuese a la zaga de las mejoras observadas en otras democracias ricas. En su momento, lo expliqué así: «Vivimos en un mundo postmaltusiano en el que difícilmente deberíamos esperar que la pauperización se tradujera en un descenso absoluto de las expectativas de vida». Me equivocaba. Cuando leí por primera vez las investigaciones de Case y Deaton en 2015, sentí una auténtica conmoción.

La inversión de tendencia de la época de Reagan

¿Cómo debemos interpretarlo? Las tendencias económicas, como el aumento de la desigualdad, desempeñan un papel importante, pero sería demasiado burdo establecer una relación causal directa entre la desigualdad y la pauperización. Así es como reconstruyo la constelación de causas que han provocado la disminución de la esperanza de vida en Estados Unidos y, en general, del bienestar. Mi explicación es coherente con la de Case y Deaton, y con la de economistas como John Komlos.[22] Pero me remonto aún más en el tiempo y la sitúo en el marco general de la cliodinámica.[23]

Estados Unidos, como cualquier otra sociedad compleja, ha pasado por fases integradoras y desintegradoras. La primera fase de desintegración comenzó hacia 1830 y terminó hacia 1930.[24] Dentro de ese periodo, hubo dos picos de violencia colectiva, separados por unos cincuenta años: la guerra de Secesión (y sus violentas secuelas) y el pico de inestabilidad en torno a 1920. Al final de la primera época de discordia en Estados Unidos, las élites gobernantes, asustadas por los niveles de violencia política del

momento, consiguieron unirse y pactar una serie de reformas que pusieron fin a dicha época. Estas reformas se iniciaron durante la Era Progresista, en torno a 1900, y finalizaron durante el New Deal de la década de 1930. Uno de los resultados más importantes fue un contrato social no escrito entre las empresas, los trabajadores y el Estado que otorgaba a los trabajadores el derecho a organizarse y a la negociación colectiva y les garantizaba una participación más plena en el reparto de los beneficios del crecimiento económico. Este acuerdo iba más allá de la mera economía: consagraba la idea de la cooperación social entre las distintas partes de la sociedad (en términos cliodinámicos, la plebe, las élites y el Estado). Aunque al principio ciertos sectores de las élites opusieron una feroz resistencia al contrato,[25] el éxito del país a la hora de hacer frente a las secuelas de la Gran Depresión y luego a la Segunda Guerra Mundial convenció a todos, salvo a un grupo relativamente pequeño, de que el contrato era algo bueno.

No debemos olvidar que la clase trabajadora que participó en este pacto fue la clase trabajadora blanca; los estadounidenses de raza negra quedaron al margen (importante punto sobre el que volveré en el capítulo 6). E irónicamente, el extremo opuesto del espectro de la riqueza —los superricos — también estuvo entre los perdedores, porque el acuerdo a tres bandas frenó y, de hecho, invirtió el sentido del bombeo de riqueza. Casi la mitad de los millonarios que prosperaron durante los felices años veinte fueron aniquilados por la Gran Depresión y las décadas siguientes, cuando los salarios de los trabajadores crecieron más deprisa que el PIB per cápita. El tamaño de las mayores fortunas de Estados Unidos disminuyó entre 1929 y 1982, tanto en términos reales como medido en múltiplos de los salarios medianos de los trabajadores.[26] Los grandes ganadores fueron las clases medias.

Pero eso no duró. En los años setenta, una nueva generación de élites empezó a sustituir a la «gran generación cívica».[27] Las nuevas élites, que no habían vivido las turbulencias de la anterior época de discordia, olvidaron sus enseñanzas y empezaron a desmantelar paso a paso los pilares en los que se apoyaba la época de prosperidad de la posguerra. Las ideas de la economía neoclásica, que hasta entonces solo defendían economistas marginales, se convirtieron en hegemónicas.[28] La presidencia de Ronald Reagan en los años ochenta fue el punto de inflexión en el que se abandonó la idea de la cooperación entre trabajadores y empresas. En su lugar, entramos en la era de «la codicia es buena».

Al mismo tiempo, los salarios de los trabajadores se vieron presionados a la baja por diversas fuerzas que modificaron el equilibrio entre la oferta y la demanda de mano de obra. La oferta de mano de obra se vio inflada por la gran generación del *baby boom* que buscaba empleo, por la mayor participación de la mujer en la población activa y por el gran aumento de la inmigración. Además, la demanda de mano de obra disminuyó cuando las empresas trasladaron su producción al extranjero en respuesta a la globalización y, más recientemente, debido al incremento de la automatización y robotización de la producción. El resultado fue que el exceso de oferta de mano de obra en relación con la demanda presionó a la baja los salarios de los trabajadores. Al mismo tiempo que las instituciones que protegían a los trabajadores se iban debilitando, los salarios eran incapaces de resistir las presiones bajistas. Los salarios reales disminuyeron, especialmente para los trabajadores menos cualificados, menos demandados en la nueva economía, que se enfrentaban a la competencia de los inmigrantes, a la automatización y a la deslocalización más que los trabajadores con formación universitaria.[29]

Aunque el equilibrio de la oferta y la demanda de mano de obra tuviese sin duda un efecto importante, los factores puramente económicos no bastan para explicar por qué los salarios relativos de los trabajadores típicos cayeron a partir de los años setenta. El análisis estadístico de los datos salariales muestra que otro factor, y clave, fue el cambio de actitudes culturales y políticas sobre cuál es el nivel salarial adecuado para la mano de obra que no pertenece a la élite. Un buen indicador de este factor «extraeconómico» es el salario mínimo real.[30] Desde el New Deal hasta la Gran Sociedad de la presidencia de Lyndon B. Johnson, estas fuerzas ajenas al mercado hicieron que el salario mínimo subiera más rápido que la inflación. Sin embargo, durante los años setenta, se impuso la tendencia contraria, que provocó que el salario mínimo real disminuyera debido a la inflación. Lo importante aquí, sin embargo, no es el efecto directo del salario mínimo sobre los salarios globales, que probablemente sea escaso porque afecta a una proporción reducida de la población activa estadounidense. Además, muchos estados fijan sus salarios mínimos por encima del indicador federal. El valor principal de esta variable es como indicador indirecto del complejo de fuerzas ajenas al mercado, que también incluye las actitudes de las élites hacia la negociación colectiva.[31]

Nuevos trabajos recientes de economistas aportan pruebas contundentes de la importancia de las fuerzas ajenas al mercado para explicar el descenso salarial de los trabajadores estadounidenses. Un análisis realizado en 2020 por Anna Stansbury y Lawrence H. Summers presentaba numerosas pruebas de que la disminución del poder de los trabajadores es un factor más importante que el aumento del poder de las empresas en el mercado de productos («monopolios»), el poder de las empresas en los mercados laborales («monopsonios») o el progreso tecnológico.[32] Un artículo de 2021 de Lawrence Mishel y Josh Bivens aporta más pruebas de que la

contención salarial entre 1979 y 2017 se debió a un cambio en el equilibrio de poder, y no a la automatización y los cambios tecnológicos. Mishel y Bivens identifican los siguientes factores que, en conjunto, explican tres cuartas partes de la divergencia entre la productividad y el crecimiento de la remuneración mediana por hora:

1. Austeridad macroeconómica, que facilita que el desempleo sea más alto de lo necesario para mantener controlada la inflación e impide que se reaccione a las recesiones con fuerza suficiente.
2. La globalización impulsada por las empresas, resultado de decisiones políticas, en buena medida a instancias de las grandes multinacionales, que reducen los salarios y la seguridad laboral de los trabajadores sin formación universitaria, al tiempo que protegen los beneficios y la remuneración de los directivos y profesionales de las empresas.
3. La erosión intencionada de la negociación colectiva, resultado de decisiones judiciales y de opciones políticas que invitaban a prácticas antisindicales cada vez más agresivas por parte de las empresas.
4. Normativa laboral menos estricta, como un salario mínimo cada vez más bajo, menor protección de las horas extraordinarias, no aplicación de las leyes contra el «robo de salarios» o la discriminación por motivos de género, raza o etnia.
5. Nuevas cláusulas contractuales impuestas por el empleador, como los pactos de no concurrencia después de dejar el puesto y de someter las reclamaciones a un forzoso arbitraje privado e individualizado de las reclamaciones.
6. Cambios en las estructuras empresariales, como consecuencia de la subcontratación (externalización en territorio nacional), la

desregulación de la industria, la privatización, la posición dominante del comprador que afecta a toda la cadena de suministro y el aumento de la concentración empresarial.[33]

Existe un consenso cada vez mayor entre los economistas de centro e izquierda sobre el hecho de que a partir de los años setenta la desigualdad de poder desempeñó un papel más importante que los cambios tecnológicos a la hora de frenar los aumentos salariales de los trabajadores que no pertenecían a la élite.[34]

Bienestar social y psicológico

El deterioro de las condiciones económicas de las personas con niveles de formación más bajos llegó acompañado de un declive de las instituciones sociales que alimentaban su vida social y su cooperación. Entre estas instituciones se encuentran la familia, la Iglesia, el sindicato, las escuelas públicas y sus asociaciones de padres y profesores, así como las distintas asociaciones de vecinos. Todas estas instituciones entraron en decadencia, al igual que la cooperación y el arraigo social en su conjunto.[35] Como señalan Case y Deaton, la epidemia de muertes por desesperación solo se explica parcialmente por el deterioro de las condiciones económicas; también es de vital importancia la progresiva desintegración de las relaciones sociales.

El empeoramiento de las condiciones económicas y sociales tiene un efecto directo sobre la felicidad personal y su antónimo, la infelicidad. Los psicólogos sociales han descubierto que para medir el nivel de felicidad de la población basta con preguntar sistemáticamente a las personas cómo se

sienten. A pesar de su sencillez, este método permite obtener medidas fiables del «bienestar subjetivo», y las respuestas son muy parecidas (fuertemente correlacionadas) aunque para ello se empleen procedimientos distintos. Varios estudios recientes, inspirados en el trabajo de Case y Deaton, han demostrado que el nivel de bienestar subjetivo de los estadounidenses ha disminuido en las dos últimas décadas. Por ejemplo, David Blanchflower y Andrew Oswald utilizaron las encuestas realizadas mensualmente por los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades para medir el nivel de «angustia extrema».[36] Descubrieron que la proporción de estadounidenses en situación de angustia extrema prácticamente se duplicó: del 3,6 por ciento en 1993 pasó al 6,4 por ciento en 2019. El efecto más fuerte, en consonancia con las conclusiones anteriores de Case y Deaton, se observó en los estadounidenses blancos de clase trabajadora. En este grupo, la angustia extrema —desesperación— aumentó de menos del 5 por ciento a más del 11 por ciento durante el mismo periodo. Otro estudio demostró que el grado creciente de infelicidad tiene un fuerte efecto predictivo sobre el comportamiento político. Utilizando un conjunto de datos diferente (de la encuesta diaria de Gallup, agregados por condado), George Ward y sus coautores demostraron que un nivel bajo de bienestar subjetivo es un potente indicador de descontento y se halla estrechamente correlacionado con el voto contra los candidatos en ejercicio. En 2016, en concreto, fue el indicador que mejor predijo el voto a Trump en cada condado.[37]

En este análisis, como vemos, los factores sociales, culturales y psicológicos desempeñan un papel muy importante. Entre las influencias no económicas se encuentran las ideologías corrosivas, como el objetivismo de Ayn Rand y la nueva ideología económica dominante, que ensalza la eficiencia económica y el fundamentalismo de mercado a expensas de la

mejora del bienestar general de la población. Otro elemento importante, de consecuencias un tanto inesperadas, es el auge de la meritocracia. El filósofo Michael Sandel lo ha expresado mejor que nadie:

> Se anima a los ganadores a considerar que su éxito es obra suya y prueba de sus cualidades, y a despreciar a los menos afortunados que ellos. Los perdedores pueden quejarse de que el sistema está amañado, de que los ganadores se han servido de trampas e intrigas para llegar a la cima. O pueden albergar la idea deprimente de que son los únicos culpables de su fracaso, que carecen del talento y el empuje necesarios para triunfar.[38]

Así, en 2016, la población estadounidense se encontraba dividida en dos clases sociales: los titulados y los «pauperizados», como en *Los miserables*. No son clases en el sentido marxista del término porque no se definen por sus relaciones con los medios de producción. Y ninguna de las dos es un agente unido en la escena política, sobre todo los que tienen un nivel de formación más bajo, los «miserables», que se encuentran profundamente divididos por la raza (hablaremos de las divisiones existentes en el seno de la clase de los «titulados» en el próximo capítulo). En cambio, los dos grupos se diferencian claramente por toda una serie de características: psicológicas (niveles más altos frente a niveles más bajos de «angustia extrema»), sociales (tasas de nupcialidad más bajas frente a tasas más altas), políticas (tendencia a votar a los republicanos frente a los demócratas), económicas (perspectivas económicas decrecientes frente a perspectivas económicas crecientes) y, quizá lo más trágico, biológicas (esperanza de vida decreciente frente a esperanza de vida creciente). La brecha entre las clases se ha hecho más difícil de cruzar debido al crecimiento galopante del coste de ir a la universidad.

Aunque ninguna de las dos clases está cohesionada internamente, cada una tiende a percibir a la otra como más monolítica de lo que es en realidad.

Y también tienden a culpar a la otra de que Estados Unidos vaya por mal camino.

La bomba de la riqueza, una vez más

En el capítulo 1, he introducido el concepto de salario relativo (el salario dividido por el PIB per cápita). Al suprimir el ajuste por inflación, se obtiene una forma que induce menos al error a la hora de medir el bienestar económico del común de los estadounidenses.

Si analizamos la dinámica de los salarios relativos en Estados Unidos desde su independencia hasta la actualidad, los datos forman dos curvas bien definidas. Entre 1780 y 1830, el salario relativo prácticamente se duplicó. Sin embargo, tras alcanzar el máximo en 1830, la curva desciende para indicar que en 1860 la mayor parte de las ganancias se habían perdido, y se mantiene casi plana en niveles bajos hasta 1910, cuando empieza otra época de crecimiento sostenido que duró hasta 1960, momento en el que el salario relativo llegó casi a duplicarse. A partir de 1970, el salario relativo empezó a caer, y hoy sigue cayendo. Entre 1976 y 2016, el salario relativo perdió casi el 30 por ciento de su valor.

¿Qué nos dice la dinámica de los salarios relativos sobre nuestra sociedad y, en especial, sobre su resistencia a las perturbaciones externas e internas? Mucho. Supongamos que los salarios relativos de todos los deciles de trabajadores estadounidenses, desde el 10 por ciento inferior hasta el 10 por ciento superior, pasando por la mediana, se mantienen estables durante un largo tiempo. Esto significa que los salarios de todos los trabajadores crecen al mismo ritmo que la economía en general. Como dijo John F. Kennedy en 1963 (cuando el salario relativo se encontraba en su punto álgido), la marea

hace que todos los barcos suban con ella. Pero en los últimos cuarenta años, los salarios relativos han ido disminuyendo. Los yates de los que más ganan han subido hasta la estratosfera, mientras que los barcos de todos los demás se han hundido; en el caso de los del 10 por ciento más bajo, hasta una fosa abisal. Los salarios relativos no habían disminuido de forma tan sostenida desde las tres décadas comprendidas entre 1830 y 1860. Los indicadores biológicos de bienestar, como la estatura y la esperanza de vida, han pasado por los mismos dos grandes ciclos que los salarios relativos.

Un mínimo sentido de la justicia y de la equidad nos dice que la disminución de los salarios relativos no es una situación nada propicia. ¿Por qué debería excluirse a la mayoría de los trabajadores del reparto equitativo de los frutos del crecimiento económico? Los trabajadores mal pagados realizan tareas fundamentales para la sociedad. No parece justo que sus salarios no aumenten al mismo ritmo que prospera la sociedad. La sociedad estadounidense no era en absoluto radicalmente igualitaria, y mucho menos socialista, durante la presidencia de Kennedy. Estados Unidos era un país capitalista con importantes diferencias de riqueza entre ricos y pobres. Pero los niveles de confianza en las instituciones y en la legitimidad del Estado eran altos, en parte porque incluso los pobres veían que sus vidas mejoraban ostensiblemente de una generación a otra. Entre 1910 y 1960, el salario relativo casi se duplicó. Esto significa que los barcos de la gente corriente subieron de hecho más rápido que la economía en general. Eran los ricos los que perdían terreno. Pero, curiosamente, a los ricos y poderosos no parecía disgustarles. Su disgusto se manifestó en los años setenta. Hablaremos de la revuelta de las élites más adelante.

Pero puede que el corazón del lector no se aflija ante el infortunio de los pobres. Hay muchas personas perfectamente normales que creen que la meritocracia debe ser el principio rector fundamental de nuestra sociedad.

Quienes contribuyen mucho tienen que recibir una recompensa proporcional; los consejeros delegados de empresas que facturan miles de millones tienen que ser milmillonarios. Los que se quedan rezagados tienen que ponerse las pilas: adquirir la formación necesaria o trabajar más y mejor. Como dice el irónico proverbio ruso: «La salvación de los que se ahogan debe ser obra de los mismos que se ahogan».[39]

Además, es posible que el lector no simpatice con muchas personas de la clase menos culta: racistas armados, supremacistas blancos, sexistas, homófobos, transfóbicos y xenófobos. Según los célebres cálculos de Hillary Clinton, aproximadamente la mitad de los que votaron a Trump son deplorables de esta ralea. En la mayoría de las sociedades humanas complejas, las clases altas sienten cierto desprecio por las clases bajas. Es el hartazgo de las masas.

Por otra parte, el lector debería tener muy en cuenta otro motivo por el cual la disminución del bienestar de la clase obrera es algo malo: porque socava los cimientos que hacen estable a nuestra sociedad. Es evidente que el descenso del nivel de vida de amplios sectores de la población mina la legitimidad de nuestras instituciones y, por tanto, debilita el Estado. La pauperización del pueblo aumenta el potencial de movilización de las masas. Antiguamente, los campesinos se rebelaban cuando ya no podían soportar su miseria. La revuelta de Watt Tyler en Inglaterra y la Jacquerie en Francia fueron estallidos de este tipo durante la crisis de la Baja Edad Media. Los miembros más previsores del 0,01 por ciento de los más privilegiados, como Nick Hanauer, nos han advertido de que se avecinan las guillotinas si no hacemos algo para corregir las desigualdades obvias.[40]

Esto es evidente. Menos evidente resulta que la disminución de los salarios relativos pone en marcha lo que llamo la bomba de la riqueza. Los frutos del crecimiento económico tienen que ir a alguna parte. Si los

ingresos del Estado representan una proporción relativamente constante del PIB, mientras que los salarios de los trabajadores comunes suponen una proporción cada vez menor de dicho PIB, los frutos del crecimiento económico los cosechan las élites económicas, integradas por quienes más ganan (por ejemplo, consejeros delegados o abogados de empresas) y por los dueños del capital. Aunque se tarde un poco, a la larga, el bombeo de la riqueza de la gente común a las élites conduce a la sobreproducción de élites, al estallido de conflictos en el seno de estas y, si no se controla a tiempo, al colapso del Estado y a la desintegración social. Puede que los ricos sean aún más vulnerables que la gente corriente durante esas épocas de turbulencia política y social, como indican los resultados de las revoluciones sociales.

Otro dato que tampoco resulta evidente y que nos aporta la cliodinámica es que el empeoramiento general del bienestar de la clase trabajadora crea poderosos incentivos para que sus miembros huyan hacia la clase titulada. Mejorar el nivel de estudios es, por supuesto, una solución habitual a los problemas que hemos abordado en este capítulo. En los Estados Unidos del siglo XIX, el consejo a las masas empobrecidas de la Costa Este era: «¡Vete al Oeste, joven!». Hoy es: «Ve a la universidad o, mejor aún, sácate un título que permita el acceso a una profesión regulada». Y a nivel individual, para los que quieren huir de la precariedad, es un buen consejo. Pero ¿qué pasa a nivel colectivo, cuando una cantidad ingente de aspirantes pretende engrosar las filas de las élites?

Nuestra base de datos, CrisisDB, indica que, si bien la pauperización del pueblo contribuye en gran medida a las turbulencias sociales y políticas, la sobreproducción de élites es aún más peligrosa. El análisis en profundidad de la microdinámica de la sobreproducción de élites es el eje central del capítulo siguiente.

4
Las tropas revolucionarias

Jane

Los policías se abalanzaron sobre un grupo de manifestantes de Occupy Wall Street que se encontraban junto a Jane y los golpeó con porras y los roció de gas pimienta a quemarropa. El suelo se llenó de cuerpos de manifestantes que gritaban y se convulsionaban mientras la policía los esposaba y empezaba a llevárselos. Jane no se había enfrentado jamás a tanta violencia. Era un espectáculo horrible.

Jane creció en una familia acomodada de Manhattan. Su padre era socio de un bufete de abogados de Nueva York. Su madre, fotógrafa y mecenas, era miembro del parte del patronato del MoMA. Vivían en un gran dúplex del Upper East Side y en verano se trasladaban a su refugio de playa en la zona privilegiada de los Hamptons.

Los padres de Jane la enviaron a uno de los colegios privados más exclusivos de la ciudad. Fue una época angustiosa para ella. De hecho, considera que el último curso antes de graduarse fue el peor de su vida. Alentados por sus madres y padres «tigres», los alumnos se esforzaban por sacar las mejores notas y acumular actividades extraescolares que aumentaran sus posibilidades de entrar en las mejores universidades de la Costa Este, lo que se llama la Ivy League. Cuando uno de los alumnos sacó un notable alto en francés, el profesor tuvo que soportar una bronca de cuarenta minutos de su airada madre. Como no era de extrañar, el alumno se graduó con una nota media de diez. La presión para igualar resultados como

este era tremenda. Durante meses, Jane se sintió tan ansiosa, estresada y agotada que no podía dormir. Su médico le recetó somníferos.

A pesar de todo, Jane sacó buenas notas y fue admitida en la Universidad de Columbia. Pero después de haber superado con éxito el obstáculo de entrar en una universidad de la Ivy League, tenía la sensación de ir por mal camino. ¿Cuáles eran sus perspectivas de futuro? Los siguientes cuatro años de grado y luego tres de posgrado en una Escuela de Derecho —su padre quería que siguiera sus pasos— serían más de lo mismo: una agotadora carrera de obstáculos. Luego tendría que trabajar setenta horas a la semana como asociada júnior de un bufete de abogados, donde no contaba con muchas posibilidades de llegar a socia. ¿Y para qué? El trabajo que hacía su padre para grandes empresas internacionales no parecía merecer un esfuerzo tan tremendo. La mayoría de las veces era alucinantemente aburrido y a veces perverso, como cuando su padre ayudó a defender a una empresa minera contra unos aldeanos indonesios cuya agua había dejado de ser potable por culpa de la actividad de la empresa. La vida como esposa de un abogado rico o de un alto ejecutivo tampoco la atraía. Ni siquiera estaba segura de que le gustara el arte abstracto.

Decidió estudiar Historia y se quedó fascinada por la historia y la política de América Latina, que en buena parte era la deprimente crónica de cómo Estados Unidos había arruinado las economías latinoamericanas, había aplastado a sus ciudadanos bajo el peso de la deuda y apoyaba e incluso instauraba regímenes fascistas. Pero había focos de resistencia antiimperialista que habían salido victoriosos. Jane leyó acerca de los sandinistas de Nicaragua, los chavistas de Venezuela, los zapatistas y el subcomandante Marcos en Chiapas (México) y, sobre todo, acerca de Cuba, un país pequeño que, a pesar de haber sufrido durante décadas el embargo

aplastante de Estados Unidos, consiguió que su pueblo tuviera una esperanza de vida mejor que el de su rico y poderoso adversario.

Para mejorar su español hablado, Jane se matriculó en una escuela de idiomas de un pueblo de Guatemala, donde vivió tres meses con una familia. La experiencia le abrió los ojos. Sus anfitriones eran muy pobres. Su dieta se basaba casi exclusivamente en maíz y alubias, con algo de pollo o cerdo una o dos veces por semana. Sin embargo, en general eran felices, afables y acogedores, y compartían con ella lo poco que tenían. Era un contraste evidente con su otro mundo, el de los colegios privados de la élite, llenos de alumnos superdotados, estresados y egocéntricos. Un mundo de solidaridad y cooperación, donde todos tenían tiempo para pararse a charlar, frente al mundo de la competencia frenética y la vanidad sin límites.

Tras regresar de Guatemala, Jane se unió a un grupo de estudiantes radicales en Columbia, de ideología muy diversa: anarquistas y trotskistas, activistas propalestinos y contrarios a la guerra de Irak. Hablaban de la falsedad de la democracia y de la realidad de que vivían en un país dividido, donde se oprimía a los negros y donde millones de pobres estaban sometidos al peonaje de la deuda por el capital financiero. Pese a formar parte de un entorno privilegiado de clase media, tomó conciencia de las injusticias y desigualdades que la rodeaban. Jane quería cambiar las cosas, acabar con la brutalidad y la opresión del Estado y construir un mundo justo y pacífico.

Participó activamente en el movimiento Occupy Wall Street y en octubre de 2011 se instaló en una tienda de campaña en Zuccotti Park. La agresión que vivió se produjo tras días de manifestaciones en Nueva York y otras ciudades estadounidenses, desde Atlanta a Portland, para reprimir las cuales la policía recurrió a gases lacrimógenos, granadas aturdidoras y balas de goma contra manifestantes pacíficos. En Oakland, un policía le disparó una

perdigonada al veterano de la guerra de Irak Scott Olsen en la cara y le fracturó el cráneo. Olsen tuvo suerte de sobrevivir, pero quedó deforme de por vida. Hubo más actos de brutalidad policial, y el aparato represivo del Estado acabó ahogando el movimiento Occupy Wall Street y desalojando a Jane y a los demás de Zuccotti Park. La experiencia le cambió la vida. Antes, sus ideales revolucionarios eran algo más bien teórico y abstracto. Ahora se habían convertido en algo personal.

Jane estaba preocupadísima por el crecimiento explosivo de grupos violentos racistas y supremacistas blancos. El auge del movimiento *alt-right* y la llegada de Trump a la presidencia hacían patente la necesidad de luchar contra la marea autoritaria. Jane participó activamente en la lucha del movimiento antifascista contra el resurgir de la extrema derecha. Llegó a aceptar que había que detener a los autoritarios por cualquier medio, recurriendo a la violencia si hacía falta. Sin embargo, no formaba parte de las tropas de choque contra los fascistas, que quemaban coches o rompían escaparates: su misión era organizar y ocuparse de la logística.

Aunque no le gustan las etiquetas ideológicas, su credo actual puede calificarse de anarquista. Trabaja con compañeros trotskistas, pero cree que el marxismo clásico está desfasado. No siente una especial solidaridad con la clase obrera, muchos de cuyos miembros son racistas y homófobos, y están más que dispuestos a apoyar a un fascista, como demuestra que votaran a Trump. A Jane, la explicación que dan los marxistas al apoyo de la clase obrera al autoritarismo, su «falsa conciencia», le parece lamentable. Los de la extrema derecha violenta a menudo colaboran con la policía para reprimir a los progresistas.

Y de pronto, su trayectoria viró en redondo. Me encontré con Jane en otoño de 2020 y me enteré con gran sorpresa de que estaba cursando segundo del posgrado de la Escuela de Derecho de la Universidad de Yale.

—¡Tu padre debe de estar encantado! —le dije para picarla.

Me contestó riendo:

—Ya, pero no seré abogada de ninguna empresa.

Jane me contó que estaba desengañada del activismo antifa. El Estado es el enemigo, pero pelearse a puñetazos con los racistas, tirar ladrillos a la policía y romper escaparates no parecía llevar a ninguna parte. Además, Trump ya no estaba en Washington, pero las élites consolidadas de siempre volvían a estar al mando. «No queremos a Biden, queremos la revolución» se convirtió en el nuevo mantra de la extrema izquierda.

El título de Derecho es el trampolín para entrar en política. Después de obtenerlo, Jane planea presentarse a las elecciones en una zona progresista y de izquierdas, a la fiscalía del distrito o al Ayuntamiento. Como funcionaria electa, tendrá la capacidad real de perseguir la ambición de su vida. El objetivo final sigue siendo construir un mundo sin policía, prisiones ni estados. Pero para conseguirlo, primero tiene que trabajar dentro de las estructuras de poder existentes. Mao dijo que el poder político surge del cañón de un arma. Pero en el siglo XXI, Jane cree que la revolución puede surgir de las urnas. O por lo menos, pretende averiguarlo.

Sobreproducción de titulados

En el capítulo 3, contrastamos las fortunas divergentes de las personas con menor y mayor nivel de estudios. El bienestar del primer grupo ha disminuido en las últimas décadas, mientras que el del segundo ha aumentado. Pero un problema importante de esta explicación es que trata al segundo grupo como si fuera un bloque compacto. Sí, de promedio, a la clase titulada le ha ido bien, pero eso no significa que todos los titulados

sean ganadores. Eso era cierto en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, pero no hoy. Ni mucho menos. Para ver qué ha cambiado, juguemos de nuevo al juego de los aspirantes.

Pongamos que el objetivo del juego es llegar a formar parte del 10 por ciento de los privilegiados (aunque el mismo juego puede marcarse otros objetivos: entrar en el 1 por ciento o en el 0,1 por ciento; ser milmillonario o senador de Estados Unidos). Las diez sillas representan el premio. Para jugar, hay que comprar un billete. Pagas la matrícula e inviertes cuatro años de tu vida en obtener un grado.

A principios de los años cincuenta, menos del 15 por ciento de las personas de entre dieciocho y veinticuatro años iban a la universidad.[1] Así pues, en el juego de las sillas había que enfrentarse a trece o catorce aspirantes más. Por supuesto, una o dos sillas podían ocuparlas personas de clase obrera especialmente brillantes y enérgicas, que no pagaban entrada. Por suerte, bastantes de tus competidores directos abandonaban la universidad o metían la pata de algún otro modo, así que lo único que debías hacer era aguantar el tipo, sacar buenas notas y el título, y ajustarte a las expectativas de tus profesores y jefes. Si seguías estas reglas, tenías prácticamente garantizada una cátedra. Y aunque tuvieras muy mala suerte y no consiguieras entrar en el decil de mayor riqueza, tendrías que haber metido la pata hasta el fondo para no entrar en el segundo decil, lo que te garantizaba un nivel de bienestar más que razonable. Hasta aquí, todo bien.

Pero a medida que pasan los años, el juego se vuelve más difícil. Al cabo de quince años, en 1966, si querías jugar a las sillas, te enfrentabas a treinta aspirantes. En 1990, más de la mitad de tu cohorte de edad participaba en el juego: cincuenta jugadores para las diez sillas de siempre. Y hoy, dos tercios de los jóvenes de entre dieciocho y veinticuatro años van a la universidad.[2]

¿Qué se puede hacer? Volvamos a 1966, cuando iba a la universidad el 30 por ciento de los jóvenes. Para superar a la competencia, tenías que aumentar tus probabilidades comprando un billete más caro. Así, después de los cuatro años de facultad, cursabas estudios de *Juris Doctor* para ejercer como abogado, o de doctor en Medicina, o algún otro posgrado. De esta forma, tú y dos o tres que teníais un doctorado o un máster conseguíais sin problemas vuestra silla, mientras que el resto eran para los simples graduados.

Las cosas fueron bien durante un tiempo, pero los demás no tardaron en ver por dónde iban los tiros. Entre 1960 y 1970, el número de doctorados concedidos por las universidades estadounidenses se triplicó con creces y pasó de menos de diez mil a treinta mil. Y así nos encontramos de nuevo en el territorio de la sobreproducción de élites, solo que el precio del billete es más caro.

Hemos estado jugando con un número de sillas fijo. En el mundo real, por supuesto, el número de puestos de la élite cambia constantemente. En los años sesenta y setenta, había una enorme demanda de doctores por parte de las universidades, que necesitaban contratar profesores para enseñar a la generación del *baby boom*. Uno de mis profesores me confesó en cierta ocasión que en aquella época las universidades andaban tan apuradas que estaban dispuestas a contratar a cualquiera que tuviera el título. «Hoy no me contratarían ni en broma», me dijo en 1985, cuando yo estaba terminando mi doctorado. En la época en que empecé a buscar trabajo en el mundo académico pensé que el mercado era difícil para los recién doctorados, pero hoy es muchísimo peor.

Otras profesiones para las que se necesita un doctorado o algún tipo de posgrado también pasaron por una etapa de crecimiento después de la Segunda Guerra Mundial. El Sputnik conmocionó a las élites

estadounidenses y, junto con una serie de factores adicionales, generó un enorme aumento de la financiación de la investigación científica, que absorbió a una cantidad ingente de doctores. Al mismo tiempo, Estados Unidos se había convertido en una potencia económica de alcance planetario y las empresas multinacionales necesitaban ejércitos de abogados (así fue como el padre de Jane consiguió la llave de la puerta al éxito). Pero con el tiempo, todas estas oleadas de demanda de títulos superiores fueron a menos, mientras que la oferta seguía disparándose. Entre 1955 y 1975, el número de estudiantes matriculados en las escuelas de Derecho, por ejemplo, se triplicó.

Lo que determina si tenemos un problema de sobreproducción de élites es el equilibrio entre la oferta de jóvenes con doctorados y posgrados y la demanda de los mismos: el número de puestos de trabajo para los que se necesitan sus competencias. Por desgracia, en la primera década del presente siglo es público y notorio que el número de posgraduados superaba con creces al número de puestos para ellos.

El desequilibrio es considerable en las ciencias sociales y aún mayor en las humanidades, pero Estados Unidos tiene una enorme sobreproducción incluso en las titulaciones conocidas como CTIM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas). En un artículo publicado en *Bloomberg Opinion* en enero de 2021, el popular bloguero y columnista Noah Smith reconocía que en Estados Unidos hace años que la sobreproducción de doctorados es un problema. Por un lado, que la población esté mejor formada suele ser algo positivo. Pero, por el otro, cuando los estudiantes de doctorado obtienen el título, se encuentran con que los puestos académicos para los que se formaban se han ido agotando. «Haga una búsqueda rápida en Google de las tendencias en cualquier campo académico —historia, antropología, inglés— y es probable que encuentre cifras aterradoras que

indican un descenso en el número de plazas vacantes de profesores titulares», escribe Smith, que prosigue:

> Esto condena a muchos aspirantes a académicos a una lúgubre existencia de trabajos eventuales y mal pagados. Al igual que los camareros que merodean por Hollywood esperando su gran oportunidad, muchos insisten año tras año, renunciando al seguro médico o viviendo en pisos de mala muerte mientras dejan de estar cualificados para trabajar fuera del mundo académico.
>
> Pero aun cuando la ansiada vida de profesor se alejaba cada vez más de nuestro alcance, el país seguía produciendo más y más doctores.[3]

GANADORES Y PERDEDORES

Cuando observamos más de cerca a la teóricamente próspera clase de los titulados, descubrimos que las cosas no les van tan bien como habíamos supuesto. El título de una popular telenovela mexicana lo resume a la perfección: *Los ricos también lloran*. Hoy en día, un posgrado no ofrece una protección perfecta, ni siquiera razonablemente eficaz, contra la precariedad. De hecho, Guy Standing, que introdujo el término «precariado» en la conciencia colectiva, considera a los titulados como una de las facciones del precariado, y dice lo siguiente a propósito de este grupo (los «progresistas»):

> Está formado por personas que van a la universidad, a las que sus padres, profesores y políticos les han prometido que con eso tienen asegurado el porvenir. Pronto se dan cuenta de que les han vendido un billete de lotería y salen sin futuro y cargados de deudas. Esta facción es peligrosa en un sentido más positivo. Es difícil que apoyen a los populistas. Pero también rechazan a los viejos partidos políticos conservadores o socialdemócratas. Intuitivamente, buscan una nueva *política del paraíso*, que no encuentran en el viejo espectro político ni en organizaciones como los sindicatos.[4]

La historia (y CrisisDB) nos dice que el precariado titulado (o, en la jerga de la cliodinámica, la clase aspirante a élite frustrada) es el más peligroso para la estabilidad social. La sobreproducción de jóvenes con titulaciones superiores ha sido el factor más importante a la hora de impulsar las convulsiones sociales, desde las revoluciones de 1848 hasta la Primavera Árabe de 2011. Es interesante observar que las distintas profesiones son a su vez más o menos propensas a producir líderes revolucionarios. Aunque se nos haga difícil ver a un maestro en el papel de revolucionario, lo cierto es que Hong, el cabecilla de la rebelión Taiping, que presentamos en el capítulo 1, era maestro de pueblo antes de convertirse en insurgente. Y también lo fue Mao.

Sin embargo, la profesión más peligrosa parece ser la de abogado. Robespierre, Lenin y Castro eran abogados, al igual que Lincoln y Gandhi. En Estados Unidos, la abogacía es una de las mejores vías para acceder a un cargo público, por lo que la mayoría de los aspirantes con ambiciones políticas estudian Derecho. Echemos un vistazo a lo que ha ocurrido con los licenciados en Derecho en las últimas décadas.[5]

Desde hace muchos años, la National Association for Law Placement (Asociación Nacional para la Colocación de Profesionales del Derecho, NALP, por sus siglas en inglés) viene recopilando datos sobre los salarios iniciales que obtienen los titulados en Derecho. En 1991, la curva de distribución de los salarios no tenía mucho de particular. Presentaba un máximo de 30.000 dólares que reflejaba el salario más común. La «cola» izquierda de la distribución era corta, con ningún salario por debajo de 20.000 dólares. La cola derecha era más larga, con un límite de 90.000 dólares. Como observó por primera vez Vilfredo Pareto, es muy típico que las distribuciones de ingresos presenten una cola larga a la derecha, lo que

indica que, a medida que los salarios aumentan, los que ganan más son cada vez menos numerosos.

En 1996, la cola de la derecha engordó un poco, pero no hubo ningún cambio cualitativo en la forma de la distribución: la curva seguía teniendo forma de campana. La gran novedad se produjo en el año 2000, cuando apareció de pronto un segundo máximo a la derecha del máximo principal. El máximo principal se desplazó ligeramente a la derecha, con el centro en 40.000 dólares. El nuevo máximo, en cambio, estaba mucho más a la derecha, con el centro en 125.000 dólares. Al cabo de diez años, el máximo izquierdo se desplazó un poco más a la derecha para centrarse en 50.000 dólares, mientras que el máximo derecho saltaba hasta 160.000 dólares. En 2020, el lado izquierdo de la curva de la izquierda se aplanó un poco, al situarse el 50 por ciento de los salarios reportados entre 45.000 y 75.000 dólares, mientras que el máximo de la derecha estaba ahora en 190.000 dólares, lo que representaba algo más del 20 por ciento de la distribución. Había muy pocos salarios entre los dos máximos. El salario medio era de 100.000 dólares, pero esta cifra no es representativa de nada, ya que menos del 2 por ciento de los titulados en Derecho ingresaban esta cifra.

Así es el juego de los aspirantes cuando se lleva al extremo. El 20 por ciento que se encuentra en el máximo de la derecha, con sus sueldos de 190.000 dólares, va camino de unirse a las élites consolidadas. Los que están en la curva de la izquierda, que ingresan entre 45.000 y 75.000 dólares anuales, tienen un problema. Considerando que la mitad de los titulados en Derecho en 2020 acumulaban deudas de 160.000 dólares o más (y uno de cada cuatro debía 200.000 dólares), pocas de estas personas lograrán entrar en las filas de las élites; al contrario, la mayoría serán aplastados por la deuda y sus intereses, que se acumulan implacablemente.

Es extraño pensar que la mayoría de los titulados en Derecho en Estados Unidos son miembros del precariado, pero eso es lo que son.

Quizá nuestra heroína ficticia, Jane, hizo bien al negarse a participar en el juego.

CÓMO ENHEBRAR UNA AGUJA

En *The Cheating Culture: Why More Americans Are Doing Wrong to Get Ahead* un clarividente libro publicado en 2004, David Callahan analiza las consecuencias del cambio cultural que, a partir de los años ochenta, desencadenó una competencia desenfrenada, una desigualdad explosiva y una mentalidad de «todo para el ganador». Callahan nos habla de escándalos empresariales, atletas que se dopan, periodistas que plagian y estudiantes que hacen trampas en los exámenes. Las trampas y el engaño se han convertido en algo omnipresente, en una profunda crisis moral. Su argumento de que «el aumento del engaño refleja una gran ansiedad e inseguridad en los Estados Unidos de hoy en día, incluso desesperación, así como la arrogancia de los ricos y el cinismo de la gente corriente» está en consonancia con una serie de temas que se han tratado en este capítulo. Sobre los efectos corrosivos de la sobreproducción de élites, en particular, Callahan escribe:

> Al mismo tiempo que las filas de los ricos se iban engrosando en las dos últimas décadas, también ha aumentado el número de jóvenes que reciben toda clase de facilidades en su educación. Por otra parte, la competencia cada vez mayor ha obligado a más padres a gastar más dinero y ajustar más el presupuesto en un esfuerzo por dar a sus hijos mayores ventajas. En los niveles superiores de la sociedad estadounidense se está librando nada menos que una carrera de armamentos académica. Sin embargo, ni siquiera los esfuerzos más heroicos —o deshonestos— garantizan la superioridad.[6]

Desde 2004, las cosas se han puesto aún más feas. Para su artículo «Private Schools Have Become Truly Obscene», publicado en *The Atlantic* en abril de 2021, Caitlin Flanagan entrevistó a Robert Evans, un psicólogo que estudia la relación entre los colegios privados y los padres de sus alumnos. «Lo que ha cambiado en los últimos años es la tozudez de los padres —le dijo Evans—. La mayoría no cae en el insulto, pero sencillamente no se dan nunca por vencidos. Muchos de ellos no pueden desprenderse del temor a que, por el motivo que sea, su hija o su hijo queden rezagados». Cuando sus hijos llegan a los últimos cursos de secundaria, los padres quieren que los profesores, incluidos los de educación física, y los orientadores académicos se dediquen por entero a ayudarles a conseguir un expediente académico al que Harvard no pueda resistirse. «Este tipo de padres tienen una idea del resultado que quieren, y en el trabajo lo consiguen —comenta Evans—. Están rodeados de empleados en quienes pueden delegar». Sobre la preocupación económica que hay detrás del comportamiento de estos padres, Flanagan escribe:

> ¿Por qué estos padres necesitan tanta seguridad? Porque «les parece que cada vez es más difícil que sus hijos pasen por el ojo de la aguja», es decir, que sean admitidos en los mejores programas, desde el parvulario hasta la universidad. Pero es más que eso. Los padres tienen la sensación de que sus hijos saldrán a un mundo más sombrío que el suyo. A los padres, la brutalidad de una economía en la que todo es para el ganador, no les ha afectado; hicieron valer sus derechos adquiridos. Pero temen que sí afecte a sus hijos y que ni siquiera una buena educación les asegure una carrera profesional.

En 2019, algunas de las universidades más prestigiosas —entre ellas, Stanford, Georgetown y Yale— se vieron involucradas en el escándalo de los sobornos en las admisiones.[7]

En este aspecto, la dinámica de base es exactamente la misma que en el juego de las sillas de los aspirantes a la élite en sus últimas fases. A diferencia de sus versiones más moderadas, la competencia extrema no lleva a la selección de los mejores candidatos, los más adecuados para los puestos, sino que corroe las reglas del juego, las normas sociales y las instituciones que rigen el funcionamiento de la sociedad. Destruye la cooperación. Saca a la luz el lado oscuro de la meritocracia. Crea unos pocos ganadores y multitud de perdedores. Y algunos de esos aspirantes fracasados a la élite se convierten en contraélites radicalizadas y motivadas para destruir el injusto orden social que las ha engendrado, lo que nos lleva al tema de la radicalización.

La fragmentación del panorama ideológico

Hasta aquí, me he centrado en las fuerzas «estructurales y demográficas» de la inestabilidad social, haciendo hincapié en la pauperización del pueblo y la sobreproducción de élites. Son factores estructurales porque están relacionados con las estructuras sociales, como las distinciones entre plebeyos y élites (o entre personas con niveles de estudios más altos y más bajos) y entre los distintos sectores de las élites. Son factores demográficos porque los cambios se reflejan en las cifras y en el bienestar de los distintos grupos de población. La teoría estructural-demográfica es una parte importante de la cliodinámica porque nos ayuda a entender las rebeliones, las revoluciones y las guerras civiles. Esta teoría la formuló el sociólogo histórico Jack Goldstone y posteriormente la desarrollamos y estructuramos Andrey Korotayev, yo y otros colegas.[8]

Sin embargo, los estudios estructurales sobre la revolución y la desintegración del Estado han sido criticados a menudo por no tener en cuenta los factores ideológicos y culturales.[9] El objetivo de la cliodinámica, por el contrario, es integrar todas las fuerzas importantes de la historia, ya sean demográficas, económicas, sociales, culturales o ideológicas. Hemos visto, por ejemplo, que características tan básicas de la sociedad como las normas sociales que regulan el matrimonio (poligamia frente a monogamia) tienen un efecto clave en las duraciones características de los ciclos de auge y recesión (capítulo 2).

El problema es que en la situación actual, cuando la ideología se emplea como arma arrojadiza entre facciones de élite rivales, cualquier debate sobre ella es adentrarse en un campo de minas. Una dificultad más conceptual a la hora de estudiar el papel de la ideología en la desintegración de la sociedad es que el contenido cognitivo de las ideologías propugnadas por facciones de élite rivales es muy variable en el tiempo y en el espacio. Durante las guerras civiles europeas de los siglos XVI y XVII, el rasgo definitorio de las batallas ideológicas fue la religión; por ejemplo, hugonotes contra católicos en las guerras de religión de Francia. Las grandes rebeliones campesinas chinas también se inspiraron a menudo en movimientos religiosos, como el credo de los taiping (capítulo 1), que era una amalgama sincrética de elementos del cristianismo y de la religión tradicional china. A partir de la era de las revoluciones, las ideologías radicales —por lo menos en Europa— han sido laicas, no religiosas.

Además, el contenido ideológico de muchos movimientos revolucionarios, suponiendo que duren lo suficiente, tiende a evolucionar. En su aportación fundamental al estudio de las revoluciones y las rebeliones, Jack Goldstone señala que una de las dificultades para describir el papel de la ideología es que suele ser muy inestable. Como escribe

Goldstone, la ideología no proporciona «una guía clara de las intenciones y la actuación de los líderes revolucionarios», ya que «en la práctica, los revolucionarios cambiaban frecuentemente de posición en respuesta a los cambios de la coyuntura. Y muy a menudo, los vericuetos de la lucha revolucionaria produjeron resultados imprevistos. Los puritanos ingleses pretendían crear una comunidad de santos, pero Inglaterra se convirtió en una comunidad dominada por los soldados al término de las guerras civiles».[10] Otra estudiosa de la revolución, Theda Skocpol, llega a conclusiones parecidas: «No puede afirmarse [...] que el contenido cognitivo de las ideologías proporcione en ningún sentido una clave predictiva de [...] los resultados de las revoluciones».[11]

Siguiendo a Goldstone, podemos distinguir tres fases de evolución ideológica cuando las sociedades entran en crisis y luego salen de ellas. Durante la primera fase, o fase precrisis, el periodo que conduce a la desintegración del Estado, este intenta mantener el control frente a una multitud de desafíos ideológicos procedentes de distintas facciones de la élite. En la segunda fase, cuando el antiguo régimen ha perdido toda legitimidad (lo que a menudo provoca el colapso del Estado), numerosos contendientes que pretenden instaurar un nuevo monopolio de la autoridad luchan entre sí por la primacía. En la fase final, cuando un grupo se impone a sus oponentes y trata de estabilizar su autoridad sobre el Estado, se centra en conseguir la aceptación pasiva de las instituciones políticas, religiosas y sociales reconstruidas.

Una característica casi universal de las fases precrisis es, por tanto, la fragmentación del panorama ideológico y la ruptura del consenso ideológico de las élites que subyace a la aceptación rutinaria de las instituciones estatales. Algunos credos que ganan adeptos son radicales, en el sentido de que pretenden rehacer la sociedad de una forma nueva y

mejor. Otros son tradicionalistas, ya que miran atrás en el tiempo para restaurar una edad de oro imaginaria. Sin embargo, este diagnóstico «conservador» puede dar lugar fácilmente a acciones radicales.[12] Dado que existe una percepción general de que el país va en dirección equivocada y de que la sociedad se ha vuelto enormemente injusta y desigual (no solo entre plebeyos y élites, sino también entre ganadores y perdedores entre las élites), los llamamientos a arreglar las cosas restaurando la «justicia social» adquieren especial relevancia. Otro rasgo característico es que las ideologías divisorias, sectarias e identitarias se imponen a las unificadoras, lo que nos lleva a épocas de discordia.

El proceso de fragmentación ideológica y polarización política es, por tanto, difícil de estudiar con métodos cuantitativos. Por suerte, los politólogos han encontrado algunos métodos muy útiles.[13] Keith Poole y Howard Rosenthal, a los que más tarde se unió Nolan McCarty, recopilaron un enorme conjunto de datos sobre las inclinaciones políticas de todos los miembros del Congreso desde la independencia de Estados Unidos. Asignaron a cada congresista una posición en un espectro en uno de cuyos extremos se encontraban los conservadores, en el otro, los progresistas, y en medio, los moderados. Un indicador del grado de polarización política es la distancia existente entre las puntuaciones medias de los dos grandes partidos (los republicanos y los demócratas de hoy, así como los demócratas y los *whigs* del siglo XIX), calculada para cada Congreso (es decir, cada dos años).

Con los resultados de este análisis en la mano,[14] observamos que la dinámica a largo plazo de la polarización política en Estados Unidos ha pasado por dos grandes ciclos. En primer lugar, la polarización política descendió desde niveles moderadamente altos en torno a 1800 hasta niveles muy bajos en la década de 1820. Este descenso de la acritud partidista se

conoce como la Era de los Buenos Sentimientos, que coincide aproximadamente con la presidencia de James Monroe (1817-1825). A partir de 1830, la polarización aumentó, y el periodo comprendido entre 1850 y 1920 se caracterizó por un alto grado de fragmentación entre las élites políticas. Sin embargo, durante las décadas de 1920 y 1930, las élites políticas se unieron y la polarización volvió a disminuir rápidamente. Tras el New Deal y la Segunda Guerra Mundial, el grado de polarización alcanzó otro mínimo. Las tres décadas de la posguerra se caracterizaron, pues, por una relativa proximidad entre las élites. Durante esta etapa, como reflejan las puntuaciones de Poole, Rosenthal y McCarty, hubo un amplio grado de coincidencia entre demócratas y republicanos en el Congreso. Los años cincuenta marcaron el apogeo del consenso ideológico en Estados Unidos, consenso que incluía una firme defensa del capitalismo, pero «de rostro humano», caracterizado por la cooperación entre el trabajo, el capital y el Estado. El apoyo general a la economía de libre mercado y a la gobernanza democrática se solidificó con el conflicto de la Guerra Fría con la Unión Soviética. El país estaba gobernado por una élite WASPHNM culturalmente homogénea (WASPHNM es un acrónimo de cosecha propia, que significa «hombre blanco anglosajón protestante heteronormativo»). Sin embargo, durante los años setenta, las coincidencias se redujeron y aumentó la polarización. A principios de la década de 2000, se había abierto una gran brecha entre las distribuciones republicana y demócrata. Que quede claro que la uniformidad ideológica puede resultar asfixiante, y muchas personas fueron cruelmente excluidas del consenso dominado por los WASPHNM. Además, la estabilidad y el consenso no son necesariamente virtudes, si lo que se mantiene estable es un régimen injusto. Sería cruel no sentir empatía por los grupos identitarios que quedaron marginados durante esa época y un error no reconocer los avances en muchos frentes importantes que se han

logrado en los últimos cincuenta años. Por el mismo motivo, la baja polarización de la década de 1820 no era ningún consuelo para quienes trabajaban en contra de su voluntad en los campos de esclavos de las fértiles tierras del Sur de Estados Unidos de las que acababan de eliminar a sus anteriores habitantes. Sin embargo, no se trata aquí de emitir un juicio de valor sobre esta tendencia, sino tan solo de tomar nota de ella.

LA RUPTURA DEL CONSENSO IDEOLÓGICO DE POSGUERRA

El método de McCarty, Poole y Rosenthal sitúa a todos los políticos estadounidenses en un mismo espectro conservador-progresista. Pero al extremarse el proceso de fragmentación ideológica durante la década de 2010, esta clasificación unidimensional dejó de ser suficiente. La elección de Trump en 2016 dividió al Partido Republicano en dos facciones, con la facción anti-Trump encabezada por la vieja guardia del partido (a la que han colgado el sambenito nada irónico de «republicanos solo de nombre», o RINO, por sus siglas en inglés). Del mismo modo, existe una línea de fractura enorme y cada vez más ancha en el seno del Partido Demócrata entre los «centristas» y los «izquierdistas».

La fragmentación ideológica ha avanzado tanto que ningún sistema de clasificación parece útil. La diversidad de las ideas que impulsan a las facciones políticas y a las propuestas de actuación es sencillamente excesiva. Las ideas se combinan y recombinan en alegre promiscuidad. Nuevos movimientos —la Nueva Derecha, la *alt-right*, la *alt-lite*— aparecen, adquieren una fugaz notoriedad y luego se desvanecen.

Además, hemos entrado en una nueva era dominada por ideologías radicales. La expresión «radicalismo político», en su acepción más

extendida, denota la voluntad de transformar o sustituir los principios fundamentales de una sociedad o sistema político, a menudo mediante el cambio social, el cambio estructural, la revolución o la reforma radical.[15] Para entender el panorama ideológico de hoy, es útil empezar por su opuesto, la Era de los Buenos Sentimientos II, durante la cual existió un notable consenso entre las élites que gobernaban Estados Unidos. Para referirme a esta coincidencia, utilizaré la expresión «el Consenso de Posguerra». Duró unos treinta años, desde 1937, cuando se consolidó el New Deal, hasta principios de los años sesenta, pasando por la Segunda Guerra Mundial y la década de los cincuenta (cuando alcanzó su punto álgido).

En el aspecto cultural, podemos identificar los siguientes elementos del Consenso de Posguerra:

- La familia normativa era la formada por un hombre y una mujer —cuya unión solía consagrarse en la iglesia u otra sede religiosa— más sus hijos. Las personas con «estilos de vida alternativos» se veían obligadas a practicarlos en la sombra.
- Los roles de género estaban claramente definidos: los hombres como sostén de la familia, las mujeres como amas de casa.
- El Consenso de Posguerra desaprobaba casi todos los intentos de modificar artificialmente el «cuerpo natural». La mayoría de las formas de modificación corporal, desde las leves, como los tatuajes y los pírsines, hasta las más contundentes, como el vendado de pies y la castración (para los eunucos), se consideraban cosas que solo hacían los extranjeros «incivilizados». (Había una excepción importante a esta regla, ya que la mutilación genital masculina —la circuncisión— no

solo estaba permitida, sino que era normativa). El aborto estaba muy mal visto y era ilegal en la mayoría de los estados.

- El racismo institucionalizado, incluidas las leyes de segregación en los estados del Sur, convirtió fundamentalmente a los negros estadounidenses en ciudadanos de segunda clase, negándoles la mayoría de los frutos del Consenso de Posguerra.
- Aunque la élite WASPHNM era predominantemente protestante, no existía una religión de Estado en Estados Unidos. Sin embargo, pertenecer a una iglesia, una sinagoga, una mezquita u otra confesión religiosa era normativo. El divorcio era muy problemático para los cargos electos; el ateísmo los descalificaba.
- La ideología laica del Consenso de Posguerra se denomina a veces el Credo Americano. Los principales elementos de esta ideología eran la democracia (cuyos principios están consagrados en la Constitución), el liberalismo económico y el patriotismo estadounidense.

En el aspecto económico, aunque Estados Unidos era un país capitalista declarado (y reprimía al Partido Comunista), en la práctica era un país socialdemócrata o incluso socialista, según el modelo escandinavo. El Consenso de Posguerra incluía los siguientes elementos económicos:

- Apoyo a sindicatos fuertes.
- Compromiso de aumentar el salario mínimo por encima de la inflación.
- Fiscalidad extremadamente progresiva, con tipos de más del 90 por ciento para las rentas más altas.
- Apoyo al sistema de bienestar, que incluía pensiones de jubilación universales (Seguridad Social), seguro de desempleo y prestaciones

sociales para niños discapacitados o necesitados.

- Un régimen de baja inmigración que favorecía a los trabajadores y promovía la homogeneidad cultural. (En esta categoría, las cuestiones económicas y culturales se solapan).

Echando un vistazo a esta lista, resulta asombroso lo mucho que ha cambiado el panorama ideológico. Las certezas culturales empezaron a resquebrajarse a raíz de los movimientos contra la guerra y a favor de los derechos civiles de los años sesenta. Los pilares económicos se desmoronaron bajo la embestida de la economía neoliberal a partir de los setenta (tema que retomaré en el capítulo siguiente). Pero hasta 2020, el Consenso de Posguerra no ha sido reemplazado por nada que tenga una coherencia parecida y que sea aceptado por la inmensa mayoría de las élites y de la población. Utilizando datos de encuestas sobre las actitudes de los estadounidenses acerca de varias cuestiones, podemos definir un punto medio en el espectro ideológico —la mediana—, pero la varianza es enorme.

Además, no existe un «credo radical» que cuestione lo que hoy se considera la mediana ideológica, sino que se da más bien una multitud dinámica de ideas radicales, y hay enormes diferencias entre las ideas aceptadas por las distintas facciones ideológicas dentro de la juventud con mayor nivel de estudios.

En la extrema izquierda están los revolucionarios comprometidos, los antifascistas, los anarquistas y unos pocos comunistas a la antigua usanza. Numéricamente, se trata de un grupo reducido, pero no hay una frontera nítida entre los extremistas y la siguiente categoría, mucho más numerosa: se trata de activistas que se mantienen alejados de la violencia de los disturbios urbanos pero apoyan los objetivos de los extremistas, en mayor o

menor grado, o algunas, aunque no la totalidad, de las causas progresistas de izquierdas. Acuden a las grandes manifestaciones antigubernamentales y hacen donativos a causas de extrema izquierda, como pagar la fianza de los antifa que han sido detenidos por la policía. Este grupo, a su vez, se solapa con la siguiente categoría, la de quienes no se sienten particularmente motivados, o no lo están en absoluto, por las causas de la izquierda, pero no están dispuestos a reconocerlo y, por tanto, las apoyan en público.

A juzgar por los resultados de las elecciones presidenciales de 2020, más del 80 por ciento de los universitarios votaron a Biden,[16] lo que nos da una estimación aproximada de la proporción de los mismos que son de izquierdas o de tendencia izquierdista. La mayoría de los demás no parecen estar muy politizados y suelen mantenerse en un discreto segundo plano cuando están en el campus. Un último y pequeño grupo lo forman los radicales de derechas de varios clubes universitarios republicanos que se oponen abiertamente a las causas de la izquierda.

Este espectro es una aproximación (en el mejor de los casos) de la variedad de posturas ideológicas sobre cuestiones culturales entre los jóvenes más educados. Los radicales de izquierdas quieren alejar a la sociedad aún más del Consenso de Posguerra de lo que se ha alejado hasta ahora. Los tradicionalistas y conservadores de la derecha quieren volver a él, lo que, en muchos aspectos, es una propuesta más radical que cualquiera de las que reclama la izquierda. También hay que tener en cuenta que tanto la izquierda como la derecha están sumamente fragmentadas, y que existen guerras culturales dentro de cada bando que pueden superar en intensidad a los conflictos entre izquierda y derecha.

La situación se complica aún más por los diferentes alineamientos en cuestiones económicas. Nuestro personaje de ficción llamado Jane quiere una revolución que acabe con el régimen estadounidense opresivo e injusto.

Steve Bannon, que durante un tiempo fue el principal ideólogo del bando de Trump, también se considera un revolucionario: «Quiero que todo se venga abajo y destruir todo el *establishment* actual».[17] El senador Bernie Sanders, que no es un revolucionario, acusa a la cúpula dirigente del Partido Demócrata de volver la espalda a la clase obrera, y pide a los demócratas que den «un golpe de timón» y se centren en luchar por la clase trabajadora de Estados Unidos y hacer frente a los «poderosos intereses de las empresas».[18] Esta convergencia entre (parte de) la extrema derecha y (parte de) la extrema izquierda en cuestiones económicas no es exclusiva de Estados Unidos: en Francia, Marine Le Pen y Jean-Luc Mélenchon utilizan un lenguaje muy parecido cuando hablan de la clase obrera.

Las contraélites como emprendedores políticos

Los activistas de derechas suelen estar en desventaja en los campus porque les superan ampliamente los radicales de izquierdas y la mayoría de los estudiantes, que apoyan por lo menos tácitamente las causas de izquierdas. Pero en cuanto se gradúan, los derechistas tienen una clara ventaja: su capacidad de movilizar el apoyo de los votantes de clase trabajadora (con un nivel de estudios inferior). Una situación habitual en las épocas de crisis es la de los emprendedores políticos de la élite que recurren al alto potencial de movilización de masas de la población que no forma parte de esa élite para impulsar sus ideologías y sus carreras políticas. Un ejemplo histórico modélico es el de Tiberio y Cayo Graco, que fundaron el partido populista (los *populares* en latín) en la Roma tardorrepublicana. Donald Trump, desde luego, recurrió al populismo para auparse a la presidencia en 2016. En 2022, el ejemplo más claro es la congresista Marjorie Taylor Greene,

representante por Georgia. MTG, como suelen llamarla, ha asimilado claramente las enseñanzas de la estrategia de Trump en 2016. Se diría que no hay teoría conspiranoica de extrema derecha que ella no apoye, por descabellada que sea. La Cámara de Representantes votó a favor de su expulsión de todas las comisiones parlamentarias en las que participaba, y le cerraron su cuenta personal de Twitter.[19] Pero estos intentos de «cancelarla» le han dado alas, y está claro que tiene en el punto de mira un objetivo más ambicioso que el Congreso.

El personaje ficticio con el que hemos comenzado este capítulo, Jane, no es un representante «típico» de la juventud mejor preparada de Estados Unidos. Ideológica y «profesionalmente» (por tratarse de una revolucionaria comprometida, aunque estudie Derecho), se sitúa en la extrema izquierda. Sin embargo, su trayectoria vital ha sido moldeada por las mismas fuerzas sociales que siguen moldeando al resto de la juventud con estudios superiores (incluidos, sobre todo, los activistas de derechas). Su trayectoria vital también es interesante porque sigue los pasos de muchos revolucionarios y radicales famosos del pasado y de otros países. Sus predecesores inmediatos fueron los miembros de la organización armada Weather Underground, como Bernardine Dohrn, Kathy Boudin y Susan Rosenberg.[20] Pero los radicales estadounidenses de los años setenta no consiguieron desencadenar la revolución que tanto ansiaban porque no se daban las condiciones estructurales necesarias, como reconoce Rosenberg en sus memorias.

Otros famosos revolucionarios contraelitistas —Robespierre, Hong, Lenin, Rosa Luxemburgo, Mao, Castro— sí consiguieron provocar revoluciones. Puede que tuvieran la suerte de estar en los lugares adecuados en los momentos adecuados, en países en los que los motores estructurales de la inestabilidad funcionaban a toda máquina. Al fin y al cabo, por cada

Lenin tenía que haber un Partido Bolchevique. Y los bolcheviques formaban parte de un ecosistema poblado por otros grupos radicales: los anarquistas, los mencheviques, el Bund, los socialistas revolucionarios, etc. Y lo que es más importante: todos esos grupos radicales, nadaban como peces en el agua en entornos sociales que les prestaban su apoyo. Después de que la anarquista rusa Vera Zasulich[21] disparara contra el gobernador de San Petersburgo en 1878, se convirtió en una heroína para la intelectualidad progresista. Un jurado comprensivo la absolvió. Weather Underground no contaba con ese apoyo público hace cincuenta años. Pero las condiciones estructurales de Estados Unidos son muy diferentes hoy en día, mucho más parecidas a otras sociedades prerrevolucionarias, como la Rusia de finales del siglo XIX, que a los Estados Unidos de los años setenta.

LA REVOLUCIÓN DEVORA A SUS HIJOS

Aunque la mayoría de las batallas visibles, incluidos los enfrentamientos callejeros, se produzcan entre extremistas de derecha e izquierda, son tan numerosas las divisiones y las disputas internas en la izquierda y en la derecha que ni la una ni la otra pueden considerarse bloques cohesionados. En cualquier caso, el contenido cognitivo de sus doctrinas carece de importancia. Lo importante es la división y el conflicto.

A partir de 2022, nos encontramos claramente en una transición de la fase previa a la crisis —en la que el Estado sigue esforzándose por mantener el control del panorama ideológico frente a una multitud de rivales de la contraélite— a la fase siguiente, en la que numerosos contendientes luchan entre sí por la primacía. Los políticos que aún se aferran a los valores del antiguo régimen, que hacen hincapié en la moderación y la cooperación

intraélite, se han ido retirando o han perdido las elecciones frente a aspirantes con opiniones más extremas. El centro ideológico se parece hoy a una carretera rural de Texas, casi vacía salvo por la raya amarilla y los armadillos muertos. A consecuencia del colapso del centro, los enfrentamientos ideológicos internos están pasando de la lucha contra el antiguo régimen (o la defensa del mismo) a la lucha entre distintas facciones de la élite. Las diferencias ideológicas se utilizan ahora como arma en los conflictos internos de las élites, tanto para abatir a los miembros de las élites consolidadas como para sacar ventaja a los aspirantes rivales.

A muchos observadores les ha sorprendido la virulencia de la «cultura de la cancelación» que parece haber surgido de la nada. Pero este tipo de luchas ideológicas despiadadas son una fase común a todas las revoluciones. Jacques Mallet du Pan, que tuvo la desgracia de vivir no una sino dos revoluciones (en su Ginebra natal en 1782 y luego en Francia en 1789), dejó escrita esta sentencia: «A imitación de Saturno, la Revolución devora a sus hijos». Se trata de un corolario necesario, una certeza matemática, en el fondo, que se desprende de la sobreproducción de élites como el motor principal de rebeliones, revoluciones y guerras civiles. Para que vuelva la estabilidad, hay que acabar con la sobreproducción de élites por el procedimiento que sea, que históricamente y por regla general ha consistido en la eliminación física de las élites excedentes mediante su ejecución, encarcelamiento, emigración o movilidad social descendente voluntaria o forzosa. En los Estados Unidos actuales, los perdedores reciben un trato más benigno, por lo menos de momento.

La legitimidad del antiguo régimen gobernado por las élites WASPHNM ha disminuido enormemente. La lógica social de la segunda fase de las batallas ideológicas, hacia la que parece que estamos transitando, lleva a un

aumento de la radicalización. En la lucha entre facciones rivales, los que están dispuestos a intensificar las denuncias ganan a los moderados. Con la marginación de los perdedores, el campo de batalla cambia. Una idea que parecía radical hace unos años se convierte en el terreno de nuevas batallas ideológicas. La misma lógica vale tanto para el extremo izquierdo del espectro ideológico como para el derecho.

El *Manifiesto comunista* proclama: «Los proletarios no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas». Pero el pobre Marx se equivocaba. Los proletarios empobrecidos no son los líderes de las revoluciones que triunfan. Los revolucionarios peligrosos de verdad son aspirantes frustrados a la élite, que tienen los privilegios, la formación y los contactos que les permiten ejercer la influencia correspondiente. Incluso la minoría de jóvenes recién titulados que acceden a puestos de élite de inmediato, como el 20 por ciento de los licenciados en Derecho con sueldos de 190.000 dólares, no viven felices y contentos porque perciben el clima general de inseguridad. La proporción cada vez mayor de jóvenes titulados que están condenados a engrosar el precariado son los que no tienen nada que perder, como no sea su precariedad.

5
La clase dirigente

Andy y Clara

Clara conoció a Andy cuando lo entrevistó para una revista de tecnología. Era un joven empresario, años antes de ganar sus primeros mil millones. Empezaron a salir, luego se fueron a vivir juntos y acabaron casándose. La genialidad de Andy como matemático e ingeniero y las habilidades sociales y el buen criterio de Clara han hecho de ellos un gran equipo.

Los padres de Clara llegaron a Estados Unidos como emigrantes pobres procedentes de Centroamérica. Trabajaron con afán para abrir un restaurante, que tuvo un gran éxito. De pequeña, Clara ayudaba a menudo en la cocina o de camarera. Después del instituto, fue a la UCLA, donde estudió periodismo.

Andy nació y creció en Centroeuropa. Sus padres eran científicos, su padre físico y su madre bióloga. Desde muy pequeño mostró grandes aptitudes para las matemáticas. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, puso el listón muy alto y envió su candidatura a varias de las mejores de Estados Unidos, como el MIT, Caltech y Stanford. Eligió ir a Stanford porque le concedieron una beca y porque ya estaba cansado de inviernos fríos y oscuros.

Decidió no seguir los pasos de sus padres y optó por hacerse empresario. Su primera empresa, que montó con dos compañeros de Stanford, ya estaba en marcha incluso antes de graduarse *summa cum laude*. Siguieron otras empresas, intercaladas con los años que Andy pasó como director tecnológico de dos empresas de Silicon Valley que funcionaron muy bien y

le hicieron ganar mucho dinero. Ahora es consejero delegado de una de sus empresas, que se ha convertido en una gran corporación.

La riqueza conlleva responsabilidad. Hace unos años, Clara y Andy crearon una fundación benéfica a la que contribuyen con cuantiosos donativos. Su fundación apoya varias causas progresistas. Una de las que les apasiona es la inmigración. Andy y los padres de Clara emigraron a Estados Unidos en busca del sueño americano, y les fue muy bien, y quieren que otros que sueñan a lo grande y trabajan de firme tengan éxito. Además de este, hay otro motivo, no tan altruista: la empresa de Andy tiene una necesidad constante de mano de obra inteligente y preparada, y en opinión de Andy, la mayoría de los estadounidenses no dan la talla. Para decirlo sin rodeos, en su mayoría son ignorantes y perezosos, y quieren que les paguen demasiado por el tipo de trabajo que hacen. Por supuesto, no es culpa de los jóvenes que el sistema educativo estadounidense se haya quedado tan rezagado respecto a los de Europa y China. Pero esa es la realidad, y por eso la empresa de Andy contrata a muchos trabajadores procedentes del este de Asia, la India y Europa oriental. Están bien formados, dispuestos a trabajar muchas horas y satisfechos con salarios razonables.

Clara también tiene un motivo oculto, o al menos una influencia oculta en su forma de pensar. Habiendo vivido en el ambiente bohemio de Los Ángeles, al que pertenecen la inmensa mayoría de sus mejores amigos, sabe que la mayor parte no podrían mantener su tren de vida si no contaran con mano de obra inmigrante barata. Los sueldos no son nada del otro jueves, y en cualquier momento pueden pasar por un bache económico. Lo que permite que sus compañeros de la intelectualidad vivan como si fueran de la alta burguesía son las empleadas de hogar, las niñeras, los chóferes de Uber y los repartidores de comida a domicilio baratos. Son cosas que ni Clara ni

Andy reconocerían abiertamente a un desconocido. Al fin y al cabo, los seres humanos somos complejos, y a la hora de apoyar unas leyes de inmigración laxas puede darse una convergencia de motivos idealistas y materialistas.

Andy y Clara también contribuyen generosamente a las campañas políticas. Sus donaciones son estratégicas y no se limitan al estado en el que viven. El principal cliente de la empresa de Andy es el Gobierno estadounidense, ya que casi el 90 por ciento de sus ingresos proceden de contratos federales. Necesita congresistas amigos en Washington que le ayuden a asegurarse de que los lucrativos contratos vayan a su empresa y no a la competencia. Donan más o menos la misma cantidad a demócratas que a republicanos. Les gusta el programa progresista de los demócratas, pero también el programa económico de los republicanos, sobre todo su defensa de las rebajas de impuestos. Esta es una de las cosas de las que ambos están convencidísimos. Andy y los padres de Clara llegaron a Estados Unidos sin un céntimo y realizaron su sueño americano con su propio esfuerzo. ¿A santo de qué debe el Gobierno meterse el dinero de ellos en sus bolsillos sin fondo? Además, la mayor parte de los impuestos se malgastan debido a la corrupción. Andy y Clara prefieren donar ese dinero directamente a causas que lo merezcan a través de su fundación, en lugar de que lo malgasten unos burócratas corruptos e ineptos. Por muy repelente que les resulte Trump, le reconocen a regañadientes el mérito de la Ley de Recortes Fiscales y Empleo, aprobada en 2017, que rebajó de forma muy notable los impuestos que pagaban. Aun así, es un alivio que Trump ya no esté en la Casa Blanca. Joe Biden representa la vuelta a la política normal, y no les va a subir los impuestos, por mucho que lo dijera durante la campaña electoral: sabe cuidar de sus intereses. Y si el ala izquierda del Partido Demócrata

consigue presentar un proyecto de ley de impuestos a las grandes fortunas, pueden contar con que los republicanos obstruccionistas lo torpedearán.

LAS CLASES DIRIGENTES EN LA HISTORIA Y EN LA ACTUALIDAD

Aunque ni Andy ni Clara han ocupado nunca un cargo público, forman parte de la clase dirigente estadounidense. Esto no es lo que se enseña en Estados Unidos en las clases de educación cívica del instituto, pero mal que me pese, a la luz de los hechos, es más que justo calificar a Estados Unidos de plutocracia, es decir, una sociedad donde gobiernan los ricos. No se trata de una teoría conspiranoica, sino de una descripción certera con la que están de acuerdo numerosos científicos sociales que estudian las dinámicas del poder.[1] Sin embargo, para tener algo de perspectiva, antes de adentrarnos en las interioridades de cómo funciona el poder en Estados Unidos, hablaremos del poder social en general.

Empecemos por un principio básico. Todas las sociedades humanas complejas y de grandes dimensiones tienen clases dirigentes. Tanto si el sistema de gobierno del Estado es una democracia como si es una autocracia, siempre hay un porcentaje reducido de la población que concentra en sus manos una parte desproporcionada del poder social. Pero, como vimos en el capítulo 1, existen grandes diferencias entre los distintos países, pasados y presentes, en lo que se refiere a la fuente de poder fundamental para las élites gobernantes y a los mecanismos de «reproducción» de dichas élites, entre los que figuran no solo la reproducción biológica, sino también el reclutamiento de plebeyos.

Los primeros Estados solían ser militocracias, cuya principal fuente de poder social era la fuerza pura y dura. Esto era consecuencia de uno de los

principios más importantes de la evolución social, a saber, que «la guerra hizo al Estado, y los estados hicieron la guerra».[2] Los primeros estados no nacieron debido al simple aumento de la población o a la acumulación pacífica de territorio. Surgieron en entornos de guerras encarnizadas y se expandieron mediante la conquista o mediante alianzas militares cada vez más cohesionadas y centralizadas que acabaron transformándose en estados.[3]

La fuerza bruta, todo hay que decirlo, no es una forma demasiado eficaz de gobernar un país, sobre todo en tiempos de paz. ¿Recuerda el lector el dicho «Se pueden conseguir más cosas con una palabra amable y una pistola que solo con una palabra amable», que suele atribuirse (incorrectamente) a Al Capone? Pues bien, la experiencia real de los estados históricos indica que habría que modificar la segunda parte: «Se pueden conseguir más cosas con una palabra amable y una pistola que solo con una pistola». La fuerza legítima funciona mejor que la fuerza pura: si puedes convencer a la gente de que haga lo que quieres, no tendrás que pagarles ni obligarles a hacerlo.

Conscientes de esta realidad, las élites guerreras primitivas trataban de acaparar el poder ideológico autonombrándose sacerdotes o controlando estrictamente a los especialistas en religión. Muchos estados primitivos estaban gobernados por reyes-sacerdotes, o incluso por reyes-dioses. Los faraones egipcios, por ejemplo, eran adorados como dioses. Además, los gobernantes de los primeros estados también tenían el poder económico. Dado que el principal medio de producción de las sociedades preindustriales era la tierra —para el cultivo de alimentos y plantas de uso textil, así como para la cría de ganado—, se erigieron en terratenientes y utilizaban a campesinos, siervos o esclavos para trabajarla. Por último, al aumentar la extensión y el número de personas que vivían y trabajaban en

sus dominios, los gobernantes se toparon con las limitaciones del gobierno directo y tuvieron que compartir el poder a regañadientes con especialistas en administración, los burócratas. Nuestro análisis de una muestra de sociedades históricas de todo el mundo indica que los estados con un máximo de cien o doscientos mil habitantes podían gobernarlos jefes o reyezuelos con la ayuda de sus allegados, sin necesidad de contar con administradores a tiempo completo.[4] Pero en cuanto se llega al millón de súbditos, o el Estado dispone de una clase funcionarial, o acaba hundiéndose por pura ineficiencia. O se ve derrotado por imperios burocráticos rivales. El resultado es que lo que empezó como una aristocracia guerrera se transforma siempre en una clase dirigente que, pese a insistir en las habilidades militares, en realidad controla todas las fuentes de poder. Las élites que no logran diversificarse son derrocadas por enemigos internos o externos.

Egipto, una militocracia

Un ejemplo contemporáneo de militocracia (un Estado gobernado por élites militares) es la República Árabe de Egipto. Egipto es una dictadura militar, aunque celebra elecciones para maquillar el régimen. Las raíces de esta forma de gobierno se remontan a muchos siglos atrás. Hagamos una breve digresión histórica para repasar la evolución de los marcos institucionales que han acabado llevando al poder, en el momento de escribir estas líneas al gobernante de Egipto: Abdulfatah al Sisi. Existe una inercia cultural muy notable que determina la organización institucional a la que vuelven las distintas regiones del mundo, incluso después de graves perturbaciones, como revoluciones y el colapso del Estado. La cultura es persistente.

Pensemos en Saladino, o más formalmente Al-Nāsir Ṣalāḥ ad-Dīn Yūsuf ibn Ayyūb (1137-1193), seguramente el kurdo más famoso de la historia universal. Saladino luchó contra los cruzados en Palestina y su mayor hazaña fue expulsarlos de Jerusalén. Forjó un extenso imperio que, al final de su reinado, abarcaba Egipto, Siria, Palestina y los confines occidentales de la península arábiga. Sin embargo, sus sucesores cedieron gradualmente el poder militar a sus generales mamelucos. Los mamelucos eran una casta de guerreros comprados en los mercados de esclavos para darles luego instrucción militar. En 1250, derrocaron al último heredero de la dinastía ayyubí (que debía su nombre al del padre de Saladino) e iniciaron su largo reinado en Egipto. Los ayyubíes duraron menos de un siglo (como hemos visto, estos ciclos políticos tan cortos son típicos de las sociedades con élites polígamas, porque la sobreproducción de aspirantes a la élite es mucho más rápida que en las sociedades con élites monógamas).

Sorprendentemente, los mamelucos dominaron Egipto durante casi tres siglos. Lograron esta hazaña prohibiendo a los hijos de los mamelucos heredar el cargo de sus padres. En su lugar, siguieron comprando en el mercado de esclavos muchachos procedentes de Asia Central y el Cáucaso y formándolos como soldados, oficiales y, en última instancia, gobernantes. Fuera intencionado o no, al evitar la sobreproducción de élites, el régimen de los mamelucos resultó particularmente estable. Para hacerse una idea de la eficacia de los mamelucos hay que tener en cuenta que fueron la única fuerza militar que consiguió detener a los mongoles (en la batalla de Ain Yalut, en 1260).

Por desgracia para los mamelucos, no consiguieron modernizar su ejército. Su caballería era excelente, pero tardaron en adoptar las armas de fuego. Como consecuencia, en 1517, Egipto fue conquistado por el «imperio de la pólvora» más cercano: los otomanos. Sin embargo, los

mamelucos siguieron gobernando Egipto como vasallos de Estambul. Al cabo de tres siglos, otro general, Mehmet Alí, militar albanés enviado por el Imperio otomano para recuperar Egipto en 1805 tras la retirada de las fuerzas expedicionarias francesas de Napoleón, acabó con su poder. Mehmet Alí utilizó un método bastante radical para poner fin a la sobreproducción de élites: invitó a los líderes mamelucos a una fiesta y allí los masacró, con lo que obtuvo el poder absoluto sobre Egipto. Gobernado por la dinastía que fundó Mehmet Alí, Egipto se independizó, primero de hecho y después de derecho, del Imperio otomano (aunque también fuera un protectorado británico durante parte de su historia). La dinastía de Mehmet Alí duró casi ciento cincuenta años. Su último representante, el rey Faruk, fue derrocado por un golpe de Estado militar en 1952.

Creo que se puede ver la pauta general que siguen los acontecimientos. A partir del siglo XII, Egipto fue gobernado por una sucesión de élites militares. Tan pronto como la élite gobernante perdía el control del poder militar, la sustituía otro grupo de guerreros. ¿Cómo nos ayuda esto a entender el Egipto actual? Tras la revolución de 1952, Egipto fue gobernado por una sucesión de generales: Mohamed Naguib, Gamal Abdel Nasser, Anuar al Sadat y Hosni Mubarak. Fue la vuelta al régimen de los mamelucos, salvo que los militares reclutaban a sus sucesores entre la población egipcia en lugar de comprarlos en los mercados de esclavos.

Y entonces llegó la Primavera Árabe. Sería lógico pensar que la revolución egipcia de 2011 fue el resultado de protestas populares multitudinarias contra la brutalidad policial, la falta de libertades civiles y de expresión, la corrupción, el elevado desempleo, la inflación de los precios de los alimentos y los bajos salarios.[5] Todo esto es verdad hasta cierto punto, pero un análisis estructural-demográfico de la revolución egipcia realizado por el arabista ruso experto en cliodinámica Andrey

Korotayev nos ofrece información adicional sobre las fuerzas sociales profundas que actúan bajo la superficie de los acontecimientos.[6]

Hasta los años noventa, solo un pequeño porcentaje de la juventud egipcia formaba parte de la clase titulada.[7] Pero a partir de esa década, el régimen de Mubarak, empeñado en modernizar el país, facilitó muchísimo el acceso de los jóvenes a la educación superior, con el resultado de que, durante dicho decenio, el porcentaje de población matriculada en institutos y universidades se duplicó con creces. Esta expansión del número de estudiantes universitarios coincidió con una «explosión demográfica juvenil». Entre 1995 y 2010, el número de veinteañeros creció un 60 por ciento. En cambio, el número de puestos de trabajo para estos jóvenes titulados apenas aumentó, lo que derivó de inmediato en un grave problema de sobreproducción de élites. Fue de entre los titulados universitarios en paro de donde salieron las tropas revolucionarias que participaron en las manifestaciones multitudinarias contra el régimen.

Igual de importante fue la división en el seno de las élites gobernantes. Mubarak accedió al poder de la forma habitual: primero fue ascendiendo en el escalafón y luego se convirtió en el heredero de su predecesor, Anuar al Sadat. Sin embargo, una vez en el poder, rompió las reglas de la sucesión al empezar a preparar a su hijo, Gamal Mubarak, como sucesor. Gamal no llegó al poder haciendo carrera en el ejército, sino que obtuvo un MBA y se convirtió en líder de las nuevas élites económicas de Egipto. Si Gamal hubiera sucedido a su padre en el poder, se habría producido una revolución social en la que las antiguas élites militares habrían sido sustituidas por las nuevas élites económicas. Está claro que a los oficiales del ejército no les entusiasmaba perder el poder. Según la reconstrucción de Korotayev de los conflictos internos de las élites que impulsaron la revolución (seguida de la contrarrevolución), cuando estallaron las protestas multitudinarias en 2011

el ejército se mantuvo al margen y permitió la caída del régimen de Mubarak. Sin embargo, la coalición que expulsó a Mubarak del poder era muy heterogénea. Los dos principales grupos que la integraban eran los revolucionarios laicos progresistas, procedentes de la clase acomodada urbana, y los islamistas de los Hermanos Musulmanes, cuyos partidarios vivían sobre todo en las zonas rurales. Nada más derrocar a Mubarak, estos dos grupos, con visiones opuestas de hacia dónde tenía que ir Egipto, se enfrentaron de inmediato. Los Hermanos Musulmanes ganaron las elecciones, y su dirigente, Mohamed Morsi, obtuvo la presidencia. La plaza Tahrir volvió a llenarse, pero esta vez de manifestantes progresistas que protestaban contra el gobierno de los islamistas. Y lo que es aún más importante: las élites empresariales (cuyo conflicto con los militares estaba en el origen de la revolución) se asustaron ante el rumbo antiliberal que adoptaba el nuevo Gobierno de Egipto. Cuando el ejército derrocó a Morsi, las élites económicas volvieron a aliarse con el ejército, pero ahora como socio menor. El resultado final de la crisis de 2011-2014 fue que Egipto volvió a la configuración de poder tradicional —por lo menos, en su caso— que lleva vigente en el país desde hace por lo menos mil años. Las élites militares vuelven a estar al mando.

¿Qué nos enseña esta breve incursión en la historia de Egipto? En primer lugar, para comprender las fuerzas de la desestabilización, entre las que figura la sobreproducción de élites, tenemos que situarlas en los marcos institucionales del país que nos interesa. Estos marcos institucionales y las culturas políticas que los sustentan pueden variar mucho de una región a otra. Pero en cada país, presentan una gran resistencia al paso del tiempo y suelen reconstituirse incluso después de sacudidas muy fuertes.

Veamos otro ejemplo: China. A diferencia de Egipto (y Estados Unidos), China está gobernada, desde hace más de dos mil años, por élites cuya

principal fuente de poder es administrativa. En otras palabras, por burócratas. La clase dirigente china era reclutada mediante un complejo sistema de exámenes locales e imperiales. Para tener éxito, los aspirantes debían aplicarse al estudio intensivo de los clásicos chinos. El resultado fue que los funcionarios chinos eran también expertos en confucianismo, de modo que combinaban el poder administrativo con el ideológico. Las élites militares y económicas estaban estrechamente controladas y apenas podían intervenir en los asuntos de Estado. La última sacudida que conmocionó el sistema fue la revolución comunista. ¿Y dónde está China hoy? Más o menos en el mismo sitio que desde hace dos mil años: gobernada por una clase dirigente de burócratas. Las siglas PCC, que significan Partido Comunista de China, bien podrían significar Partido Confucionista de China. Desde el punto de vista de la teoría de los ciclos dinásticos, hoy China está gobernada por un régimen sucesor de la dinastía Qing, que podríamos denominar perfectamente la «dinastía Roja». Una de las tareas culturales que cada dinastía debe completar es escribir una historia definitiva de la dinastía anterior. En 2002, la República Popular China anunció que completaría la *Historia de la dinastía Qing*, lo que daba marchamo oficial a su condición de dinastía.

A lo largo de la historia imperial china, los mandarines mantuvieron a raya a la clase mercantil, y lo mismo ocurre con la dinastía Roja. El 17 de agosto de 2021, el actual gobernante de China, Xi Jinping, pronunció un importante discurso en el que hizo un llamamiento a la prosperidad común y subrayó la necesidad de regular a los grupos con ingresos excesivamente altos, lo que fue interpretado por la prensa occidental como un ataque a los ricos.[8] Pero en ello no hay nada nuevo, solo que los mandarines (una vez más) recuerdan a los milmillonarios quién manda en China.

China es el ejemplo arquetípico de imperio burocrático y lo lleva siendo desde hace dos mil años. Pero el paso de clases dirigentes militarizadas a clases dirigentes administrativas es una regla general en la historia, al menos para los estados más grandes. ¿Qué ocurre con las élites cuya principal fuente de poder es ideológica o económica? Encontramos estados de este tipo en la historia, pero son relativamente escasos. Un ejemplo de teocracia histórica son los Estados Pontificios. En la actualidad, el mejor ejemplo de teocracia es la República Islámica de Irán, cuya máxima autoridad es el líder supremo, un clérigo musulmán chií elegido por un llamado Consejo de Guardianes.

Las plutocracias también son una rareza histórica. Entre los ejemplos más conocidos figuran repúblicas mercantiles italianas como Venecia y Génova, así como la República Holandesa. En la actualidad, el mejor ejemplo de plutocracia es Estados Unidos.

LA FORMACIÓN DE LA CLASE DIRIGENTE ESTADOUNIDENSE

No podemos entender una sociedad en un momento dado sin saber de dónde viene. Por este motivo, mi descripción de la clase dirigente estadounidense debe remontarse a sus orígenes. Por suerte, tampoco hace falta retroceder demasiado: basta con analizar las secuelas de la guerra de Secesión.

Como hemos visto, antes de la guerra de Secesión, Estados Unidos estaba gobernado por una alianza de esclavistas del Sur y patriciado mercantil del Noreste. La derrota del Sur en la guerra de Secesión destruyó esta clase dominante.[9] Una cuarta parte de los hombres del Sur en edad militar murieron en el campo de batalla. Y algo que tuvo efectos más duraderos: la

riqueza del Sur, la mayor parte de la cual se basaba en mantener esclavizados a seres humanos, fue destruida por su emancipación. Además, los daños causados por la contienda a las propiedades de los sureños y el repudio de todas las deudas y obligaciones de guerra de la Confederación acabaron con gran parte de lo que quedaba. En el ámbito político, la derrota de la Confederación marcó el principio de una larga etapa de hegemonía del Partido Republicano. Entre 1860 y 1932, los demócratas (durante mucho tiempo, el partido del Sur supremacista blanco) solo consiguieron hacerse con la presidencia en tres ocasiones: en 1884, 1892 y 1912.

Una influyente escuela historiográfica considera la guerra de Secesión y su secuela, la Reconstrucción, como la Segunda Revolución estadounidense, aunque inacabada, porque, si bien la guerra de Secesión liberó a los esclavos, fracasó rotundamente a la hora de conseguir la igualdad racial. Su principal efecto fue, por tanto, una revolución en la cúspide: el relevo de las élites. Después de que la hegemonía de las élites esclavistas del Sur en el Gobierno federal se rompiera de forma decisiva, las sustituyó una nueva clase dirigente dominada por los empresarios del Norte.

Como escribió Kevin Phillips en *Wealth and Democracy: A Political History of the American Rich*, al mismo tiempo que la Guerra de Secesión destruía la riqueza del Sur, enriquecía inmensamente a los capitalistas del Norte. La compra de deuda pública de la Unión resultó extremadamente lucrativa, y abastecer a la Unión en su esfuerzo bélico fue aún más rentable. «Una cantidad asombrosa de colosos comerciales y financieros de finales del siglo XIX —J. P. Morgan, John D. Rockefeller, Andrew Carnegie, Jay Gould, Marshall Field, Philip Armour, Collis Huntington y otros magnates del ferrocarril— eran jóvenes norteños que evitaron el servicio militar, normalmente pagando a sustitutos, y se sirvieron de la guerra para ascender varios peldaños en la escala de su futura prosperidad», comenta Phillips.

[10] En tan solo una década, de 1860 a 1870, el número de millonarios americanos explotó, pasando de 41 a 545.

El ascenso de la nueva clase dirigente provocó un marcado cambio en las relaciones político-económicas de la nación. Podemos ver esta transformación económica reflejada en la composición de la administración Lincoln. No se habla mucho de este aspecto de la carrera de Lincoln, pero ejerció como abogado de muchas empresas, incluidas algunas ferroviarias del Medio Oeste, sobre todo con la Illinois Central Railroad. Muchos miembros de su Administración tenían estrechos lazos con empresas de ferrocarriles o financieras. No es de extrañar que, como medida de promoción, se concedieran grandes extensiones de tierra a empresas ferroviarias que operaban en los estados del Oeste. La influencia política de los magnates del ferrocarril alcanzaba incluso al nombramiento de jueces del Tribunal Supremo, hasta el punto de que «en 1876 la industria ferroviaria se había convertido claramente en la fuerza político-económica dominante de la nación».[11]

Otras leyes promovidas por el Gobierno de Lincoln reflejaban asimismo la preponderancia de los intereses comerciales del Norte. Las industrias del Norte fueron protegidas con aranceles elevados y se creó un sistema bancario de ámbito nacional. Las Leyes del Ferrocarril del Pacífico otorgaron títulos de deuda pública y grandes extensiones de tierra a las compañías ferroviarias, en un giro radical respecto a la política anterior que no favorecía este tipo de «mejoras internas». Aunque la mayor parte de la legislación aprobada durante la presidencia de Lincoln estuviera motivada por las necesidades de la nueva élite económica, Lincoln también recompensó a otros grupos que fueron decisivos para llevarle al poder en 1860. Los abolicionistas radicales consiguieron la Proclamación de Emancipación de 1863, a la que siguió la Decimotercera Enmienda al cabo

de dos años. La emancipación también benefició a los capitalistas del Norte, aunque de forma indirecta, al empobrecer a las élites del Sur y reducir su capacidad de influir en la política a nivel federal.

La ley de Asentamientos Rurales de 1862, en cambio, fue un premio a los granjeros independientes, al permitir el traslado de los excedentes de mano de obra a las tierras baldías que abundaban en el Oeste. Uno de sus efectos secundarios fue que se redujo la oferta de mano de obra en el Este y la que había aumentó de precio. Para contrarrestar esta consecuencia indeseable (para los empresarios, claro; los trabajadores estaban encantados con los salarios más altos), el Congreso dominado por los republicanos aprobó la Ley de Inmigración de 1864, cuyo objetivo era, según se admitía, garantizar el suministro adecuado de mano de obra, y creó una oficina de inmigración para facilitar la importación de trabajadores de Europa. El programa de los republicanos de 1864 explicaba así la importancia de estas medidas: «La inmigración extranjera, que tanto ha contribuido históricamente a la riqueza, el aprovechamiento de los recursos y el aumento del poder de esta nación (refugio de los oprimidos de todas las naciones) debe ser fomentada y alentada por una política progresista y justa».[12]

Tampoco hay que exagerar el grado de unidad de las élites en la etapa posterior a la guerra de Secesión. Después de que la antigua clase dirigente se convirtiera en «lo que el viento se llevó», estallaron de inmediato conflictos en el seno de las élites de la nueva clase dirigente. La etapa comprendida entre 1870 y 1900, conocida como la Edad de Oropel, fue extremadamente caótica y conflictiva en la historia de Estados Unidos. Además, en 1870 la nueva clase dominante aún carecía de las instituciones que más tarde forjarían un sentimiento de identidad común y ayudarían a coordinar la acción colectiva de las élites, que la transformaría en «una clase para sí misma», por utilizar la terminología marxista.

Una serie de instituciones de la clase alta que evolucionaron durante la Edad de Oropel tenían el doble cometido de mejorar la comunicación entre las élites y, al mismo tiempo, crear una línea divisoria clara entre la élite y la plebe. Figurar en el *Social Register*, el anuario en el que constaban los miembros de lo que se consideraba la alta sociedad, se convirtió en una especie de patente de nobleza. Los clubes sociales de élite y los lugares de veraneo exclusivos cumplían una función parecida. Los vástagos de las familias de la élite socializaban con los de su clase en internados prestigiosos, la mayoría de los cuales se fundaron durante esta época, y luego en las universidades de la Ivy League.

En el ámbito de la economía política los acontecimientos seguían un curso paralelo. Hacia el final de la Edad de Oropel, la idea de que la competencia sin restricciones perjudicaba a todos los implicados encontró cada vez más voceros entre los principales empresarios, incluidos colosos como John D. Rockefeller y J. P. Morgan.[13] Su aversión al caos resultante y su afán de previsibilidad dieron lugar al gran movimiento de fusiones de 1895-1904. En la mayoría de los casos, estas combinaciones de finales de siglo fueron económicamente menos eficientes que los nuevos rivales que aparecieron casi de inmediato. Sin embargo, sus principales ventajas no residían en el aumento de la eficiencia económica, sino en el incremento del poder político de las empresas. Tras la concentración de la industria siderúrgica en 1901, el editorial de *The Bankers' Magazine* comentaba el hecho con una franqueza insólita:

> Cuando los empresarios eran individuos, cada uno de los cuales trabajaba por su propio éxito sin tener en cuenta a los demás, en una competencia feroz, los hombres que controlaban la organización política eran la autoridad suprema. Dictaban las leyes e invertían los impuestos en aumentar el poder de su organización. Pero a medida que los empresarios del país han ido aprendiendo el secreto de las fusiones, han empezado a subvertir el poder de los políticos para ponerlo al servicio de sus fines. El poder legislativo y el poder ejecutivo se ven obligados a

> atender cada vez más las exigencias de los intereses empresariales organizados. El hecho de que no estén totalmente sometidos a estos intereses se debe a que la organización empresarial aún no es perfecta. La reciente concentración de las industrias del hierro y del acero es indicativa del extremo al que puede llegar la concentración de poder. Las fusiones son extensibles a cualquier ámbito de negocio, y si otras industrias imitan el ejemplo de la siderúrgica, es fácil ver que, al final, el Gobierno de un país cuyas fuerzas productivas están todas concentradas y a las órdenes de unos pocos líderes, acabará convirtiéndose en un mero instrumento de dichas fuerzas.[14]

Otro acontecimiento importante, que tuvo lugar más tarde (hacia 1920), fue la confluencia de lo que el politólogo G. William Domhoff denomina la «red de planificación política», una red de organizaciones sin ánimo de lucro mediante las cuales algunos dirigentes empresariales y miembros de la clase alta configuran el debate político en Estados Unidos. Estas fundaciones, laboratorios de ideas y grupos de debate político, a menudo interrelacionados, estaban financiados por el empresariado, cuyos miembros controlaban sus mensajes desde sus puestos en los patronatos. La mayor parte del dinero procedía de tres figuras de la élite económica: el potentado del acero Andrew Carnegie, el magnate del petróleo John D. Rockefeller y un rico comerciante de San Luis, Robert Brookings.[15]

Durante los cincuenta años que siguieron a la guerra de Secesión, las élites empresariales y políticas del Norte se fusionaron así en una auténtica aristocracia nacional. Como escribió el historiador de izquierdas Gabriel Kolko en *The Triumph of Conservatism*, «las élites empresariales y políticas se conocían, iban a las mismas escuelas, eran socios de los mismos clubes, se casaban entre las mismas familias, compartían los mismos valores; en realidad, formaban ese fenómeno que se ha dado en llamar el *establishment*».[16]

LA PLUTOCRACIA ESTADOUNIDENSE DE HOY

La idea de que Estados Unidos es una plutocracia la han expresado presidentes, científicos sociales e intelectuales mediáticos estadounidenses.[17] Y también yo. Pero utilizo este término en sentido neutro, para referirme de forma abreviada a un Estado dominado por las élites económicas (el significado literal de *plutocracia* es «gobierno de la riqueza»). Pero ¿qué hay detrás de esta etiqueta?

En pocas palabras, en la cúspide de la pirámide del poder de Estados Unidos se encuentra la comunidad empresarial: los propietarios y gestores de grandes activos generadores de ingresos, como empresas, bancos y bufetes de abogados.[18] Varios sectores del empresariado son tan influyentes y están tan cohesionados en su influencia sobre las políticas públicas que, a lo largo de los años, les han puesto nombres como el de «complejo industrial-militar», el sector FIRE (finanzas, seguros e inmobiliario), el sector energético (petróleo, gas y compañías eléctricas), Silicon Valley, los gigantes de la alimentación (*Big Food*) y la industria farmacéutica (*Big Pharma*), el complejo médico-industrial y el complejo educativo-industrial. En 2021, doce mil grupos de presión invirtieron 3.700 millones de dólares en influir en la política a nivel federal, según el grupo de investigación no partidista OpenSecrets.[19] Los tres sectores económicos principales, que se gastan cientos de millones de dólares al año en grupos de presión, son la industria farmacéutica, la electrónica y las compañías de seguros.[20] Otros les siguen de cerca.

Según esta teoría de la «dominación de clase», el empresariado gobierna indirectamente Estados Unidos.[21] Su «poder económico estructural» le permite dominar a la clase política mediante los grupos de presión, la financiación de las campañas, los empresarios que se presentan a cargos políticos, los nombramientos de dirigentes empresariales para puestos clave

del Gobierno y las «puertas giratorias», es decir, el movimiento de personas que van y vienen entre los cargos del Gobierno y los empresariales. De hecho, las dos redes de poder, la económica y la administrativa, son hermanas siamesas, pero la red económica es la dominante.

El empresariado también controla la base ideológica del poder mediante la propiedad de empresas de medios de comunicación de masas y una red de planificación política formada por fundaciones privadas, laboratorios de ideas y grupos de debate político. La fuente restante de poder social, el ejército, ha estado siempre subordinada por completo a la red política a lo largo de la historia de Estados Unidos. Los futuros oficiales son adoctrinados en una cultura de obediencia a sus líderes políticos al mando y, en los niveles más altos, los generales y almirantes esperan ocupar tras su jubilación cargos bien remunerados en los consejos de administración de las empresas que viven de los contratos gubernamentales.

Ciencia o conspiranoia

Afirmar que Estados Unidos es una plutocracia no es, hablando en plata, una teoría conspiranoica. Es una teoría científica. ¿Cuál es la diferencia?

En primer lugar, hay que reconocer que algunas conspiraciones son reales. La historia abunda en ejemplos de grupos de personas que conspiraron en secreto para promover sus intereses y objetivos a expensas de otros grupos o sociedades enteras. Guy Fawkes y sus conspiradores planearon volar la Cámara de los Lores en 1605 porque querían sustituir a Jacobo I por un monarca católico. El Gobierno de Richard Nixon cometió una serie de actos ilegales, como poner micrófonos ocultos en las oficinas de sus rivales políticos y acosar a políticos y activistas, y luego intentó

encubrirlos. Y a veces a las personas que se esfuerzan por sacar a la luz conspiraciones reales las tachan erróneamente de conspiranoicas, o incluso de enfermos mentales, como le sucedió a Martha Mitchell, la «Casandra del Watergate».[22] Por tanto, el debate que sigue no se refiere a las conspiraciones, sino a las teorías conspiranoicas.

Existe un gran número de teorías conspiranoicas sobre grupos turbios y malignos que presuntamente controlan el Gobierno de Estados Unidos o que pretenden crear un Estado mundial opresor. Estas teorías del «gobierno en la sombra» y del «nuevo orden mundial» sostienen que el poder político real lo detentan los bancos centrales, las organizaciones judías, los masones, los Illuminati, los jesuitas, la CIA, las Naciones Unidas o el Foro Económico Mundial. En otros tiempos, el espantajo predilecto eran los comunistas soviéticos, pero tras el hundimiento de la Unión Soviética, el foco de las fantasías conspiranoicas se desplazó a los comunistas chinos (para la derecha) y a la Rusia de Vladímir Putin (para la izquierda). Así, por ejemplo, Stewart Rhodes, fundador de los Oath Keepers, cree que los «comuchinos» se han infiltrado por completo en el Gobierno estadounidense,[23] mientras que en 2017 el programa de Rachel Maddow en la MSNBC obtuvo unos índices de audiencia altísimos al afirmar una y otra vez que el presidente Trump era una marioneta del Gobierno ruso.[24]

¿Cuáles son las características de las teorías conspiranoicas que las distinguen de las teorías científicas?[25] En primer lugar, las teorías conspiranoicas suelen ser vagas en cuanto a los motivos de los líderes ocultos o les asigna motivaciones inverosímiles. En segundo lugar, presuponen que son sumamente inteligentes y están bien informados. En tercer lugar, atribuyen el poder a un líder fuerte o a una pequeña camarilla. Y, por último, dan por sentado que los planes ilegales pueden mantenerse en secreto por tiempo indefinido. Una teoría científica, como la de la

dominación de clase, es muy diferente. Repasemos estos cuatro puntos en el mismo orden.

En primer lugar, los motivos de los poseedores de riqueza son bastante transparentes. No hay que ser adivino para entender que quieren aumentar su riqueza en lugar de ver que disminuye. Esto, claro está, es una burda simplificación. Las personas son seres complejos con múltiples motivaciones que se solapan. Cada persona está motivada por una combinación diferente de objetivos materialistas e idealistas. Pero un motivo que los ricos comparten como clase es, en general, el deseo de conservar y aumentar su riqueza. Todas las teorías (y modelos) simplifican en exceso la caótica realidad, pero esta hipótesis se aproxima bastante.

En segundo lugar, la teoría de la dominación de clase también señala los mecanismos verificables empíricamente por medio de los cuales la clase empresarial domina a la clase política. Esto se consigue mediante la creación de enormes comités de acción política, la financiación de grupos de presión, las contribuciones a las campañas de los candidatos y haciendo que representantes del empresariado se presenten a las elecciones. Los titulares de los cargos se ven influidos además por los principales medios de comunicación, que en su mayoría son propiedad de las élites económicas y comparten la misma idea general de lo que es y no es «noticia». Los detalles de las leyes suelen redactarlos en laboratorios de ideas y grupos de presión, controlados también por las élites económicas.

En tercer lugar, no existe un centro. Las élites económicas se organizan de forma muy diferente a las élites militares, por ejemplo, con sus complejas jerarquías de mando y control y un comandante en jefe en la cúspide. En su lugar, la acción colectiva se ve facilitada por la socialización de los miembros de la red de poder en colegios y universidades, clubes de campo y de golf exclusivos. Forman parte de consejos de administración de

empresas y participan en diversos grupos y asociaciones profesionales, como cámaras de comercio, asociaciones patronales y foros mundiales (por ejemplo, Davos). Las políticas concretas se elaboran en la red de planificación política de laboratorios de ideas, institutos y fundaciones benéficas. Una vez más, no existe un centro, ni un líder supremo, ni una camarilla. El poder se distribuye en una red no jerárquica de miles de individuos. Y existen diferencias de opinión e incluso conflictos entre los distintos nodos de la red. El grado de unidad y cohesión dentro de la clase dirigente es una magnitud dinámica; cambia con el tiempo. Volveré sobre este punto más adelante.

Por último, está el secreto frente a la transparencia. Es cierto que los miembros de la clase dominante a menudo intentan mantener sus actividades fuera de la vista del público. Viven en comunidades cerradas y se relacionan en clubes exclusivos a los que la gente, corriente no tiene acceso. Pero los datos, que los sociólogos utilizan para estudiar el funcionamiento interno de la clase dirigente son de dominio público. Organizaciones como OpenSecrets han acumulado una notable cantidad de datos sobre la influencia del dinero en la política estadounidense.[26] Los sociólogos han reconstruido minuciosamente la red de la élite del poder en Estados Unidos, que puede consultarse en whorulesamerica.net, el recurso web de Domhoff.[27]

La diferencia más importante, de hecho decisiva, entre las teorías conspiranoicas y las científicas es que estas últimas hacen predicciones novedosas que pueden contrastarse con los datos. La teoría de la dominación de clases fue propuesta por primera vez por Domhoff hace cincuenta años, y desde entonces ha habido tiempo suficiente para que otros científicos sociales pusieran a prueba sus predicciones.

Opulencia e influencia

La teoría sobre el funcionamiento del Estado que se enseña en las escuelas de Estados Unidos se resume perfectamente en la referencia de Abraham Lincoln al gobierno «del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Los sociólogos se refieren a esta idea de gobierno como «democracia electoral mayoritaria». Esta teoría presupone que las políticas del Gobierno están moldeadas por la voluntad colectiva de los ciudadanos de a pie, que se plasma en elecciones democráticas. La teoría predice que los cambios políticos, como la nueva legislación adoptada por el Congreso, reflejan sobre todo las preferencias de los ciudadanos típicos, o «votantes medios». La teoría de la dominación de clase, por el contrario, predice que los cambios políticos reflejan únicamente las preferencias de las élites económicas. ¿Quién tiene razón?

El politólogo Martin Gilens, ayudado por un pequeño ejército de ayudantes de investigación, recopiló un gran conjunto de datos relativos a casi dos mil cuestiones políticas entre 1981 y 2002. Para cada caso, se emparejaba una propuesta de reforma política con una encuesta de opinión nacional en la que se planteaba si se estaba a favor o en contra de la iniciativa. Los datos brutos de las encuestas proporcionaron a Gilens una información que le permitió separar las preferencias de los pobres (en el decil más bajo de la distribución de la renta), los medios (la mediana de la distribución) y los ricos (el decil superior).[28]

El análisis estadístico de este impresionante conjunto de datos demostró que las preferencias de los pobres no tenían ninguna influencia en las reformas políticas, lo que no era de extrañar. Sí es sorprendente, en cambio, que tampoco tuvieran importancia las preferencias de los votantes medios.

La principal influencia en la orientación de las reformas eran las preferencias políticas de los ricos, así como las de los grupos de interés, siendo los más influyentes los grupos de presión del empresariado. Cuando se incluyen en el modelo estadístico las preferencias del decil más rico y de los grupos de interés, la influencia de los plebeyos es estadísticamente indistinguible de cero.

Esto no significa que los ciudadanos de a pie salgan siempre perdiendo. Hay una serie de cuestiones políticas en las que están de acuerdo con los ricos, y estas reformas políticas suelen implementarse. Pero, a la vista de los hechos, las cuestiones en las que el pueblo llano y las élites económicas discrepan se resuelven siempre, siempre, a favor de las élites. Eso es la plutocracia.

Adiós, pues, a la teoría de la democracia electoral mayoritaria. Permítaseme añadir que este análisis tenía varias características que en realidad sesgaban los resultados en contra de la teoría de la dominación de clase. Nos interesaría mucho distinguir el efecto de las preferencias del decil más rico de las del 1 por ciento más rico (y, mejor aún, del 0,01 por ciento más rico). Al fin y al cabo, los miembros de la red de poder, identificados por Domhoff, constituyen un porcentaje ínfimo de la población. Pero no era posible hacer distinciones tan matizadas con los datos a los que Gilens y su equipo tuvieron acceso. Otra consideración es que este análisis solo abordaba lo que los politólogos denominan la «primera cara del poder»: la capacidad de los ciudadanos para influir en los resultados políticos sobre cuestiones polémicas. Pero la «segunda cara del poder», es decir, la capacidad de influir en la agenda de los responsables políticos, es una forma sutil pero muy poderosa de que las élites se salgan con la suya. Por último, la «tercera cara del poder» es la capacidad de las élites ideológicas de influir en las preferencias de los ciudadanos.

La tercera cara es el tipo de poder más sutil, quizá incluso insidioso. Mi ejemplo favorito de su eficacia es el meme del «impuesto a la muerte», inventado por algún genio maligno de la propaganda de un laboratorio de ideas para acabar con el impuesto de sucesiones a las grandes fortunas. La gente de a pie protesta contra el Gobierno para que «quite sus sucias zarpas del dinero que he ganado y quiero dejar a mis hijos», sin darse cuenta aparentemente de que el impuesto, tal como estaba redactada la propuesta de ley, solo afectaría a los superricos.[29]

La espléndida investigación realizada por Gilens es un magnífico ejemplo de cómo funciona la ciencia. Los científicos toman dos o más teorías rivales (en este caso, la dominación de clase y la democracia electoral mayoritaria), formulan predicciones concretas a partir de ellas y, a continuación, recopilan datos para ver qué teoría es la correcta. La democracia electoral mayoritaria es una teoría hermosa, pero, por desgracia, no sobrevive a la dura realidad.[30]

La inmigración

Ahora que comprendemos mejor cómo funciona el poder en Estados Unidos, reflexionemos sobre un aspecto desconcertante de la democracia estadounidense: la polémica política sobre la inmigración. Según múltiples encuestas, los estadounidenses se oponen firmemente a la inmigración ilegal.[31] Existe E-Verify, un sitio web del Departamento de Seguridad Nacional que permite a las empresas determinar la situación laboral de los posibles empleados, pero ningún mandato federal obliga a los empresarios a utilizarlo. Muchos creen que un mandato de este tipo sería una forma mucho más eficaz y humana de reducir la inmigración ilegal que el sistema

vigente. Por supuesto, este complejo asunto tiene muchas aristas. Sin embargo, no deja de ser extraño que se aplique una solución que supone gastar miles de millones de dólares en seguridad fronteriza y detención de inmigrantes —con resultados mejorables, por decirlo de algún modo—, pero nunca se haya adoptado una solución que implique cerrar el grifo de dinero que atrae a los inmigrantes a este país en primer lugar. Como decían los romanos: *cui bono*.

«En las emociones exacerbadas del debate público estadounidense sobre la inmigración, se impone una dicotomía moral y política simplista —escribe Angela Nagle en «The Left Case Against Open Borders»—.[32] Es "de derechas" estar "en contra de la inmigración" y "de izquierdas" estar "a favor de la inmigración". Pero el análisis económico de la inmigración cuenta una historia muy distinta». Por supuesto, el aspecto económico es solo uno de los que deberían configurar las políticas públicas sobre la inmigración, que se ha convertido en un tema dominado por las emociones. Como añade Nagle:

> Con las imágenes pornográficas de inmigrantes mal pagados perseguidos como delincuentes por los agentes de Aduanas, otros ahogándose en el Mediterráneo, y el inquietante auge del sentimiento contrario a los inmigrantes en todo el mundo, es fácil ver por qué la izquierda quiere defender a unos inmigrantes ilegales que son blanco y víctimas de ataques. Y es justo que así sea. Pero dejándose llevar por el impulso moral correcto de defender la dignidad humana de los inmigrantes, la izquierda ha acabado retrocediendo hasta tal punto en sus posiciones que en la práctica defiende el mismo sistema que explota a los inmigrantes.

Sigamos a Nagle para examinar las cuestiones estructurales que se ocultan debajo de la superficie: la economía, sí, pero, a una profundidad aún mayor, el poder.

El argumento económico está muy claro. La inmigración masiva aumenta la oferta de mano de obra, lo que a su vez reduce su coste, es decir, los

salarios de los trabajadores. Evidentemente, esta circunstancia beneficia a los consumidores de mano de obra (empresarios o «capitalistas») y perjudica a los trabajadores.

Por supuesto, como vimos en el capítulo 3, la inmigración es solo una de las muchas fuerzas que afectan a los salarios. Mi análisis estadístico de las tendencias de los datos a largo plazo indica que la inmigración ha contribuido de forma significativa al estancamiento/descenso de los salarios en Estados Unidos en las últimas décadas, sobre todo en el caso de los trabajadores sin estudios universitarios, aunque dista mucho de ser el único factor que ha influido.[33] Existe una razón por la que el mayor aumento de la inmigración en la historia de Estados Unidos a finales del siglo XIX coincidió con la primera Edad de Oropel, una época de desigualdad extrema de los ingresos y de pauperización del pueblo solo comparable a la nuestra. Por supuesto, cualquier aportación externa de este tipo a un sistema social tiene múltiples efectos. Los inmigrantes que llegaron a Estados Unidos durante la Edad de Oropel enriquecieron enormemente a este país, al igual que los inmigrantes de hoy. Pero también inclinaron la balanza del poder en detrimento de los trabajadores y a favor de los propietarios, lo que aceleró la bomba de la riqueza. A menos que existan instituciones fuertes que protejan los salarios de los trabajadores, el exceso de oferta de mano de obra hace caer los salarios: sencillamente, es la ley de la oferta y la demanda. En su libro de 2016, *We Wanted Workers: Unraveling the Immigration Narrative*, el economista de Harvard George Borjas (que es inmigrante) explica que el principal efecto de la inmigración no radica en si beneficia a la economía o es un lastre (tiene un ligero efecto positivo), sino más bien que crea ganadores y perdedores. La llegada en masa de inmigrantes no cualificados presiona a la baja los salarios de los trabajadores nativos con menos formación. Las comunidades ya

desfavorecidas, como los afroamericanos sin estudios universitarios, se ven especialmente afectadas. Pero sus salarios más bajos se traducen en mayores beneficios para quienes emplean a inmigrantes: los propietarios y directivos de empresas.[34]

Como señala Nagle, Karl Marx lo tenía muy claro: sostenía que «la importación de inmigrantes irlandeses mal pagados a Inglaterra les obligaba a entrar en una competencia encarnizada con los obreros ingleses. Lo consideraba parte de un sistema de explotación que dividía a la clase obrera y que representaba una extensión del sistema colonial». También lo tenían claro quienes se veían afectados negativamente: los trabajadores y sus organizaciones:

> Desde la primera ley que restringió la inmigración en 1882 hasta las protestas en 1969 de César Chávez y el sindicato United Farm Workers (cuyo carácter multiétnico era público y notorio) contra el empleo y el fomento de la inmigración ilegal por parte del empresariado, los sindicatos se han opuesto a menudo a la inmigración en masa. Consideraban que la importación deliberada de trabajadores ilegales con salarios bajos debilitaba el poder de negociación de los trabajadores y era una forma de explotación. No se puede pasar por alto el hecho de que el poder de los sindicatos se basa, por definición, en su capacidad para limitar y retirar la oferta de mano de obra, lo que resulta imposible si puede sustituirse toda la plantilla fácilmente y a bajo coste. La apertura de fronteras y la inmigración en masa son una victoria para la patronal.

No es de extrañar que las élites económicas estadounidenses también fueran muy conscientes de que la llegada continua de inmigrantes les permitía reducir los salarios de los trabajadores y aumentar la rentabilidad del capital. En 1886, Andrew Carnegie comparó la inmigración con «un río de oro que entra en el país cada año».[35] Durante el siglo XIX, la comunidad empresarial utilizó a menudo al Estado estadounidense para asegurarse de que este «río de oro» siguiera corriendo. Recordemos que en 1864 (durante el mandato de Lincoln), el Congreso aprobó la Ley de

Fomento de la Inmigración. Una de sus disposiciones era la creación de la Oficina Federal de Inmigración, cuyo objetivo explícito era «alimentar un *excedente* [la cursiva es mía] de mano de obra». Los dirigentes patronales de hoy son mucho más discretos.

En sustancia, la tesis de Nagle es que la globalización es el arma que utilizan las élites gobernantes para aumentar su poder a expensas de quienes no pertenecen a las élites. Es otra bomba de la riqueza que quita a los trabajadores y da a los «jefes». También es una bomba de la riqueza mundial que transfiere riqueza de los países en desarrollo a las regiones ricas. Parte de esa riqueza extra se convierte luego en mayor poder político para las grandes empresas. Además, el antagonismo entre los trabajadores nativos y los inmigrantes merma su capacidad para organizarse, con el resultado siguiente, según Nagle:

> Los activistas bienintencionados de hoy se han convertido en los tontos útiles al servicio de las grandes empresas. Con su defensa de las «fronteras abiertas» —y un absolutismo moral taxativo que considera cualquier límite a la migración una maldad indescriptible—, cualquier crítica al sistema explotador de la inmigración en masa se tacha de blasfemia.

«La realidad» y «el deseo»

Dejando a un lado la cuestión concreta de quién gobierna Estados Unidos, en la ciencia —y en la vida— es importante distinguir entre «la realidad» y «el deseo» y no permitir que lo segundo eclipse lo primero. Los científicos sociales, como Domhoff y Gilens, que han demostrado que nuestra democracia no es tan democrática como se enseña en las clases de secundaria, no son antidemocráticos. Todo lo contrario. Les mueve el afán de hacer que nuestra sociedad funcione mejor. Y la única manera de mejorar

las cosas es entendiendo cómo funcionan en realidad, no imponiendo una idea preconcebida de cómo desearíamos que funcionaran. Es una perogrullada. Pero hay que decirlo, porque los científicos que han hecho descubrimientos desagradables han sido perseguidos. Galileo tuvo que retractarse, mientras que Giordano Bruno ardió en la hoguera. Hoy, al científico que descubre una verdad desagradable lo señalan por «incitar al odio». En este tema en concreto, quienes denuncian el funcionamiento de nuestra clase dominante corren el peligro de que los acusen de «incitar a la lucha de clases».

6
¿Por qué Estados Unidos es una plutocracia?

La excepción estadounidense

El grado en que las élites económicas dominan el Gobierno de Estados Unidos es excepcional en comparación con otras democracias occidentales. Países como Dinamarca y Austria tienen clases dirigentes que responden bastante bien a los deseos de su población. Durante la posguerra, estos países estuvieron gobernados por partidos de centroizquierda fuertes, como socialdemócratas y socialistas. Los partidos de centroizquierda se alternaban en el poder con partidos de centroderecha, pero entre la inmensa mayoría de las élites gobernantes de las democracias de Europa occidental reinaba el consenso en torno al Estado del bienestar. Países como Dinamarca y Austria suelen ocupar los primeros puestos en las clasificaciones de los países miembros de la ONU por la calidad de vida de sus ciudadanos. Hasta hace poco, han resistido en gran medida la tendencia mundial al aumento de la desigualdad económica. En muchos indicadores de calidad de vida —esperanza de vida, igualdad, educación— Estados Unidos es un caso atípico en el mundo occidental. ¿Por qué?

La explicación reside en los efectos de la historia y la geografía.[1] Hay dos factores especialmente importantes: el entorno geopolítico y la raza/etnia.

Para entender los orígenes históricos y geográficos de la plutocracia estadounidense, empecemos con un breve excurso en la historia de Europa occidental durante los últimos cinco siglos. Antes del año 1500, Europa estaba ocupada por más de quinientos estados y «miniestados», algunos

minúsculos, como ciudades imperiales libres y principados independientes. Aparte de una teocracia (los Estados Pontificios), gobernaban esos estados militocracias o plutocracias. Las plutocracias eran especialmente comunes en la franja con mayor peso de la población urbana que atravesaba el centro de Europa desde Italia hasta el valle del Rin y luego continuaba por el litoral báltico. Ejemplos típicos son las repúblicas urbanas del norte de Italia y los miembros de la Liga Hanseática que controlaban el comercio báltico.

Durante los cuatro siglos posteriores, este paisaje geopolítico se remodeló por completo. En primer lugar, el número total de estados en Europa se redujo drásticamente, de más de quinientos a apenas una treintena. En segundo lugar, la mayoría de las plutocracias se extinguieron y fueron engullidas por militocracias. ¿El motivo? En dos palabras: revolución militar.[2]

Las armas de fuego experimentaron una evolución fulgurante a lo largo del siglo XV y en 1500 ya habían cambiado por completo la naturaleza de la guerra. Otro avance tecnológico importante fue el desarrollo de barcos aptos para la navegación transoceánica, que aumentaron drásticamente el alcance geográfico de los nuevos imperios de la pólvora.[3] Europa fue pionera en estos avances, lo que explica por qué en 1900 Europa, junto con su vástago norteamericano, había alcanzado la supremacía mundial. Las situaciones de guerra constante e intensa favorecen a los estados más grandes y cohesionados. Los pequeños principados y ciudades-Estado ya no lograban defenderse con unas murallas que los cañones derribaban con facilidad. La intensa competencia militar entre los estados europeos eliminó a los que no podían reunir grandes ejércitos, producir mosquetes y artillería en cantidad, y construir costosas fortificaciones modernas capaces de resistir el fuego de los cañones. La revolución militar desencadenó a su vez

una revolución en la gobernanza y las finanzas, porque los estados, para lograr éxito, tenían que aprender a extraer y emplear con eficacia la riqueza de sus habitantes. Como les gustaba decir a los romanos hace dos mil años: «El dinero es el nervio de la guerra».[4] El resultado fue que las militocracias medievales fueron evolucionando hasta convertirse en clases dirigentes que combinaban funciones militares y administrativas.

Aunque la mayoría de las plutocracias se extinguieron rápidamente, algunas duraron más que otras. La República de Venecia, situada en unas islas protegidas por su laguna, duró más que las demás ciudades-Estado italianas. Los Países Bajos han sobrevivido hasta el siglo XXI, en parte gracias a sus ríos y canales, que dificultan las operaciones militares.

El caso más interesante es el de Inglaterra. Después de la conquista normanda de 1066, era la típica militocracia medieval. Pero gracias a la protección que le otorgaba su emplazamiento en las islas británicas, en cuanto Inglaterra las conquistó por entero, pudo prescindir, y así lo hizo, de un ejército permanente en su propio territorio. La *squirearchy*, la clase de los hidalgos, que comenzó siendo una clase militar, perdió gradualmente ese carácter para convertirse en una mera clase terrateniente, de entre la cual se elegía a los miembros del Parlamento británico. Gracias al imperio mundial forjado por Gran Bretaña, surgió y creció una potente clase mercantil. A diferencia de las otras grandes potencias europeas, que tenían que destinar la mayor parte de sus recursos a ejércitos terrestres si no querían ser conquistadas, el Imperio británico volcó sus recursos en su Marina. El resultado fue que el Reino Unido llegó a ser gobernado por una élite que combinaba funciones económicas y administrativas.

Antes de la guerra de Secesión, la clase dirigente de Estados Unidos era descendiente directa de la *squirearchy* inglesa. Virginia, las dos Carolinas y Georgia fueron colonizadas por los Cavaliers, la facción de partidarios de

Carlos I que perdió la guerra civil inglesa. Llevaron consigo sus costumbres aristocráticas y sus criados, que pronto fueron sustituidos por esclavos importados de África. Tras ganar la guerra de Independencia contra el Imperio británico, los vencedores se dedicaron a construir su propio Estado. Los amos de las plantaciones del Sur y los comerciantes del Norte copiaron en gran medida las formas culturales de gobierno que conocían. La primitiva república estadounidense era una oligarquía calcada de la del Reino Unido, aunque sin monarca (que, por aquel entonces, iba camino de convertirse en una mera figura decorativa en el Imperio británico). En definitiva, Estados Unidos heredó la plutocracia como parte de su «genotipo cultural».

Por supuesto, Estados Unidos no se convirtió en un enorme Estado territorial por casualidad. Desde la fundación de las primeras colonias europeas en el siglo XVII hasta finales del XIX, la expansión territorial se produjo a costa de los nativos americanos en un conflicto que alcanzó cotas de genocidio. Estados Unidos también luchó contra los británicos (en la guerra de Independencia y de nuevo en 1812). En la guerra Mexicano-estadounidense (1846-1848), Estados Unidos se zampó la mitad de México.

Pero cuando la plutocracia empresarial derrocó a la clase dirigente anterior a la guerra de Secesión, el proceso de expansión continental ya casi estaba completo. (En 1890, los territorios de frontera eran cosa del pasado y los nativos americanos estaban confinados en reservas). Ni México ni Canadá representaban peligro alguno para Estados Unidos. Norteamérica es una isla gigante protegida de cualquier amenaza potencial por dos enormes fosos: los océanos Atlántico y Pacífico. La poca militocracia que había en Estados Unidos quedó destruida en la guerra de Secesión, en la que la inmensa mayoría de los oficiales profesionales lucharon en el bando perdedor. El aparato burocrático, antes de 1914, era insignificante y los

ingresos del Gobierno federal solo representaban el 2 por ciento del PIB. De todos modos, la diminuta Administración estaba totalmente dominada por la plutocracia. Gracias al infame clientelismo, entre 1828 y 1900, la mayoría de los cargos federales (¡hasta los directores de las oficinas de Correos!) eran designados por el partido ganador de las elecciones.

Durante sus años de formación tras la guerra, la plutocracia no tuvo rivales significativos, ni internos ni externos. En cuanto se hubo asentado, se hizo sumamente difícil desplazarla sin una revolución social. Así pues, el ascenso de la plutocracia estadounidense puede explicarse en gran medida por sus antecedentes históricos y sus circunstancias geográficas. Pero su pervivencia y auge en pleno siglo XXI se debe en gran medida a otros motivos: raciales y étnicos.

Y SE COMIÓ A JIM CROW

Para mayor concreción, comparemos Estados Unidos con Dinamarca. Durante el siglo XIX, la industrialización en Dinamarca, al igual que en otros países europeos, provocó el nacimiento de una clase obrera concentrada en grandes fábricas, lo que hacía más eficiente la organización laboral. El primer partido socialdemócrata fue fundado en Copenhague en 1871 por Louis Pio, Harald Brix y Paul Geleff, que llegaron a ser conocidos como la santísima trinidad del movimiento obrero danés. Todos ellos procedían de entornos no elitistas. Pio era hijo de campesinos sin tierra, mientras que los otros dos eran «pequeños burgueses». Pero adquirieron una formación sólida, leyeron mucho a Marx y trabajaron como redactores y editores. El Partido Socialdemócrata entró en el Parlamento danés en 1884. En 1924 se convirtió en el mayor partido del país, con el 37 por

ciento del voto. Su líder, Thorvald Stauning (de origen obrero), fue nombrado primer ministro. Los socialdemócratas solo gobernaron una legislatura y fueron sustituidos temporalmente por los progresistas, pero en 1929 volvieron al poder. Así pues, los socialdemócratas daneses tardaron sesenta años en pasar de contraélites a élites consolidadas.

Así como Pio, Brix y Geleff eran radicales exaltados, Stauning perfeccionó el arte del diálogo, combinando ideas radicales y progresistas para lograr acuerdos con la oposición. En 1933, Stauning negoció el Pacto de Kanslergade, que sentó las bases de lo que se conoció como el modelo escandinavo. La característica clave del modelo escandinavo es la cooperación a tres bandas entre trabajadores, empresas y Gobierno, que colaboran por el bien común. Aunque cada país escandinavo siguió su propia senda hacia la socialdemocracia, Dinamarca sirvió de modelo e inspiración a los demás.[5] Recientemente, en Estados Unidos, tanto intelectuales de centroderecha (por ejemplo, Francis Fukuyama) como políticos progresistas de izquierdas (por ejemplo, Bernie Sanders) han citado a Dinamarca como modelo que imitar.

Durante un tiempo, Estados Unidos siguió una trayectoria parecida. Aunque el Partido Populista (People's Party) y los partidos socialistas que surgieron en Estados Unidos durante la década de 1890 nunca llegaron al poder, su impacto en la política estadounidense dominante fue innegable. Uno de los partidos mayoritarios, el Partido Demócrata, se convirtió en casi socialdemócrata bajo el liderazgo de Franklin D. Roosevelt. Gracias a las reformas adoptadas durante la Era Progresista y el New Deal, Estados Unidos se convirtió en muchos aspectos en un «país escandinavo». Hablaré de esta trayectoria con más detalle en este mismo capítulo, pero de momento veamos por qué las trayectorias de Dinamarca y Estados Unidos divergieron durante la segunda mitad del siglo XX.

Gran parte de la razón es por motivos raciales. La raza ha sido uno de los temas más importantes de la política estadounidense, desde sus inicios hasta nuestros días. Debido a su relevancia, se ha politizado e ideologizado enormemente. Aunque, como he dicho antes, el Partido Demócrata de la época de Roosevelt puede considerarse un partido de la clase obrera, hay que añadir un matiz importante: era un partido de la clase obrera blanca. Para sacar adelante su programa, FDR tuvo que llegar a un compromiso con las élites del Sur, lo que en sustancia hizo que el Sur se quedara al margen del acuerdo a tres bandas entre trabajadores, empresas y Gobierno que forjó la Administración de FDR. En particular, el régimen segregacionista del Sur permaneció intacto. Los trabajadores negros, especialmente en el Sur, quedaron excluidos del contrato social del New Deal. Como escribe Heather Cox Richardson en *How the South Won the Civil War*:

> Así se reinstauró la paradoja original estadounidense de la libertad basada en la desigualdad. Dicha reinstauración relegaba a la gente de color a la desigualdad, pero también limitaba la capacidad de los oligarcas de destruir la democracia. Los negros y el resto de la población de color eran subalternos, así que los ricos no podían argumentar que se habían apoderado del Gobierno para redistribuir la riqueza y destruir la libertad, porque el argumento no era convincente. Una vez desarmada esa retórica, los estadounidenses blancos utilizaron el Gobierno para frenar a los ricos y poderosos. Desde la presidencia de Theodore Roosevelt a principios del siglo XX hasta la de Franklin Delano Roosevelt al cabo de treinta años, los progresistas regularon la economía, protegieron el bienestar social y promovieron la construcción de infraestructuras nacionales. Sin embargo, ese activismo gubernamental privilegió a los hombres blancos frente a las mujeres y las personas de color. Incluso los programas del New Deal de la Depresión, concebidos para sacar a los pobres de la miseria y frenar al mismo tiempo el capitalismo desbocado, mantuvieron escrupulosamente las distinciones entre mujeres y hombres, personas de color y blancos.[6]

En las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la situación empezó a cambiar. El fuerte crecimiento económico creó la prosperidad suficiente para hacer subir todos los barcos; el sentimiento de

unidad nacional se oponía a la exclusión de la gente de color; y la rivalidad ideológica entre los adversarios de la Guerra Fría supuso un estímulo adicional (los constantes recordatorios de la propaganda soviética sobre el racismo generalizado en Estados Unidos resultaban embarazosos). Robustecido por esta coyuntura, el movimiento a favor de los derechos civiles se convirtió en una fuerza de cambio social irresistible.

Sin embargo, la extensión paulatina del contrato social a los trabajadores negros proporcionó un resquicio para los plutócratas que estaban descontentos con unos Estados Unidos casi escandinavos en los que su poder se hallaba limitado por los otros dos grupos de interés: los trabajadores y el Estado. Utilizaron el Partido Republicano como vehículo para defender sus intereses, con el objetivo de desmantelar la protección de los trabajadores y rebajar los impuestos a los ricos. Estos intereses se plasmaron en el programa y la actuación de políticos como Barry Goldwater y Richard Nixon, en un primer momento, y más tarde por Ronald Reagan, como la «estrategia del Sur», cuyo objetivo era convertir al Partido Republicano en el partido hegemónico en los antiguos estados confederados apelando a los votantes blancos del Sur mediante cuestiones explícita o implícitamente racistas.

Una estrategia de este tipo no podría tener éxito en Dinamarca, que siempre ha sido un país racial y culturalmente homogéneo. Pero en Estados Unidos, la clase trabajadora podía estar, y estaba, dividida por razas: blancos, negros, morenos. Como decían los antiguos romanos, *divide et impera*, divide y vencerás. En *The Sum of Us*, Heather McGhee escribe:

> En los doscientos años de historia de la clase obrera industrial estadounidense, no ha existido herramienta más poderosa contra la negociación colectiva que la capacidad de los empresarios de dividir a los trabajadores por sexo, raza u origen, avivando la desconfianza y la competencia entre grupos. Muy sencillo: si tu jefe puede contratar a otro más barato, o te amenaza con

hacerlo, tienes menos capacidad de negociación. En el siglo XIX, el hecho de que los empresarios pudieran pagar a los trabajadores negros una fracción del salario de los blancos hizo que estos vieran a los negros como una amenaza para su sustento. A principios del siglo XX, los nuevos inmigrantes se sumaron a esta dinámica competitiva, y el resultado fue una suma cero: el patrón obtenía más beneficios; un grupo tenía un trabajo nuevo, pero peor, mientras que el otro no tenía trabajo alguno. Durante la guerra, los hombres protestaban porque las mujeres les quitaban el trabajo. La competencia entre grupos demográficos era el rasgo definitorio del mercado laboral estadounidense, pero la estratificación solo favorecía al empresariado.

Este punto débil potencial de la solidaridad de la clase trabajadora lo comprendieron a la perfección los responsables de las primeras organizaciones obreras, como los Knights of Labor [«Caballeros del Trabajo»], la primera organización obrera de masas de Estados Unidos:

Cuando los Knights empezaron a organizarse en los turbulentos años de la Reconstrucción, reclutaban a personas de todos los colores porque creían que excluir a cualquier grupo racial o étnico sería hacerles el juego a los empresarios. «¿Por qué los trabajadores tienen que marginar de la organización a alguien a quien la patronal puede utilizar como herramienta para recortar los salarios?», escribía el periódico oficial de los Knights en 1880. Con la incorporación de trabajadores negros en el sindicato, los trabajadores blancos salían ganando al privar a los patrones de un grupo de población al que podían explotar para rebajar los salarios o como esquiroles; a su vez, los trabajadores negros salían ganando al trabajar y beneficiarse de cualquier ventaja que obtuviera el sindicato. Entre las filas de los Knights también había mujeres. En 1886, un periodista de Charleston (Carolina del Sur) informaba así sobre el éxito de los Knights a la hora de organizar a sus afiliados en esa ciudad: «Después de que todo lo demás fracasara, el vínculo de la pobreza unió a los mecánicos y peones blancos con los de color».[7]

Los Knights of Labor formaban parte del movimiento populista que desafió a la plutocracia estadounidense en la última década del siglo XIX. Como documenta Thomas Frank en su libro más reciente, *The People, No: A Brief History of Anti-Populism*, el ideal de los populistas era la acción política basada en la clase y por encima de las divisiones raciales. Pero el movimiento populista fracasó como movimiento democrático de masas.

¿Por qué? Una respuesta a esta pregunta la ofreció Martin Luther King. En un discurso pronunciado al final de la marcha de 1965 de Selma a Montgomery (Alabama), King dio a sus compañeros de marcha una breve lección de historia. Habló de cómo el Partido del Pueblo estadounidense intentó unir a las masas blancas pobres y a los antiguos esclavos negros en un bloque de votantes que amenazara los intereses de la clase dominante. Pero los plutócratas «se adueñaron del mundo y al hombre blanco pobre le dieron de comer Jim Crow»:

> Y cuando su vientre reseco reclamaba a gritos el alimento que sus bolsillos vacíos no podían proporcionarle (sí, señor), se comió a Jim Crow, un ave psicológica que le decía que por muy mal que estuviera, por lo menos era un hombre blanco, mejor que el negro (sí, señor). Y se comió a Jim Crow. (Ajá).[8]

La inversión de tendencia de la Era Progresista

¿De qué nos sirve todo esto para interpretar los resultados de nuestra investigación sobre quién gobierna América? Para empezar, no hay que echarles la culpa a los ricos. Las élites económicas no son malvadas o, al menos, la proporción de personas malvadas entre sus filas no es muy diferente a la de la del resto de la población. Las mueve el interés propio, pero si entre la clase dirigente no encontramos Madres Teresas, tampoco es que abunden precisamente entre la población general. Además, sabemos que a muchos de los integrantes del 1 por ciento de privilegiados los mueve algo más que el interés propio a corto plazo. Nick Hanauer no es un caso único; un grupo de ricos autodenominado «Millonarios Patriotas» lleva desde 2010 haciendo campaña para que les suban los impuestos a los más ricos.[9] Y casi todos los milmillonarios hacen donativos a lo que

consideran causas nobles (si bien con algunas consecuencias no deseadas, de las que luego hablaremos). Por último, aunque la historia está repleta de ejemplos de élites egoístas que hundieron los países que gobernaban, también encontramos ejemplos de élites prosociales que superaron crisis y reconstruyeron la cooperación social. Veamos un caso concreto.

Aunque el sistema político estadounidense está dominado por las élites empresariales desde la guerra de Secesión, en algunos periodos históricos las élites trabajaron sobre todo en beneficio propio, mientras que en otros aplicaron políticas que beneficiaban a la sociedad en su conjunto, incluso a costa de sus propios beneficios a corto plazo. Es relativamente fácil ver cuáles son las épocas en las que los ricos y poderosos configuraron la agenda política para adaptarla a sus propios intereses, como ocurrió en la Edad de Oropel, cuando la desigualdad económica creció a pasos agigantados. Pero ¿cómo explicar las políticas de la Gran Compresión, aproximadamente desde los años treinta hasta los setenta del siglo pasado, durante la cual las desigualdades de ingresos y riqueza tendieron a disminuir? ¿Qué provocó el cambio que puso fin a la Edad de Oropel y dio paso a la Gran Compresión?

La investigación de otros ejemplos históricos apunta a que el papel clave en inversiones de tendencia como esta lo desempeñan las épocas prolongadas de inestabilidad política sostenida, que a veces desembocan en revoluciones sociales, el hundimiento del Estado o sangrientas guerras civiles. Pero en otras ocasiones, las élites, alarmadas por la violencia y el desorden incesantes, se dieron cuenta de que necesitaban unirse, superar sus rivalidades internas y adoptar una forma de gobierno más cooperativa.

Pues bien, el periodo entre 1910 y 1930 fue una época muy turbulenta en Estados Unidos.[10] Los conflictos laborales violentos se habían vuelto cada vez más encarnizados y frecuentes desde la Edad de Oropel y

alcanzaron su punto álgido durante la «década violenta» de 1910 a principios de los años veinte. En 1919, casi cuatro millones de trabajadores (el 21 por ciento de la población activa) participaron en huelgas y otras acciones disruptivas con el objetivo de obligar a los empresarios a reconocer a los sindicatos y negociar con ellos. El peor incidente de la historia laboral de Estados Unidos fue la batalla de Blair Mountain (1921). Aunque empezó como un conflicto laboral, acabó convirtiéndose en la mayor insurrección armada de la historia del país, sin contar la guerra de Secesión. Entre diez mil y quince mil mineros armados con escopetas lucharon contra los miles de esquiroles y efectivos policiales que formaban los Defensores de Logan. Tuvo que intervenir el ejército de Estados Unidos para acabar con la insurrección.

Las cuestiones raciales se entremezclaban con las laborales, y en muchos episodios de violencia política de la época es imposible separarlas. En los disturbios de East St. Louis de 1917, murieron al menos ciento cincuenta personas. Los disturbios por motivos raciales también alcanzaron su punto álgido hacia 1920. Los dos estallidos más graves fueron el Verano Rojo de 1919 y la Masacre Racial de Tulsa de 1921. Durante el Verano Rojo se produjeron tumultos en más de veinte ciudades de Estados Unidos, con un saldo de unas mil víctimas mortales. La matanza de Tulsa de 1921, que causó unos trescientos muertos, fue en realidad un linchamiento multitudinario con características propias de una guerra civil. Miles de estadounidenses blancos y negros, armados con armas de fuego, se enfrentaron en las calles y la mayor parte del barrio de Greenwood, un próspero vecindario negro, quedó destruido.

Por último, la década de 1910 marcó el apogeo de la actividad terrorista de radicales obreros y anarquistas. Una campaña de atentados con bomba llevada a cabo por anarquistas italianos culminó en la explosión de Wall

Street de 1920, que causó 38 víctimas mortales. Le siguió un incidente aún peor, la matanza de la escuela de Bath en 1927, en la que 45 personas —entre ellas, 38 niños en edad escolar— murieron a manos de un terrorista local.

Menos violentos —aunque en el fondo, más amenazadores— fueron los desafíos electorales internos a la clase dominante por parte de los movimientos socialistas y populistas en auge, así como las amenazas externas derivadas del auge del comunismo y el fascismo en Europa. Las élites económicas consideraban que la amenaza principal era el triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia y la fundación de la URSS, un país con una ideología radical de carácter universalista que desafiaba directamente los pilares del orden político estadounidense. No ayudó el hecho de que muchos de los miembros de las contraélites estadounidenses —dirigentes sindicales, anarquistas, socialistas y comunistas— fueran inmigrantes recién llegados del sur y el este de Europa. El Primer Terror Rojo, que se extendió por todo el país entre 1919 y 1921, fue un reflejo del temor de las élites a una inminente revolución bolchevique en Estados Unidos.

Como hemos visto, en 1920 las élites económicas y políticas de Estados Unidos se habían consolidado y constituido en una auténtica aristocracia, que se había dotado de una serie de instituciones que promovían una acción política cohesionada (internados de élite, universidades de la Ivy League, clubes de campo exclusivos y, sobre todo, una red de planificación política). Poco a poco, muchos dirigentes estadounidenses se fueron dando cuenta de que, para reducir la inestabilidad, había que tomar medidas que reequilibraran el sistema político, y que era mejor hacerlo introduciendo reformas desde arriba que con una revolución desde abajo.

Durante el siglo XIX, los capitalistas estadounidenses no habían mostrado ninguna preocupación por el bienestar de las clases trabajadoras. Las ideas

del darwinismo social y lo que ahora llamaríamos fundamentalismo de mercado dominaban el panorama intelectual. Las cosas empezaron a cambiar después de 1900, durante la Era Progresista, y a finales de la década de 1910 comenzó a arraigar la idea de que las empresas debían comportarse de forma socialmente responsable. Así, en esa época varias empresas introdujeron planes de oferta de acciones para los empleados.

Un acontecimiento clave para desconectar la bomba de la riqueza fue la aprobación de las leyes de inmigración de 1921 y 1924. Aunque la motivación principal de estas leyes era excluir a los «extranjeros peligrosos», como los anarquistas italianos y los socialistas de Europa del este, acabaron provocando una reducción de la sobreoferta de mano de obra, como entendieron muy bien las élites empresariales. Al limitarse la inmigración, se redujo la oferta de mano de obra, lo que empujaría al alza los salarios reales durante muchas décadas.

Aunque estas tendencias se iniciaron durante la Era Progresista, maduraron durante el New Deal, favorecidas por las turbulencias económicas y sociales provocadas por la Gran Depresión. Yendo a lo concreto, la nueva legislación legalizó la negociación colectiva a través de los sindicatos, introdujo un salario mínimo y creó la Seguridad Social. En el fondo, las élites estadounidenses sellaron un «acuerdo frágil y no escrito» con las clases trabajadoras. Este acuerdo tácito incluía la promesa de que los frutos del crecimiento económico se distribuirían de forma más equitativa entre trabajadores y propietarios. A cambio, no se cuestionarían los fundamentos del sistema político-económico. Evitar la revolución fue una de las razones más importantes de este acuerdo (aunque no la única). Cuando en 1978 el presidente del sindicato United Auto Workers, Douglas Fraser, dimitió del Labor-Management Group (Grupo Obrero-Patronal, creado en tiempos de Richard Nixon), en el momento en que el acuerdo

estaba a punto de romperse, escribió en su incendiaria carta de dimisión: «La aceptación del movimiento obrero, tal y como ha sido, tuvo lugar porque el poder empresarial temía las alternativas».[11]

En nuestro análisis, es importante no exagerar el grado de unidad existente entre las élites que ostentan el poder en Estados Unidos. Ni hubo una conspiración capitalista en la sombra ni la clase dirigente es un bloque monolítico. En su análisis del origen y la aplicación de las reformas del New Deal, Domhoff y Webber subrayan que hubo al menos seis redes de poder reconocibles que intervinieron en la configuración de las leyes del New Deal.[12] Lo que determina el éxito o el fracaso de las distintas reformas es un proceso complejo de conflicto y cooperación entre estos agentes de poder, y sus alianzas son tan variables como pueda serlo la legislación.

La inversión de tendencia iniciada durante la Era Progresista condujo a la Gran Compresión, una larga etapa de disminución de la desigualdad económica. Sin embargo, aunque la desigualdad «cuantitativa» disminuyó, el acuerdo tenía un lado oculto: el contrato social era entre la clase obrera blanca y la élite blanca, anglosajona y protestante. Los negros estadounidenses, los judíos, los católicos y los extranjeros estaban excluidos del «círculo de cooperación» y sufrían una fuerte discriminación. Sin embargo, aunque contribuyera a empeorar la «desigualdad cualitativa», el pacto provocó, de entrada, una drástica reducción de la desigualdad económica general.

Como hemos visto, la exclusión de los negros estadounidenses del contrato fue el resultado de decisiones tácticas tomadas por la Administración de FDR, que necesitaba los votos del Sur para impulsar su legislación frente a la resistencia de las élites empresariales conservadoras (organizadas en torno a la Asociación Nacional de Fabricantes), que estaban

totalmente en contra de hacer concesiones a la clase trabajadora. Vista en perspectiva, la decisión de abandonar a los trabajadores negros permitió, en cambio, que la siguiente generación de líderes, como Jack y Robert Kennedy y Lyndon Johnson, inauguraran una nueva etapa de derechos civiles que acabó barriendo el segregacionismo institucional que las élites sureñas habían instaurado tras la guerra de Secesión y el fracaso de la Reconstrucción.

La Gran Compresión

La cooperación tiene un coste. Para conseguir el beneficio público, las partes que cooperan deben sacrificar sus propios intereses en mayor o menor medida. Las políticas prosociales de la Era Progresista y del New Deal tenían un precio, y el coste lo asumió la clase dirigente estadounidense. La gente no se da cuenta de lo mucho a lo que las élites económicas hubieron de renunciar para que el acuerdo funcionara. Entre 1929 y los años setenta, las grandes fortunas disminuyeron no solo en términos relativos (en comparación con la riqueza media), sino también en términos absolutos (si se considera la inflación).

Kevin Phillips ideó una forma clara de visualizar la evolución de las fortunas de los ricos a lo largo de la historia de Estados Unidos.[13] Encontró datos de épocas históricas distintas sobre el tamaño de la fortuna de las personas más ricas del momento, que luego dividió por el salario anual típico de un trabajador estadounidense de la misma época. En 1790, el más rico era Elias Derby, con una fortuna que rondaba el millón de dólares. El trabajador estadounidense típico ganaba cuarenta dólares al año, que era un buen salario (recuérdese que en aquella época los

estadounidenses de a pie disfrutaban de un nivel de vida lo bastante alto para ser las personas de mayor estatura media del mundo). La riqueza máxima, pues, equivalía al salario anual de veinticinco mil trabajadores. En 1912, cuando este indicador alcanzó su primer máximo, la fortuna máxima era de mil millones de dólares, y su feliz propietario era John D. Rockefeller. Equivalía a 2,6 millones de salarios anuales: ¡dos órdenes de magnitud (100 veces) mayor! Las grandes depresiones del siglo XIX, que impusieron sufrimientos enormes a las clases trabajadoras, no tuvieron ningún efecto a largo plazo en la marcha triunfal de las grandes fortunas.

Pero las cosas cambiaron durante la Era Progresista y el New Deal. La Gran Depresión, desencadenada por el hundimiento de la Bolsa de Nueva York en 1929, acabó con un tercio de los bancos más grandes, que formaban parte del Sistema de la Reserva Federal, y con casi la mitad de los bancos más pequeños. El número de miembros de la Asociación Nacional de Fabricantes cayó en picado de más de cinco mil a principios de los años veinte a mil quinientos en 1933. De la noche a la mañana, miles de empresarios ilustres pasaron a engrosar las filas de la plebe (y algunos cayeron en picado en sentido literal, saltando desde sus despachos situados en los últimos pisos de bloques de oficinas). En 1925 había mil seiscientos millonarios, mientras que en 1950 quedaban menos de novecientos. El tamaño de la mayor fortuna permaneció estancado en mil millones de dólares durante décadas. En 1962, el estadounidense más rico era J. Paul Getty, con mil millones de dólares de patrimonio, los mismos que Rockefeller cincuenta años antes, aunque el valor de los mil millones de Getty era considerablemente menor debido a la inflación. En 1982, después de que la inflación continuara erosionando el dólar, el estadounidense más rico era Daniel Ludwig, cuyos dos mil millones de dólares equivalían a «solo» 93.000 salarios anuales.[14]

Esta reversión de la sobreproducción de élites es de una magnitud parecida a la que se produjo tras la guerra de Secesión, pero se logró por medios totalmente no violentos. No fue obra de ninguna revolución social: lo hizo la clase dominante o, al menos, la clase dominante permitió que su facción prosocial convenciera al resto de las élites de la necesidad de introducir reformas. Para ilustrarlo, sigamos la evolución de los tipos impositivos sobre las rentas más altas. Cuando en 1913 se creó el sistema fiscal federal, el tipo impositivo sobre el tramo superior era de solo el 7 por ciento. Durante la Primera Guerra Mundial, subió al 77 por ciento, pero en 1929 había vuelto a bajar al 24 por ciento. Durante la Gran Depresión, subió al 63 por ciento, y hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, se disparó al 94 por ciento. Esto se justificó como un sacrificio necesario en tiempos de emergencia nacional. Pero incluso después de la guerra, el tipo máximo se mantuvo por encima del 90 por ciento hasta 1964. Imagínese: durante las dos décadas de paz que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, ¡los más ricos regalaban al Gobierno nueve décimas partes de sus ingresos!

En su libro más famoso, *El capital en el siglo XXI*, el economista francés Thomas Piketty sostiene que, a la larga, la tasa de rentabilidad del capital suele ser mayor que la tasa de crecimiento económico, lo que se traduce en un aumento de la desigualdad económica y la concentración de la riqueza en manos de la élite.[15] *El gran nivelador*, un libro de mi buen colega y amigo Walter Scheidel, trata sobre el proceso contrario, que reduce la desigualdad: tras acumular una cantidad impresionante de ejemplos históricos, Scheidel sostiene que «la muerte es el gran nivelador».[16] Normalmente, se necesita una gran perturbación para reducir la desigualdad en el reparto de la riqueza, y esta perturbación suele adoptar la forma de una revolución social, el colapso de un Estado, una guerra que implique la movilización general de la población o una gran epidemia. Como veremos

en el capítulo 9, donde reviso los resultados de los cien primeros casos de CrisisDB, la visión pesimista de Scheidel solo es correcta el 90 por ciento de las veces.

La Gran Compresión de Estados Unidos es una de las excepciones esperanzadoras. No se produjo ninguna revolución sangrienta ni se hundió el Estado, tampoco hubo ninguna epidemia catastrófica, y la Segunda Guerra Mundial se libró por completo en suelo extranjero. Las amenazas de la revolución interna y la competencia externa —contra el régimen nazi durante la Segunda Guerra Mundial y contra la Unión Soviética durante la posterior Guerra Fría— fueron claramente decisivas para que la clase dirigente estadounidense se centrase en adoptar la combinación adecuada de reformas, que cerraron la bomba de la riqueza e invirtieron la tendencia a la desigualdad. Pero sería injusto pensar que el miedo fue el único motivo de los líderes estadounidenses desde la Era Progresista hasta la Gran Sociedad, pasando por el New Deal. En la posguerra, la mayoría de las élites habían interiorizado los valores que promovían la cooperación social, entre las élites y entre estas y el pueblo llano.

Como escribió la historiadora Kim Phillips-Fein en *Invisible Hands*, a pesar de su resistencia inicial a las políticas del New Deal que regulaban las relaciones entre los trabajadores y las empresas, en los años cincuenta la mayoría de los ejecutivos y accionistas de las empresas habían hecho las paces con el nuevo orden. Negociaban de forma habitual con los sindicatos de sus empresas. Abogaban por el uso de la política fiscal y la acción gubernamental para ayudar a la nación a hacer frente a las recesiones económicas. Aceptaron la idea de que el Estado podía desempeñar algún papel en la orientación de la vida económica. En 1943, el presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos declaró: «Solo quienes prefieren estar ciegos pueden dejar de ver que el capitalismo a la antigua usanza de

épocas primitivas de sálvese quien pueda ha desaparecido para siempre». Para verlo hoy en perspectiva, hoy la Cámara de Comercio es una de las organizaciones de la élite económica que impulsa las formas más extremas del fundamentalismo neoliberal de mercado. En una carta a su hermano, el presidente Dwight Eisenhower escribió:

> Si algún partido político intentara abolir la Seguridad Social, el seguro de desempleo y eliminar las leyes laborales y los programas agrícolas, no se volvería a oír hablar de ese partido en nuestra historia política. Hay un pequeño grupo disidente, por supuesto, que cree que se pueden hacer estas cosas. Entre ellos están H. L. Hunt [...], algunos otros millonarios del petróleo de Texas y algún que otro político u hombre de negocios de otras zonas. Su número es insignificante y son estúpidos.

¿Hace falta decir que Eisenhower era republicano?

Barry Goldwater se enfrentó a Lyndon Johnson en 1964 con un programa de impuestos bajos y retórica antisindical. Con los criterios de hoy en día, Goldwater sería un conservador moderado con políticas no muy diferentes de las de, por ejemplo, Bill Clinton. Pero en su momento se le consideró un radical peligroso, y los líderes empresariales abandonaron su campaña en favor de Johnson, que infligió a Goldwater una contundente derrota.[17]

LA FRAGILIDAD DE LAS SOCIEDADES COMPLEJAS

Como hemos visto, Estados Unidos ha pasado por dos situaciones revolucionarias. La primera, que se desarrolló durante la década de 1850, se resolvió con una revolución social, la guerra de Secesión, que sustituyó a las élites gobernantes de antes de la guerra por la nueva clase dominante empresarial. La segunda, que alcanzó su punto álgido durante los años veinte, se resolvió con la adopción de las reformas de los periodos

Progresista y del New Deal. Hoy nos encontramos en una tercera situación revolucionaria. ¿Cómo se resolverá: con una guerra civil, con reformas o con una combinación de ambas? Esta es la cuestión a la que volveré en el capítulo 8. Pero aquí vamos a hablar de las lecciones que un análisis «estructural-dinámico» (para una explicación detallada de lo que es, véase el capítulo A3) podría aportar para entender nuestra actual época de discordia.

La parte estructural del análisis parece bastante pesimista: la bomba de la riqueza es tan lucrativa para las élites gobernantes que se diría que a fin de apagarla hace falta una revolución violenta. Pero cuando pasamos a la parte dinámica del análisis, surge alguna esperanza. Es posible que la propia clase dominante —o, más exactamente, las facciones prosociales que alberga en su seno— reequilibren el sistema para desconectar la bomba de la riqueza y revertir la sobreproducción de élites de forma relativamente pacífica (en el capítulo 9 se analizarán otros ejemplos esperanzadores de este tipo). Pero para lograr ese resultado es necesario que las fuerzas prosociales convenzan a las élites económicas de que apoyen reformas que van en contra de sus propios intereses con el fin de evitar una crisis inminente. Y aún no hemos llegado a ese punto.

Los personajes de ficción con los que comenzaba el capítulo 5, Andy y Clara, pese a ser bellísimas personas, están minando los pilares del orden social del que tanto se benefician. Lo hacen de dos maneras. Su apoyo a los políticos que abogan por bajar los impuestos priva al Estado de los ingresos que necesita para funcionar. Su fundación apoya causas bienintencionadas, en su lucha por la justicia social y la igualdad. Pero nuestras sociedades son sistemas complejos en los que las distintas partes están interconectadas a múltiples niveles. Las acciones bienintencionadas pueden tener consecuencias imprevistas. Al financiar causas de la izquierda radical, la

Clara and Andy Foundation puede incrementar sin darse cuenta el nivel de discordia social y aumentar la polarización de la sociedad, lo que puede llevar a resultados opuestos a los apetecidos.

Dado que la etapa más reciente de turbulencia social y política en Estados Unidos fueron los años sesenta, muy moderados si se miran con perspectiva histórica, los estadounidenses de hoy subestiman enormemente la fragilidad de la compleja sociedad en la que vivimos. Pero una lección importante de la historia es que las personas que vivían en épocas anteriores a la crisis tampoco imaginaban que sus sociedades pudieran desmoronarse de repente a su alrededor.

Savva Morozov, uno de los industriales más ricos de la Rusia prerrevolucionaria,[18] tampoco podía prever un desenlace tan desastroso. Era un destacado filántropo y mecenas de las artes. En su opulenta residencia urbana (considerada la mansión más cara de Moscú), él y su esposa, Zinaida, recibían a la flor y nata de la intelectualidad rusa: escritores, compositores y científicos famosos. Pero Morozov también se preocupaba por el bienestar de los obreros de sus fábricas textiles. Instituyó permisos retribuidos para las trabajadoras embarazadas y becas para que estudiaran en escuelas técnicas superiores (algunas de ellas, en el extranjero). Construyó un hospital y un teatro para sus empleados. En términos más generales, abogó por la introducción de reformas constitucionales, como la libertad de prensa y de asociación, la igualdad de todos ante la ley y el control público de las arcas del Estado. También estaba a favor del derecho de los trabajadores a afiliarse a sindicatos y a hacer huelga para conseguir mejores salarios y condiciones laborales.[19]

Morozov también apoyaba a partidos radicales, incluidos los bolcheviques. Según informes posteriores, donó cientos de miles de rublos (una suma enorme en aquella época) a los revolucionarios. Él solo financió

la publicación de *Iskra*, es decir, *La Chispa*, un periódico clandestino publicado por el proscrito Partido Socialdemócrata, que más tarde se convertiría en el Partido Comunista ruso. Las motivaciones de Morozov para apoyar a los revolucionarios no eran, por supuesto, provocar un colapso del Estado seguido de años de sangrienta guerra civil y la posterior instauración de la dictadura bolchevique. Lo más probable es que quisiera utilizar a los radicales como ariete contra el régimen zarista, para obligarlo a adoptar auténticas reformas que transformaran a Rusia para mejor.

Cuando estalló la primera revolución, en enero de 1905, la espiral de violencia radical y represión estatal conmocionó a Morozov. Incapaz de influir en los acontecimientos, sufrió una crisis nerviosa y cayó en la depresión. Siguiendo el consejo de sus médicos y familiares, viajó con su esposa a la Costa Azul para someterse a tratamiento psiquiátrico. Sin embargo, tras alojarse en un hotel de Cannes, se suicidó, al parecer, con una pistola, aunque más tarde corrió el rumor de que, en realidad, lo habían asesinado y su suicidio había sido un montaje. Su esposa, Zinaida, regresó a Rusia, donde siguió disfrutando de la enorme fortuna que le había dejado su marido. Pero su buena vida terminó con la segunda revolución de 1917. Los bolcheviques confiscaron todas sus propiedades y la dejaron sin un céntimo. Para mantener a raya la penuria, se vio obligada a vender las pocas joyas que le quedaban. En un último giro irónico del destino, su opulenta mansión, Gorki (Las Colinas), se convirtió en la residencia principal del líder de la revolución proletaria, Vladímir Lenin. En la actualidad alberga un museo, el Museo Gorki de Lenin, que exhibe numerosas posesiones y recuerdos del primer gobernante de la URSS.

Cuando examinamos un ejemplo de colapso del Estado tras otro, vemos invariablemente que, en cada caso, la inmensa mayoría de las élites precrisis —ya pertenecieran a la esclavocracia de antes de la guerra de

Secesión, a la nobleza del Antiguo Régimen francés o a la intelectualidad rusa de 1900— no tenían ni idea de la catástrofe en la que estaban a punto de sumirse. Sacudieron los cimientos del Estado y luego se sorprendieron cuando este se desmoronó. Hablemos ahora de la desintegración del Estado en la historia profunda y en la historia reciente.

TERCERA PARTE

Crisis y secuelas

7
La desintegración del Estado

NERÓN SE DESPIERTA SOLO

Una noche de verano del año 68 d.C., al despertar Nerón Claudio César Augusto Germánico, soberano del Imperio romano, en su palacio de Roma, descubrió que todos sus guardias habían desaparecido. Nerón fue a buscar a sus partidarios a los aposentos que utilizaban en el palacio, pero todos se habían marchado. Cuando regresó a su dormitorio, descubrió que el resto de sus criados también habían huido, «llevándose incluso la ropa de cama y la caja de veneno», según relata la vida de Nerón escrita por Suetonio. Nerón se dio cuenta de que había llegado el momento de acabar con su vida, pero los criados que habían huido habían robado el veneno necesario para hacerlo sin dolor, y no pudo hacer acopio del valor necesario para suicidarse con un puñal.

Los estados mueren de formas muy diversas. Algunos se extinguen con un estallido de violencia; otros se descomponen en silencio y mueren con un gemido. La dinastía Julio-Claudia, que gobernó Roma desde 27 a.C. hasta 68 d.C., terminó con estas palabras de Nerón: «¡Qué gran artista muere conmigo!».

Los intelectuales mediáticos, los políticos y, bueno, la gente en general sobrestima muchísimo y muy a menudo el poder de los gobernantes. Esto se refleja en comentarios habituales como «Sadam Huseín gaseó a su propio pueblo». ¿Acaso Huseín pilotaba los aviones de guerra y lanzaba él en persona las bombas químicas sobre las aldeas kurdas?[1] En el mejor de los casos, se trata de pereza lingüística y, en el peor, de mala sociología, que

puede dar pie a malas políticas, como es inevitable cuando los políticos se obsesionan con las motivaciones de un solo gobernante en lugar de intentar comprender la red de poder en la que se inserta dicho individuo. Como demuestra el ejemplo de Nerón, el monarca de un poderoso imperio se convierte en una nulidad en cuanto lo abandona su red de poder.

En el caso de Nerón, su poder decayó por etapas. Primero estallaron rebeliones en provincias lejanas, como Palestina, y luego más próximas, como la Galia e Hispania. Las legiones de Germania intentaron proclamar emperador a su comandante, pero este rechazó el cargo. Cuando surgió otro pretendiente en Hispania, los pretorianos, la guardia personal del emperador, se pasaron a su bando. Nerón intentó huir a las provincias orientales, pero los oficiales del ejército se negaron a obedecer sus órdenes. Suetonio relata que cuando Nerón pidió un barco militar para huir, le respondieron: «¿Es tan terrible morir?», insinuando de un modo más que evidente que había llegado el momento de que Nerón se quitara de en medio con elegancia. Nerón regresó a su palacio, pero despertó en plena noche y descubrió que lo habían abandonado todos, incluso sus criados. Al final, aceptó su destino, se armó de valor, se clavó una daga en la garganta y murió desangrado.

El colapso del Estado, cuando la autoridad central se desintegra repentina y catastróficamente, es un hecho frecuente en la historia. Un ejemplo clarísimo, y más reciente, es la Revolución cubana, que se consumó el 1 de enero de 1959, cuando el dictador Fulgencio Batista huyó en avión rumbo a la República Dominicana. Las fuerzas revolucionarias entraron en La Habana sin encontrar oposición. El ejemplo más reciente del mismo tipo de implosión del poder (al menos mientras escribo este libro) es el hundimiento de la República Islámica de Afganistán el 15 de agosto de 2021. Los altos cargos, del presidente para abajo, huyeron. Una parte del

ejército se volatilizó y el resto se pasó a los talibanes. La policía desertó y no hubo nadie que detuviera a los saqueadores en Kabul. Al igual que en la Revolución cubana, el vacío del centro se llenó inmediatamente cuando las tropas de los talibanes entraron en Kabul sin oposición.

Un giro irónico de esta historia es que Ashraf Ghani, presidente de Afganistán en aquel momento, al principio de su carrera, había sido un experto en el colapso de los estados y la construcción nacional. Incluso escribió un libro en 2008, junto con Clare Lockhart, sobre este tema, *Fixing Failed States*, que yo reseñé en su momento para la revista científica *Nature*.[2] Por desgracia, estos conocimientos no le ayudaron a arreglar Afganistán, aunque se hizo muy rico mientras lo intentaba. El problema del Estado que gobernaba Ghani era que se trataba de un ejemplo extremo de cleptocracia, es decir, un Estado gobernado por ladrones. En el caso de Afganistán, el aparato del Estado, o lo que quedaba de él, solo se sostenía gracias al flujo de ayuda internacional, la mayor parte de la cual se desviaba a los bolsillos de funcionarios estatales corruptos y sus compinches. Las cleptocracias puras son raras porque son tremendamente frágiles. La fragilidad del régimen de Ghani era evidente, y la CIA calculó que Kabul caería en cuestión de meses tras la retirada de las tropas de Estados Unidos. Pero la rapidez con la que esta cleptocracia se desmoronó sorprendió a los líderes estadounidenses; al día siguiente del colapso del Estado, el presidente Joe Biden comentó que «la verdad es que esto ha sucedido más deprisa de lo que habíamos previsto».[3]

El «momento Nerón», la implosión repentina de un Estado, como el que vivieron personalmente Batista y Ghani, es algo que viene ocurriendo desde que surgieron los primeros estados hace unos cinco mil años, y seguro que volverá a ocurrir. Sería un error suponer que las democracias maduras de Norteamérica y Europa occidental son totalmente inmunes.

STALIN COMO TEJEDOR DE REDES

Contrastemos ahora el destino de Nerón con el de Iósif Stalin, quizá el dictador más exitoso del siglo XX. Stalin ascendió al poder y luego gobernó colocando con sumo cuidado en puestos clave a personas que le eran personalmente leales, tras lo cual nombraba a otro grupo de leales para que vigilaran al primero. Luego purgaba periódicamente a subordinados clave y los sustituía por subalternos ambiciosos. Cuando Stalin se afilió al Partido Bolchevique, Rusia sufría un enorme problema de sobreproducción de élites, que fue una de las causas fundamentales de las revoluciones rusas de 1905 y 1917.[4] En 1941, cuando la Unión Soviética entró en la Segunda Guerra Mundial, Stalin había resuelto el problema exterminando sin piedad al «excedente» de las élites. En el fondo, lo que hizo fue crear un sistema en el que los aspirantes ambiciosos ingresaban en la élite, ascendían en el escalafón y luego eran ejecutados o enviados a campos de trabajo.

Se trataba de mantener un delicado equilibrio, algo en lo que Stalin era un maestro. Pero el miedo y el interés propio no bastaban. Stalin también se servía de los Grandes Ideales para inspirar a sus seguidores, como su lema de «Construir el socialismo en un solo país», lo que en realidad significaba restaurar el Imperio ruso como gran potencia bajo la apariencia de la Unión Soviética. Stalin también demostró su eficacia como gestor dirigiendo con éxito la industrialización de los años treinta. Sin esa base industrial, la Unión Soviética habría perdido la Segunda Guerra Mundial, igual que perdió la Primera. A diferencia de otros dictadores fracasados, evitaba la ostentación en el vestir o la compañía femenina. A diferencia de Mubarak (y de otros innumerables dictadores), no intentó iniciar una dinastía

transmitiendo el poder a su hijo, Vasili. Cuando su hijo mayor, Yákov, fue capturado por los alemanes, se negó a intercambiarlo. Yákov murió en un campo de prisioneros alemán. Todo estaba subordinado a las necesidades del Estado, incluso los intereses particulares del propio Stalin.

Stalin gobernó durante treinta años la Unión Soviética, a la que condujo a la victoria en la Segunda Guerra Mundial y elevó al rango de superpotencia. La muerte de Stalin, en 1953, provocó un verdadero duelo popular. Stalin consiguió todo eso porque, a diferencia de Nerón, era un maestro en la construcción y el mantenimiento de una red de poder, cuyo centro ocupaba él en persona. Su enorme poder procedía de su influencia sobre las élites y el pueblo llano. Pero aún más importante era que las fuerzas estructurales estaban de su lado. Nuevas investigaciones de economistas han demostrado que, a pesar de la brutalidad de la industrialización de Stalin, la vida de la gente de a pie mejoró durante los años treinta, por mucho que cueste olvidar los millones de muertos por las hambrunas a raíz de la colectivización agrícola en masa.[5] Durante mi infancia y primera juventud, en la Unión Soviética de los años sesenta y setenta, la vida mejoró visiblemente. Mi familia pasó de un piso de un solo ambiente (no de un dormitorio: ¡de un solo ambiente!) a uno de dos habitaciones y después a uno de tres. Desde luego, seguíamos siendo pobres en comparación con los estadounidenses, pero había una tendencia al alza del bienestar. La pauperización del pueblo iba a menos y la sobreproducción de élites había desaparecido, tras las penalidades de la revolución y las purgas posteriores.[6]

El Estado que construyó el Partido Comunista de Stalin demostró ser bastante duradero, ya que sobrevivió a dos generaciones de gobernantes (las eras de Jruschov y Brézhnev). Cuando en 1977 me fui de la Unión Soviética, me parecía un monstruo monolítico que duraría siglos. Pero me equivoqué. Se desmoronó y se desintegró en 1991. Cuando en 1992 la

visité, por primera vez desde que me había marchado, no la reconocí: parecía un Estado fallido, y lo era. Durante los años noventa, el proceso de desintegración de Rusia continuó: en 1993, los partidarios del presidente y los partidarios del Parlamento se enfrentaron en las calles, y la sede del Parlamento fue bombardeada por tanques. Al año siguiente, estalló la Primera Guerra de Chechenia.

LA DESCOMPOSICIÓN SOCIAL: ENFOQUES SOCIOLÓGICOS Y PSICOLÓGICOS

Y esto nos lleva a las preguntas centrales de este capítulo: ¿cuál es la causa de la descomposición social? ¿Por qué se desmoronan los estados? ¿Cómo empiezan las guerras civiles?

Hay dos maneras opuestas de abordar estas cuestiones. El enfoque sociológico consiste en ignorar a los individuos y centrarse por completo en las fuerzas sociales impersonales que empujan a las sociedades al colapso. Pero a muchas personas (que no son sociólogos) este planteamiento no las satisface. Quieren saber quién fue el culpable. ¿Quién tuvo la culpa de la Revolución francesa? ¿Luis XVI? ¿María Antonieta? ¿Robespierre?

Una alternativa al enfoque sociológico, por tanto, es analizar qué hicieron mal dirigentes como Luis XVI, Nerón y Gorbachov. Este método hunde sus raíces en la teoría del gran hombre de la historia, que fue especialmente popular en el siglo XIX y sigue siendo el modo por defecto de los tertulianos, los políticos y el público no especializado.

Una versión extrema de este enfoque es el campo de la psicohistoria,[7] que utiliza el psicoanálisis de Freud para comprender los orígenes emocionales del comportamiento de los líderes. Este «cliofreudianismo» es pseudociencia. La ciencia formula teorías y luego recopila datos para

probarlas. La pseudociencia invierte el método. Como escribe el historiador Hugh Trevor-Roper en su crítica a *The Mind of Adolf Hitler*, de Walter Langer, «los psicohistoriadores se mueven en la dirección opuesta. Deducen los hechos a partir de sus teorías; y eso significa, en la práctica, que los hechos se utilizan según convenga a la teoría, y se escogen y valoran en función de su coherencia con la teoría, e incluso se inventan para apoyarla». [8]

La mente de otra persona es un enigma: sus motivaciones, intenciones y razones para actuar de una determinada manera suelen ser inescrutables. Si a menudo no entendemos ni siquiera nuestros propios motivos, ¿cómo vamos a estar seguros de los de los demás? Así pues, no sorprenderá al lector que el cliofreudianismo me parezca profundamente equivocado. Como he argumentado de forma repetida en este libro, no podemos entender las trayectorias sociales sin diseccionar primero el funcionamiento de las estructuras de poder de la sociedad.

Por otra parte, estoy de acuerdo en que los líderes pueden ser importantes. Aunque los gobernantes estén muy limitados por las estructuras sociales en las que operan, tienen cierto margen de maniobra para influir en la trayectoria de los estados que dirigen, en especial cuando cuentan con el apoyo de redes de poder cohesionadas que trabajan por un objetivo común. Hablaremos más sobre el papel de los individuos más adelante, sobre todo en el último capítulo, donde repaso algunas de las «historias de éxito»: sociedades que se metieron en situaciones revolucionarias pero lograron salir de ellas sin grandes derramamientos de sangre. El papel positivo de los líderes prosociales puede ser especialmente visible cuando consiguen pilotar la nave del Estado por aguas turbulentas.

Pero por ahora, sigamos con el enfoque sociológico, porque es más importante comprender las fuerzas sociales con las que tienen que lidiar los

líderes que comprender sus mundos interiores. Y sin entenderlas, bien a través de la cliodinámica, bien de la comprensión intuitiva de la dinámica social por parte de un político dotado, no seremos capaces de encontrar la salida de las crisis.

En las últimas décadas, los científicos sociales han dedicado muchos esfuerzos a estudiar las causas y las condiciones previas a las guerras civiles. Abordan esta materia de una forma admirablemente científica: recopilando grandes conjuntos de datos y realizando análisis estadísticos a partir de los mismos. Dos importantes centros de investigación de este tipo se encuentran en los países nórdicos: el Instituto de Investigación para la Paz de Oslo (Noruega) y el Departamento de Investigaciones sobre Paz y Conflictos de la Universidad de Uppsala (Suecia). En Estados Unidos, el proyecto de investigación más influyente es el Political Instability Task Force (Grupo de Trabajo sobre la Inestabilidad Política, PITF, por sus siglas en inglés). Este proyecto, financiado por la CIA, lo iniciaron Ted Robert Gurr, de la Universidad de Maryland, Jack Goldstone, de la Universidad George Mason, y una veintena de académicos más (Goldstone es uno de los padres de la teoría estructural-demográfica, que es uno de los pilares de este libro). Uno de los miembros del PITF, Barbara Walter, politóloga de la Universidad de California en San Diego, publicó en 2022 un libro titulado *How Civil Wars Start: And How to Stop Them*, en el que resume las conclusiones del proyecto PITF y explica lo que significan en el caso de Estados Unidos. Veamos qué clase de perspectivas aportan estas investigaciones a nuestra interpretación del colapso del Estado y las guerras civiles.

CÓMO EMPIEZAN LAS GUERRAS CIVILES

El mejor indicador para predecir si un país sufrirá un conflicto interno violento el año que viene es si ya está en conflicto este año. Esta «predicción» es el simple corolario de la constatación de que las guerras civiles suelen prolongarse durante muchos años, y no permite entender por qué empiezan (y cómo acaban). Así pues, lo interesante, desde el punto de vista de los responsables políticos, es si es posible predecir el inicio de una guerra civil, digamos, con dos años de antelación. En el caso de un país en paz, ¿cuál es la probabilidad de que siga en paz dentro de dos años y cuál es la probabilidad de que estalle en el mismo una guerra civil?

Para responder a esta pregunta, el proyecto PITF recopiló datos sobre los inicios de la inestabilidad política en todos los países del mundo entre 1955 y 2003 y desarrolló un modelo estadístico que relacionaba las características de los países con la probabilidad de que estallara en ellos una guerra civil. Los resultados del estudio fueron publicados por Goldstone y sus coautores en 2010.[9] Descubrieron que su modelo era capaz de predecir los inicios de la inestabilidad con una precisión del 80 por ciento. Lo sorprendente fue que, aunque los investigadores emplearon una treintena de indicadores distintos, el modelo solo necesitaba conocer tres o cuatro características del país para alcanzar ese nivel de precisión.

El primero, y más importante, era el «tipo de régimen». En este caso, los investigadores del PITF se basaron en el proyecto Polity IV, que sitúa a los países en el espectro autocracia-democracia, que va de menos diez a diez, utilizando indicadores como la competitividad de la participación política y del reclutamiento de los miembros del poder ejecutivo, así como las restricciones impuestas al jefe del ejecutivo.[10] Cada país-año (por ejemplo, Zimbabue en 1980) se clasifica como democracia plena (puntuación próxima a diez), autocracia plena (puntuación próxima a menos

diez), autocracia parcial (puntuación entre menos diez y cero), o democracia parcial (puntuación entre cero y diez).[11] El proyecto PITF dividió además las democracias parciales en democracias con y sin faccionalismo. El faccionalismo es «una rivalidad fuertemente polarizada e intransigente entre bloques que persiguen intereses egoístas a nivel nacional. Esta concepción de la política en el que el ganador se lo lleva todo suele ir acompañada de movilizaciones de masas agresivas, como ocurrió en Venezuela a principios de la década de 2000 y en Tailandia antes del golpe militar de 2006, y por la intimidación o manipulación de los rivales electorales».[12] Las democracias parciales con faccionalismo eran regímenes políticos excepcionalmente inestables; estos países eran los más propensos a caer en guerras civiles. Las autocracias parciales presentaban una estabilidad intermedia, y el resto de regímenes (democracias parciales sin faccionalismo, democracias plenas y autocracias plenas) eran relativamente estables.

Otros factores que aumentan la probabilidad de guerra civil, como indica el análisis del PITF, son la elevada mortalidad infantil, los conflictos armados en estados limítrofes y la represión ejercida por el Estado contra un grupo minoritario.

En *How Civil Wars Start*, Walter describe un conjunto parecido de causas que dan lugar al inicio de la inestabilidad política. Como en el estudio de 2010, el primer factor que menciona es el tipo de régimen político: «Resulta que uno de los mejores predictores de si un país experimentará una guerra civil es si se está acercando o alejando de la democracia». Walter se refiere a esos regímenes, a medio camino entre la autocracia y la democracia plena, con el calificativo de «anocracias». El segundo factor es, aquí también, el faccionalismo, sobre todo cuando se basa en la identidad étnica o religiosa. Además, el peligro de que estalle la violencia es particularmente alto

cuando una de las facciones étnicas tiene la sensación de que está perdiendo terreno, ya sea económico, cultural o de estatus. La represión gubernamental de un grupo minoritario aumenta aún más las posibilidades de que la minoría recurra a las armas. El último factor de la lista de causas de Walter es la llegada de internet, el uso masivo de teléfonos móviles y el auge de las redes sociales. En su opinión, los algoritmos de las redes sociales sirven de «aceleradores» de la violencia al promover una sensación de crisis perpetua, una desesperación cada vez mayor y el convencimiento de que los moderados han fracasado. «Es en este punto cuando estalla la violencia: cuando los ciudadanos se convencen de que no hay esperanza de solucionar sus problemas por medios convencionales».[13]

El planteamiento defendido por el grupo PITF y análisis similares que utilizan los conjuntos de datos sobre violencia elaborados por los investigadores escandinavos son muy valiosos. Pero también presentan importantes limitaciones. Es cierto que los factores de inestabilidad a corto plazo (a dos años vista) son la anocracia, el faccionalismo y la represión estatal. Pero ¿por qué se desarrolla este tipo de disfunción? La causa más común de la anocracia es, o bien que una autocracia intenta democratizarse bajo la presión del conflicto interno y la movilización popular, o bien que una democracia se convierte en autocracia por causas parecidas: el colapso del consenso de la élite y el auge del populismo. Pero esto significa que el Estado en cuestión ya tiene problemas. Los otros dos precursores de la guerra civil —el faccionalismo y la represión estatal— son manifestaciones similares (y evidentes) de inestabilidad estructural. En otras palabras, el modelo PITF se basa en indicadores próximos para predecir la guerra civil, pero no nos dice por qué un país concreto desarrolla una política divisiva y disfuncional que lo hace susceptible al estallido de una guerra civil.

Otro problema es la escasa profundidad histórica de los datos analizados por el grupo PITF (que solo se remontan a 1955). La segunda mitad del siglo XX, de la que procede el grueso de los datos del PITF, fue en muchos sentidos una época excepcional. Lo más importante es que transcurrió entre grandes olas de inestabilidad política que tienden a repetirse cada doscientos años aproximadamente. Como vimos en el capítulo 2, las sociedades humanas complejas suelen pasar por una alternancia de fases de integración y desintegración: a la Alta Edad Media la siguió la crisis de la Baja Edad Media; al Renacimiento, la crisis general del siglo XVII; y a la Ilustración, el siglo de las revoluciones, que terminó a principios del XX. Nuestra propia época de discordia no ha hecho más que empezar. Así pues, el periodo que abarcan los datos del PITF es de calma relativa, ya que se sitúa entre la era de las revoluciones y nuestra época de discordia. En esos años hubo muchas guerras civiles, insurrecciones e incluso algunos genocidios, pero solían afectar a las partes menos desarrolladas del mundo, regiones donde las naciones eran de construcción relativamente reciente y donde el sentimiento de unidad nacional estaba lejos de formarse. Por ejemplo, África subsahariana está hoy dividida en estados artificiales, surgidos del retroceso de la marea de la colonización europea. En la mayoría de estos países convive un batiburrillo de grupos étnicos distintos. Peor aún: muchos grupos étnicos están divididos entre varios estados. Encontramos una situación parecida, aunque menos extrema, en Oriente Medio, donde el Kurdistán, por ejemplo, está repartido entre cuatro estados diferentes. No es de extrañar, por tanto, que las guerras civiles más frecuentes de los últimos cincuenta o sesenta años se hayan producido entre varios grupos étnicos, y que el etnonacionalismo fuera la ideología que motivaba a las partes en liza. Debido a este sesgo de los datos del PITF,

Walter sobrestima enormemente la importancia de la identidad étnica como principal motor de los conflictos.

Cuando ampliamos los periodos históricos que abarcan nuestros datos (como hicimos con CrisisDB), descubrimos que las motivaciones de los combatientes en las guerras civiles han variado mucho más a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo. Durante la crisis de la Baja Edad Media, la mayoría de los conflictos en Europa fueron dinásticos: lancasterianos contra yorkistas, orleanistas contra borgoñones, etc. (guerras civiles que en el fondo eran como *Juego de tronos*). En la crisis general del siglo XVII, por el contrario, la religión fue el motor ideológico principal: hugonotes contra católicos, puritanos contra anglicanos, etc. La era de las revoluciones vio surgir ideologías modernas, como el liberalismo y el marxismo. Por otra parte, el populismo y la lucha de clases distan mucho de ser invenciones puramente modernas. Hace dos mil años, los principales partidos rivales de la República de Roma eran los *populares* [el partido del pueblo) y los *optimates* [el partido de la clase dominante). Del mismo modo, los conflictos étnicos no se limitan a la época contemporánea, sino que también estuvieron presentes en el mundo antiguo (por ejemplo, las guerras entre romanos y judíos de los siglos I y II). La cuestión es que las ideologías y motivaciones concretas de los combatientes enfrentados en guerras civiles varían mucho en el espacio y el tiempo. Además, son muy fluidas, susceptibles de cambiar durante conflictos prolongados (tal y como hemos analizado en el capítulo 4). Por tanto, basar un modelo predictivo únicamente en los sesenta últimos años de historia puede ser bastante engañoso. Ahora vivimos el comienzo de la ola más reciente de inestabilidad global, y puede que las enseñanzas del mundo de la posguerra no nos sirvan para orientarnos sobre lo que cabe esperar a medio y largo plazo.

De hecho, esto ya ha empezado a suceder: el modelo PITF ha perdido la capacidad de predecir conflictos futuros. Como acabo de relatar, el estudio que el proyecto publicó en 2010 indicaba que el modelo PITF era capaz de predecir el inicio de una guerra civil con una precisión del 80 por ciento. ¿Cómo se obtuvo este resultado? El grupo PITF construyó primero su modelo estadístico utilizando datos de 1955 a 1994, y luego comparó las predicciones del modelo con lo que ocurrió en la década siguiente (1995-2004). Este es un enfoque científico sólido porque nos dice lo bien que el modelo puede hacer «predicciones fuera de muestra». A grandes rasgos, los investigadores se situaron en 1994 y se aseguraron de que su modelo no tuviera conocimiento de los datos que había que predecir (los conflictos de la década siguiente).

Hasta ahí, todo bien. Sin embargo, al cabo de diez años, otro grupo de investigadores replicó el estudio PITF utilizando su modelo para predecir los conflictos de la década de 2005-2014. Desgraciadamente, el modelo PITF salió muy mal parado. En concreto, no fue capaz de prever las revueltas de la Primavera Árabe, como la revolución egipcia de 2011 (véase el capítulo 5). Y lo que es más importante: Egipto y otros estados árabes, que se vieron convulsionados por graves brotes de violencia política en 2011, eran todos autocracias (en lugar de anocracias, como hubiera sido coherente con el modelo PITF). Además, el origen étnico no tuvo ninguna importancia en la revolución egipcia, ya que todos los grupos contendientes eran árabes suníes (Egipto también cuenta con una minoría étnica, los cristianos coptos, pero no desempeñaron ningún papel en la revolución salvo, episódicamente, como víctimas de los islamistas). Dicho de otro modo, lo que pasó fue que los factores que habían funcionado muy bien como indicadores anticipados de inestabilidad antes de 2005 dejaron de ser buenos predictores después.

En un artículo de 2017 sobre la predicción de la violencia —«Predicción de conflictos armados: ¿es hora de ajustar nuestras expectativas?»—, Lars-Erik Cederman y Nils B. Weidmann escriben:

> En última instancia, la esperanza de que los macrodatos produzcan como sea previsiones válidas mediante la «fuerza bruta», sin teoría alguna que les sirva de apoyo, está fuera de lugar por lo que se refiere a la violencia política. Los algoritmos automatizados de extracción de datos, como el *Web scraping* y la detección de señales basada en las redes sociales, pueden detectar un aumento de la tensión política, pero eso no significa que estos algoritmos sean capaces de predecir conflictos de baja probabilidad con una gran precisión temporal y espacial. [14]

Y esto me lleva al fallo más importante de un enfoque basado en algoritmos sin teoría alguna que les sirva de apoyo. Como he venido defendiendo a lo largo de este libro, no podemos entender la descomposición social sin un análisis profundo de las estructuras de poder dentro de las sociedades. ¿Quiénes son los grupos de interés influyentes? ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Cuáles son sus fuentes de poder social y cuánto poder ejercen para alcanzar sus objetivos? ¿Qué grado de cohesión y organización tienen? Estas son las preguntas clave que debemos hacernos si queremos entender tanto la resiliencia social como lo contrario, la fragilidad social. Aquí es donde el análisis de Barbara Walter en *How Civil Wars Start* resulta a menudo deplorablemente inadecuado y, a veces, directamente ingenuo. Por ejemplo, su explicación de la Revolución rusa de 1917, que, según ella, «fue impulsada por las desigualdades políticas y económicas cuando la clase trabajadora rusa, los siervos y los soldados se levantaron contra la monarquía para crear el primer Estado socialista del mundo» (para empezar, no había siervos en Rusia en 1917; véase mi análisis de los periodos reformista y revolucionario de Rusia en el capítulo 9). O tomemos su extenso análisis de la Revolución de Euromaidán de Ucrania, que, según

ella, fue un levantamiento de «ciudadanos, muchos de ellos jóvenes proeuropeos de Ucrania occidental» contra Víktor Yanukóvich, que pretendía reforzar los lazos económicos con Rusia en lugar de con la Unión Europea.

¿En qué se equivoca al afirmar tales cosas? La «gente» o los «ciudadanos» no derrocan estados ni crean otros nuevos. Solo el «pueblo organizado» puede lograr cambios sociales tanto positivos como negativos. Una vez más, para entender por qué una revolución ha triunfado (o no), necesitamos comprender cuáles eran los grupos de interés enfrentados, cuánto poder ejercía cada uno, cuál era su grado de cohesión interna y cómo organizaban la acción colectiva. Esta es la esencia del enfoque estructural-dinámico (que se explica en el capítulo A3).

A fin de demostrar que este análisis del poder es necesario para comprender la descomposición del Estado (o su ausencia), examinemos las trayectorias divergentes de tres países que se crearon en 1991 a raíz del hundimiento de la Unión Soviética: Rusia, Ucrania y Bielorrusia. De hecho, la disolución de la Unión Soviética fue consecuencia directa del acuerdo alcanzado por los tres líderes de estas (antiguas) repúblicas de la URSS: el Tratado de Belavezha. Estos tres países eslavos de Europa oriental comparten culturas muy similares. Además, en 1991, eran muy parecidos según los criterios del PITF: los tres eran anocracias, en transición de la autocracia a la democracia; los tres se caracterizaban por divisiones étnicas; y a partir de 2000 los tres estaban sujetos a los mismos «aceleradores» de inestabilidad derivados del auge de internet y las redes sociales. Sin embargo, a pesar de estas similitudes, sus trayectorias divergieron. En Ucrania se produjeron no una, sino dos revoluciones que triunfaron con posterioridad a 2000. En Rusia y Bielorrusia hubo sendas oleadas masivas de manifestaciones antigubernamentales (en Rusia, tras las elecciones

parlamentarias de 2011, y en Bielorrusia, tras las elecciones presidenciales de 2020), pero ninguna de ellas provocó el colapso del Estado. ¿Qué explica estas trayectorias divergentes?

Estados eslavos postsoviéticos

La Unión Soviética era en realidad una gigantesca empresa en la que el Estado poseía los activos que producían riqueza (o los «medios de producción», por utilizar la terminología marxista). Cuando se desmoronó, en 1991, este enorme capital fue rápidamente privatizado por los gerentes de las filiales: jerarcas del partido, directores de fábricas y sus compinches (excepto en Bielorrusia, como veremos más adelante). La privatización fue un proceso increíblemente corrupto y violento, en el que los ganadores pisaban literalmente los cadáveres de sus rivales menos afortunados. Por contar una anécdota llena de humor negro, se dice que en una reunión entre los dos oligarcas rusos más poderosos, Berezovski y Gusinski, uno de ellos le preguntó al otro: «¿Por qué has puesto mi cabeza a precio?». ¿La respuesta? «¡Si has sido tú quien ha puesto a precio la mía!». Resulta que cada uno había contratado a asesinos a sueldo para eliminar al otro.

Al mismo tiempo que la mayor parte de la riqueza se concentraba en manos de menos de una docena de oligarcas, el bienestar del 99 por ciento de la población se hundía. Los rusos morían de desesperación a montones. En 1996, el descontento popular llegó a ser tan intenso que estaba claro que el presidente en activo, Borís Yeltsin, no tenía ninguna posibilidad de ganar la reelección: sus índices de aprobación eran de un solo dígito. Su principal rival era el comunista Guennadi Ziugánov. A la oligarquía le preocupaba que la victoria de los comunistas pudiera crearles dificultades para seguir

saqueando el país. Un grupo de los oligarcas más poderosos, encabezados por Berezovski y Gusinski, hicieron un trato con Yeltsin: a cambio de que garantizara la privatización de las empresas estatales, financiaron su campaña y le apoyaron con los medios de comunicación que controlaban, que en ese momento eran la práctica totalidad de los existentes. También contrataron a un equipo de asesores políticos estadounidenses (incluido el impresentable Dick Morris) para gestionar la reelección de Yeltsin. Ni siquiera eso fue suficiente, y al final tuvieron que recurrir a un fraude electoral a gran escala para reelegir a Yeltsin.

Así es como Rusia se convirtió en una plutocracia extrema en 1996. Como a los oligarcas no les importaba la gestión del Estado, los procesos de desintegración se aceleraron. Los propietarios de las fábricas dejaron de pagar los salarios de sus trabajadores y durante el otoño que siguió a las elecciones se produjo una oleada de huelgas. Volvió a estallar una sangrienta guerra en Chechenia. Y en 1998, el país se vio afectado por una grave crisis financiera, que provocó la devaluación del rublo y el impago de la deuda del Estado.

En ese momento, se formaron en Rusia dos grandes redes de poder. La facción gobernante eran las élites económicas (los oligarcas), que controlaban totalmente a las élites ideológicas al poseer todos los principales medios de comunicación de masas. El segundo grupo estaba formado por las élites administrativas (la burocracia) y las élites militares (los llamados *siloviki*, entre los que figuraban los oficiales del ejército y de los cuerpos de seguridad del Estado). En la subsiguiente lucha por el poder, la alianza de las élites administrativas y militares, encabezada por Vladímir Putin, derrotó a los plutócratas. No hubo una revolución repentina, sino que el proceso fue gradual: uno tras otro, los oligarcas acabaron en el exilio (Berezovski y Gusinski), la cárcel y luego también el exilio (Jodorkovski),

o relegados a una posición subordinada en la jerarquía del poder (Potanin). Los oligarcas perdieron porque no eran una clase dirigente cohesionada, sino que invertían más energía en luchar entre sí que en promover sus intereses colectivos. Además, subestimaron la importancia de controlar el aparato coercitivo. Por último, carecían de legitimidad y sus métodos cleptocráticos no gustaban nada a la población.

La victoria de las élites administrativas/militares representó una vuelta a la pauta histórica que ha caracterizado las relaciones de poder en Rusia desde por lo menos el siglo XV. Como hemos visto en otros casos históricos (por ejemplo, Egipto y China), la cultura política tiende a ser resistente y suele reconstruirse incluso tras perturbaciones importantes.

La nueva (o restaurada) clase dirigente de Rusia resultó ser totalmente corrupta y nepotista. Sus miembros adquirieron fortunas colosales despojando a los oligarcas de los activos que producían riqueza y desviando una gran proporción de los gastos del Estado a sus propios bolsillos. Sorprendentemente, a pesar de los fuertes aspectos cleptocráticos de la clase dirigente rusa, su gestión del Estado resultó ser algo menos disfuncional que la de los oligarcas que la habían precedido. El régimen de Putin cosechó una serie de éxitos, sobre todo durante los diez primeros años posteriores a su llegada al poder. Puso fin a la guerra civil en Chechenia, saneó las arcas del Estado e incluso permitió el desarrollo económico (o, quizá mejor, no interfirió en el mismo). El crecimiento económico fue especialmente rápido durante el decenio de 1998-2008 y se tradujo en una mejora espectacular del bienestar de la población. A partir de 2008, el crecimiento económico se ralentizó e incluso experimentó varios retrocesos. Pero otros indicadores de la calidad de vida, como el aumento de la esperanza de vida y el descenso de las tasas de homicidios, siguieron mejorando.

Las protestas multitudinarias, que comenzaron en 2011 y se prolongaron hasta 2013, no lograron resquebrajar el régimen de Putin. La mayoría de los manifestantes se concentraron en las dos ciudades más pobladas, Moscú y San Petersburgo, mientras que el resto del país no apoyó las protestas. Y lo que es más importante, el núcleo de la clase dirigente (los *siloviki*) mostró a Putin un apoyo sin fisuras.

En Bielorrusia, los oligarcas jamás se hicieron con el poder. Durante los tres primeros años de la nueva república, un joven (treintañero) exadministrador de granjas estatales y cruzado anticorrupción, Aleksandr Lukashenko, se convirtió en una figura inmensamente popular, que obtuvo una victoria aplastante en las elecciones presidenciales de 1994, con el 80 por ciento de los votos. Como el régimen de Lukashenko no se entregó a una orgía de privatizaciones, el Estado conservó la propiedad de las principales empresas industriales e impidió el ascenso de los oligarcas, de modo que en Bielorrusia no hay ni un solo milmillonario de los que figuran en la clasificación de la revista *Forbes* (en la lista se encuentran algunos bielorrusos, pero todos ellos hicieron su fortuna en Rusia).

Tras las elecciones presidenciales de agosto de 2020, estallaron protestas multitudinarias contra el régimen de Lukashenko en Minsk y otras grandes ciudades. Durante un tiempo pareció (a ojos de los observadores externos) que el régimen agonizaba. Sin embargo, los acontecimientos posteriores demostraron que no era así. Quedó claro que Lukashenko había forjado lazos sólidos con las élites militares (utilizo «militares» en sentido general, no solo el ejército, sino también el aparato de seguridad interna). No hubo deserciones de la red de poder de Lukashenko, y el régimen sobrevivió. Varios dirigentes de la oposición fueron encarcelados incluso antes de las elecciones, y otros tuvieron que exiliarse. La determinación del régimen de no ceder a las demandas, así como los arrestos y las detenciones masivas de

manifestantes, fueron minando su voluntad de participar en las protestas. Además, el apoyo de Lukashenko fuera de la capital seguía siendo fuerte. Por todo ello, las protestas se fueron apagando, y la última tuvo lugar en marzo de 2021.

UCRANIA: UNA PLUTOCRACIA

Pasemos ahora a Ucrania. Durante la década de 1990, la economía política de Ucrania fue paralela a la de Rusia. Un grupo de oligarcas llegó al poder y privatizó los medios de producción estatales. Sin embargo, a partir de 1999, las trayectorias de los dos países divergieron. En Ucrania no se produjo el derrocamiento de la oligarquía; en su lugar, las élites económicas se hicieron con el poder absoluto.

¿Qué ha aportado el régimen oligárquico al bienestar del común de los ucranianos? Echemos un vistazo al PIB ucraniano per cápita en vísperas de la revolución de 2014. Según el World Factbook de la CIA, el PIB per cápita (ajustado por paridad de poder adquisitivo) de Ucrania en 2013 era de 7.400 dólares. Era una cifra muy inferior a la de Hungría (19.800 dólares), Polonia (21.100 dólares) o Eslovaquia (24.700 dólares). También era muy inferior a la de Rusia (18.100 dólares: dos veces y media mayor que la de Ucrania). Resulta especialmente llamativo si se tiene en cuenta que, antes del colapso de la Unión Soviética, Ucrania tenía un PIB regional per cápita superior al de Rusia o Bielorrusia.

Quizá Rusia no sea el mejor término de comparación porque posee una enorme riqueza mineral en petróleo y gas, por lo que es preferible comparar Ucrania con Bielorrusia, un país que no solo carece de la riqueza mineral de Rusia, sino también del clima favorable y las fértiles «tierras negras» de

Ucrania. No obstante, el PIB per cápita de Bielorrusia en 2013 era de unos respetables 16.100 dólares, más del doble que el de Ucrania. Además, como Bielorrusia ni siquiera tenía milmillonarios, la renta mediana de los bielorrusos era mucho mayor que la de los ucranianos (o los rusos), ya que el reparto equitativo de la riqueza siempre eleva la mediana.

Aunque los oligarcas ucranianos gobernaban el país sin ningún control interno, no se convirtieron en una clase dirigente cohesionada, sino que surgieron en su interior varias facciones enfrentadas que empleaban como armas la política electoral, las expropiaciones de dudosa legalidad e incluso la cárcel. Cuando en 2010 Yanukóvich llegó al poder, encarceló a su rival, Yulia Timoshenko, una oligarca conocida popularmente como la «princesa del gas». Los conflictos intestinos entre los oligarcas convirtieron la democracia ucraniana en una farsa. Con independencia de a quién eligieran los ucranianos, los titulares de los cargos no hacían nada por el pueblo llano, sino que se concentraban en adueñarse de las riquezas y el poder de los oligarcas derrotados. La disfunción general se vio agravada por la división del electorado del país en dos grupos igualmente numerosos con ideas diametralmente opuestas sobre el rumbo que debía seguir Ucrania (lo que también pasaba, hasta cierto punto, en Bielorrusia y Rusia, cada una de las cuales tiene importantes minorías prooccidentales). La mitad occidental de Ucrania quería entrar en la Unión Europea y la OTAN. La mitad oriental deseaba mantener y estrechar los lazos culturales y económicos con Rusia, y estaba totalmente en contra de entrar en la OTAN. Diferentes facciones oligárquicas apelaban a uno u otro de estos electorados, pero en realidad todos miraban a Occidente, porque tenían sus fortunas depositadas en bancos occidentales, educaban a sus hijos en Oxford o Stanford, compraban propiedades en Londres o en la Costa Azul y se codeaban con la élite mundial en Davos.

En el repaso de los cuatro factores estructurales de inestabilidad (capítulo 2), he señalado que el último de ellos, las presiones geopolíticas, por regla general puede ignorarse, para simplificar, en nuestros modelos cliodinámicos para los megaimperios históricos y los estados contemporáneos más poderosos, como Estados Unidos y China. Pero para un país de tamaño medio como Ucrania, este factor es posible que sea muy importante y debe incluirse en el análisis. Existen dos motivos más por los que Ucrania es especialmente vulnerable a las presiones externas.

En primer lugar, está situada en una línea de falla geopolítica entre la esfera de interés estadounidense (para simplificar, la OTAN) y la esfera de interés rusa (los «países vecinos», como suelen llamarlos en Rusia). De hecho, la línea de fractura pasa justo por el centro de Ucrania, cuya mitad occidental se inclina hacia la OTAN y la oriental, hacia Rusia. Un destacado estratega estadounidense, el difunto Zbigniew Brzezinski, consideraba que la Ucrania independiente era «un nuevo e importante espacio en el tablero euroasiático, [...] un eje geopolítico porque su mera existencia como país independiente ayuda a transformar Rusia. Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático».[15] Un influyente sector de la clase dirigente de la política exterior estadounidense considera que la existencia de una Rusia debilitada pero aún poderosa es la principal amenaza para la hegemonía estadounidense (incluso mayor que el ascenso de China).[16] Siguiendo a Brzezinski, este segmento presionó y sigue presionando para que la OTAN se extienda hasta las fronteras de Rusia, y en 2014 le llegó el turno a Ucrania.

En segundo lugar, los oligarcas ucranianos estaban particularmente expuestos a quedar sometidos a los intereses de Occidente. Como los plutócratas guardaban la mayor parte de sus fondos en bancos occidentales, podían congelárselos o incluso confiscarlos,[17] como comprobaron los

oligarcas rusos en 2022.[18] Una amenaza aún más directa es la de extradición de un oligarca a Estados Unidos para ser juzgado. Dmytro Firtash —miembro destacado del clan de oligarcas ucranianos de Donetsk y, antes de 2014, poderoso patrocinador del Partido de las Regiones de Yanukóvich— se encuentra actualmente (desde 2022) bajo arresto domiciliario en Viena, donde intenta detener el proceso de su extradición a Estados Unidos.

En 2014, los «procónsules» estadounidenses, como la veterana diplomática Victoria Nuland, ya ejercían una considerable autoridad sobre los plutócratas ucranianos, algo que no les salió barato: Nuland se jactó de que el Departamento de Estado había invertido cinco mil millones de dólares en aumentar su influencia sobre la clase dirigente ucraniana.[19] En esto, los agentes estadounidenses contaron con la ayuda de las profundas animosidades que enfrentaban a los oligarcas entre sí y los dividían. Como los oligarcas eran incapaces de ponerse de acuerdo entre ellos, necesitaban un gestor externo que marcara unos objetivos comunes. Durante la Revolución de la Dignidad de 2014, como sabemos gracias a una transcripción de la conversación telefónica que mantuvieron Nuland y Geoffrey Pyatt, que entonces era embajador de Estados Unidos en Ucrania, entre los dos decidieron quiénes debían ser nombrados para los distintos cargos del Estado (presidente, ministros, etc.).[20]

Durante los treinta años transcurridos desde la independencia de Ucrania, sus estructuras de poder han adoptado una configuración de tres niveles: pueblo, oligarcas, procónsules estadounidenses. Las masas de ciudadanos ucranianos votaban en elecciones periódicas, pero quienes eran elegidos perseguían sus intereses particulares sin tener en cuenta los deseos del electorado (excepto cuando la voluntad popular coincidía con la de los oligarcas). En consecuencia, poco después de ser elegidos, todos los

gobiernos perdían rápidamente el apoyo público y se veían involucrados en escándalos. Con una sola y precoz excepción (Kuchma), ningún presidente consiguió durar más de un mandato. En la siguiente convocatoria electoral, los votantes, frustrados, echaban al equipo anterior y elegían a otro. Hubo dos revoluciones, una en 2004 y otra en 2014. Pero los nuevos políticos también fueron elegidos entre los oligarcas o personas estrechamente controladas por los oligarcas. Lo único que cambió fue el grupo de oligarcas que pasó a alimentarse del pesebre público.

Las facciones de la oligarquía que competían por el poder eran bastante fluidas, y los oligarcas se aliaban unos con otros o cambiaban de bando según la coyuntura. De todos modos, los investigadores han identificado cuatro redes principales, o «clanes», en función de sus orígenes geográficos: Dnipro (la antigua Dnipropetrovsk) y Donetsk en el sureste, Kiev en el centro y Volinia en el oeste. La elección de Yanukóvich como presidente en 2010 y la victoria de su Partido de las Regiones, que obtuvo la mayoría de escaños en el Parlamento, marcaron el triunfo del clan de Donetsk.

Yanukóvich comenzó su carrera política como gobernador de la provincia de Donetsk. El principal valedor de Yanukóvich y de su Partido de las Regiones era Rinat Ajmétov, el oligarca ucraniano más rico y jefe del clan de Donetsk, que llenó unos sesenta puestos de las listas electorales del Partido de las Regiones con personas de su confianza personal. El segundo patrocinador de Yanukóvich era Firtash, que designó a treinta.[21] Después de que Yanukóvich llegara a la presidencia, se esperaba de él que utilizara el cargo para enriquecer a sus partidarios (sin olvidarse de sí mismo, por supuesto). Pero en lugar de ceñirse a los límites habituales de la cleptocracia, Yanukóvich empezó a redistribuir la riqueza en beneficio de su familia. Su hijo, en particular, recibió una inmensa fortuna. Enseguida les

quedó claro a los demás oligarcas que Yanukóvich pretendía construir un nuevo clan oligárquico, al que se referían como «la Familia». Si se lo permitían, Yanukóvich pronto dejaría de necesitar el apoyo de Ajmétov y Firtash, quienes llegaron a la conclusión de que tenían que cortar con Yanukóvich y empezaron a buscar alternativas. Como informó Christian Neef en febrero de 2014, «Ajmétov, por ejemplo, siempre se había llevado bien con Timoshenko, en contraste con Firtash, y comenzó a apoyar a Arseni Yatseniuk, quien asumió el liderazgo de su coalición Patria cuando Timoshenko fue encarcelada. Firtash, por su parte, apoyó al partido UDAR de Vitali Klichkó».[22] El resultado fue que Yanukóvich, que ya contaba con la oposición de otros oligarcas, perdió el apoyo del clan de Donetsk. Aunque es probable que Yanukóvich no se diera cuenta en ese momento, todo lo que se necesitaba para derrocarlo era algún tipo de detonante.

En su resumen de los acontecimientos que condujeron a la Revolución de Euromaidán, el periodista estadounidense Aaron Maté escribe:

> El detonante de las protestas de Maidán fue la decisión del presidente Víktor Yanukóvich de rechazar el acuerdo comercial que le ofrecía la Unión Europea. La versión convencional de los acontecimientos es que Yanukóvich recibió presiones de su principal avalador en Moscú. En realidad, Yanukóvich ansiaba estrechar lazos con Europa, y «engatusó e intimidó a todos los que presionaban para que Ucrania estrechara lazos con Rusia», informó Reuters en su momento. Pero el presidente ucraniano se asustó al leer la letra pequeña del acuerdo con la UE: Ucrania no solo tendría que cortar sus estrechos vínculos culturales y económicos con Rusia, sino aceptar duras medidas de austeridad como «el aumento de la edad de jubilación y la congelación de pensiones y salarios». Lejos de mejorar la vida del ucraniano medio, estas exigencias no habrían hecho más que empobrecerlo y provocar la muerte política de Yanukóvich.[23]

La revuelta comenzó cuando decenas de miles de manifestantes se congregaron en la plaza Maidán de Kiev para protestar contra la corrupción del Gobierno y a favor de la integración europea. El oligarca Petro Poroshenko, miembro del clan de Volinia, contrario a Yanukóvich, declaró

posteriormente en una entrevista: «Desde el principio, fui uno de los organizadores del Maidán. Mi canal de televisión —el Canal 5— desempeñó un papel de la máxima importancia».[24]

En ese momento, Yanukóvich aún conservaba un alto grado de apoyo popular, pero todos sus partidarios se encontraban en el este de Ucrania, mientras que la población de la capital formaba parte de la mitad occidental del país y, de todos modos, la mayoría de este grupo había votado en contra de Yanukóvich en las elecciones anteriores. Y lo que es aún más importante: decenas de miles de ucranianos occidentales, entre los que había un nutrido contingente de ultraderechistas, se desplazaron a Kiev y convirtieron un movimiento hasta entonces pacífico en una violenta campaña de cambio de régimen.

A medida que la violencia iba en aumento, tanto Ajmétov como Firtash se dieron cuenta de que debían abandonar un barco que se hundía. De la noche a la mañana, los dos canales de televisión que controlaban, Ukraina e Inter, pasaron a apoyar a la oposición. En el Parlamento, los miembros del Partido de las Regiones nombrados por Ajmétov y Firtash cambiaron de bando y se pasaron a la oposición. Los servicios de seguridad, que habían luchado contra los ultraderechistas, se retiraron de la plaza Maidán, temiendo que Yanukóvich los traicionara (los acontecimientos posteriores les dieron la razón).

Fue el «momento Nerón» de Yanukóvich. De repente, sus apoyos se esfumaron y se quedó solo frente a los airados manifestantes. Los miles de millones que había saqueado a otros oligarcas y al pueblo ucraniano no pudieron protegerle (y se los quitaron a su familia cuando el nuevo régimen llegó al poder). Yanukóvich evitó el final de Nerón porque pudo huir al sur de Rusia, donde ahora vive exiliado.

El pueblo había triunfado y se había restaurado la democracia. Al menos, así es como se presentó la Revolución de Euromaidán en los medios de comunicación de masas. En realidad, la revolución ucraniana de 2014 no tuvo más de revolución popular que cualquier otra revolución de la historia. La impulsaron las mismas fuerzas que hemos comentado en las páginas de este libro: la pauperización del pueblo y la sobreproducción de élites. El pueblo no salió ganando con esta revolución. La política ucraniana siguió siendo tan corrupta como antes. La calidad de vida del pueblo no aumentó de forma apreciable. Petro Poroshenko fue elegido presidente, pero su Administración perdió enseguida el apoyo de la población. En las siguientes elecciones (2019), menos del 25 por ciento del electorado le dio su voto.

La consecuencia más catastrófica de la revolución de 2014 fue una cruenta guerra civil en las dos regiones del Donbás, Donetsk y Lugansk, donde las milicias del Donbás, con la ayuda de Rusia, lucharon contra el ejército ucraniano y brigadas de voluntarios descaradamente neonazis, como el Regimiento Azov.[25] Cuando las tropas rusas invadieron Ucrania el 24 de febrero de 2022, la guerra en el Donbás ya se había cobrado catorce mil vidas.[26] Es demasiado pronto para saber cómo acabará esta guerra. Pero los precedentes históricos apuntan a que el conflicto será probablemente el final de la plutocracia ucraniana, de una forma u otra. La mayoría de los oligarcas han perdido gran parte de su riqueza, bien a causa del colapso económico, bien a causa de la destrucción de la guerra.[27] Y lo que es más importante: los oligarcas se han visto marginados políticamente a raíz de la guerra. La entrada en política del actual presidente ucraniano, Volodímir Zelenski, fue el resultado de la rivalidad entre dos oligarcas, Poroshenko (presidente de Ucrania entre 2014 y 2019) e Ihor Kolomoiski (jefe del clan oligárquico de Dnipropetrovsk), que necesitaba un candidato que se opusiera a Poroshenko.[28] Pero cuando el conflicto se intensificó

hasta convertirse en una guerra total el 24 de febrero, Zelenski se reinventó a sí mismo como presidente guerrero y prometió luchar hasta la victoria. Ucrania se enfrenta ahora a una dura disyuntiva: hundirse como Estado o transformarse en una militocracia. El tiempo dirá cuál de estos futuros se hace realidad.

Enseñanzas que tener en cuenta

Resulta irónico observar que, de las tres repúblicas eslavas orientales formadas tras el colapso de la URSS, la más democrática, Ucrania, ha sido la más pobre e inestable, mientras que la más autocrática, Bielorrusia, ha disfrutado de una prosperidad y estabilidad relativas. ¿Qué implicaciones tiene esta constatación? La más evidente, que la autocracia funciona mejor que la democracia, es un error: existen numerosas autocracias disfuncionales cuyos habitantes viven en la miseria, y muchas de ellas han acabado hundiéndose. En cambio, los países mejor gobernados, donde la inmensa mayoría de su población disfruta de altos niveles de bienestar, como Dinamarca y Austria, suelen ser democracias.

Una conclusión más acertada sería que no todos los estados de apariencia democrática se gestionan en beneficio de amplios sectores de la población. Algunas de estas pseudodemocracias son fáciles de detectar, como cuando son unos representantes del Estado quienes deciden qué partidos participarán en las elecciones y quién las va a ganar. Pero ese no era el caso de Ucrania: los políticos y los funcionarios del Estado no controlaban nada, sino que eran ellos los que estaban sometidos al estrecho control de los oligarcas y sus intereses privados.

¿Cuáles son las enseñanzas que se desprenden de este análisis de casos pasados de colapso estatal? La autoridad política que gobierna las sociedades humanas complejas es mucho más frágil de lo que puede parecer a simple vista. El colapso del Estado, la desintegración repentina de la red de poder que rige una sociedad, es un hecho frecuente, tanto en la historia como en el mundo contemporáneo. A menudo, una clase dirigente es depuesta (y, en ocasiones, incluso exterminada) tras perder una guerra, o una batalla, ante una fuerza abrumadora. Este es el caso de las invasiones externas victoriosas, como cuando los mongoles de Gengis Kan entraban a saco en las ciudades, mataban a todo el mundo y apilaban sus cabezas en forma de pirámide. O puede ser el ataque de un grupo organizado de revolucionarios o golpistas. El presidente chileno Salvador Allende cayó bajo una lluvia de balas, metralleta en mano, luchando a muerte contra las tropas del general Pinochet, que asaltaban el palacio presidencial. Pero la causa más frecuente del colapso del Estado (cuando no es el resultado de una invasión externa) es la implosión de la red gobernante. El «momento Nerón» con el que comenzaba este capítulo es quizá el ejemplo más claro. En los casos de la Revolución cubana y el colapso de Afganistán en 2021, hubo presiones de una red de poder rival, pero la red gobernante se desintegró antes incluso de que los insurgentes entraran en la capital. Y ya que estamos, la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia siguió la misma pauta. La propaganda soviética glorificó el asalto al Palacio de Invierno como el momento decisivo, pero el Gobierno provisional ya había sido abandonado por la mayoría de sus tropas, y su jefe, Aleksandr Kérenski, ya había huido cuando las fuerzas de los bolcheviques irrumpieron en el palacio. Por último, un régimen político puede derrumbarse bajo la presión de protestas públicas multitudinarias, como ocurrió en Ucrania en 2014.

El contraste entre el éxito de la revolución ucraniana de 2014 y la infructuosa sublevación de 2021 en Bielorrusia es especialmente instructivo. El principal factor que explica estos resultados divergentes es la naturaleza del grupo gobernante. En el caso de Ucrania, se trataba de un conjunto de élites económicas que se odiaban entre sí, conspiraban unas contra otras y estaban dispuestas a abandonar un barco que se hundía en cualquier momento. En el caso de Bielorrusia, se trataba de una élite administrativo-militar cohesionada que capeó las protestas públicas sin mostrar fisuras. En última instancia, la diferencia entre estos dos países eslavos orientales radica en las diferentes trayectorias político-económicas que siguieron en las dos décadas previas a las situaciones revolucionarias de 2014 y 2021. La privatización en masa de las empresas estatales en Ucrania creó una bomba de la riqueza que dio lugar a la sobreproducción de oligarcas, a conflictos entre oligarcas y al doble colapso del Estado. En Bielorrusia, no hubo bomba de la riqueza, ni oligarcas, ni conflictos intraoligárquicos, ni colapso del Estado.

Todas las sociedades complejas son vulnerables a la fuerza desintegradora de la sobreproducción de élites, razón por la cual todas experimentan colapsos sociales periódicos. Pero las plutocracias, de las que Ucrania es (¿era?) un ejemplo extremo, son especialmente vulnerables. El principal problema es que los plutócratas, actuando en su propio interés egoísta, tienden a crear acuerdos institucionales que favorecen el funcionamiento de las bombas de la riqueza. La bomba de la riqueza, por un lado, aumenta la pauperización del pueblo y, por el otro, la sobreproducción de élites (al crear más plutócratas y más ricos). Dicho de otro modo, la bomba de la riqueza es uno de los mecanismos sociales más desestabilizadores conocidos por la humanidad. Desde luego, Estados Unidos no es Ucrania. La clase dominante estadounidense está unificada y

organizada por un conjunto de instituciones superpuestas, de las que hemos hablado en el capítulo 5. Y esta clase dominante demostró durante la Era Progresista y el New Deal que era capaz de actuar en perjuicio de sus intereses egoístas en aras del bienestar común. Pero ¿cómo capeará los tormentosos años veinte del siglo actual? ¿Cuáles son los rumbos posibles que tiene ante sí Estados Unidos en las próximas décadas? Esta es la cuestión que abordaré en el próximo capítulo.

8
Historias del futuro próximo

MÁS ALLÁ DE LA CÚSPIDE

Cualquiera que observe los acontecimientos de la última década desde la distancia —un extraterrestre, por ejemplo, o un historiador del futuro— se quedará sin duda impresionado por lo mucho que los seres humanos que habitan la nación más poderosa de la Tierra han conseguido estropear su sociedad. A pesar de los notables avances científicos, los extraordinarios cambios tecnológicos y el impresionante crecimiento económico, el bienestar de la mayoría de los estadounidenses ha ido disminuyendo. E incluso muchos de los triunfadores están profundamente preocupados por poder transmitir el éxito a sus hijos.

Como hemos visto, las sociedades humanas siguen trayectorias previsibles hacia situaciones revolucionarias. Pero ¿cómo se resuelven estas crisis? Ahora que Estados Unidos está en crisis, queremos saber qué podría ocurrir a continuación. Entendemos que el futuro no puede predecirse con gran precisión. En el caso de los sistemas sociales en situaciones revolucionarias, las previsiones exactas son especialmente difíciles. Podemos utilizar una analogía física para explicarlo.

El camino que lleva a la crisis es como un valle de paredes escarpadas. Una sociedad que se acerca a la crisis es como una bola de metal que rueda por el valle. Su trayectoria está limitada por las pendientes y, por tanto, es bastante predecible. Pero en cuanto la bola sale rodando de la boca del valle, se encuentra en una cúspide (una situación revolucionaria) con numerosas rutas divergentes en potencia. Un pequeño impulso a la bola

(acciones de grupos de interés o incluso de individuos influyentes) puede llevarla a seguir una trayectoria relativamente benigna u otra absolutamente catastrófica. Por eso es tan difícil predecir lo que ocurrirá después de la cúspide.

Pero en esta conclusión aparentemente pesimista hay un resquicio de esperanza. Una aplicación relativamente suave de fuerza puede ser todo lo que haga falta para imprimir a la trayectoria una dirección positiva. La gracia está en saber hacia dónde empujar: una intervención aparentemente obvia puede tener consecuencias inesperadas y desastrosas. Aquí es donde los razonamientos verbales resultan del todo insuficientes. Lo ideal sería contar con un modelo formal (matemático) que nos dijera qué tipo de empujones dan lugar a qué tipo de resultados. Llevando el modelo hasta finales del siglo XXI, podríamos explorar diferentes escenarios resultantes de las distintas opciones con las que cuentan los grupos de interés dentro del Estado y, sobre todo, el más poderoso de ellos, la élite gobernante. A continuación, observaríamos qué opciones colectivas se tomaron y si el modelo predijo correctamente las consecuencias a largo plazo de dichas opciones.

PREVISIÓN MULTITRAYECTO

Hasta ahora, la cliodinámica no ha avanzado lo suficiente como para lograr semejante proeza de modelización. Pero en los últimos años, mis colegas y yo hemos estado pensando en el tema. Llamamos a este método de análisis «previsión multitrayecto» o PMT, para abreviar.[1] Un motor PMT plenamente funcional utiliza como datos de entrada las distintas políticas o reformas que se puedan adoptar y pronostica cómo cambiará la trayectoria

futura a consecuencia de dichas intervenciones. Aunque montar un dispositivo de este tipo exige mucho trabajo y recursos (materiales y humanos), recientemente he desarrollado un «prototipo» para mostrar cómo podría funcionar. Los interesados en los aspectos técnicos encontrarán los detalles en el artículo académico correspondiente,[2] pero en las páginas siguientes lo describiré con palabras (sin ecuaciones). El motivo ulterior que me lleva a profundizar en el funcionamiento interno de este prototipo es ilustrar cómo la teoría general que explico en este libro puede funcionar en un ejemplo concreto. Algo que todos los modelizadores saben es que trasladar una teoría verbal a un conjunto de ecuaciones matemáticas es una forma maravillosa de encontrar todos los supuestos ocultos en ella y sacarlos a la luz.

El núcleo del modelo PMT, el motor que impulsa a todas las piezas móviles que lo componen, es la bomba de la riqueza. Funciona así: en primer lugar, el modelo registra cuántos trabajadores buscan empleo. La oferta de mano de obra aumenta como resultado del crecimiento demográfico (el equilibrio entre los nuevos trabajadores que engrosan la población activa y los antiguos que se jubilan). Otra fuente importante de trabajadores nuevos es la inmigración. El modelo también debe tener en cuenta el cambio de actitudes sociales en torno al trabajo, que ha dado lugar a la incorporación en masa de la mujer a la población activa (entre 1955 y 2000, la participación de las mujeres estadounidenses en la población activa pasó del 35 por ciento al 60 por ciento). En segundo lugar, el modelo hace un seguimiento de la oferta de empleo, que se ve afectada por factores como la globalización (que provoca la deslocalización de puestos de trabajo) y la robotización/automatización (que desplaza algunos puestos de trabajo de las personas a las máquinas, pero crea a su vez otros puestos de trabajo en nuevos sectores económicos).

Las tendencias laborales generales de los últimos cincuenta a sesenta años han dado lugar a un exceso de oferta de trabajadores, que tiende a deprimir los salarios de los trabajadores. Al mismo tiempo, los factores institucionales que podrían contrarrestar este efecto económico se han debilitado. La proporción de trabajadores afiliados a sindicatos ha disminuido, al igual que el salario mínimo real que fija el Gobierno de la nación. Como consecuencia, los salarios relativos (salarios en relación con el PIB per cápita) disminuyeron, sobre todo los de los trabajadores poco cualificados, pero también los trabajadores medios («típicos»). A su vez, la disminución de los salarios relativos impulsó la bomba de la riqueza, que extrae rentas de la clase trabajadora para dárselas a las élites económicas, como vimos en el capítulo 3.

Lo bueno de este enfoque estructural-dinámico (que se explica con más detalle en el capítulo A3) es que nos permite comprender cómo los cambios en una parte del sistema social afectan a la dinámica del resto. La bomba de la riqueza tiene efectos importantes no solo en el compartimento de los plebeyos (ya que es la causa de su pauperización), sino también en el compartimento de las élites. El número de élites cambia como resultado de la demografía (la diferencia entre las tasas de natalidad y mortalidad), pero este es un factor relativamente poco importante en nuestro caso porque las tasas demográficas entre las élites y los plebeyos no son muy diferentes en Estados Unidos (en cambio, desempeña un papel clave en sociedades cuyas élites son polígamas). El proceso más importante es la movilidad social: el movimiento ascendente de los plebeyos que ingresan en la élite y el movimiento descendente de las élites para ingresar en la plebe. Y que la movilidad neta sea ascendente depende de la bomba de la riqueza.

El mecanismo es muy sencillo. Cuando los directivos de una empresa hacen que los aumentos salariales de los trabajadores sean menores que el

crecimiento de los ingresos de la empresa, pueden utilizar el excedente para darse a sí mismos salarios más altos, opciones sobre acciones más lucrativas, etc. Así, el consejero delegado de la empresa, tras abandonarla con un «paracaídas de oro», se convierte en un nuevo centimillonario o incluso milmillonario. Por la misma razón, los dueños del capital obtienen rentabilidades más altas. El número de superricos se dispara.

Esta dinámica también puede funcionar a la inversa. Cuando los salarios de los trabajadores aumentan más deprisa que el PIB per cápita (es decir, cuando crecen los salarios relativos), deja de aumentar el número de supermillonarios. Algunos individuos excepcionales siguen creando nuevas fortunas, pero son pocos. La antigua riqueza, mientras tanto, se evapora gradualmente como resultado de las bancarrotas, la inflación y la división de la propiedad entre múltiples herederos. En tales condiciones, el tamaño de la clase superrica va menguando poco a poco.

Pero ese declive gradual y suave presupone que el sistema social conserva la estabilidad. El análisis de casos históricos en CrisisDB indica que el escenario mucho más habitual de movilidad social descendente, que elimina la sobreproducción de élites, está asociado a épocas de gran inestabilidad sociopolítica, las «épocas de discordia». En tales casos, la movilidad descendente es rápida y suele ir de la mano de la violencia. La inestabilidad política y las guerras internas reducen el número de miembros de las élites de distintas formas. Algunos miembros de la élite simplemente mueren en guerras civiles o asesinados. Otros pueden verse desposeídos de su condición de élite cuando su bando pierde una guerra civil. Por último, la situación general de violencia y falta de éxito disuade a muchos aspirantes a la élite «sobrantes» de insistir en su empeño, lo que los lleva a aceptar la movilidad descendente. El motor PMT modeliza estos procesos de forma

genérica suponiendo que una alta inestabilidad aumenta el ritmo al que los individuos de la élite se convierten en plebeyos.

Así pues, el núcleo del modelo PMT lo forman el salario relativo y la bomba de la riqueza, que es su impulsor. La disminución del salario relativo desemboca en la pauperización del pueblo y, al mismo tiempo, la sobreproducción de élites, que, como ya sabemos, son los motores más importantes de la inestabilidad social y política. Sin embargo, los brotes de inestabilidad —manifestaciones y huelgas violentas contra el Gobierno, disturbios urbanos, terrorismo, revueltas rurales y, si las cosas se ponen feas de verdad, el colapso del Estado y una guerra civil en toda regla— son el resultado de las acciones individuales de las personas. ¿Cómo conecta el modelo los factores estructurales con las motivaciones de las personas? El modelo presupone que el papel clave en todos estos acontecimientos lo desempeñan los extremistas, radicalizados y predispuestos a la agresión. Cuando los radicales son pocos comparados con el resto de la población, no suponen una amenaza grave para la estabilidad del régimen, porque la policía los aísla y reprime fácilmente. Pero si son muchos, empiezan a unirse en organizaciones extremistas, que pueden suponer un desafío creíble a la clase dirigente. Por tanto, el número de radicales sobre el total de la población es una variable clave que el modelo PMT tiene que incluir.

El proceso de radicalización funciona como una enfermedad que, a medida que se propaga, cambia el comportamiento de las personas y las lleva a actuar de forma violenta. Por consiguiente, el compartimento del motor PMT que relaciona los factores estructurales con los disturbios tiene que modelizar esta dinámica de contagio social. Se parece bastante a las ecuaciones que utilizan los epidemiólogos, por ejemplo, para prever la dinámica de los brotes de COVID.

El modelo hace un seguimiento de tres tipos de individuos. El primero es el tipo «ingenuo», que corresponde a los «susceptibles» de los modelos epidemiológicos. Esta es la categoría en la que se sitúan los individuos cuando se convierten en adultos (el modelo solo hace el seguimiento de los individuos adultos activos; los niños y los ancianos ya jubilados no entran, ya que se supone que no tienen efecto alguno en la dinámica). Los individuos ingenuos pueden «radicalizarse» por exposición a individuos de tipo radical (el equivalente a los individuos «infectados» en los modelos de transmisión de enfermedades). Cuantos más radicales haya en la población, mayor será la probabilidad de que los individuos ingenuos contraigan el «virus del radicalismo».[3]

Cuando un porcentaje elevado de la población está radicalizado, la inestabilidad sociopolítica también es alta. Los disturbios se desencadenan y propagan con facilidad; los grupos terroristas y revolucionarios prosperan y reciben el apoyo de un número enorme de simpatizantes; y la sociedad es muy vulnerable al estallido de una guerra civil. Sin embargo, la relación entre el grado de radicalización y el nivel general de violencia política (medido, por ejemplo, por el número de personas asesinadas) no es lineal. A medida que aumenta la proporción de radicales en la población, les resulta cada vez más fácil relacionarse y organizarse, lo que puede conducir a un crecimiento explosivo de los partidos revolucionarios. También existe un efecto umbral. Mientras el poder de los grupos revolucionarios sea menor que el poder del aparato coercitivo del Estado, el nivel general de violencia se mantendrá bajo debido a la represión. Pero si la balanza se inclina a favor de los radicales, las fuerzas del régimen pueden implosionar de pronto, como hemos visto en numerosos ejemplos de colapso del Estado en el capítulo anterior.

Hasta ahora hemos hablado de los «radicales» como si fueran un grupo de interés. Pero esa no es la forma correcta de verlos. En realidad, los radicales no suelen pertenecer todos a un partido radical único. En épocas de gran inestabilidad política, existen muchas cuestiones que dividen a la población y a las élites (ya hemos hablado de la fragmentación del panorama ideológico en el capítulo 4). Así, coexisten numerosas facciones de radicales, cada una motivada por una ideología diferente y en guerra con las demás. Algunos individuos se convierten en extremistas de izquierdas y otros se adhieren a organizaciones de ultraderecha; otros se convierten en extremistas étnicos o religiosos. E incluso dentro de la derecha, al igual que dentro de la izquierda, los grupos radicales están divididos y pueden invertir más energías en los enfrentamientos internos que en combatir al extremo opuesto del espectro ideológico.

En líneas generales, los estallidos de violencia política tienen una dinámica parecida a los incendios forestales o a los terremotos. Una sola chispa puede incendiar la pradera, como dijo Mao. Pero la mayoría de las chispas provocan pequeños incendios que se apagan antes de llegar a mayores, aunque otras dan lugar a incendios de tamaño medio. Solo muy pocas chispas provocan incendios capaces de arrasar toda una pradera. Los científicos de la complejidad han prestado mucha atención a estos procesos en los que la distribución estadística del tamaño del suceso obedece a una «ley de potencia». Tanto si cuantificamos estos procesos en kilómetros cuadrados de pradera quemada como si medimos la fuerza de un terremoto en la escala de Richter —o la gravedad de los episodios de violencia política en número de muertos—, todos tienen el mismo tipo de dinámica. [4] Para incendiar la pradera, que el fuego inicial provocado por una chispa se propague depende de la cantidad de material combustible que haya y de si el fuego puede saltar de un área cubierta de hierba seca a otra. En una

revolución, que la revuelta inicial contra el régimen se extienda depende del número de radicales (análogo al material combustible) y de lo bien conectados que estén, o de lo rápido que puedan ampliar sus redes de rebelión. Como resultado de esa dinámica autocatalítica y autopropulsada, un acontecimiento al principio menor puede estallar de forma imprevista y convertirse en una catástrofe excepcional de grandes dimensiones: un «cisne negro» o un «rey dragón».

Dado que la relación entre el coeficiente de radicalización y la magnitud de la violencia política resultante se rige por una ley de potencia, las estadísticas normales (por ejemplo, el nivel medio de violencia) no funcionan muy bien, y el modelo PMT capta los posibles resultados evaluando la probabilidad de sucesos realmente graves, como la guerra de Secesión o la rebelión Taiping. Puede que estos acontecimientos extremos no sean muy probables, pero deben preocuparnos sencillamente porque tienen el potencial de causar unos sufrimientos inimaginables. ¿Una probabilidad del 10 por ciento de una segunda guerra de Secesión es alta o baja? Digámoslo de un modo más personal: ¿aceptaríamos una apuesta en la que la probabilidad de que acabáramos muertos fuera del 10 por ciento? Yo no, aunque me ofrecieran una gran recompensa. Hay que estar vivo para disfrutar de un premio, sea el que que sea.

Volvamos al modelo PMT. Otro elemento del modelo es que un individuo ingenuo puede radicalizarse no solo por contacto con otros radicales, sino también mediante la exposición a la violencia resultante de acciones radicales. Por ejemplo, es posible que una persona cuyos parientes o amigos hayan muerto en un atentado terrorista perpetrado por ultraderechistas se una a un grupo revolucionario de izquierdas. Esta segunda vía de radicalización es también una especie de contagio social (pero mediado por la violencia en lugar de por la ideología radical).

El tercer tipo de individuo del modelo, además del ingenuo y el radical, es el «moderado» (que se corresponde con el «recuperado» de los modelos epidemiológicos). Este grupo está formado por antiguos radicales que se han desencantado del radicalismo y la violencia y han llegado a la conclusión de que los miembros de la sociedad deben unirse y superar sus diferencias. Los moderados se diferencian de los ingenuos en que valoran la paz y el orden por encima de todo, y trabajan activamente para conseguirlo. Dicho de otro modo, los ingenuos carecen de programa político activo, los radicales trabajan activamente para aumentar la inestabilidad y los moderados trabajan activamente para aplacar los ánimos.

En resumen, se crean nuevos radicales cuando los ingenuos se encuentran con los ya radicalizados o están expuestos a la violencia. Cuantos más radicales haya (y, por tanto, cuanto mayor sea el índice de violencia), más probabilidades habrá de que un ingenuo se radicalice. Sin embargo, los moderados también desempeñan un papel: los «contagios» de radicalismo disminuyen a medida que los moderados aumentan en número y ejercen su influencia moderadora y supresora de la inestabilidad.

El número de radicales, sin embargo, no crece sin límites. A medida que aumenta el nivel de violencia, algunos radicales se apartan del extremismo y se convierten en moderados. La probabilidad de que un radical se desencante y se convierta en moderado aumenta con el nivel general de violencia, pero con cierto retraso, ya que los altos niveles de violencia política no se traducen instantáneamente en un estado de ánimo social de repulsa a la violencia y deseo de paz interna. La violencia actúa de forma acumulativa; tienen que pasar varios años de gran inestabilidad, o incluso de guerra civil abierta, para que la mayoría de la población empiece a anhelar de verdad el orden.

Así pues, el módulo de contagio social del motor PMT hace el seguimiento de los procesos de radicalización y moderación. Para ello, necesita conectar con la dinámica de los motores estructurales de la inestabilidad, lo que se consigue mediante el Índice de Tensión Política (ITP), que combina la fuerza de la pauperización del pueblo y la sobreproducción de élites.[5] La pauperización del pueblo se mide por la renta relativa inversa (renta familiar mediana dividida por el PIB per cápita). Así, cuando los ingresos típicos no aumentan al ritmo del crecimiento económico, este factor hace que aumente el ITP. La sobreproducción/competencia intraélite se mide por el número de integrantes de la élite (incluidos los aspirantes) sobre la población total. El ITP «afina» la probabilidad de que los individuos ingenuos se radicalicen. Cuando las condiciones estructurales dan lugar a elevadas presiones sociales en favor de la inestabilidad, las ideas radicales caen en terreno fértil y arraigan con facilidad. Por el contrario, si el ITP es bajo, es poco probable que el encuentro entre un ingenuo y un radical (o que un ingenuo experimente un suceso de violencia política) desemboque en la radicalización del primero.

Ahora que tenemos el motor PMT, utilicémoslo para investigar las posibles trayectorias que podría seguir el sistema social estadounidense más allá de la década de 2020. Hay que tener en cuenta que se trata de un modelo (más bien, un prototipo) y que sus predicciones deben tomarse con cierto grado de escepticismo. El objetivo no es predecir el futuro, sino utilizar el modelo para comprender cómo las posibles acciones pueden configurar futuros diferentes. El motor PMT es una especie de «cuento moral», como la historia de una chica buena y otra mala, un motivo narrativo presente en cientos de sociedades tradicionales.

Arrancamos el motor en 1960 y lo usamos para analizar primero los sesenta años de historia ya consolidada. Desde el punto de vista del PMT, la tendencia más importante durante ese tiempo es el descenso del salario relativo. El descenso del salario relativo pone en marcha la bomba de la riqueza y el número de integrantes de la élite empieza a aumentar de forma acelerada. En 2020, tanto la pauperización como la sobreproducción de élites, y por tanto el ITP, alcanzan niveles muy altos. La curva de radicalización, que registra el número de radicales, que se había mantenido plana cerca de cero, comienza a crecer después de 2010 y literalmente explota durante la década de 2020. Lo mismo ocurre con la violencia política. En algún momento de la década de 2020, predice el modelo, la inestabilidad llega a ser tan alta que empieza a reducirse el número de élites. Recordemos que el PMT es un modelo, lo que significa que transforma la realidad en ecuaciones matemáticas. Pero en la vida real, la inestabilidad que causa la disminución del número de élites no es abstracta en absoluto: basta con recordar lo que ocurrió en Estados Unidos a raíz de la guerra de Secesión, cuando un gran número de hombres de la élite sureña murieron en el campo de batalla y el resto se vio privado de su estatus de élite.

En el modelo, el cataclismo de la década de 2020 reduce el número de miembros de la élite, lo que provoca un declive del ITP. Además, los altos niveles de violencia aceleran la transición de la mayoría de los radicales a moderados. La curva de radicalización cae tan vertiginosamente como subió y después de 2030 alcanza el mínimo. Dado que los radicales son los que impulsan la violencia, la inestabilidad también disminuye. El sistema social recupera la estabilidad. Pero en este escenario inercial, la causa básica de la inestabilidad —la bomba de la riqueza— sigue funcionando. Poco a poco, el número de miembros de la élite empieza a aumentar.

Mientras tanto, los moderados que reprimieron el máximo de violencia de la década de 2020 se van jubilando y mueren. El precario equilibrio se mantiene durante la generación siguiente (de veinticinco a treinta años), pero al cabo de cincuenta años se repite la situación de la década de 2020. [6]

Así pues, el escenario inercial predice un futuro de lo más negro: un estallido de violencia grave durante la década de 2020 y, si no se hace nada para desconectar la bomba de la riqueza, su repetición cada cincuenta o sesenta años. ¿Cuáles son las alternativas?

Una posibilidad, que acaso parezca poco realista al lector, es que las elevadas cifras de radicales den lugar a una guerra civil en toda regla. Al fin y al cabo, el aparato coercitivo del Estado estadounidense funciona muy bien y no presenta signos de descomposición. ¿Qué ocurre si no se permite que los altos niveles de radicalización desencadenen una guerra civil? En cierto modo, ese futuro es menos funesto, porque se evita la guerra civil. Pero lo que sucede en su lugar tampoco parece ninguna maravilla. La bomba sigue funcionando, y el ITP es alto debido a los elevados niveles tanto de pauperización como de sobreproducción de élites. La mayoría de la población está radicalizada, y la curva de radicalización no desciende, porque las condiciones propias de una guerra civil son las que inducen a los radicales a convertirse en moderados. El sistema social está atrapado en un bucle sin fin de alta pauperización, conflictos internos entre las élites y radicalización.

No, para llevar el sistema a un equilibrio positivo, hay que desconectar la bomba de la riqueza. Podemos modelizarlo haciendo subir el salario relativo hasta el punto en que las tasas de movilidad ascendente y descendente entre plebeyos y élites estén equilibradas (y luego mantenerlo en este nivel garantizando que los salarios de los trabajadores aumenten al

compás del crecimiento económico general). Pues bien, resulta que esta intervención no elimina el máximo de 2020, ni siquiera influye demasiado en él: hay una inercia excesiva en el sistema social. Además, tendría un efecto indeseable al exacerbar la sobreproducción de élites. Desconectar la bomba reduce los ingresos de las élites, pero no su número. Es la fórmula perfecta para convertir un enorme porcentaje de las élites en contraélites, lo que muy probablemente hará que las luchas intestinas sean aún más sangrientas e intensas. Sin embargo, tras una década dolorosa y violenta, el sistema llegará rápidamente al equilibrio. El ITP alcanzará su mínimo, la proporción de población radicalizada descenderá y se habrá eliminado el excedente de élites. Lo único que nos quedará de los Conflictivos Años Veinte será un alto porcentaje de moderados, que irán menguando hasta extinguirse hacia 2070. El resultado final será de «sufrimiento agudo a corto plazo, beneficios a largo plazo».

El motor PMT puede utilizarse para explorar otros escenarios. Por ejemplo, si aumentamos muy gradualmente el salario relativo (durante un periodo de veinte años, por ejemplo), los Conflictivos Años Veinte no desaparecerán, pero puede evitarse el empobrecimiento drástico de las élites.

Quizá la idea más importante que se deduce del modelo PMT es que ya es tarde para evitar la crisis actual. Pero podemos evitar el próximo periodo de colapso social en la segunda mitad del siglo XXI, si actuamos pronto para llevar el salario relativo al nivel de equilibrio (eliminando así la sobreproducción de élites) y lo mantenemos ahí.

La situación revolucionaria en Estados Unidos

El modelo PMT nos ofrece una panorámica a vista de pájaro del abanico de posibles trayectorias que puede tomar Estados Unidos durante la década de 2020 y más allá. El modelo es completamente abstracto y sigue variables agregadas como la pauperización, el excedente de aspirantes a engrosar la élite y la radicalización. Pasemos ahora a lo concreto y veamos qué tipo de ideas puede aportarnos sobre la dinámica de poder de los grupos de interés enfrentados en Estados Unidos. Para ello necesitamos integrar los conocimientos teóricos del modelo con un análisis estructural-dinámico mucho más concreto de la sociedad estadounidense contemporánea.

Como hemos visto en el capítulo 5, la clase dirigente estadounidense es una coalición de los principales poseedores de la riqueza (el 1 por ciento) y los principales poseedores de títulos (el 10 por ciento). No todos los miembros de estos grupos participan activamente en el gobierno del país. Muchos ricos de la alta sociedad (del 1 por ciento) se limitan a disfrutar de su riqueza y estatus como miembros de la clase social alta, una «clase ociosa». En cuanto a los titulados, a los tertulianos de derechas les encanta tronar contra la influencia maligna de los «profes progres», pero en realidad, el 99 por ciento de ellos no tienen ningún poder digno de este nombre. Es fácil que un profesor titular de una universidad prestigiosa pase a engrosar el 10 por ciento de los más ricos antes de jubilarse, pero la mayoría estudia cosas como los parásitos de los tiburones y la sistemática de las briofitas (enhorabuena si sabes lo que son las briofitas), temas abstrusos que no tienen nada que ver con la política y el poder. Sus alumnos olvidarán la mayoría de sus enseñanzas al cabo de un mes del examen final. Y, por supuesto, una gran proporción de los titulados ni siquiera forman parte del 10 por ciento: pensemos en los licenciados en Derecho que se sitúan en la parte baja de la distribución bimodal. La parte activa de la coalición gobernante —directores generales y consejeros delegados de

grandes empresas (como Andy), grandes inversores, abogados de empresa (como el padre de Jane), altos cargos electos y burócratas, así como los miembros de la red de planificación política— son los que mandan.

En el capítulo 5 hemos visto cómo esta clase dirigente adquirió una red de instituciones entrelazadas que le permitió actuar con un grado de cooperación (razonablemente) homogénea. Superó las divisiones de la época del New Deal y dirigió el país durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría hasta convertirlo en una superpotencia. También adoptó una serie de reformas que garantizaron un reparto relativamente equitativo de los beneficios del crecimiento económico, lo que dio lugar a una prosperidad sin precedentes —en la historia evolutiva de nuestra especie— por la amplitud de su base. Durante los años sesenta, las élites gobernantes lograron incluso avances significativos en la superación de la mayor fuente de desigualdad de la sociedad estadounidense, derivada de su historia de esclavitud y racismo. Pero a partir de 1980, el clima social se alejó de la cooperación de base amplia y los objetivos a largo plazo y se orientó hacia intereses egoístas y a corto plazo. Se consintió que la bomba de la riqueza funcionara a un ritmo cada vez más frenético.

El aluvión de rentas bombeadas de las clases trabajadoras en beneficio de las élites económicas disparó el número de estas últimas y provocó su sobreproducción, lo que conllevó un aumento de la competencia y de los conflictos intraélites que empezó a minar la unidad y cohesión de la alianza gobernante. En su libro de 2013 *The Fracturing of the American Corporate Elite*, Mark Mizruchi observa que la élite empresarial (altos ejecutivos y consejeros delegados de las quinientas principales empresas estadounidenses), que estaba unificada y era moderada y pragmática en la posguerra, en las últimas décadas se ha fragmentado. Los líderes económicos se volvieron menos moderados y menos dispuestos a contribuir

al bien común, lo que se convirtió en una «fuente significativa de la actual crisis de la democracia estadounidense y en una causa importante del atolladero en el que se encuentra Estados Unidos en el siglo XXI».

Una señal cada vez más visible de la polarización de la comunidad empresarial es el aumento de las fundaciones benéficas que impulsan programas ideológicos radicales. En un extremo del espectro tenemos las fundaciones de los ultraconservadores: Charles Koch, la familia Mercer, Sarah Scaife, entre otros. Domhoff las llama una «red de obstrucción de políticas». A diferencia de los principales laboratorios de ideas, que elaboran propuestas políticas y ayudan a plasmarlas en la legislación, el objetivo de la red de obstrucción de políticas es «atacar todos los programas gubernamentales e impugnar los motivos de todos los altos cargos de la Administración».[7] Un ejemplo que Domhoff comenta con cierto detalle son las organizaciones de negacionistas del cambio climático, como el Instituto Heartland, cuyo objetivo es sembrar dudas sobre la base científica del cambio climático y debilitar el consenso general sobre el papel de los combustibles fósiles en el calentamiento global y en el aumento de la incidencia de fenómenos meteorológicos extremos (como los huracanes de categoría 5). Otro ejemplo es la creación y difusión del meme del «impuesto sobre la muerte» (capítulo 5). En última instancia, la red de obstrucción de políticas contribuye a mermar la confianza en las instituciones públicas y en la cooperación social en la sociedad estadounidense.

Los nombramientos de magistrados del Tribunal Supremo y demás jueces federales se han convertido en otro campo de batalla entre los «milmillonarios radicales». Durante décadas, las fundaciones ultraconservadoras han aportado millones de dólares a la Federalist Society, que ha «remodelado por completo el poder judicial federal mediante la

formación de cientos de jueces nombrados para ocupar cargos en el sistema judicial federal».[8] Más recientemente, George Soros donó casi veinte millones de dólares para financiar a docenas de candidatos progresistas a las elecciones a fiscal de distrito en todo Estados Unidos.[9] Desde 2017, Smart Justice California, financiada por cuatro donantes ricos del norte del estado, ha invertido decenas de millones de dólares impulsando referéndums sobre cuestiones relativas a derecho penal y promoviendo candidatos afines, como los fiscales de distrito reformistas George Gascón (en Los Ángeles) y Chesa Boudin (en San Francisco).[10] A raíz de las protestas de Black Lives Matter de 2020, también resultaron elegidos fiscales de distrito reformistas en varias otras grandes ciudades. Pero una consecuencia no deseada ha sido el aumento de los conflictos entre fiscales progresistas y departamentos de policía conservadores. Una vez más, las iniciativas bienintencionadas de filántropos ricos han creado más polarización y perjudicado la cooperación social. (Como siempre, esto no es un juicio moral sobre el valor relativo de una u otra iniciativa, sino un análisis de su impacto sistémico).

Volviendo a Mizruchi, este concluye que la élite empresarial, al «condenar al hambre a las arcas públicas y acumular recursos inmensos para sí misma», nos está «conduciendo hacia el destino de imperios anteriores, como el romano, el holandés y el de los Austrias. [...] Ya va siendo hora de que sus miembros sean un poco más inteligentes en su egoísmo en el momento actual».[11] Hasta aquí, todo bien. Pero Mizruchi acaba exagerando hasta qué punto la élite empresarial de hoy se ha convertido en un «grupo incompetente que no está dispuesto a abordar los temas clave, pese a contar con una riqueza y un peso político sin precedentes». No es así en absoluto: a pesar de las divisiones ideológicas que hemos analizado en los párrafos anteriores, la clase dirigente de

Estados Unidos sigue mostrándose más que competente en la defensa de sus intereses particulares, mezquinos y cortoplacistas. Una ley tras otra, la legislación tributaria se ha vuelto cada vez más regresiva; hoy los tipos efectivos que pagan las empresas y los milmillonarios se sitúan en los niveles más bajos desde los años veinte del siglo pasado. Con el argumento ganador de que el dinero es sinónimo de «libertad de expresión», las empresas han desmantelado en gran parte las restricciones que les impedían utilizar su riqueza para influir en la política estadounidense. El salario mínimo federal sigue disminuyendo en términos reales, a pesar de que la inflación ha alcanzado niveles que no se veían desde los años ochenta.[12]

Las desavenencias entre los conservadores y los progresistas dentro de la clase dominante se centran casi exclusivamente en cuestiones culturales. Las élites económicas, que dominan el sistema político estadounidense, pueden tolerar una gran diversidad de opiniones sobre estos asuntos, siempre que el consenso sobre la defensa de sus intereses económicos colectivos (mantener bajos sus impuestos y los salarios de los trabajadores) sea sólido.

La conclusión de este análisis, por tanto, es que no van a surgir en su seno desafíos existenciales a la clase dirigente actual; por lo menos, en un futuro inmediato. Entonces ¿qué grupo de interés es más fácil que suponga una amenaza creíble para el régimen actual?

PARA LA ACCIÓN SOCIAL HACE FALTA ORGANIZACIÓN

Nuestro análisis estructural-dinámico ha demostrado que hay dos grandes grupos cuyo bienestar ha ido disminuyendo y, en consecuencia, cuyo potencial de movilización de masas está creciendo. El primero es la clase

trabajadora no titulada y pauperizada. El segundo son los individuos con títulos académicos que han visto frustradas sus aspiraciones de ingresar en la élite. Según la mayoría de los expertos de los grandes medios de comunicación de masas, la mayor amenaza para el *statu quo* en los Estados Unidos actuales son los estadounidenses blancos sin estudios universitarios. Veamos un grito de alarma típico de Stephen Marche, el autor de un libro que tuvo bastante éxito en 2022, *The Next Civil War: Dispatches from the American Future*:

> Se avecina una crisis de legitimidad, sea quien sea el elegido en 2022, o en 2024. Según un análisis de las proyecciones demográficas realizado por la Universidad de Virginia, en 2040 el 30 por ciento de la población controlará el 68 por ciento del Senado, al concentrarse la mitad de la población en ocho estados. El reparto defectuoso de los escaños del Senado da una ventaja abrumadora a los votantes blancos sin estudios universitarios. En un futuro próximo, un candidato demócrata podría ganar en voto popular por muchos millones de votos y aun así perder las elecciones. Hagan cuentas: el sistema federal ya no representa la voluntad del pueblo estadounidense.
>
> La derecha se está preparando para quebrantar la ley y el orden, pero además se está apoderando de las fuerzas de la ley y el orden. Las organizaciones de la derecha dura se han infiltrado ya en tantas fuerzas policiales —las conexiones se cuentan por centenares— que se han convertido en aliados poco fiables en la lucha contra el terrorismo doméstico. [...] Los supremacistas blancos de Estados Unidos no son una fuerza marginal; están dentro de sus instituciones.[13]

Sin embargo, para que una revolución triunfe se necesita un partido revolucionario cohesionado y organizado que cuente con un apoyo popular firme. Pensemos en el Partido Comunista de Mao durante la guerra civil china. No existe tal organización en Estados Unidos, y no se podrá articular mientras la policía federal siga siendo eficaz. El aparato de vigilancia y coerción del Estado es demasiado fuerte. Tampoco es fácil de imitar el procedimiento que emplearon los bolcheviques para hacerse con el poder: situar la cúpula de la organización en Londres y Zúrich, a buen recaudo de

la policía secreta del zar. ¿Dónde podría refugiarse un partido de izquierdas radical? ¿En China? ¿En Rusia? Cuesta imaginar que cualquier otro país esté dispuesto a dar cobijo a personas designadas como terroristas por Estados Unidos. Además, la izquierda radical está irremediablemente dividida. La falta de unidad y la ausencia de organizaciones eficaces a gran escala han relegado a la izquierda radical a la irrelevancia.

Pero la derecha radical está igual de dividida, como mínimo, y es igual de impotente que la izquierda radical. Los supremacistas blancos, los neonazis, el Ku Klux Klan, la *alt-right*, la *alt-lite*, *la alt-white*, etc., son grupúsculos disidentes que aparecen y desaparecen. Según la Anti-Defamation League (ADL) y el Southern Poverty Law Center (SPLC), dos organizaciones que estudian a los extremistas de extrema derecha, el KKK está formado hoy por docenas de secciones independientes que compiten entre sí. A medida que ha crecido la pauperización del pueblo en las últimas décadas, un número cada vez mayor de varones sin títulos académicos se han radicalizado y se han unido a grupos de extrema derecha. El número de estos grupos también ha aumentado, y con él, la incidencia del terrorismo. [14] Pero la extrema derecha no solo está desunida; carece asimismo de organizaciones de ámbito nacional que sirvan de vehículos para organizar la acción revolucionaria. No representa una amenaza creíble para el régimen. Recordemos el complot para secuestrar a la gobernadora de Michigan, Gretchen Whitmer.

El supuesto cabecilla de la trama, Adam Fox, trabajaba como técnico de la empresa de aspiradoras Vac Shack, un empleo con el que apenas se mantenía a flote. Cuando su novia le echó de casa, no pudo permitirse un apartamento y se mudó al sótano de la tienda de aspiradoras. Quería iniciar una revolución para derrocar al régimen corrupto responsable de su pauperización. Según informó *The New York Times*, Fox le dijo a un

confidente del FBI: «Lo que yo quiero es que arda el mundo, tío. Vamos a cargárnoslo todo, tío».[15] Pero no tenía ningún partido revolucionario al que unirse, sino que el grupo que formaron él y sus amigos acabó infiltrado por el FBI. Fue un agente del FBI quien les propuso secuestrar a la gobernadora de Michigan. Casi la mitad del grupo paramilitar que planeaba secuestrar, juzgar y ejecutar a Whitmer eran agentes del FBI o confidentes suyos. Es irónico que el vacío organizativo de la extrema derecha sea tan extremo que este grupo terrorista de extrema derecha tuviera que articularlo el mismísimo FBI.

Nuestro «deplorable» ficticio, Steve, es demasiado inteligente para unirse a ninguna conspiración de ese tipo. «Chaval —me dijo—, en cuanto tienes a tres personas en el ajo, una es confidente del FBI». Steve se adhirió a los Oath Keepers, pero su principal motivación era proteger sus derechos conforme a la Segunda Enmienda. No fue a Washington el 6 de enero de 2021 porque le pareció que todas esas manifestaciones eran inútiles frente al poder del Estado. Cuando leyó en las noticias que Stewart Rhodes, el fundador de los Oath Keepers, había sido detenido y acusado de sedición por su papel en el asalto del 6 de enero al Capitolio,[16] Steve corrió al coche a raspar la pegatina de los Oath Keepers que llevaba en el parachoques. Sin organizaciones eficaces, las masas de estadounidenses de clase trabajadora empobrecida no son una amenaza creíble.

Los disidentes

Si situamos a los estadounidenses políticamente activos a lo largo de un espectro tradicional de izquierda-derecha, el centro está ocupado por la clase dirigente y los políticos que son sus fieles servidores. En los extremos

se sitúan los radicales de izquierda y derecha, que pueden soñar con el derrocamiento del régimen imperante pero carecen del número y la organización necesarios para constituir una amenaza creíble. Entre los radicales y el centro, se sitúan quienes son críticos con el régimen pero no están dispuestos a utilizar medios violentos/ilegales para cambiarlo. Llamémoslos «los disidentes». Entre los disidentes de izquierdas figuran en la actualidad (en el momento de escribir este libro) políticos demócratas, como el senador Bernie Sanders (Vermont) y la senadora Elizabeth Warren (Massachusetts). Sanders tuvo una oportunidad real de ser nominado candidato demócrata a la presidencia en 2016 y 2020, pero el partido optó por los candidatos preferidos por la clase dominante. Sanders y otros disidentes de izquierdas abogan por políticas populistas como el aumento del salario mínimo federal y la subida de impuestos a los ricos. Caso raro entre los demócratas de pro, Sanders se ha manifestado en contra de la política de fronteras abiertas. En una entrevista de 2015 para la revista *Vox* con Ezra Klein, que le preguntó si Sanders aprobaría «aumentar drásticamente el nivel de inmigración que permitimos, incluso hasta el nivel de fronteras abiertas», el senador respondió con un rotundo no: «Esa es una propuesta de los hermanos Koch», declaró, y prosiguió:

> Lo que les encantaría a los derechistas de este país es una política de fronteras abiertas. Traer a todo tipo de gente que trabajara por dos o tres dólares la hora, sería estupendo para ellos. Yo no creo en eso.[17]

En otra entrevista del mismo año, retomó el tema:

> Cuando en este país hay un 36 por ciento de chicos hispanos que no encuentran trabajo, y traen a este país a un montón de trabajadores no cualificados, ¿qué crees que les pasa a ese 36 por ciento de jóvenes que hoy están en paro? ¿O al 51 por ciento de los jóvenes afroamericanos? [18]

Después de que el Partido Demócrata abandonara a la clase trabajadora, como se hizo evidente durante la presidencia del demócrata Bill Clinton (1993-2001), los populistas de izquierdas del partido dejaron de tener influencia en la política demócrata. Alegan que, para no perder elecciones, el partido tiene que desplazarse hacia el centro. El «centro», por supuesto, son las políticas que promueve la clase dominante.

En el frente ideológico, los disidentes de izquierdas reciben un trato muy diferente según el contenido de sus críticas. Los temas de la izquierda cultural —raza, etnia, LGBTQ+, interseccionalidad— ocupan amplios espacios de los grandes medios de comunicación de masas. Las cuestiones económicas populistas y, sobre todo, la crítica al militarismo estadounidense, mucho menos. Un claro ejemplo es la forma en que la clase dominante trata a uno de los disidentes estadounidenses más veteranos, Noam Chomsky: se le ignora y punto. No se prohíben sus libros ni sus conferencias en los campus (como sí habría ocurrido si fuera disidente en la Unión Soviética), pero no le invitan nunca a aparecer en los grandes medios de comunicación. En consecuencia, estos intelectuales de izquierdas siguen siendo figuras marginales en el panorama ideológico y político estadounidense.[19]

La situación de los disidentes de derechas es distinta. Antes de 2016, el Partido Republicano era el bastión de la clase dominante, un vehículo para el 1 por ciento más privilegiado. Pero a día de hoy, mientras escribo este libro, los republicanos están haciendo la transición a auténtico partido revolucionario (si la transición tiene éxito o no, lo averiguaremos en los próximos años). La transición comenzó con la inesperada victoria de Donald Trump, que, por supuesto, no es un revolucionario; es el prototipo de empresario político, que canalizó el descontento popular —sobre todo de

los estadounidenses blancos sin títulos universitarios— para auparse al poder. Una vez en el poder, sin embargo, intentó cumplir sus promesas electorales (algo poco habitual en los políticos convencionales, lo que demuestra, una vez más, que Trump no es uno de ellos). No todas las iniciativas que propuso iban en contra de los intereses de la clase dominante. Así, sacó adelante unas leyes fiscales que hicieron que la fiscalidad fuese aún más regresiva. También nombró jueces conservadores para el Tribunal Supremo, lo que complació a los plutócratas conservadores, entre otros intereses. Pero en otros frentes, fue directamente en contra de las prioridades de las élites económicas. Su peor delito fue su política contraria a la inmigración, como hemos visto.

Entre otras iniciativas de Trump se encuentra el rechazo a la ortodoxia tradicional republicana de defensa del libre mercado, en favor de la política de industrialización, aunque en eso Trump no tuvo mucho éxito. El Instituto de Política Económica estadounidense, de tendencia izquierdista, comentó que «las políticas comerciales erráticas e incoherentes de Trump, impulsadas por su ego, no han logrado ningún progreso apreciable» en la deslocalización de puestos de trabajo en la industria.[20] Por último, el escepticismo de Trump respecto a la OTAN y su falta de voluntad para iniciar nuevas (des)aventuras en el extranjero fueron en contra del consenso sobre los objetivos de una política exterior «musculosa» compartido por la inmensa mayoría de las élites gobernantes. Trump ha sido el único presidente de las últimas décadas que no ha iniciado nuevas guerras. Aunque Trump no se vea a sí mismo como un radical, un miembro de su equipo, el estratega jefe Steve Bannon, es un revolucionario declarado (como hemos visto en el capítulo 1). Bannon se considera un «leninista» que quiere «que todo se venga abajo y destruir todo el *establishment* actual».[21] Su antiguo jefe no comparte esta opinión. En *War for Eternity:*

Inside Bannon's Far-Right Circle of Global Power Brokers, Benjamin Teitelbaum informa:

> Como él [Bannon] me dijo, «para hacer que América vuelva a ser un gran país, tienes que [...] demoler primero, antes de reconstruir». A ojos de Bannon, Donald Trump es «el demoledor». También le he oído decir «destructor». Así lo entiende Steve, al menos, que recuerda haber tenido una breve conversación con Trump sobre el tema en la Casa Blanca en abril de 2017, a raíz de la cobertura mediática de su lectura de *The Fourth Turning* (1997), de William Strauss y Neil Howe. Al presidente no le hizo gracia. Veía su papel como el de un constructor más que como el de un demoledor, y le desagradaban todas esas chorradas sobre fatalidad, destrucción y colapso. Steve no insistió. No fue más que un breve diálogo. Además, tampoco hacía falta que Trump viera el mundo como él.[22]

Puede que Trump se considere un constructor, pero la evolución posterior de su caótica presidencia (y más aún, su final) demostró que la caracterización que Bannon hizo en 2017 de Trump como «el demoledor» era acertada.

Trump y Bannon son contraélites, pero la evolución de Trump hasta convertirse en un guerrero enfrentado al régimen siguió la ruta de la riqueza, mientras que la de Bannon siguió la ruta de las credenciales. Bannon se crio en una familia de clase trabajadora de Virginia y sirvió en la Marina estadounidense. Durante sus años en la Marina, obtuvo un máster por la Universidad de Georgetown y luego un MBA por la Harvard Business School, con lo que consiguió empleo en la banca de inversiones Goldman Sachs, para después lanzar su propia sociedad de inversiones y aventurarse en el mundo del espectáculo y los medios de comunicación. Sin embargo, en lugar de asimilarse a la clase dirigente, Bannon se radicalizó (afirma que durante toda esa etapa de su vida se sintió como un «intruso»). Su aversión a las élites gobernantes y su deseo de derrocarlas parecen tener su origen en su experiencia vital y laboral.[23] En un discurso que pronunció en 2014 en el Vaticano, declaró:

> Pude comprobarlo cuando trabajaba en Goldman Sachs: hay gente en Nueva York que se siente más cerca de la gente de Londres y de Berlín que de la gente de Kansas y de Colorado, y tienen más esa mentalidad elitista de que van a decirles a todos cómo hay que dirigir el mundo. Les diré que los trabajadores y las trabajadoras de Europa, Asia, Estados Unidos y América Latina no se lo creen. Creen que ellos saben lo que es mejor para el tipo de vida que llevan.

En 2012, Bannon se convirtió en presidente ejecutivo de Breitbart News, un sitio web de noticias de extrema derecha. «Mientras estaba en Breitbart, Bannon dirigió un popular programa de radio y lanzó un ataque incendiario contra la corriente dominante republicana, abrazando en su lugar a un elenco marginal de figuras ultraconservadoras. Entre ellos estaba Trump, invitado frecuente del programa. Entablaron una relación que acabó llevando a Bannon a planear el ascenso populista de Trump a la Casa Blanca».[24]

Llegar al Despacho Oval, sin embargo, fue el éxito cumbre de la pareja.[25] Ninguno de los dos tenía la capacidad ni la disciplina necesarias para «drenar la ciénaga», como habían prometido durante la campaña electoral. Trump no solo fracasó a la hora de aplicar un programa de reformas sistemáticas, sino que también resultó ser un pésimo gobernante, aunque, para ser justos, todo lo que intentó hacer en contra de los intereses de la clase dominante chocó con el obstruccionismo granítico de esa misma clase. La historia es bien conocida y no hace falta entrar en los detalles sórdidos. Baste decir que Bannon y Trump tuvieron un desencuentro, al menos en parte como resultado de que Bannon expresara opiniones poco halagadoras sobre Trump y su familia.

Bannon fue solo uno de los muchos socios de Trump que abandonaron su Administración por culpa de un escándalo. De hecho, parece que la mayoría del equipo de Trump (por llamarlo de algún modo) se marchó de la peor manera: muchos fueron procesados, y algunos incluso condenados. Trump

demostró que se le da mucho mejor despedir a gente que construir una red de poder cohesionada y funcional. Incluso sus detractores, que le acusan de intentar erigirse en dictador, reconocen que demostró ser un inepto total como déspota. En 2020, el *establishment* llevó a cabo una «campaña de contrainsurgencia» que consiguió eliminar al elemento irritante del cuerpo político. El asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021 fue la última escaramuza de la guerra,[26] aunque como «insurrección» no fuera gran cosa si se compara con otros referentes históricos: desde luego, nada que se acerque a la Bastilla ni al Palacio de Invierno.

Sin embargo, y esto es algo que tendrá consecuencias de cara a 2024, es posible que el Partido Republicano esté evolucionando gradualmente de partido del 1 por ciento a partido populista de derechas. Los republicanos tradicionales (léase partidarios fieles a la clase dominante) han abandonado el partido en masa, algunos jubilándose anticipadamente, otros tras ser desafiados y derrotados por candidatos «trumpianos». Queda por ver el éxito de esta transformación. ¿Se convertirá el Partido Republicano en una organización revolucionaria con el objetivo de derrocar a las élites gobernantes, como quiere Bannon? Esto es sin duda motivo de gran preocupación para la clase dominante.

La derecha radical sigue desunida y carece de una ideología común. El propio Trump apenas es una figura unificadora, y el «trumpismo» no es una ideología coherente, sino más bien un programa cuyo único objetivo es que un hombre vuelva al poder. Algunos políticos de la derecha se dedican exclusivamente a las guerras culturales, mientras que otros se centran en cuestiones populistas. Actualmente, el fenómeno más interesante, que puede convertirse o no en el núcleo aglutinador del movimiento, es el de Tucker Carlson. Carlson es interesante porque es el crítico *antiestablishment* más descarado en activo en uno de los grandes medios de comunicación de

masas. Mientras que medios como la CNN, la MSNBC, *The New York Times* y *The Washington Post* han ido perdiendo credibilidad entre la población general (y sobre todo entre los estadounidenses sin título universitario), Carlson es cada vez más popular. Hoy en día es el comentarista político más escuchado en Estados Unidos. También es interesante porque tiene una ideología claramente formulada y coherente, expuesta de forma fácil de leer en su libro de 2018, *Ship of Fools: How a Selfish Ruling Class is Bringing America to the Brink of Revolution*.

Al principio del libro, Carlson pregunta: «¿Por qué Estados Unidos eligió a Donald Trump?». E inmediatamente responde:

> La elección de Trump no fue por Trump. Fue una peineta en toda regla a la cara de la clase dirigente de Estados Unidos. Fue un gesto de desprecio, un aullido de rabia, el resultado final de décadas de decisiones egoístas e imprudentes tomadas por líderes egoístas e imprudentes. Los países felices no eligen presidente a Donald Trump. Los desesperados, sí.

Esta respuesta, que es también un diagnóstico, marca el tono del resto del libro. Estados Unidos tiene problemas; ¿cuáles son las causas profundas? La crítica de Carlson a la clase dirigente estadounidense es en muchos aspectos paralela a nuestro análisis de las fuerzas sociales que llevan a Estados Unidos al borde del abismo. Aunque no utiliza necesariamente los mismos términos, su libro trata de la desintegración de la cooperación social («un pegamento lo bastante fuerte para mantener unido a un país de trescientos treinta millones de personas»), la pauperización del pueblo («el declive de la clase media») y las élites egoístas (bueno, «élites egoístas»). Sin embargo, pasa por alto un factor clave de la inestabilidad —la sobreproducción de élites— y se obsesiona con las cuestiones culturales. Y una cosa es comprender intuitivamente la importancia de las diversas fuerzas sociales que he analizado en este libro, y otra muy distinta entender

cómo estas partes —la trompa, los colmillos y las patas— forman al interconectarse el cuerpo de un elefante.[27]

Dado que Carlson proporciona lo más parecido a una ideología común para la «Nueva Derecha», merece la pena hacer un repaso somero a *Ship of Fools*. He aquí algunas de las ideas principales del libro:

- El Partido Demócrata antes era el partido de la clase trabajadora. Sin embargo, a partir del año 2000 se convirtió en el partido de los ricos. Los dos partidos gobernantes en Estados Unidos han convergido. «Es posible que la unión del capitalismo de mercado con los valores sociales progresistas sea la combinación más destructiva de la historia económica estadounidense. [...] Inclinarse ante la ideología de la diversidad sale mucho más barato que subir los salarios».
- La inmigración en masa siempre contó con el apoyo de la Cámara de Comercio (una organización que promueve los intereses de los empresarios). En cambio, ningún demócrata había dudado de que una afluencia masiva de trabajadores inmigrantes «poco cualificados» reduciría los salarios de los trabajadores estadounidenses, especialmente los menos formados. En 2016, sin embargo, «prácticamente no quedaban escépticos de la inmigración en la izquierda. [...] El cambio fue un mero producto del cálculo político. Los demócratas comprendieron que la inmensa mayoría de los votos de los inmigrantes serían para los demócratas».
- Los republicanos y los demócratas están ahora «alineados sobre la conveniencia de intervenir militarmente a menudo en el extranjero. [...] Como resultado, Estados Unidos se ha mantenido en un estado de guerra casi permanente». Irak, Afganistán, Libia, Siria... Todas y cada una de estas intervenciones se vendieron a la opinión pública como

empresas de objetivos nobles, como la sustitución de dictaduras corruptas por vigorosas democracias. Pero el resultado final fue un país destrozado tras otro.

- «Hubo un tiempo en que la Primera Enmienda [sobre la libertad de expresión] era palabra de Dios para los estadounidenses cultos». Ahora ya no. Ahora, tanto el ala izquierda como el ala derecha de la clase dominante consideran las opiniones contrarias como una amenaza a su autoridad; «la discrepancia es el primer paso hacia la insurrección». La libertad de expresión ha sido repudiada en los campus, por Silicon Valley y por la prensa. «Los periodistas se han convertido en siervos del poder».
- «¿Por qué gravamos las rentas del capital a unos tipos que son la mitad de los de las rentas del trabajo?» ¿Por qué los trabajadores mueren cada vez más jóvenes? Plantear preguntas como estas resulta embarazoso para la clase dominante. En lugar de culpar a las élites gobernantes, «quieren que la gente se echen las culpas unos a otros. [...] La forma más rápida de controlar a la población es volviéndola contra sí misma. [...] La política identitaria es una forma práctica de conseguirlo».

Tucker Carlson es un hombre muy peligroso. Una clara señal de que las élites consolidadas se lo toman muy en serio es una serie de tres artículos publicada en *The New York Times* [NYT) en abril de 2022.[28] Los reporteros del NYT realizaron una cantidad descomunal de investigaciones para poder escribir estos artículos, como visionar o leer las transcripciones de los 1.150 episodios del programa *Tucker Carlson Tonight* desde noviembre de 2016 (cuando empezó a emitirse) hasta 2021. Según el análisis del NYT, hay tres temas principales de los que habla Carlson, una y

otra vez. Dos de ellos son de relevancia directa para las cuestiones tratadas en este libro: «la clase dominante» (que Carlson invoca en más de ochocientos episodios, es decir, en el 70 por ciento de los programas) y «la destrucción de la sociedad» (seiscientos episodios). El tercer tema es «el reemplazo» (mencionado en cuatrocientos episodios: la idea de que los políticos demócratas quieren forzar un cambio demográfico mediante la inmigración), que le valió al programa de Carlson ser calificado por el NYT como «el programa más racista de la historia de las noticias por cable». La serie de artículos del NYT no aborda las ideas que Carlson expuso en *Ship of Fools*, sino que se centra por completo en su programa de televisión.[29] De hecho, el contraste entre el tono del libro y el del programa es tan acusado que podrían haber sido obra de dos personas distintas. El tono del programa también ha evolucionado con el tiempo: disminuyeron las apariciones de invitados que contradecían a Carlson, mientras que los monólogos se hicieron más largos y frecuentes. El NYT insinúa que este cambio en el formato del programa fue impulsado por la búsqueda de índices de audiencia más altos. Lo cierto es que *Tucker Carlson Tonight* se ha convertido en el programa de mayor éxito de la historia de los informativos por cable.

No debería extrañarnos que Carlson sea detestado por el resto de los grandes medios de comunicación, incluidos los comentaristas de su propia cadena, Fox News. Le han llamado provocador de derechas, «propagandista deshonesto», «racista gris», «agente extranjero» e incluso «traidor» a su patria. Políticos y personalidades de los medios de comunicación («siervos del poder») han pedido a Fox que le despidan, hasta ahora sin éxito.[30]

Carlson no es una voz que predique a solas en el desierto. Además de sus característicos monólogos, suele tener invitados en su programa, y sus identidades nos dicen mucho sobre la insurgencia disidente que critica a los

poderes fácticos. En 2021-2022, entre los invitados de Carlson figuraron Glenn Greenwald y Tulsi Gabbard, por la izquierda, y Michael Flynn y J. D. Vance, por la derecha.

El cómico y comentarista político Jon Stewart acusó en cierta ocasión a Rupert Murdoch, propietario de Fox News y amo de Carlson, de «intentar destruir el tejido de este país».[31] Más acertado sería decir que Carlson pretende derrocar a la élite gobernante. En muchos aspectos, es una figura prototípica de la contraélite. ¿Debería Murdoch tomarse en serio tales llamamientos, al menos si está interesado en preservar la hegemonía de las élites económicas (de las que él forma parte, por supuesto)? Parece ser que a Murdoch le importa más su cuenta de resultados personal que defender a su clase.

La próxima batalla

La coalición gobernante se impuso en la primera batalla de la guerra revolucionaria en curso. El Partido Demócrata ha controlado su ala populista y ahora es el partido del 10 por ciento y del 1 por ciento. Pero el 1 por ciento está perdiendo su vehículo político tradicional, el Partido Republicano, de manos de su ala populista. Tucker Carlson, más que Donald Trump, puede ser el aglutinante en torno al cual se forme un nuevo partido radical. O podría surgir de repente otra figura: los tiempos caóticos favorecen el auge (y a menudo la rápida desaparición) de nuevos líderes. Antes he argumentado que una revolución no puede tener éxito sin una organización a gran escala. Los populistas de derechas pretenden utilizar el Partido Republicano como una organización ya existente para hacerse con

el poder. Una ventaja añadida es que el control de uno de los principales partidos les ofrece una vía legal y no violenta hacia el poder.

Esta incipiente facción populista de derechas recibe diversos nombres, siendo los más comunes actualmente los de Nueva Derecha y Conservadores Nacionales (NatCons). Una de las estrellas emergentes de los NatCon es J. D. Vance, recién elegido senador republicano por Ohio. La trayectoria vital de Vance tiene mucho en común con la de Bannon. Vance creció en el Cinturón del Óxido de Ohio, donde vivió en primera persona los efectos devastadores de la desindustrialización en la clase trabajadora, con problemas como la violencia doméstica y el abuso de drogas. Su madre y su padre se divorciaron, y él se crio con sus abuelos. Se alistó en el Cuerpo de Marines y sirvió en Irak. Luego su trayectoria dio un giro radical. Tras graduarse en la Universidad Estatal de Ohio, se doctoró en Derecho en la Escuela de Derecho de Yale, forja de cuadros revolucionarios.[32] En la Escuela de Derecho, una profesora, Amy Chua, le animó a escribir sus memorias, y el resultado fue *Hillbilly Elegy: A Memoir of a Family and Culture in Crisis*, publicado en 2016. Tras graduarse, trabajó en un bufete de abogados especializados en derecho mercantil y luego como directivo de Mithril Capital, una de las firmas de capital riesgo de Peter Thiel. Y ahora ha ganado un escaño en el Senado presentándose con un programa de corte NatCon. Su candidatura fue financiada por Thiel, y recibió un trato favorable en el programa de Tucker Carlson. Vance también ha aparecido varias veces en el pódcast de Steve Bannon, *War Room*. Otro candidato al Senado de 2022 con una trayectoria parecida (aunque licenciado en Derecho por Stanford, no por Yale) es Blake Masters. También recibió financiación de Thiel y apoyo de Carlson, las dos figuras prototípicas de la contraélite estadounidense.

A finales de 2022, no había forma de saber si Carlson, Vance y, más en general, los NatCons lograrían hacerse con el control del Partido Republicano. Pero los NatCons están claramente remodelando el Partido Republicano, partiendo de lo que ya han logrado Trump y Bannon. Como escribió Jason Zengerle en *The New York Times:* «Según cómo se mire, los NatCons están tratando de añadir peso intelectual al trumpismo o recurriendo a la ingeniería inversa para adaptar una doctrina intelectual que encaje con el populismo primario de Trump».[33] E incluso los políticos republicanos consolidados adoptan elementos populistas, como poner en duda su lealtad a las grandes empresas. Entre estos políticos se encuentran los senadores republicanos y candidatos presidenciales del Partido Republicano en 2016 Ted Cruz y Marco Rubio. Cruz declaró recientemente que no aceptaría donaciones de PAC empresariales. Rubio no ha prometido lo mismo, pero sus mensajes son cada vez más populistas: «Durante los últimos años, he argumentado que demasiadas empresas estadounidenses daban prioridad a los beneficios económicos a corto plazo a expensas de las familias, las comunidades y la seguridad nacional de Estados Unidos. Cada vez hay más gente que comparte este punto de vista, tanto en el Partido Republicano como en el conjunto del país».[34] El senador Josh Hawley (también licenciado en Derecho por Yale) impulsa una ley que, según él, «disolvería las grandes empresas tecnológicas» e impondría «nuevas y duras sanciones» a las empresas que violen las leyes antimonopolio.[35]

La clase dirigente estadounidense se encuentra hoy en un aprieto que se ha repetido miles de veces a lo largo de la historia de la humanidad. Muchos estadounidenses de a pie han retirado su apoyo a las élites gobernantes. Han hecho «una peineta en toda regla a la cara de la clase dirigente de Estados Unidos». Amplios segmentos de titulados, frustrados en su búsqueda de posiciones de élite, son el caldo de cultivo de las

contraélites, que sueñan con derrocar el régimen existente. La mayoría de los poseedores de riqueza no están dispuestos a sacrificar ninguna ventaja personal en aras de preservar el *statu quo*. El calificativo técnico que describe la actual situación es «revolucionaria». En el caso de la clase dominante, hay dos vías para salir de una situación revolucionaria. Una conduce a su derrocamiento. La alternativa es adoptar una serie de reformas que reequilibren el sistema social y reviertan las tendencias a la pauperización del pueblo y a la sobreproducción de élites. Las élites gobernantes estadounidenses ya lo consiguieron una vez, hace un siglo. ¿Podrán volver a hacerlo? ¿Qué nos indica la historia?

9
La bomba de la riqueza y el futuro de la democracia

Resultados de la crisis

Nuestro análisis de los cien casos de CrisisDB sobre los que hemos recopilado datos hasta ahora muestra que existe una diferencia fundamental en la forma en que las sociedades entran y salen de los periodos de crisis. Si la entrada es como un valle estrecho, los resultados siguen un abanico de posibles caminos de «gravedad» muy diferente. Nuestro equipo de investigación codificó la gravedad utilizando diversos indicadores de consecuencias negativas (doce en total).[1] Un conjunto capta las consecuencias demográficas: ¿se redujo la población general como consecuencia de las turbulencias que siguieron a la crisis? ¿Hubo una epidemia importante? La mitad de las salidas de la crisis se saldaron con una pérdida de población. El 30 por ciento de las salidas se asociaron a una epidemia grave.

Otros indicadores se centran en lo ocurrido a las élites. En casi dos tercios de los casos, la crisis se tradujo en una movilidad masiva descendente de las élites a los plebeyos. En una sexta parte de los casos, los grupos de élite fueron exterminados. La probabilidad de asesinato de gobernantes era del 40 por ciento. Malas noticias para las élites. Una noticia aún peor para todos fue que el 75 por ciento de las crisis acabaron en revoluciones o guerras civiles (o ambas cosas), y en una quinta parte de los casos, en guerras civiles recurrentes que se prolongaron durante un siglo o más. El 60 por ciento de las salidas condujeron al colapso del Estado, que fue conquistado por otro o simplemente se desintegró.

Las conclusiones, en general, son bastante negativas. Son muy pocos los casos en los que las sociedades consiguieron sortear sus crisis sin mayores consecuencias o con pocas. En la mayoría de los casos, se combinaron varias catástrofes, y para algunas sociedades los resultados fueron gravísimos. Por ejemplo, durante las guerras de Religión que asolaron la Francia de los Valois en el siglo XVI, el país sufrió nueve de las doce peores consecuencias que puede tener una crisis. Reyes y duques fueron asesinados; las élites fueron exterminadas en varias ocasiones (como la matanza del día de San Bartolomé); y se calcula que tres millones de personas murieron a causa de la violencia, el hambre o las enfermedades durante esa época de guerras civiles. Otros casos graves son los que siguieron a la caída de las dinastías Tang y Song en China, la desintegración del Imperio sasánida y la crisis del siglo VI en el Imperio romano de Oriente.

Sin embargo, la historia ofrece algunos ejemplos de sociedades que lograron salir relativamente indemnes de sus crisis. La violencia fue mínima, mantuvieron la soberanía sobre el territorio, con pérdidas territoriales insignificantes, y la mayoría de las estructuras e instituciones sociales permanecieron intactas, salvo algunas reformas institucionales o políticas. Del modo que sea, estas sociedades consiguieron «aplanar la curva» de la espiral de disturbios y violencia sectaria en la que se vieron envueltas tantas otras. ¿Cómo evitaron exactamente estas sociedades desenlaces más catastróficos?

Centrémonos en la última oleada completa de desintegración del Estado, la era de las revoluciones, de alcance mundial. En concreto, la segunda mitad de la era de las revoluciones, entre 1830 y 1870, más o menos, que fue una época extremadamente turbulenta de la historia mundial. En casi todos los estados importantes estallaron revoluciones o guerras civiles (o

ambas cosas). Entre ellos se encontraban Estados Unidos y China (como hemos visto en el capítulo 1). En 1848 Europa se vio sacudida por una oleada de revoluciones. Francia tuvo tres revoluciones: en 1830, 1848 y 1871. En Japón, el régimen de los Tokugawa cayó en 1867. Pero hubo dos excepciones: los Imperios británico y ruso. Ambos vivieron situaciones revolucionarias, pero consiguieron hacerles frente adoptando una serie de reformas acertadas. Hasta ahora, mi libro ha estado lleno de «ciencia lúgubre» sobre sociedades que se deshacen y estados que se desmoronan. Es hora de ver el lado positivo de las cosas.

INGLATERRA: EL CARTISMO [1819-1867)

Tras el final de la crisis del siglo XVII en Inglaterra (1642-1692, que abarcó la guerra civil inglesa y la Revolución Gloriosa), el siglo XVIII fue testigo de una espectacular expansión de su imperio de ultramar, a pesar de la pérdida de algunas de sus colonias norteamericanas. La población de las islas británicas también creció como consecuencia de las altas tasas de natalidad y el descenso gradual de la mortalidad. Gran parte de ese crecimiento demográfico fue a parar a centros industriales como Londres y Manchester, que se convirtieron en centros superpoblados plagados de enfermedades y malnutrición. Los obreros de las ciudades trabajaban jornadas interminables a cambio de salarios míseros y con escasas medidas de seguridad. A partir de 1750 el exceso de mano de obra empezó a deprimir los salarios reales. La pauperización del pueblo provocó un descenso de la estatura media, un indicador clave del bienestar general. En 1819, una manifestación popular multitudinaria que exigía el sufragio masculino universal y la mejora de las condiciones laborales en Manchester fue brutalmente reprimida por las

autoridades. Murieron quince personas y cientos resultaron heridas cuando la multitud de sesenta mil manifestantes fue embestida por la caballería con los sables desenvainados. La matanza de Peterloo, como se dio en llamarla, conmocionó a la nación.

Al mismo tiempo, la industrialización, en la que Gran Bretaña fue pionera, empezó a cobrar fuerza, lo que dio pie a una época de vigoroso crecimiento económico sin precedentes. La bomba de la riqueza empezó a producir nuevas élites económicas. Otro signo claro de la sobreproducción de élites fue que las matrículas universitarias, que habían ido disminuyendo desde su máximo en vísperas de la guerra civil inglesa, volvieron a aumentar a partir de 1750. En el seno de las facciones de la élite estallaron encarnizados debates sobre cómo abordar el malestar. En 1831, este conflicto llevó a la disolución del Parlamento británico y a la celebración de elecciones justo un año después de las anteriores, esta vez, con victoria de los reformistas, aunque persistieran las polémicas y discusiones.

Podemos tomar como indicador de las presiones desestabilizadoras el número de detenciones y muertes en reuniones públicas tumultuosas que se produjeron en Gran Bretaña. En 1758 solo hubo tres detenciones de este tipo, pero aumentaron durante las décadas siguientes, hasta llegar a un máximo de mil ochocientas detenciones en 1830. El número de muertes alcanzó su pico en 1831, con el fallecimiento de cincuenta y dos personas. El Reino Unido se encontraba claramente en una situación revolucionaria. Las turbulencias duraron hasta 1867, cuando se extendió el derecho de voto a todos los ciudadanos varones. Entre medias, se produjeron varios disturbios y protestas más, al tiempo que se aprobaban una serie de leyes laborales y otras reformas destinadas a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores pobres de las ciudades. Esta época ha recibido el nombre de

cartismo por la Carta del Pueblo de 1838, un documento formal de protesta en el que se exigían estas reformas.

Las décadas centrales del siglo XIX fueron sin duda una época de gran tensión y agitación en Inglaterra. Los estudiosos del periodo coinciden en general en que «estas décadas poseían un potencial revolucionario y [...] que el país estuvo más cerca que nunca de la revolución desde el siglo XVII». [2] Sin embargo, la guerra civil o la rebelión total no llegaron a materializarse, y la magnitud de la violencia política fue mucho menor que en otros países europeos (o durante la anterior época de discordia en Inglaterra, 1642-1692). ¿Qué explica este feliz resultado?

Parte de la respuesta tiene que ver con el hecho de que Inglaterra se beneficiaba de los recursos que le proporcionaba su extenso imperio. Millones de plebeyos emigraron de Inglaterra durante la época del cartismo, sobre todo a dominios como Canadá, Australia, así como a los (entonces ya independientes) Estados Unidos de América. Esto se debió en parte a las presiones demográficas y económicas a las que se enfrentaba un amplio sector de la población. El Estado también facilitó este movimiento hacia el exterior levantando las restricciones a la emigración, a partir de la década de 1820, y subvencionando los viajes a zonas que necesitaban colonos, sobre todo Australia y Nueva Zelanda. No solo emigraron los plebeyos. Muchos aspirantes a ocupar puestos en la élite, frustrados por la saturación de puestos de prestigio y poder en su país, se marcharon al extranjero, algunos para ocupar puestos en la Administración colonial, otros como ciudadanos particulares.

Podría decirse que las reformas institucionales de la época fueron más importantes para poner fin a la crisis. En respuesta a los disturbios, una parte considerable de la élite política inglesa se convenció de la necesidad de introducir varias reformas críticas. En 1832, el sufragio se amplió a los

pequeños propietarios y a algunos residentes de las ciudades. La Ley de Reforma de 1832 también modificó el equilibrio de poder en detrimento de la nobleza terrateniente (la *squirearchy*) y a favor de las élites mercantiles en ascenso, eliminando los «burgos podridos» (circunscripciones electorales formadas por poblaciones minúsculas dominadas por un cacique rico) y convirtiendo las principales ciudades mercantiles e industriales en circunscripciones independientes. En 1834 se enmendaron las leyes de asistencia pública del país en un intento de aumentar la ayuda estatal a los trabajadores enfermos y en paro. Cuando la nueva legislación no cumplió sus objetivos declarados, estalló una nueva oleada de disturbios y protestas que dio lugar a la redacción de la Carta del Pueblo, como respuesta a la cual, se aprobó una serie de reformas complementarias a lo largo de los veinte años siguientes. Una de las medidas más importantes que aliviaron la pauperización fue la derogación de las leyes de cereales, que imponían aranceles a su importación, en beneficio de los grandes terratenientes, lo que inflaba el precio de los alimentos básicos en los mercados nacionales. Otra dinámica importante durante esa época fue la lucha de los trabajadores por el derecho a organizarse en sindicatos. Todos estos acontecimientos hicieron que los salarios reales recuperaran en 1850 el terreno que habían perdido desde 1750. A partir de 1867, los salarios de los trabajadores empezaron a crecer a un ritmo sin precedentes históricos, hasta duplicarse en los cincuenta años siguientes.

Fue un proceso político caótico. Los parlamentarios ingleses no cedieron hasta que se enfrentaron a protestas públicas constantes que llevaron (casi) a la rebelión. Además, se tardó mucho —casi cincuenta años— en poner en marcha todas las reformas. Las propias élites estaban divididas sobre cómo resolver el malestar. No obstante, las élites gobernantes intentaron satisfacer mediante reformas institucionales, al menos en parte, las demandas de la

mayoría pauperizada. Su aplicación también exigió grandes desembolsos de gasto público para apoyar los nuevos programas de bienestar. En palabras de un historiador, «a partir de la década de 1820, la élite británica demostró una notable capacidad para reformar sus instituciones y pasar de un Estado fiscal-militar a un Estado administrativo capaz de satisfacer las necesidades de una sociedad comercial e industrial cada vez más compleja».[3]

RUSIA: LA ETAPA REFORMISTA (1855-1881)

Las trayectorias históricas de los Imperios ruso y británico de principios de la Edad Moderna tienen mucho en común. Hasta el siglo XVII, ambos eran relativamente insignificantes, actores periféricos en la política de poder europea.[4] Pero durante el siglo XVIII, los dos estados adquirieron grandes imperios, terrestre en el caso de Rusia y marítimo en el de Inglaterra. Tras derrotar conjuntamente a la Francia de Napoleón, los Imperios británico y ruso se convirtieron en las «superpotencias» de Europa y, de hecho, del mundo (después de que el Imperio Qing se descompusiera progresivamente por causas internas). En 1833, Rusia era la potencia terrestre europea más poderosa, con un ejército de 860.000 soldados. Sin embargo, la revolución industrial que cobró impulso en el noroeste de Europa a partir de 1800 transformó el equilibrio de fuerzas dentro de Europa. Después de que Rusia se quedara rezagada en la modernización de su economía, sufrió una humillante derrota ante una coalición militar liderada por Gran Bretaña en la guerra de Crimea (1853-1856). Esta derrota sirvió de detonante para la situación revolucionaria en la que se encontró el Imperio ruso a finales de la década de 1850.

Pero antes, Rusia tenía que abolir la servidumbre, algo en lo que fue uno de los últimos países de Europa. ¿Cuál era el origen de ese orden social manifiestamente injusto? Para entenderlo, hay que remontarse a los orígenes del Imperio ruso. Hacia finales del siglo XV, el Estado moscovita, los nobles y los campesinos firmaron un pacto social a tres bandas, en virtud del cual los nobles servirían en el ejército, mientras que los campesinos trabajarían para mantener a los guerreros y al Estado (que era minúsculo y cuyo aparato estaba formado por nobles que en pago a sus servicios recibían tierras con campesinos). A los nobles que no podían o no querían servir les quitaban las tierras (y los campesinos). Este pacto permitió a Moscovia, que vivía en una zona geopolítica extremadamente difícil, rodeada de poderosos enemigos por todas partes (excepto por el norte), sobrevivir y expandirse hasta transformarse en un poderoso imperio. El contrato social se renovó bajo el reinado de Pedro el Grande (1682-1725), que obligó a toda la nobleza a servir al Estado, ya fuera en el ejército o en la burocracia. Pero fue abandonado a raíz de la «revolución de la nobleza» de 1762, cuando Pedro III abolió las obligaciones de servicio de los nobles terratenientes al Estado. En 1860, la nobleza se había convertido en una clase parasitaria, y solo una minoría de los propietarios de siervos formaba parte del ejército o la burocracia. Así pues, la abolición de la servidumbre restableció en cierta medida la justicia social. Pero los entuertos sociales no se enderezan solos; fue necesario llegar a una situación revolucionaria para que los gobernantes se vieran obligados a introducir por fuerza las reformas necesarias pese a la resistencia de los nobles.

Las causas profundas de esta fragilidad sociopolítica fueron, como de costumbre, la pauperización del pueblo y la sobreproducción de élites.[5] Al final de la crisis del siglo XVII en Rusia, cuando se instauró la dinastía

Románov en 1613, la población del país no llegaba a los cinco millones de habitantes. Pero en 1860, el número de habitantes de las cincuenta provincias europeas de Rusia ascendía a más de sesenta millones. Aunque Rusia había ampliado al mismo tiempo su territorio, el enorme crecimiento de la población superaba con creces la superficie de tierra cultivable a disposición de los campesinos, lo que provocó una reducción del consumo de alimentos per cápita. Un indicador claro de la pauperización del pueblo fue la disminución en cuatro centímetros de la estatura media de los reclutas de origen campesino a lo largo del siglo XVIII.

El número de miembros de la élite también aumentó hasta 1860, incluso más deprisa que el de los campesinos, de modo que la proporción de nobles sobre la población general creció durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Al mismo tiempo, las élites incrementaron sus niveles de consumo. A medida que aumentaban el número y el apetito de las élites, estas necesitaban extraer más recursos de la clase productiva. Como aproximadamente la mitad de los campesinos de Rusia eran siervos (el resto eran «campesinos libres»), los nobles apretaron las tuercas a los siervos que poseían. La mayoría de las bombas de la riqueza que hemos analizado hasta ahora se activaron debido a un cambio en el equilibrio del poder económico entre trabajadores y amos. En una economía basada en la servidumbre, las élites tenían la posibilidad de emplear la fuerza para bombear la riqueza de los campesinos.

Las crecientes exigencias impuestas a los siervos durante la primera mitad del siglo XIX se encontraron con una resistencia cada vez mayor entre los campesinos. La gran mayoría de las revueltas rurales fueron provocadas por las nuevas imposiciones a los campesinos, como el aumento de la *barschina* —es decir, las corveas, trabajo obligatorio no remunerado—, las confiscaciones de tierras y los duros castigos. El número de revueltas

campesinas pasó de entre 10 y 20 al año a principios del siglo XIX a 162 en 1848 (provocadas por las noticias de las revoluciones europeas). El punto álgido de la resistencia campesina fue en 1858 (423 tumultos).

La presión cada vez mayor de los constantes disturbios y la agitación del campesinado fue un factor importante en la decisión de Alejandro II (que gobernó entre 1855 y 1881) de emancipar a los siervos. El Tercer Departamento de la Cancillería de Su Majestad (la policía política) informó en 1857 de que el campesinado se encontraba en un «estado de agitación» debido a los rumores de su emancipación inminente y que era probable que se produjeran disturbios de enormes dimensiones, que fue justo lo que pasó al año siguiente.

La conmoción por la humillante derrota en la guerra de Crimea, que deslegitimó el régimen zarista, unida al temor de que el estallido del descontento de los campesinos fuera a convertirse en una segunda insurrección de Pugachov[6] convenció a la clase dirigente rusa de que había que emancipar a los siervos. Tras leer el libro de Alexis de Tocqueville sobre la Revolución francesa, el hermano del emperador, el gran duque Constantino, comentó: «Si no llevamos a cabo una revolución pacífica y completa con nuestras propias manos, ocurrirá inevitablemente sin nosotros y contra nosotros». En su discurso a la nobleza moscovita, el propio Alejandro II expresó el mismo sentimiento, afirmando: «Vivimos en una época tal que tarde o temprano sucederá. Creo que sois del mismo parecer que yo: es mejor empezar a abolir la servidumbre desde arriba que esperar a que se suprima por cuenta propia desde abajo».[7]

Las grandes reformas de las décadas de 1860 y 1870 no solo liberaron a los siervos, sino que transformaron la sociedad rusa de una forma que desde luego carecía de precedentes.[8] Sin embargo, no todos los grupos de interés de Rusia las acogieron con satisfacción. La Emancipación de 1861,

en particular, no complació ni a los campesinos ni a los nobles propietarios de siervos. La mayoría de los siervos emancipados no recibieron tierras suficientes para alimentar a sus familias y tuvieron que pagar onerosas indemnizaciones a sus antiguos propietarios. Los nobles salieron aún más perjudicados, ya que perdieron su mano de obra cautiva. Tras la emancipación, la mayoría de las élites se vieron obligadas a soportar una movilidad social descendente. Este proceso creó un gran número de contraélites, que alimentaron el crecimiento de grupos radicales, como anarquistas y revolucionarios. Durante las décadas de 1860 y 1870 una oleada de actos terroristas sacudió Rusia. Alejandro II, el Libertador, pagó el precio más alto por su política liberalizadora: fue asesinado en 1881 por los radicales de Narodnaya Volya (Voluntad Popular), que esperaban desencadenar así una revolución popular contra el régimen zarista.

Pero aunque las reformas tardaron dos décadas en funcionar, finalmente consiguieron reducir las tensiones sociales que provocaron la crisis de mediados del siglo XIX en el Imperio ruso. La clase dirigente rusa logró evitar una revolución. En el periodo posterior a las reformas, el número de disturbios campesinos disminuyó y, aunque hubo picos de agitación hacia finales de siglo, solían estar relacionados con el ascenso al trono de un nuevo emperador, lo que aumentaba las esperanzas de los campesinos de que se produjera una reforma agraria (el problema de la escasez de tierras no estaba resuelto). Del mismo modo, la oleada de terror remitió hacia 1890. Dado que la pena capital en la Rusia zarista estaba reservada a los delitos políticos más graves, como el terrorismo, el número de ejecuciones por año proporciona una indicación útil de la actividad revolucionaria.[9] La distribución temporal de las ejecuciones indica claramente el pico de inestabilidad posterior a la reforma: cero en la década de 1850, diecisiete en

la de 1860, veintidós en la de 1870, treinta en la de 1880 y cero de nuevo en la de 1890.[10]

¿Qué nos enseñan estos dos éxitos? A pesar de las diferencias evidentes entre Gran Bretaña y Rusia —la primera, un imperio liberal; la segunda, un imperio autocrático—, también compartían ciertas similitudes, que contribuirían a explicar por qué consiguieron sortear sus crisis de mediados del siglo XIX sin grandes revoluciones, a diferencia del resto de las grandes (y no tan grandes) potencias contemporáneas. Poseer un imperio en expansión era, sin duda, una ventaja importante, porque cada Estado podía permitirse exportar excedentes de población y élites a los territorios recién anexionados. Además, construir un imperio grande y duradero no es fácil. El éxito en esta empresa indica cierta habilidad de la clase dirigente y al menos cierto grado de cooperación de base amplia por parte de la sociedad. Dicha habilidad puede dirigirse, y se dirigió, a la tarea de reformar el imperio para afrontar nuevos retos. Al mismo tiempo, ambos imperios tuvieron la suerte de contar con líderes dispuestos a sacrificar las ventajas egoístas a corto plazo en aras del bien colectivo a largo plazo. Por último, ambos estados se enfrentaban a una dura competencia externa, entre sí y con otras grandes potencias. Nada centra más la mente colectiva de una clase dirigente que una doble amenaza existencial: por dentro, la población gobernada, y por fuera, los rivales geopolíticos.[11]

ÉXITOS DURADEROS

CrisisDB nos dice que ninguna sociedad del pasado ha conseguido aguantar mucho tiempo sin entrar en crisis. Es legítimo preguntarse, pues, cuánto

duró el efecto estabilizador de las reformas aplicadas por Rusia y Gran Bretaña.

En Rusia, la calma duró solo una generación, de 1881 a 1905. El principal problema fue el que he mencionado antes: la liberación de los siervos hizo insostenible la posición económica de la nobleza. Por un lado, eso era justo, pero, por el otro, tuvo consecuencias imprevistas.

La mayoría de los nobles terratenientes, sobre todo los especializados en la producción de grano para el mercado con mano de obra forzada por la *barschina*,[12] fueron incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones y fracasaron. Las fincas de la nobleza arruinada fueron compradas por campesinos más ricos, comerciantes y pequeños burgueses. La principal vía a través de la cual los nobles empobrecidos podían compensar la pérdida de ingresos procedentes de la tierra era el servicio en la Administración. La educación proporcionaba credenciales que daban ventaja en la competencia por los puestos de trabajo, por lo que los jóvenes de la nobleza ingresaron en masa en colegios y universidades. Entre 1860 y 1880, el número de estudiantes universitarios se triplicó con creces (de 4.100 a 14.100) y siguió aumentando durante las dos décadas siguientes.[13]

Aproximadamente la mitad de los estudiantes eran hijos de nobles y funcionarios del Estado. La mayoría eran muy pobres. La combinación de pobreza extrema y exposición a nuevas ideologías sociales procedentes de Europa occidental, como el marxismo, radicalizó a los estudiantes. En este periodo se formó un nuevo estrato social, la *intelligentsia*, que creció paralelamente a la expansión de la educación. La sobreproducción de élites fue el proceso más importante en la formación de la *intelligentsia*, la mitad de la cual tenía sus raíces en el estamento nobiliario.

El Estado no podía dar trabajo a todos los graduados de institutos y universidades porque el tamaño de la burocracia gubernamental solo

aumentó un 8 por ciento durante esta época (mientras que el número de graduados se cuadruplicó). Ante las escasas perspectivas de empleo, muchos estudiantes encontraron una opción atractiva en ocupaciones alternativas, como la actividad revolucionaria. El 61 por ciento de los revolucionarios de la década de 1860, los «nihilistas», eran estudiantes o recién graduados, y una proporción aún mayor (70 por ciento) eran hijos de nobles o funcionarios.[14]

La primera oleada de fervor revolucionario de las décadas de 1860 y 1870 no logró derrocar al régimen zarista. La represión de las organizaciones radicales durante el reinado de Alejandro III, que ascendió al trono tras el asesinato de su padre, restableció la estabilidad. Pero el proceso que generó aspirantes frustrados de la élite continuó sin cesar, y durante el reinado del siguiente zar, Nicolás II, arrastró a Rusia hacia la revolución de 1905-1907. El detonante, como antes, fueron las derrotas militares que sufrió Rusia, esta vez en la guerra Ruso-japonesa (1904-1905). Al Imperio todavía le quedaba capacidad de resistencia y, aunque sangrienta, la revolución no consiguió derrocar a la clase dirigente rusa. Fue necesario el impacto que supuso la Primera Guerra Mundial para que se produjera la Revolución rusa de 1917 y el fin de la dinastía Románov.

En resumen, las grandes reformas de las décadas de 1860 y 1870 fueron un auténtico éxito. Resolvieron la situación revolucionaria surgida durante la década de 1850 con un derramamiento de sangre relativamente escaso. A modo de comparación, si durante el reinado de Alejandro III (llamado el Pacificador o, según los revolucionarios, el Estrangulador de la Libertad) solo hubo treinta ejecuciones (y ninguna durante la década de 1890), durante la represión de la revolución de 1905-1907 hubo tres mil. La dinastía Románov consiguió «aplanar la curva», lo que dio a Rusia medio siglo más para modernizarse. A largo plazo, sin embargo, la dinastía se

derrumbó debido a la doble embestida de la sobreproducción de élites y la presión geopolítica.

Al Imperio británico le fue mejor. La victoria sobre Rusia en la guerra de Crimea eliminó la última amenaza a su posición como potencia hegemónica sin rival. La época victoriana (1837-1901) fue una etapa de gran esplendor cultural, tecnológico y científico. Pero todas las épocas integradoras de este tipo terminan. Pese a resultar vencedor en la Primera Guerra Mundial, en la posguerra el Imperio británico inició su lento declive (aunque el carácter gradual de su descomposición impidió que la metrópolis experimentara una inestabilidad política y una violencia interna apreciables). Perdió la carrera económica frente a Estados Unidos y Alemania. Estalló una sublevación en Irlanda que salió victoriosa, con la creación en 1921 del Estado Libre de Irlanda. El proceso de decadencia del Imperio se aceleró tras la Segunda Guerra Mundial, con la independencia en 1947 de la India, la «joya de la corona del Imperio». Hoy no es inconcebible que Escocia pueda convertirse en un Estado independiente en la próxima década. Todos los imperios acaban muriendo, y el británico no fue una excepción. Pero constatar este hecho no resta mérito alguno a los éxitos de las élites británicas durante el cartismo.

Por qué las democracias son vulnerables a las élites plutocráticas

El análisis de las historias de éxito (la Gran Bretaña cartista, la Rusia reformista, los Estados Unidos de la Era Progresista, entre otros casos)[15] es una fuente de optimismo y, al mismo tiempo, de pesimismo. De optimismo porque estos ejemplos demuestran que es posible desconectar la bomba de la riqueza y reequilibrar los sistemas sociales sin recurrir a una

revolución o a una guerra catastróficas. La muerte puede que sea el «gran nivelador», como sostiene Scheidel, pero no es el único. El miedo —o, por decirlo de un modo un poco más caritativo, la previsión inteligente— también puede funcionar, y funcionó en las historias de éxito.

Sin embargo, desde un punto de vista más pesimista, a lo largo de la historia, los casos de éxito son relativamente raros, aunque, volviendo al optimismo, ahora comprendemos mucho mejor las causas profundas que desequilibran los sistemas sociales, y podemos prever (aunque sea de modo imperfecto) los resultados probables de diversas intervenciones destinadas a devolverles el equilibrio. Ahora bien, por volvernos a poner pesimistas, aplicar las reformas necesarias no es fácil, porque los reformadores siempre tienen que vencer la resistencia de los grupos de interés que saldrán perdiendo con ellas.

Por último, no existe una solución permanente. Un sistema social equilibrado con la bomba de la riqueza apagada se encuentra en un equilibrio inestable que exige un esfuerzo constante para mantenerlo, como montar en bicicleta. Esta inestabilidad se debe a uno de los principios más fundamentales de la sociología, la «ley de hierro de la oligarquía»,[16] que afirma que cuando un grupo de interés adquiere mucho poder, es inevitable que empiece a utilizarlo de forma interesada. Este principio general se observa tanto en las sociedades premodernas como en las contemporáneas. El Imperio ruso primitivo, por ejemplo, era un Estado en el que todos servían: los campesinos, la nobleza y el monarca (Pedro I es un buen ejemplo de zar servidor, pero no el único). Sin embargo, la nobleza tenía más poder que los demás y acabó subvirtiendo el pacto a tres bandas para autoeximirse del servicio, tras lo cual encendieron la bomba de la riqueza —porque podían—, oprimieron a los campesinos y se convirtieron en una clase parásita. Vemos el mismo proceso, una y otra vez, en todos los estados

históricos, motivo por el cual las oleadas de inestabilidad siempre se repiten.

Por desgracia, las democracias modernas no son inmunes a la ley de hierro de la oligarquía. Estados Unidos logró desconectar la bomba de la riqueza durante la Era Progresista/New Deal, pero luego permitió que las élites interesadas volvieran a ponerla en marcha en la década de 1970. El Reino Unido siguió una trayectoria parecida, aunque con algunos años de retraso: aquí el descenso de la curva del salario relativo arranca a partir de 1975.[17] Hoy en día contamos con numerosos indicios de que varias democracias occidentales más se están deslizando por la misma resbaladiza cuesta.

Una señal clara y evidente es que, tras una larga etapa de compresión de los ingresos y la riqueza durante la mayor parte del siglo XX, la desigualdad económica ha empezado a crecer de nuevo en las democracias occidentales (así como en gran parte del resto del mundo).[18] Europa occidental también sufre un problema cada vez más agudo de sobreproducción de jóvenes con titulaciones superiores.[19] Otra señal preocupante ha sido la propagación del fundamentalismo neoclásico de mercado, promovido por influyentes publicaciones internacionales, como *The Economist*, y por organizaciones internacionales dominadas por Estados Unidos, como el Fondo Monetario Internacional.[20]

Un hecho aún más preocupante es la transición en las democracias occidentales de «sistemas de partidos de clase» a «sistemas de partidos multiélite». En el capítulo 8, hemos analizado esta transición en Estados Unidos, donde el Partido Demócrata, un partido de clase obrera durante el New Deal, se convirtió en 2000 en el partido del 10 por ciento titulado. El partido rival, el Partido Republicano, estaba al servicio principalmente del 1 por ciento más rico, por lo que el 90 por ciento de la población ha acabado

marginado. Amory Gethin, Clara Martínez-Toledano y Thomas Piketty estudiaron cientos de elecciones y constataron que los partidos políticos de otras democracias occidentales también atienden cada vez más solo a los ricos y a los que tienen un nivel de formación alto.[21] Cuando los partidos políticos abandonan a las clases trabajadoras, se produce un cambio importante en la distribución del poder en el seno de la sociedad. En última instancia, es este equilibrio de poder lo que determina si se permite o no que las élites egoístas pongan en marcha la bomba de la riqueza.

Algo en lo que no suele repararse es que, aunque las instituciones democráticas son la mejor (o la menos mala) de todas las formas de gobierno de las sociedades, las democracias son especialmente vulnerables a que los plutócratas las manipulen en su provecho. La ideología puede ser la forma más blanda y delicada de poder, pero es la clave en las sociedades democráticas. Los plutócratas pueden utilizar su riqueza para comprar medios de comunicación, financiar laboratorios de ideas y recompensar generosamente a las personas con influencia social que promueven sus mensajes. En otras palabras, ejercen un enorme poder con el que inclinan al electorado hacia las opiniones favorables a sus intereses. Otras formas de poder más burdas, como influir en las elecciones y presionar a los políticos, también son muy eficaces para promover los objetivos políticos de los ricos. Por último, al igual que en la guerra, el dinero es el combustible más importante de las organizaciones. El mero entusiasmo no es suficiente para un esfuerzo sostenido a largo plazo, aunque dinero más entusiasmo sea mejor que dinero a secas. Los plutócratas pueden permitirse (literalmente) planificar y ejecutar sus planes a largo plazo.

Todo esto suena bastante pesimista. Y Estados Unidos ofrece a los europeos un ejemplo que evitar, ya que todos estos procesos que impulsan la transición de la democracia a la plutocracia llevan décadas funcionando

aquí a toda máquina. Pero sigue habiendo motivos para el optimismo. A pesar de parecerse mucho culturalmente y de pertenecer a la misma organización supranacional, entre las trayectorias concretas de cada país de la UE existen diferencias notables. Hagamos un rápido repaso para ilustrar este punto, centrándonos en una estadística concreta de la Base de Datos Mundial sobre Desigualdad: el porcentaje de la renta nacional (RN) que va a parar al 1 por ciento más rico.[22]

Alemania, por ser la mayor economía de la UE, es el punto de partida lógico. A partir de 1945, durante muchas décadas las rentas del 1 por ciento más rico oscilaron en torno al 10 por ciento. A finales de 2003 representaban el 9,5 por ciento, pero luego la cifra se disparó por encima del 13 por ciento, y ahí se ha mantenido. El cambio se produjo más tarde que en Estados Unidos, y no fue tan radical: en Estados Unidos, el 1 por ciento más rico rondaba el 10 por ciento de la RN en los años setenta (igual que en Alemania), pero a partir de 1980 el porcentaje creció a gran velocidad y lleva más de diez años por encima del 19 por ciento. Pero hay que tener en cuenta que Estados Unidos es un caso atípico entre las democracias occidentales, no solo por su grado de desigualdad económica, sino también por sus pésimas estadísticas de bienestar (aunque ambas cosas estén claramente relacionadas). A Alemania aún le falta mucho para igualar a Estados Unidos, pero va por el mismo camino.

Francia nos ofrece un interesante contrapunto a Alemania. En Francia, la proporción de la RN que va a parar al 1 por ciento más rico alcanzó un mínimo absoluto en los años ochenta (en torno al 8 por ciento), para aumentar después por encima del 11 por ciento a principios de la década de 2000. Pero luego, sorprendentemente, se redujo y en la actualidad se sitúa justo por debajo del 10 por ciento.[23] Alemania y Francia son los dos países más importantes e influyentes de la UE, pero sus trayectorias de

desigualdad son muy distintas. Está claro que sus élites siguen caminos divergentes.

¿Qué pasa con Dinamarca y Austria, los dos países que he puesto como ejemplo de estados bien gobernados? Austria, al parecer, lo hace bien y ha conseguido mantener su desigualdad en cotas notablemente bajas. El 1 por ciento más rico suponía en torno al 11 por ciento de la RN en los años ochenta; la cifra subió ligeramente hasta cerca del 12 por ciento a principios de la década de 2000, pero luego bajó y ahora se sitúa en el 10 por ciento, igual que en Francia. En Dinamarca, la trayectoria ha sido muy diferente. Como vimos en el capítulo 6, Dinamarca fue el primero de los países escandinavos en aplicar un pacto tripartito. Este pacto logró un notable grado de compresión de los ingresos, de modo que, en torno a 1980, el 1 por ciento más rico representaba menos del 7 por ciento de la RN. Pero en los años ochenta se invirtió la tendencia y la fortuna de los más ricos empezó a mejorar. En la actualidad, representan algo menos del 13 por ciento de la RN, como en Alemania.

La conclusión más importante de este estudio no está en las características concretas de las trayectorias seguidas por los distintos países, sino en la diversidad en sí. ¿Por qué es importante? Desde el punto de vista científico, la existencia de diversidad suficiente es clave para comprender mejor las causas que impulsan la dinámica. Casi todos los países de la Base de Datos Mundial sobre la Desigualdad han seguido su propia trayectoria. Son muchas las teorías que los economistas y demás científicos sociales han propuesto para explicar por qué la desigualdad a veces aumenta y a veces disminuye. Cuanta más variedad haya, más informativos serán los datos que nos permiten contrastar estas teorías. Además, es evidente que hemos entrado en una época especialmente turbulenta de la historia mundial. En los próximos años, el cambio climático, las pandemias, las depresiones

económicas, los conflictos interestatales y los flujos masivos de inmigración pondrán a prueba la resistencia de los países. ¿Los países que no han permitido que crecieran sus niveles de desigualdad serán más resistentes a todos esos impactos? Necesitamos saberlo.

La última reflexión con la que quiero terminar este libro es que la humanidad ha recorrido un largo camino desde que apareció nuestra especie hace unos doscientos mil años. Los últimos diez mil han sido testigos de una evolución especialmente rápida. En repetidas ocasiones surgieron élites despóticas que oprimían al pueblo llano y fueron derrocadas una y otra vez. Ahora nos encontramos de nuevo en la fase desintegradora de este ciclo, pero mientras vivimos nuestra época de discordia particular, merece la pena recordar que la humanidad ha sacado enseñanzas de anteriores debacles de este tipo. La evolución cultural acumulativa nos ha dotado de tecnologías extraordinarias, incluidas unas tecnologías sociales —las instituciones— que permiten a nuestras sociedades ofrecer una calidad de vida sin precedentes, elevada y de base amplia. Sí, esta capacidad a menudo no se materializa plenamente: existen grandes diferencias entre los distintos estados a la hora de proporcionar bienestar a sus ciudadanos. Pero, a largo plazo, esas diferencias son necesarias para que continúe la evolución cultural. Si las sociedades no experimentan en busca de mejores contratos sociales, la evolución se detendrá. Y, lo que es más importante: cuando las clases dirigentes egoístas hunden sus sociedades, es bueno tener alternativas, historias de éxito. Y nos corresponde a nosotros, «el 99 por ciento», exigir que nuestros gobernantes actúen de forma que promuevan nuestros intereses comunes. Las sociedades humanas complejas necesitan élites —gobernantes, administradores, líderes intelectuales— para funcionar bien. No se trata de deshacernos de ellas; el truco está en obligarlas a actuar en beneficio de todos.

Agradecimientos

Este libro es el resultado de un largo viaje. Durante las dos últimas décadas me han sido tan placenteras como provechosas las conversaciones con muchos colegas y amigos: Jim Bennett, Chris Chase-Dunn, Georgi Derluguian, Kevin Chekov Feeney, Serguéi Gavrilets, Jack Goldstone, Dan Hoyer, Vladímir Ivanov, Ludmila Korepin, Andrey Korotayev, Gavin Mendel-Gleason, Angela Nagle, Georg Orlandi y Nina Witoszek.

Quiero dar las gracias en especial a Dan Hoyer, Jim Bennett y Kevin Chekov Feeney, que leyeron y comentaron un borrador completo del original. Andy Poehlman y Kate Kohn me han prestado una ayuda inestimable en la búsqueda de fuentes y la comprobación de la veracidad de las afirmaciones que hago en el libro.

Este libro no podría haberse escrito sin CrisisDB, la gran base de datos sobre sociedades del pasado que entraron en crisis y salieron de ella. Muchas gracias a mis colegas que ayudaron a construirla: Dan Hoyer, Jill Levine, Samantha Holder, Jenny Reddish, Robert Miller y Majid Benam.

Quiero manifestar mi agradecimiento a mi agente, Andrew Wylie, y al resto del equipo de la Agencia Wylie. Scott Moyers no solo dirigió el proceso de publicación en Penguin Random House, sino que también ejerció una gran influencia a la hora de dar forma al original del libro. A raíz de sus comentarios sobre la primera versión del texto, reestructuré y racionalicé a fondo el argumento. También formuló numerosas y excelentes sugerencias en apartados distintos de todo el texto que lo mejoraron

considerablemente. Quiero dar las gracias asimismo al equipo editorial de Penguin Random House por la magnífica profesionalidad con que han tratado el original.

Como siempre, mi mayor deuda de gratitud es con mi mujer, Olga, por su apoyo, sus ánimos y sus críticas (constructivas).

APÉNDICES

A1
Una nueva ciencia de la historia

Asamblea de la Sociedad Babbage[1]

La tiza que Phineas tenía en la mano dibujó una curva matemática en la pizarra.

—Estos son los datos de las últimas décadas. Los he pasado por la máquina y los he ajustado a una ecuación. Aquí tenemos el resultado. [...] El esclavismo agoniza. Los próximos cincuenta años verán el fin de esta horrible práctica. ¿Tengo razón o no, hermano Eli?

Eli se removió y se encogió de hombros.

—¿Lo sabemos seguro? ¿Qué confianza nos inspiran nuestros datos? Nuestras ecuaciones podrían estar tremendamente equivocadas.

El bastón de Jedediah Crawford golpeó el suelo como el mazo de un juez.

—Sabemos lo suficiente para que no hacer nada sea una cobardía de la peor especie. Cada año más de esclavismo es un año menos para el desastre.

Jedediah se puso en pie y se dirigió cojeando hasta la pizarra, donde trazó una curva de crecimiento en forma de S sobre la curva de declive del esclavismo.

—No podemos esperar a que el esclavismo se muera solo…

—Si el Sur se separa —susurró Eli a Isaac—, el Norte luchará. [...] No por la abolición, sino para preservar la Unión. De eso no puede salir nada bueno.

—¿Luchará? — Meechum se rio —. Si el Sur abandona la Unión Federal, el Norte no se atreverá a hacer nada. A los caballeros del Sur les

enseñan a luchar desde que nacen. ¿Cómo puede hacerles frente una nación de tenderos y mecánicos?

—¿Cómo? —preguntó Isaac, en tono de sorna. Se levantó y se dirigió a la pizarra. Cogió la tiza, escribió una serie de ecuaciones y dio un paso atrás.

Davis examinó las ecuaciones y sintió que se le helaba el corazón.[2]

CLIOLOGÍA, PSICOHISTORIA, CLIODINÁMICA

Charles Babbage fue un matemático e ingeniero inglés que inventó la máquina analítica, una máquina capaz de realizar cálculos de propósito general. La primera descripción de la máquina analítica se publicó en 1837. Durante las décadas siguientes, hasta su muerte, en 1871, Babbage intentó repetidamente construir una versión operativa, pero fracasó en todos sus intentos por falta de recursos y conflictos de personal. Hoy suele reconocerse que el diseño de Babbage era válido y podía construirse con la tecnología existente en su época.

La premisa de la novela de ciencia ficción de Michael Flynn *En el país de los ciegos* es que un grupo de científicos e ingenieros estadounidenses de antes de la guerra de Secesión —encabezado por Jedediah Crawford, uno de los personajes de la escena con la que comienza este capítulo— logra construir una máquina analítica, aunque, por razones que no quedan del todo claras en la novela, los investigadores deciden mantener su trabajo en secreto (lo cierto es que, si no lo hicieran, desaparecería el suspense de la trama y no tendríamos novela).

Dos años antes de que Babbage describiera su máquina analítica, el matemático y estadístico belga Adolphe Quételet publicó un libro, *Sobre el*

hombre y el desarrollo de sus facultades, o ensayo de filosofía social, en el que describe un método para analizar las sociedades humanas mediante leyes estadísticas. Inspirados por las ideas de Quételet y del filósofo francés Auguste Comte (padre de la sociología moderna), Crawford y sus colegas fundan la Sociedad Babbage, cuyo objetivo era desarrollar una ciencia de la historia humana, a la que llaman cliología (de Clío, el nombre de la musa mitológica griega de la historia). Escriben modelos matemáticos de procesos sociales utilizando ecuaciones diferenciales. Algunos de los modelos más sencillos pueden resolverse con lápiz y papel, pero los sistemas de ecuaciones más complejos tienen que procesarse en la máquina analítica. Los cliólogos también invierten mucho esfuerzo en recopilar datos que luego introducen en sus ordenadores mecánicos. Estos datos les permiten basar sus ecuaciones matemáticas en la realidad.

A medida que avanza su trabajo, la Sociedad Babbage adquiere la capacidad de predecir la trayectoria futura de la sociedad estadounidense, aunque sea de forma imperfecta, como hemos visto en la escena introductoria. Pueden predecir algunas cosas con un alto grado de certeza, como la victoria final del Norte en caso de guerra civil. Pero el estallido de la guerra de Secesión supone para ellos una horrible sorpresa. Como dice uno de los personajes más adelante en la novela: «La guerra de Secesión [...] Todavía no sabemos por qué ocurrió. Algo se nos pasó por alto en las ecuaciones». Aun así, cierta capacidad de predicción es mejor que ninguna. Como dice el proverbio, en el país de los ciegos, el tuerto es el rey.

Oí hablar del libro de Michael Flynn cuando ya había avanzado bastante en mi búsqueda de una ciencia de la historia analítica y predictiva. Un lector de mi libro *Dinámicas históricas. Por qué surgen y caen las civilizaciones y los estados*, publicado en 2003, en el que propuse la creación de esta nueva ciencia, me alertó sobre la cliología. La novela de

Flynn tiene un predecesor mucho más famoso: *Fundación*, de Isaac Asimov, que leí hace muchos años, cuando tenía veinte. Me pareció fascinante, pero no me empujó a convertirme en psicohistoriador (la psicohistoria es la versión de la historia como ciencia que propone Asimov). Por aquel entonces, yo iba camino de convertirme en biólogo matemático. Me encantan la naturaleza y los animales, así que combiné mis pasiones por la naturaleza y por las «matemáticas aplicadas» (es decir, utilizar las matemáticas no por sí mismas, sino como un conjunto de herramientas para comprender el mundo) y me hice ecólogo de poblaciones.[3] No fue hasta veinte años más tarde, a la edad de cuarenta, cuando decidí pasar de la ecología a la cliodinámica, y aunque *Fundación* de Asimov me sigue pareciendo estimulante, no influyó en absoluto en mi decisión de cambiar.

Existen numerosas diferencias entre la ciencia imaginaria de la historia de Asimov y la realidad de la cliodinámica, tal y como la practicamos hoy. Asimov escribió *Fundación* en los años cuarenta del siglo pasado, mucho antes de que se descubriera lo que hoy llamamos la teoría del caos. En el libro de Asimov, Hari Seldon y los psicohistoriadores formulan métodos matemáticos para hacer predicciones muy precisas con décadas o incluso siglos de antelación. Gracias a los descubrimientos de los años setenta y ochenta, sabemos que eso es imposible.

Tal como la representa Asimov, la psicohistoria, muy apropiadamente, no se ocupa de individuos sino de cúmulos enormes de seres humanos. En el fondo, adopta un enfoque «termodinámico» porque no trata de seguir las trayectorias erráticas de moléculas individuales (cada ser humano), sino que tiene por objetivo modelizar el promedio de miles de millones de moléculas. En muchos aspectos, se parece a las ideas de Lev Tolstói (como veremos más adelante en este capítulo) y, de hecho, a la cliodinámica, que también se ocupa de grandes colectivos de individuos.[4]

Lo que Asimov no sabía es que incluso prescindiendo de cosas como el libre albedrío individual, se sigue tropezando con límites muy estrictos a la previsibilidad. Cuando los componentes de un sistema complejo interactúan de forma no lineal, la dinámica resultante se vuelve impredecible en la práctica, aunque sea totalmente determinista. Esta es, por cierto, la razón por la que el tiempo no puede predecirse con más de unos días de antelación. En el caso de sistemas complejos como las sociedades humanas, esta posibilidad es una certeza virtual: son lo suficientemente complejos y no lineales y, por tanto, su comportamiento tiene que ser caótico e impredecible.

El sello distintivo del caos matemático es la «dependencia sensitiva de las condiciones iniciales».[5] Si nos ceñimos al tiempo atmosférico, esto significa que una mariposa que decida agitar sus alas (o no) puede provocar en última instancia que un huracán se desvíe de su trayectoria prevista, con consecuencias importantes en el tiempo local.

Pero esta limitación de la previsibilidad es, paradójicamente, motivo de optimismo. Significa que los individuos humanos no son tan impotentes como suponía Asimov. El ejercicio del libre albedrío puede tener consecuencias importantes a nivel macroeconómico, del mismo modo que el aleteo de una mariposa puede influir en la trayectoria de un huracán. Sin embargo, este optimismo debe atemperarse con una buena dosis de realismo. Aunque cada uno de nosotros influye en el curso de la historia de la humanidad, la mayoría tenemos un efecto muy leve, y cualquier efecto importante es probable que sea el resultado de una concatenación de acontecimientos completamente imprevista. Para lograr un gran efecto, un individuo tiene que estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, y es muy difícil, quizá imposible, predecir esos «momentos clave». Una

forma más realista de lograr resultados positivos es cooperar con otras personas.

Resumiendo, hacer predicciones precisas sobre los acontecimientos de las sociedades humanas con una anticipación de décadas o siglos es pura ciencia ficción. Parece ser que el propio Asimov se sintió incómodo con el mecanicismo de la historia del futuro según el Plan Seldon, que describía en su primer libro. Resolvió el problema en el segundo libro de la serie, *Fundación e Imperio*, introduciendo a la Mula, un mutante con aterradores poderes mentales que hace descarrilar el tren de la historia real del curso predicho por Seldon.

En realidad, todos somos «Mulas». Al escoger entre múltiples opciones a lo largo de nuestras vidas, enviamos constantemente el tren de la historia futura en direcciones impredecibles.

La imposibilidad de formular predicciones exactas a largo plazo no significa que la dinámica de nuestras sociedades no sea más que «una puñetera cosa tras otra».[6] Tanto las fuerzas sistémicas como las innumerables acciones de los individuos se combinan para producir el resultado real. Se ve con claridad meridiana si se ejecuta en un ordenador un modelo que esté en régimen caótico. Por ejemplo, una vez jugué con uno de los primeros modelos caóticos, propuesto por Edward Lorenz. Pero además de resolver las ecuaciones numéricamente, le fui añadiendo periódicamente algunas perturbaciones estocásticas. Así, la curva se veía sacudida constantemente por estas fuerzas aleatorias, pero cuando la representaba en el espacio fásico, mantenía la famosa forma del atractor de Lorenz, que se parece a una mariposa. En pocas palabras, si se acerca un pico, las acciones individuales pueden retrasarlo o adelantarlo, o hacer que el pico sea un poco más alto o más bajo, pero el pico se producirá de una forma u otra.

Otra cuestión interesante es la insistencia de Asimov en que cualquier conocimiento de las predicciones psicohistóricas debe mantenerse oculto a la gente; de lo contrario, cuando la gente se entere de lo que le espera, eso afectará a sus acciones y hará que la predicción fracase. Esta idea conlleva varios errores. En primer lugar, a la mayoría de la gente le importa un bledo lo que prediga un científico cabeza de huevo. Como ejemplo, esto es lo que escribí en mi blog el 3 de septiembre de 2012, refiriéndome a la predicción que hice en 2010:

> Me siento muy seguro de la predicción de que habrá un pico de violencia política en 2020 (más/menos unos pocos años). Si la predicción falla, será porque la teoría se equivocaba, o debido a algún acontecimiento trascendental e imprevisto que afecte al sistema social, o a algo del todo imprevisible (las «incógnitas incógnitas», por decirlo con las geniales palabras de Donald Rumsfeld). Pero estoy muy seguro de que no será porque los responsables políticos estadounidenses de repente se hagan eco de lo que escribió un profesor de poca monta y tomen medidas para evitar este resultado indeseable.
>
> Y si lo hacen, me alegraré mucho. La predicción está sobrevalorada. A lo que deberíamos aspirar de verdad con nuestras ciencias sociales es a ser capaces de producir resultados deseables y evitar resultados indeseables. ¿Qué sentido tiene predecir [el] futuro si es nefasto y no somos capaces de cambiarlo? Seríamos como el condenado a que lo ahorquen antes del amanecer: conocimiento perfecto del futuro, nula capacidad para alterarlo.[7]

Por supuesto, esta predicción sobre la predicción, o «metapredicción», también resultó acertada. Nadie se fijó en mi predicción de 2010 hasta que se convirtió en realidad en 2020. Pero volvamos a *En el país de los ciegos*.

Como Flynn escribió su libro mucho más tarde que Asimov, el análisis de Flynn sobre la posibilidad de una historia analítica y predictiva se benefició de la nueva manera de entender los sistemas dinámicos gracias a la «revolución del caos» de los años setenta.[8] Sus ideas también se vieron influidas por la revolución de los ordenadores personales, que puso una capacidad de cálculo ingente en manos de investigadores particulares (no es

de extrañar que ambas revoluciones estén estrechamente relacionadas, ya que fueron los avances informáticos los que impulsaron el progreso en la comprensión de los sistemas dinámicos no lineales). El resultado es que las discusiones sobre cliología de los personajes de su libro resultan mucho menos exóticas que la explicación de la psicohistoria según Hari Seldon en *Fundación*. Aunque al lector no le atraiga la lectura de *En el país de los ciegos* —fue el primer libro que escribió Flynn, y tiene muchos defectos típicos de una ópera prima—, recomiendo el ensayo de Michael Flynn «An Introduction to Cliology», que se publicó originalmente en la revista *Analog* y se incluyó luego como epílogo de la segunda edición de *En el país de los ciegos*. En él, Flynn analiza los numerosos precursores de la cliología (y la cliodinámica). De hecho, realiza una investigación empírica original sobre pautas recurrentes en la historia. Como no es un investigador científico, sus resultados no serían publicables en una revista académica y, por tanto, no han tenido mayor repercusión. Pero merece la pena leer sus argumentos contra los críticos de la idea de que la historia pueda ser una ciencia.

Al final, para saber si algo funciona, hay que probarlo. Como vimos al principio de este capítulo, Isaac, el cliólogo de los estados del Norte, escribe en la pizarra una serie de ecuaciones que convencen al sureño Davis de que no hay ninguna posibilidad de que el Sur gane la guerra de Secesión, en caso de que esta se produzca. La guerra es la más exigente de las empresas humanas y quizá el proceso más impredecible de la historia de la humanidad. ¿Hasta qué punto se puede llegar a predecir su resultado?

Las matemáticas de la guerra

Flynn no nos dice qué ecuaciones escribe Isaac en la pizarra, pero yo tengo una idea bastante clara de cómo construiría un modelo de la guerra de Secesión: utilizaría las ecuaciones de Osipov-Lanchester como punto de partida. Este modelo matemático fue descubierto de forma independiente por el militar ruso Mijaíl Osipov en 1915 y el ingeniero inglés Frederick Lanchester en 1916. El modelo es bastante simple, sobre todo visto al cabo de un siglo, pero arroja al menos una idea inesperada (que es para lo que sirven los modelos matemáticos).

Las principales variables que el modelo tiene en cuenta serían los tamaños de los dos ejércitos que luchan entre sí. Una vez iniciada la batalla, el número de soldados de cada ejército empieza a disminuir porque la lucha inflige bajas. El ritmo al que se infligen bajas al enemigo es proporcional al número de soldados. Para verlo, imaginemos un escenario sencillo en el que cada soldado dispara su fusil contra el enemigo. No todas las balas dan en el blanco, pero cuantas más balas se disparen contra las fuerzas contrarias, más bajas les infligirán. La calidad de las armas es un factor importante, por supuesto, porque los soldados armados con fusiles automáticos pueden disparar muchas más balas al enemigo que los soldados armados con armas de avancarga. En la guerra de Secesión, sin embargo, la tecnología militar era más o menos la misma en ambos bandos, así que yo no complicaría el modelo con esta variable («El modelo tiene que ser lo más simple posible»). Por otra parte, la pericia de los soldados sí es relevante, porque los soldados mejor entrenados dan en el blanco más a menudo. Aquí es donde el Sur tenía ventaja.

Aunque las ecuaciones de Osipov-Lanchester son un buen punto de partida, debería incorporar algunos factores más al modelo, porque necesitamos entender no solo una batalla, sino toda una guerra con muchas batallas. Entre batalla y batalla, cada ejército se esfuerza por reemplazar las

bajas; así, su tamaño en un momento dado refleja el equilibrio entre las fuerzas que restan soldados y las que los suman. Por eso, yo añadiría la tasa de reclutamiento al modelo. Al comienzo de la guerra de Secesión, el ejército confederado era inexistente, y el de la Unión, casi (el grueso de las tropas lo formaba la caballería que perseguía a los nativos americanos en el Oeste). Por tanto, la tasa de reclutamiento es de vital importancia para determinar qué ejército puede recuperar las bajas de soldados muertos en combate, heridos, prisioneros, enfermos y desertores. No quisiera pasar por alto los dos últimos factores, que a menudo son más importantes que las bajas causadas por el enemigo. Aquí es donde el Norte aventajaba al Sur, ya que en vísperas de la guerra de Secesión tenía unos veintidós millones de habitantes, mientras que el Sur solo contaba con nueve (de los que tres millones y medio eran esclavos).

Los soldados necesitan fusiles y cañones, y estas máquinas de muerte necesitan munición. El Norte, con sus industrias bien desarrolladas, poseía una enorme ventaja en la producción y sustitución de armas y municiones: por cada fusil fabricado en el Sur, las industrias del Norte producían treinta y dos.[9] A los soldados también hay que proporcionarles alimentos, ropa y transporte hasta el campo de batalla. Yo añadiría un componente logístico detallado a mi modelo. El Sur obtenía la mayoría de sus armas del exterior, sobre todo a través de Gran Bretaña. Pero esas armas tenían que superar el bloqueo impuesto por el Norte. Este factor es tan importante que probablemente construiría un «submodelo» dinámico, también sobre la base de las ecuaciones de Osipov-Lanchester, que enfrentara a los rompebloqueos del Sur con la armada del Norte.

Por último, está la cuestión de la moral. Como acabamos de ver, gran parte de lo sucedido en la historia puede expresarse fácilmente en cifras: cuántos soldados componen cada ejército, el ritmo de reclutamiento, el

ritmo de producción de armas, etc. Pero también hay variables «blandas», incluso «pastosas», a las que es difícil asignar valores numéricos. Pero difícil no significa imposible, y volveré sobre este punto más adelante. Por ahora basta con reconocer que en este aspecto el Sur tenía una gran ventaja sobre el Norte. Mientras que los sudistas defendían su tierra, sus hogares y su modo de vida, los reclutas nordistas luchaban por preservar la Unión, un ideal más abstracto. Además, Estados Unidos era un país profundamente racista, y la difícil situación de los esclavos no era la motivación principal de la mayoría de los norteños, aparte de una reducida minoría de abolicionistas.

Estas son las líneas maestras del modelo que yo construiría. En función del tipo de estudios que se hayan cursado, el modelo puede parecer tremendamente complejo (la mayoría de los físicos lo dirían) o tremendamente simplista (la mayoría de los historiadores estarían en este bando). Ambos extremos se equivocan. No existe una regla única para determinar la complejidad (o simplicidad) de un modelo. La complejidad del modelo depende de la complejidad de la dinámica modelizada, de la cantidad y el tipo de datos de que dispongamos y de la precisión que queramos que tenga (o que podamos hacer que tenga: no olvidemos lo que dijimos antes sobre los límites de la predictibilidad) la respuesta. A lo largo de mi carrera como investigador, he construido muchos modelos de este tipo. Siempre empiezo con el diseño más simple posible y luego le voy añadiendo «cosas». Es como cocinar una sopa. Primero se pone el agua a hervir y luego se le van añadiendo carne, verduras, especias, etc. Se sigue cocinando hasta que la sopa sabe bien, y listo. Para obtener la mejor sopa se necesita la cantidad y variedad adecuadas de ingredientes y condimentos, y nada más. Lo mismo ocurre con los mejores modelos. Lo que suele pasar es que, una vez que el modelo alcanza el nivel adecuado de complejidad,

añadirle más cosas no sirve de nada, sino al contrario: lo empeora. Y los modelos muy simples, pero no demasiado, pueden resultar extraordinariamente buenos. A modo de ejemplo, hace algunos años construí, junto con mis colegas, un modelo de formación de estados en el Viejo Mundo durante la Antigüedad y la Edad Media (los tres milenios que van de 1500 a.C. a 1500 d.C.). A pesar de su relativa simplicidad, el modelo funcionó muy bien a la hora de predecir dónde y cuándo se formaron los «macroestados» (grandes estados e imperios) y su proceso de expansión (véanse los mapas del artículo).[10]

En el caso del modelo de la guerra de Secesión, puedo tomar un atajo evitando la mayoría de los pasos intermedios y yendo directamente a la respuesta. Para ello cuento con la ayuda de la información que se deduce del modelo de Osipov-Lanchester. Recordemos que el Norte le saca una gran ventaja al Sur en cuanto a efectivos disponibles. Para ser exactos, el cuádruple (veintidós millones de habitantes del Norte frente a cinco millones y medio de sureños blancos). Se podría suponer que cada sudista valía por dos nordistas gracias a su mejor preparación y que su moral y motivación también valdría por las de dos nordistas, todo lo cual bastaría para compensar la superioridad numérica del Norte. Conseguir armas era un problema para el Sur, pero podían adquirirlas en el extranjero (como fue el caso). Por tanto, el Sur tenía las mismas posibilidades de ganar la guerra, ¿no?

Error. Aunque la superioridad del Norte en número de habitantes era de cuatro a uno, en realidad se traduce en una ventaja bélica de cuatro al cuadrado, es decir, dieciséis. Este resultado matemático se conoce como la ley del cuadrado de Lanchester. Parece ilógico, pero una vez obtenido el resultado matemático a partir de las ecuaciones de Osipov-Lanchester, es

bastante fácil de explicar con palabras (lo hago en el capítulo 8 de mi libro de 2016 *Ultrasociety*).[11]

En realidad, es muy probable que conceder una ventaja de cuatro a uno a los sudistas en pericia y moral sea demasiado generoso. Pero superar la ventaja de dieciséis a uno que tenía el Norte gracias a la ley del cuadrado era completamente imposible.

En cuanto Davis vio las ecuaciones —si, en efecto, Isaac escribió el modelo Osipov-Lanchester en la pizarra, como yo supongo—, no es extraño que se desesperara.

En la vida real, el curso de la guerra de Secesión fue más o menos como habría predicho el modelo de Osipov-Lanchester. El ejército confederado ganó la mayoría de las batallas, gracias a la mejor puntería de los sureños y a sus habilidades como jinetes, así como a la formación de sus oficiales y generales. Pero el Norte movilizó a 2,1 millones de soldados frente a 880.000 sudistas. El ejército de la Unión tuvo que soportar cuantiosas bajas; perdió a 360.000 soldados frente a 260.000 confederados. Pero tras cuatro años de sangrienta y enconada lucha, el Norte doblegó al Sur y ganó la guerra.[12]

EL FACTOR MORAL

He prometido que volvería a la cuestión de cómo podemos incluir la moral en nuestras ecuaciones. Hablemos de esta tarea difícil, pero en absoluto imposible.

Uno de los primeros intentos de expresar la moral en cifras fue, precisamente, el del gran novelista ruso Lev Tolstói. Poca gente se da cuenta de que la obra magistral de Tolstói *Guerra y paz,* que empezó a

escribir en 1863, justo en el punto álgido de la guerra de Secesión, tiene un segundo apéndice en el que analiza la ciencia de la historia. En el capítulo 10 de mi libro *War and Peace and War* —ya se ve qué obra me inspiró el título— comento con más detalle las ideas de Tolstói, así que aquí solo nos referiremos a sus opiniones sobre la expresión de la moral en términos matemáticos. En un pasaje que trata de la guerra de guerrillas en Rusia contra las tropas de Napoleón, Tolstói escribe:

> En el orden militar, la fuerza del ejército es también el producto de la masa, pero por algo distinto, por una x desconocida. [...]
>
> La incógnita x es la moral del ejército; es decir, el mayor o menor deseo que tienen de combatir y exponerse al peligro todos los hombres que lo componen, sin importarles el hecho de saber si lucharán mandados por genios o no, en tres o dos líneas, con garrotes o fusiles de treinta disparos por minuto. Los que tienen mayor deseo de pelear se colocan siempre en las más ventajosas posiciones para la batalla. La moral del ejército es el factor que, multiplicado por la masa, produce la fuerza. La misión de la ciencia consiste precisamente en determinar y expresar la importancia de esa moral, de ese factor desconocido.
>
> Tal problema no se resolverá hasta que dejemos de sustituir arbitrariamente la x incógnita con las condiciones en las cuales se manifiesta, es decir: las órdenes del jefe militar, el armamento, etc., considerándolas como la expresión del valor del multiplicador; y tomemos en cambio a este en su integridad, es decir, como la voluntad mayor o menor de batirse y exponerse al peligro. Solo entonces, una vez puestos en la ecuación los hechos históricos conocidos, podremos esperar definir la incógnita x, comparando caso por caso sus valores relativos.
>
> Diez hombres, diez batallones, diez divisiones, que combaten contra quince hombres, batallones o divisiones, los vencen, o sea, han hecho prisioneros o dado muerte a todos sus componentes y a su vez han perdido cuatro. Es decir, un bando ha perdido cuatro, y el otro, quince: por tanto, 4 es igual a 15, es decir: $4x = 15y$, de donde $x:y = 15:4$. Esta ecuación no nos da el valor de la incógnita, sino la relación entre dos incógnitas. Si la aplicamos a las diversas unidades históricas tomadas aisladamente —batallas, campañas, periodos de guerras—, obtendremos series de números en las cuales deben existir leyes que pueden ser descubiertas.

En realidad, Tolstói no hizo bien los cálculos (era un genio escribiendo grandes libros, no haciendo cálculos matemáticos). Pero la idea básica de calcular el factor x analizando muchísimas batallas es correcta. Mucho más

tarde, este método fue utilizado por el historiador militar estadounidense Trevor N. Dupuy. En su libro de 1987, *Understanding War: History and Theory of Combat*, Dupuy establece una ecuación entre la capacidad de combate de un ejército y el producto de tres cantidades: la fuerza (el número de tropas modificado por la calidad y cantidad de su equipo), los modificadores operativos y ambientales (terreno, clima, postura defensiva frente a ofensiva) y la eficacia de combate. Este último es el factor *x* de Tolstói.

A continuación, Dupuy analiza varias guerras de las que pudo obtener datos sobre múltiples batallas. A modo de ejemplo, su análisis de los 81 enfrentamientos entre las fuerzas alemanas y británicas o estadounidenses en 1943 y 1944 demuestra que la eficacia de combate de los alemanes era 1,45 veces mayor que la de los británicos. Esto significa que si los británicos querían tener las mismas posibilidades de ganar una batalla contra los alemanes, tenían que contar con un 45 por ciento más de tropas (o que tuvieran el mismo porcentaje de superioridad en el armamento). Los estadounidenses lo hacían mejor que los británicos, pero no mucho: necesitaban superar en un tercio a los alemanes para tener un 50 por ciento de posibilidades de victoria.[13]

Vemos, pues, que se puede avanzar mucho en la cuantificación del espíritu de combate. Más recientemente, mis colegas del campo de la evolución cultural han estudiado la psicología de la disposición al sacrificio extremo, utilizando conceptos como «actores devotos», «valores sagrados» y «fusión de identidades».[14]

LA HISTORIA COMO CIENCIA

Osipov desapareció tras la Revolución de Octubre, acaso víctima de la guerra civil, así que le correspondió a Lanchester la paternidad de la nueva disciplina: la investigación operativa. Mientras los filósofos y los profanos en la materia seguían creyendo que la historia no podía ser una ciencia, los oficiales e investigadores militares matematizaban y analizaban discretamente una parte de la historia que es una de las más difíciles de modelar y predecir: la guerra. Hay demasiado en juego —millones de muertos y la supervivencia nacional— para dejarlo en manos de aficionados. La investigación operativa se ha convertido en un campo de investigación dinámico, con sus propias revistas académicas, becas de investigación concedidas por ministerios de defensa y plazas docentes en academias militares y universidades. En 2011, me introduje en esta comunidad investigadora cuando me invitaron a pronunciar un discurso sobre cliodinámica en un congreso anual organizado por la unidad de investigación histórica del Laboratorio de Ciencia y Tecnología de Defensa del Reino Unido, cerca de Portsmouth. La reunión se centraba en cómo utilizar la historia para organizar la defensa. Así, por ejemplo, el ponente que intervino después de mí, el general de brigada Andrew Sharpe, habló de la naturaleza, el carácter y las rimas de la historia. Las instituciones de defensa de muchos países se toman muy en serio la posibilidad de utilizar la historia como ciencia.

Dejando a un lado la historia militar, veremos que la idea de una ciencia general de la historia tiene raíces históricas muy profundas. Aristóteles escribió tratados sobre ciencias naturales y sociales. Ibn Jaldún, el gran historiador árabe medieval, elaboró una notable teoría para explicar el auge y la caída de los estados. Ya he mencionado a Quételet y a Tolstói. En 1968 apareció el libro de Nicolas Rashevsky *Looking at History Through Mathematics*. Pero ni las ideas de Quételet sobre la física social ni la

historia matemática de Rashevsky dieron origen a una nueva disciplina científica. La ciencia es una empresa colectiva; necesita algo más que individualidades geniales. Para que una disciplina científica despegue, tiene que haber una comunidad de estudiosos que se nutran mutuamente de ideas y, lo que es más importante, que critiquen los conceptos y resultados de cada cual. Como decían los antiguos, la verdad nace de la discusión, y no se puede tener una buena discusión con uno mismo, ni siquiera con una pequeña camarilla secreta que con demasiada facilidad se convierte en una «caja de resonancia». Esta es una de las razones por las que la cliología de Michael Flynn es pura ficción. En nuestro universo, la cliodinámica no logró consolidarse hasta 2000. El porqué no solo les interesa a los futuros historiadores de la cliodinámica, sino que incide en una de las principales objeciones a la posibilidad de una ciencia de la historia.

La teoría del gran hombre es la teoría de la historia más «anticliodinámica» que se me ocurre. En palabras del filósofo escocés Thomas Carlyle, a quien suele atribuirse el mérito de su formulación:

> La Historia Universal, la historia de lo que la humanidad ha logrado en este mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres que han actuado en él. Ellos, los grandes, fueron los líderes de los hombres; quienes modelaron, marcaron la pauta y, en sentido laxo, crearon todo lo que la gran masa de la humanidad se las ha ingeniado para hacer o conseguir; todas las cosas que vemos realizadas en el mundo son en realidad el resultado material externo, la realización práctica y la plasmación de las Ideas que tuvieron los Grandes Hombres enviados al mundo: puede decirse con toda justicia que el alma de toda la historia universal es la historia de ellos. [15]

Mientras que tanto la psicohistoria y la cliología de ficción como la cliodinámica real se ocupan principalmente de grandes colectivos humanos y fuerzas sociales impersonales, la teoría del gran hombre rechaza este enfoque por considerarlo erróneo. No son las sociedades las que crean a los

Grandes Hombres, sino los Grandes Hombres los que remodelan a las sociedades, como argumentó más tarde el psicólogo William James.[16] Aunque esta teoría decimonónica está actualmente desacreditada casi por completo, su influencia perdura en la idea que tiene la mayoría de la gente de que son los Grandes Pensadores quienes hacen avanzar la ciencia. Un corolario de esta idea es la base de una de las objeciones que el célebre filósofo de la ciencia Karl Popper planteó a una posible ciencia de la historia: es lógicamente imposible conocer el curso futuro de la historia porque este depende en parte del crecimiento futuro del conocimiento científico, que es imposible conocer de antemano.[17]

Pero ¿es realmente imposible conocer de antemano el crecimiento futuro del conocimiento científico, o simplemente es algo que desconocemos porque no sabemos cómo se acumula el conocimiento? A mí me parece más verosímil la segunda alternativa, y voy a decir por qué: hay una cantidad asombrosa de descubrimientos que han sido realizados simultáneamente por más de un científico, algo que no sucedería si la ciencia avanzara gracias a un puñado de colosos geniales (¿cómo explicar que esos genios hicieran el mismo descubrimiento con un año de diferencia?).

Ya hemos hablado de Osipov y Lanchester, que descubrieron las ecuaciones que llevan su nombre con un año de diferencia. Los ejemplos abundan: la invención independiente del cálculo por Newton y Leibniz; la formulación independiente por Darwin y Wallace de la teoría de la evolución por selección natural; el descubrimiento del modelo de los ciclos dinámicos por Alfred Lotka y Vito Volterra; y muchos más. Es probable que el caso más revelador sea el del descubrimiento de la genética. Como todos sabemos, los genes fueron descubiertos por el monje bohemio Gregor Mendel. Pero su descubrimiento llegó demasiado pronto: el mundo científico no estaba preparado para él y su artículo sobre la genética de los

guisantes, publicado en 1866, cayó en el olvido. Fue un genio que no consiguió remodelar la ciencia. Pero a su debido tiempo, en 1900, los principios de la herencia fueron redescubiertos de forma independiente por Hugo de Vries, Carl Correns y Erich von Tschermak. El único motivo por el que hablamos de genética «mendeliana» y no «de Vries» es porque Correns, cuando se dio cuenta de que el mérito del descubrimiento iba a llevárselo su rival, corrió a señalar que Mendel se les había adelantado.[18]

La experiencia de Mendel, aunque con un final mucho más feliz, la repitió uno de los miembros clave de la comunidad cliodinámica, mi buen colega Jack Goldstone, con quien he sido coautor de varios artículos. Goldstone comenzó su carrera científica con la esperanza de ser físico. En sus estudios universitarios en Caltech recibió una sólida formación en matemáticas, pero luego se interesó por comprender los sistemas sociales, su historia y su dinámica. Fue mientras cursaba estudios de posgrado en el departamento de Sociología de Harvard cuando concibió la «teoría demográfico-estructural» de las revoluciones (que sienta las bases del enfoque cliodinámico para entender por qué las sociedades experimentan crisis recurrentes).

Al principio de sus estudios, Goldstone se interesó por las causas de las revoluciones. En aquella época, la opinión mayoritaria era que las revoluciones se debían a la convergencia aleatoria de conflictos internos de las élites, sublevaciones populares y colapsos del Estado provocados por gobernantes insensatos, o guerras especialmente costosas, o por la aparición de heterodoxias o ideologías radicales de una potencia insólita. Debido a su formación en ciencias naturales, a Goldstone este argumento basado en la excepcionalidad le parecía insatisfactorio. Por un golpe de suerte, se introdujo en el campo de la demografía (porque era profesor ayudante de una asignatura sobre el tema, que es como se ganan el pan los estudiantes

de posgrado). Empezó a investigar lo que se sabía sobre dinámica de poblaciones durante la Edad Moderna. En un artículo reciente en el que evoca sus primeros años, «Demographic Structural Theory: 25 Years On», publicado en la revista *Cliodynamics*, cuenta lo que pasó después:

> Al recopilar los datos, vi que aparecía una pauta. Antes de cada gran revolución o rebelión entre 1500 y 1900, descubrí que, desde luego, la población había aumentado sustancialmente en el medio siglo anterior. Así ocurrió en los países europeos implicados en la «crisis general del siglo XVII» (Portugal, España, Inglaterra, Italia, Francia), en el Imperio otomano durante las rebeliones de los Celali y en China antes de la caída de la dinastía Ming. Lo mismo pasaba con las revoluciones atlánticas de finales del siglo XVIII (Estados Unidos, Francia, Países Bajos), las revoluciones europeas del siglo XIX (en 1830 y 1848), el Imperio otomano en las décadas de 1830 y 1840, y antes de la rebelión Taiping en China. Y lo que es más importante: durante las épocas en que no hubo revoluciones ni rebeliones importantes en Europa, el Imperio otomano y China, aproximadamente de 1450 a 1550 y de 1660 a 1760, el crecimiento demográfico fue casi nulo. El primer intervalo se debió a la lenta recuperación posterior a la peste negra, y en el segundo, al retroceso y estancamiento global del crecimiento demográfico fruto de las inclemencias meteorológicas y de una segunda oleada de epidemias graves, como la peste, la fiebre tifoidea y enfermedades respiratorias.[19]

Aunque hoy, al cabo de cuarenta años, sabemos mucho más sobre las causas demográficas y estructurales de revoluciones, rebeliones y guerras civiles, la idea inicial sigue siendo válida. Lo que siguió, sin embargo, no fue una historia de éxito científico (por lo menos, durante muchos años), sino una epopeya de adversidad y perseverancia.

El primer proyecto detallado de tesis doctoral que presentó Jack, que pretendía investigar la relación entre el crecimiento demográfico y las revoluciones, fue rechazado de plano por la comisión del programa de doctorado de su universidad, tras lo cual Goldstone cambió de directores de tesis y redujo el alcance de su propuesta para centrarse solo en la guerra civil inglesa del siglo XVII. Dos años más tarde, leyó con éxito su tesis doctoral, pero cuando la presentó a una revista, la rechazaron sin más.

Tuvieron que pasar dos años de correcciones y comentarios para que acabaran publicándosela en forma de artículo. La publicación de nuevos artículos era una constante batalla. Al cabo de diez años, Goldstone escribió un libro en el que por fin consiguió plasmar las ideas que había concebido como estudiante de posgrado. En él demostraba que la teoría demográfico-estructural identificaba con precisión los momentos en que se habían producido la Revolución inglesa, la Revolución francesa, el cartismo, las revoluciones de 1830 y 1848, la transición Ming-Qing, la rebelión Taiping y la crisis del Imperio otomano. El libro fue rechazado de inmediato por Cambridge University Press. Goldstone perseveró y por fin aceptó publicarlo la University of California Press. Tras otros contratiempos y reveses, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World* se acabó publicando en 1991, y es ya un clásico de la cliodinámica. Sin embargo, durante la década siguiente a su publicación, fue ignorado casi por completo, y la UC Press ni siquiera se molestó en sacarlo en rústica.[20]

Al igual que Goldstone, yo también empecé mi carrera científica como naturalista. Pero mi paso a las ciencias sociales se produjo mucho más tarde, en 1997, cuando ya tenía una plaza de profesor titular en la Universidad de Connecticut. Al principio esperaba que mi incursión en la historia fuera ignorada o, en el mejor de los casos, objeto de críticas mordaces. Y desde luego que las hubo. Pero en general, y para mi sorpresa, la nueva ciencia de la cliodinámica, que presenté en sociedad en 2003, cobró impulso enseguida. Algo ocurrió en torno al año 2000 que hizo que la cliodinámica no solo fuera posible, sino también necesaria. ¿Qué fue? En dos palabras: los datos. Y de ellos hablaremos a continuación.

A2
Un macroscopio histórico

Xenosociólogos centaurianos

Hace mil años terrestres, los físicos del cuarto planeta que orbita alrededor de Alfa Centauri inventaron un instrumento maravilloso: el macroscopio. Gracias a él, pudieron salvar la distancia de años luz que separaba su planeta del mundo habitado más próximo de su vecindario galáctico —la Tierra— y observar el auge y la caída de los imperios construidos por los terrícolas. La invención del macroscopio supuso la aparición de una nueva disciplina científica en Alfa Centauri: la xenosociología.

Hace 170 años, Woql?X!jt?URS3DF, por aquel entonces estudiante[1] de posgrado en el Departamento de Xenosociología de la Universidad Centauriana, publicó una tesis que analizaba las tendencias sociales y políticas dentro de un Estado de reciente formación, al que los terrestres llamaban Estados Unidos de América. Utilizando los datos que recopiló con el macroscopio, Woql construyó un modelo matemático de la sociedad de antes de la guerra de Secesión (aunque los historiadores no empleaban el sintagma «guerra de Secesión» porque todavía faltaban diez años para que estallara la contienda).

Una ecuación fundamental del modelo describía el crecimiento y los movimientos de la población estadounidense. En el siglo XVIII, los estadounidenses tenían familias mucho más numerosas que los europeos porque cada agricultor disponía de abundantes tierras para mantener a muchos hijos. Los estadounidenses comían bien y crecían, hasta el punto de ser en aquella época los habitantes más altos del planeta. Pero el aumento

de las familias numerosas se tradujo en un rápido incremento de la población. En 1850, cuando Woql presentó su proyecto de tesis a la comisión del programa de doctorado de su universidad, los estados de la Costa Este ya se encontraban al borde de la saturación. Habían talado bosques para sustituirlos por campos, incluso en suelos relativamente pobres que producían cosechas escasas. Una parte considerable de los jóvenes se dio cuenta de que ya no podían vivir de la tierra y se marcharon.

Algunos se fueron al Oeste, donde había tierra de sobra. Otros se dirigieron a las ciudades. En aquella época, Estados Unidos había empezado a industrializarse y no dejaban de crearse nuevos puestos de trabajo. El modelo de Woql indicaba que las fuerzas combinadas de la industrialización y la colonización del Oeste podrían absorber la creciente oferta de trabajadores y mantener así el equilibrio de la sociedad estadounidense. Sin embargo, había que añadir otro factor a la ecuación. A mediados del siglo XIX, la superpoblación era un problema mucho más grave en Europa que en América, y muchos europeos «excedentarios» optaron por emigrar al otro lado del Atlántico, para acabar en las mismas ciudades que absorbían el excedente de población rural estadounidense. La inmigración a Estados Unidos, que era un mero hilillo antes de 1830, se convirtió en un caudaloso río durante la década de 1840, impulsada por desastres como la hambruna irlandesa de la patata y la oleada de revoluciones de 1848 y 1849. Los inmigrantes competían con los estadounidenses por una cantidad limitada de puestos de trabajo, con el resultado de que la oferta de mano de obra superó a la demanda, a pesar de que esta aumentara debido a la industrialización. Como ocurre en economía, cuando la oferta de un bien supera su demanda, el precio tiende a bajar. En este caso, el «bien» era la mano de obra. Al bajar el coste de la mano de obra, los salarios de los trabajadores se estancaron o bajaron. La

disminución del bienestar general se reflejó en el descenso de la esperanza de vida y de la estatura incluso de los nacidos en Estados Unidos. La creciente pauperización, a su vez, se tradujo en un aumento de la inestabilidad y la conflictividad social. Desde Alfa Centauri, Woql fue testigo de una explosión de tumultos urbanos, así como de insurrecciones rurales, en Estados Unidos.

La segunda ecuación fundamental del modelo de Woql se centraba en la dinámica de las élites, aunque incorporando datos de la parte demográfica. La industrialización aumentó la productividad de los trabajadores y dio lugar a un crecimiento sostenido del PIB per cápita. Pero el exceso de oferta de mano de obra presionó a la baja los salarios de los trabajadores. Como los salarios de los trabajadores se estancaron, o incluso disminuyeron, los frutos del crecimiento económico tenían que ir a parar a alguna otra parte. No fueron a las arcas del Estado, que era muy rudimentario en el siglo XIX y solo se llevaba el 2 por ciento del PIB global. En su lugar, las ganancias económicas fueron a parar a las élites, concretamente al segmento económico de las mismas. Se hicieron y se perdieron grandes fortunas, pero, en general, la tendencia fue a un rápido crecimiento de las grandes fortunas. Y no solo los ricos se hicieron más ricos: su número aumentó rápidamente. Muchos trabajadores cualificados pudieron establecerse por cuenta propia y entrar en el juego de hacer dinero. La mayoría fracasó, pero algunos de estos empresarios en ciernes, aprovechando los bajos salarios, se metieron en primera división y engrosaron las filas de los millonarios. Las ecuaciones de Woql indicaban que esta tendencia de aumento del número y de la riqueza de las élites seguiría presentando un crecimiento galopante mientras funcionara la bomba de la riqueza resultante de la sobreoferta de mano de obra (y de la falta de instituciones que protegieran a los trabajadores).

Cuando Woql empezó a recopilar datos y a construir un modelo para los Estados Unidos de antes de la guerra de Secesión, otros xenosociólogos, gracias al macroscopio, ya habían acumulado datos sobre unas cien sociedades terrestres que habían entrado y salido de crisis varias. Las investigaciones previas habían identificado varios principios generales que explicaban por qué se producían estas crisis sociales periódicas: la pauperización del pueblo, la sobreproducción de élites, la debilidad del Estado y el entorno geopolítico. Woql decidió no incluir estos dos últimos procesos en su modelo. Estados Unidos era el ente político más poderoso de Norteamérica. Canadá, México y las distintas tribus nativas americanas no eran rival. De hecho, Estados Unidos se iba expandiendo a expensas de México y de los nativos americanos. El Estado era tan rudimentario que tampoco desempeñaba papel alguno. Quedaban los dos primeros factores: la pauperización y la sobreproducción de élites. Ambos presentaban unas tendencias alarmantes. Cuando Woql leyó su tesis, incluyó en ella una predicción. Según el modelo de Woql, el empeoramiento de las tendencias de pauperización y sobreproducción de élites degradaría la resistencia social de Estados Unidos hasta un punto tan bajo que era casi seguro que se produciría un colapso importante hacia 1870 aproximadamente. Woql también señaló que su predicción tenía un alto grado de incertidumbre, de modo que el probable colapso podía ocurrir una década antes o después de 1870. Además, basándose en las estadísticas de los cien casos estudiados a fondo por otros xenosociólogos, había un 10-15 por ciento de probabilidades de que pudiera evitarse un estallido importante de violencia, como una revolución o una guerra civil, siempre que las élites gobernantes pudieran unirse y adoptar una serie de medidas políticas que invirtieran las fuerzas que empujaban a Estados Unidos hacia el abismo. Antes que nada, tendrían que desconectar la bomba de la riqueza. Pero Woql no observó en

1850 ningún indicio de que las élites gobernantes fueran conscientes de la existencia del problema, ni de que estuvieran dispuestas a abordarlo en el supuesto de que llegaran a verlo (al fin y al cabo, mantener bajos los salarios les resultaba muy lucrativo). Por último, el modelo de Woql no podía hacer ninguna predicción sobre la identidad de los individuos responsables de la probable ruptura, ya que se centraba en las fuerzas sociales, y no en personas concretas.

Como vemos, a diferencia de los cliólogos ficticios, nuestros xenosociólogos centaurianos (igualmente ficticios) sí predijeron la guerra de Secesión, que al final estalló antes incluso de lo que preveía el modelo de Woql. Poco después de que Woql defendiera su tesis, la situación de Estados Unidos se fue complicando a ritmo acelerado. Los brotes de violencia colectiva se dispararon durante la segunda mitad de la década siguiente. Centrándose solo en los disturbios graves (con diez muertos o más), Woql observó que, entre 1855 y 1859, se produjeron tres bullangas de los Know-Nothing (en Baltimore, Washington y Nueva Orleans); una guerra de bandas en Nueva York (también conocida como la bullanga de los Conejos Muertos); disturbios electorales (el Lunes Sangriento de Louisville, Kentucky); y la culminación de la guerra de Utah (la masacre de Mountain Meadows). Entre los acontecimientos que fueron el preludio directo de la guerra de Secesión, se encuentran los sanguinarios enfrentamientos entre proesclavistas y antiesclavistas en Kansas (la Sangría de Kansas) y el asalto de John Brown a la armería federal de Harpers Ferry (Virginia). Inmediatamente después se produjeron las disputadas elecciones de 1860, el bombardeo de Fort Sumter en Charleston (Carolina del Sur) y el posterior baño de sangre de la guerra de Secesión, que duró varios años.

En la actualidad, Woql es un ilustre académico que ocupa la cátedra del Departamento de Xenosociología de la Universidad Centauriana.[2] Ya no

investiga, sino que dirige las investigaciones de alumnos de posgrado. Uno de ellos es Ziql?M&rw?ALF6GR, que estudia los Estados Unidos actuales. Siguiendo los pasos de su profesor, Ziql utilizó el macroscopio para recopilar una tonelada de datos sobre la dinámica del bienestar de la población y la sobreproducción de élites entre 1970 y 2010. El modelo que Ziql construyó en 2010 se parecía conceptualmente al modelo del periodo anterior a la guerra de Secesión de Woql, pero tenía en cuenta los cambios drásticos que experimentó la sociedad estadounidense entre 1850 y 2010. En concreto, Ziql añadió otra ecuación al modelo para incluir el papel mucho más importante que empezó a desempeñar el Estado después de la Segunda Guerra Mundial. Pero la predicción del modelo de Ziql para 2010 guardaba un parecido inquietante con la de Woql para 1850: Estados Unidos se encaminaba a un estallido de violencia política que alcanzaría su punto álgido a principios de la década de 2020. No había nada que Ziql hubiera deseado más que alertar a los terrícolas de su inminente perdición. Pero el macroscopio es un instrumento unidireccional, así que lo único que podía hacer Ziql era observar impotente cómo la trayectoria que predecía su modelo se convertía en realidad.

Cómo construir nuestro propio macroscopio

Por desgracia, el macroscopio que describo en esta escena es pura ciencia ficción. En la vida real, nuestros físicos no pueden construir un instrumento que nos permita mirar hacia atrás a través de las brumas del tiempo.

Así pues, ¿qué podemos hacer? Nunca insistiré lo suficiente en la necesidad de disponer de datos. Sí, los modelos matemáticos son una parte esencial de la cliodinámica. Y, por supuesto, a veces incluso un modelo

puramente abstracto puede aportar una idea inesperada y poderosa, como vimos con la ley del cuadrado de Lanchester (capítulo A1). Pero los modelos funcionan mejor cuando se alimentan de datos.

Para obtener los datos, no necesitamos físicos, sino historiadores. Por desgracia, muchos historiadores no ven con buenos ojos la cliodinámica, pues temen que su objetivo sea sustituirlos. Estos temores son alimentados por muchos periodistas que escriben sobre el tema de la cliodinámica sin entender de qué se trata. Nada más lejos de la realidad. La cliodinámica necesita a la historia y no puede existir sin historiadores que hagan lo que mejor saben hacer: ampliar y profundizar nuestros conocimientos sobre las sociedades del pasado.

Historiadores, arqueólogos y otros estudiosos del pasado han acumulado colectivamente un enorme caudal de conocimientos. Esta información debe traducirse a una forma susceptible de análisis con las herramientas de la cliodinámica. No es tarea fácil. Hay muchas lagunas: grandes extensiones del territorio histórico nos son desconocidas parcial o incluso totalmente. Las estimaciones cuantitativas son difíciles de obtener y, cuando las tenemos, van acompañadas de mucha incertidumbre. Los propios historiadores suelen discrepar, a veces sobre cuestiones fundamentales. Pero somos capaces de superar estas dificultades.

Puedo afirmarlo con confianza porque, de hecho, se ha construido un «macroscopio histórico» con éxito. Se llama Seshat: Global History Databank.[3] Es imperfecto, y harán falta muchos esfuerzos para seguir mejorándolo, pero el proyecto Seshat ya ha demostrado que obtener datos históricos es posible. Además, Seshat no es el único proyecto que ha convertido en datos los conocimientos de los historiadores.

Utilizaré Seshat para ilustrar cómo podemos recopilar datos históricos, porque es el proyecto más elaborado (en mi humilde opinión) y porque es el

que conozco de cabo a rabo. Pero más adelante hablaré de otros proyectos similares. Adelantándome un poco a la historia, puedo decir que la súbita eclosión de los estudios de la historia basados en datos explica por qué la cliodinámica se hizo no solo posible, sino también necesaria después del año 2000.

Proxies

¿Cómo creamos bases de datos históricas? Parafraseando a Thomas Edison, se necesita inspiración y (mucha) transpiración.[4] Hablemos primero de la inspiración.

Respecto a las sociedades del pasado, a diferencia de las modernas, no disponemos de una abundancia de datos producidos anualmente por agencias gubernamentales y encuestadores privados. Cuanto más retrocedemos en el tiempo, menos datos sistemáticos existen que midan directamente las cantidades que necesitamos para alimentar nuestros modelos. Cuando disponemos de tales fuentes, como el gran catastro normando de Inglaterra, el Domesday Book,[5] o las gacetas locales chinas, [6] las exprimimos con avidez en busca de cualquier información que puedan proporcionarnos. Pero cuando no disponemos de tales tesoros (que es lo más habitual), tenemos que recurrir a indicadores indirectos, o *proxies*.

El uso de indicadores indirectos es más frecuente en ciencias históricas como la paleoclimatología. Los paleoclimatólogos utilizan diversos indicadores para reconstruir la dinámica climática de la Tierra desde hace miles y millones de años: testigos de hielo, testigos de sedimento, anillos de árboles y recuentos de polen. Dado que todos ellos son indicadores indirectos de las condiciones climáticas imperantes durante distintas épocas

históricas y eras geológicas, hay que tener mucho cuidado para identificar y eliminar los distintos sesgos que puedan afectar a las mediciones. Por eso, lo mejor es adoptar un análisis *multiproxy*, ya que nos permite ver hasta qué punto los diferentes *proxies* coinciden (o discrepan) y determinar con conocimiento de causa cuál es la mejor forma de combinarlos.

En el estudio de la historia humana, el uso de indicadores indirectos está aún más extendido porque hay muchas más cosas que queremos saber sobre las sociedades anteriores que simplemente cuál era la temperatura o las precipitaciones en algún momento del pasado. Por ejemplo, una de las cosas más fundamentales que necesitamos saber sobre una sociedad concreta es su tamaño, que también es una variable clave en los modelos cliodinámicos de resiliencia o descomposición social. ¿Cuántos habitantes tenía el Imperio romano? ¿Y cómo varió su número de una generación a otra? Cada persona deja huellas que persisten tras su muerte. La gente come y defeca. Suelen vivir en casas o en otro tipo de viviendas. Llevan ropa y calzado, y trabajan labrando la tierra o fabricando vasijas y joyas. Cada una de estas actividades deja rastros que podrían servir de indicadores indirectos para medir el cambio demográfico.

Así, cuando la población de una región concreta aumenta, necesita más alimentos, lo que hace necesario despejar más tierras para la agricultura. A medida que se talan los bosques, la composición del polen que el viento arrastra hasta los lagos, en cuyo fondo se depositan los granos de polen, pasa de estar dominada por especies arbóreas a estarlo por cultivos, malas hierbas y gramíneas. Examinando los testigos extraídos del fondo de los lagos, los palinólogos (especialistas en polen) pueden reconstruir la historia medioambiental de la región e inferir los periodos de incremento de la población regional así como los de disminución.

Otra forma de medir los aumentos y descensos de población es observar la construcción de nuevas casas, como resultado del crecimiento de los pueblos ya existentes o de la fundación de otros nuevos. Los dendrocronólogos (especialistas en los anillos de los árboles) pueden determinar el año exacto en que se talaron los árboles de los que proceden las vigas. Recopilando cientos o incluso miles de estas fechas, podemos determinar cuándo se produjeron brotes de actividad constructora, indicativos de crecimiento de la población, que necesitaba más viviendas.

La gente genera muchos residuos. Esto es tan cierto hoy como en el pasado, aunque la naturaleza de la basura haya cambiado. El ritmo al que se acumula la basura —¡bueno, quizá debería utilizar el término más científicamente preciso de «residuos antropogénicos»!— es indicativo de cuánta gente hay. Los tiestos son uno de los indicadores más útiles. Los tiestos son eternos: para deshacerse de ellos, se necesita un cataclismo geológico. Es posible datarlos. Se generan porque usamos constantemente vasijas y cacharros de cerámica para cocinar y almacenar alimentos y, tarde o temprano, se rompen.

Podría seguir, pero la cuestión está clara. No disponemos de todos estos indicadores indirectos de población para cualquier región o época histórica concreta, pero a menudo podemos recurrir a varios. Cada *proxy* puede presentar problemas sistemáticos (sesgos), pero es posible reconstruir la dinámica de la población comparando y contrastando múltiples indicadores de este tipo con sesgos distintos. Por eso en la actualidad existen reconstrucciones aceptables de las dinámicas de población a escala tanto regional como mundial.[7] Están lejos de ser perfectas, pero ya nos proporcionan mucha información sobre cómo cambiaron las poblaciones en el pasado. Y, lo que es aún más importante: se trata de un campo de

investigación muy activo en la actualidad, por lo que esas estimaciones se perfeccionan y mejoran constantemente.

Los huesos de la Historia

Una fuente especialmente rica de datos indirectos, aunque bastante macabra, son los restos humanos. Los esqueletos humanos son de lo más resistente. Quienes hayan visto la popular serie de televisión *Los Soprano* quizá recuerden la escena en la que dos gánsteres de la serie son enviados por su jefe a deshacerse de los restos de varias víctimas, previamente enterradas en una granja del norte del estado de Nueva York.[8] Desentierran los esqueletos, rompen los huesos a martillazos y arrojan los trozos al lago. Como saben muchos asesinos, deshacerse de los cadáveres es un trabajo duro.

Los esqueletos aguantan fácilmente durante cientos e incluso miles de años (siempre que no se depositen en suelos ácidos). Cada esqueleto es una mina de información. Mis lectores seguramente saben que ahora podemos extraer y secuenciar de forma fiable ADN antiguo, una tecnología que ha revolucionado literalmente el estudio de nuestro pasado.[9] Se han derribado viejas teorías y se han propuesto otras nuevas gracias al flujo constante de datos sobre ADN antiguo (ADNa), y no hemos hecho más que empezar. Pero los huesos antiguos arrojan muchas otras pistas sobre el pasado.

Una de las medidas más sencillas que podemos tomar es la altura total de la persona cuyos huesos tenemos la suerte de poseer. Si el esqueleto está incompleto, no hay por qué preocuparse. Midiendo la longitud de uno de los huesos principales (por ejemplo, un fémur) y utilizando una tabla de

correspondencias, podemos estimar la estatura total con bastante precisión. La estatura humana es un gran indicador del bienestar biológico. Las personas que viven sometidas a tensiones ambientales, como la malnutrición, una elevada carga de enfermedades o parásitos, o malas condiciones de vida (falta de aire fresco y luz solar), crecen menos. Por supuesto, la estatura depende de muchos otros factores; sobre todo, la altura de los padres. Pero cuando hacemos una media de las estaturas de cada generación que ha vivido en una zona determinada, compensamos las variaciones individuales y obtenemos un indicador muy preciso del bienestar general de la población. El hacinamiento de la población y la presión sobre los recursos, por ejemplo, reducen con casi total seguridad la estatura media. En el capítulo 1 he mencionado que una de las razones por las que sabemos por qué a los trabajadores estadounidenses les fue mal en el siglo XIX es porque la estatura media de los estadounidenses nacidos en el país disminuyó nada menos que cinco centímetros. Estos datos de estatura se obtuvieron midiendo a personas vivas, pero nada nos impide obtener los mismos datos de los muertos. Solo en los museos de Europa hay millones de esqueletos que abarcan miles de años de historia del continente, sobre cuya historia demográfica han proporcionado datos extraordinarios.[10]

Pero aún no hemos terminado. Utilizando métodos de la ciencia forense moderna, los arqueólogos estudian no solo cómo vivía la gente en el pasado, sino también cómo moría. La muerte violenta suele dejar huellas reveladoras en los esqueletos. Una punta de flecha de piedra o metal clavada en una vértebra es, por supuesto, un indicio evidente. Los cortes mortales con hachas y espadas también son fáciles de detectar. Los efectos de un garrotazo son un poco más difíciles de identificar con certeza, porque los huesos pueden romperse como resultado de caídas y otros accidentes. Pero una frecuencia extraordinariamente alta de fracturas del cúbito

izquierdo (antebrazo) es un buen indicador de violencia con objetos contundentes. Imagínese su reacción si alguien estuviera a punto de golpearle con un bate de béisbol. Probablemente levantaría los brazos para intentar protegerse la cabeza y, si el agresor fuera diestro, le golpearía en el antebrazo izquierdo.

Por supuesto, no todos los casos de muerte violenta dejan marcas detectables en los huesos. Que una flecha te atraviese el vientre supone una muerte segura y dolorosa. Pero si se extrae la flecha, en cuanto los tejidos blandos se descomponen, ya no quedan rastros de esa violencia. Mas insisto: no nos interesa lo que le ocurrió a una persona concreta. Cada muerte es una tragedia, por supuesto, pero mil muertes nos dan datos.[11] Si en una generación la proporción de esqueletos con señales claras de muerte violenta es del 3 por ciento y en la siguiente del 30 por ciento, está claro que el nivel de violencia se ha disparado.

Los esqueletos también pueden decirnos dónde nacieron las personas y si se trasladaron, qué tipo de dieta seguían y algo sobre las enfermedades que padecían. Y esto es solo una fuente de datos indirectos, aunque excepcionalmente rica.

Lo que los registros parroquiales pueden decirnos sobre la Revolución inglesa

Así pues, se necesita inspiración para encontrar *proxies* ingeniosos que nos permitan detectar cómo cambian con el tiempo las distintas variables que nos interesan. Pero el resto, el 99 por ciento, es transpiración. No disponemos de robots inteligentes capaces de leer y comprender una declaración de impuestos garrapateada en latín medieval sobre un

pergamino mohoso, al menos por ahora. Así que la tarea les corresponde a los historiadores profesionales. La mayoría de los que no son historiadores no comprenden la importancia y el enorme valor de este trabajo. Y la cantidad de formación necesaria para hacerlo bien. ¿Sabe usted leer lo que hay escrito en una tablilla de arcilla babilónica? Muy poca gente lo sabe.

Pero ¿cuál es el valor de desenterrar hechos sobre personas muertas hace mucho tiempo? ¿Qué tiene que ver con nosotros? Por ejemplo, ¿a quién le importa que Susannah, hija de William Dunkhorn y Martha, su esposa (de soltera, Allen, ya fallecida), naciera el 21 de noviembre de 1796 y fuera bautizada en casa el 27 de noviembre de 1796?[12] ¿O que el señor George Knaggs, caballero de Pollington, de setenta y cuatro años, fuera enterrado el 25 de diciembre de 1723? Puede que la muerte del señor Knaggs fuese una tragedia o no (al fin y al cabo, falleció a una edad ya avanzada), pero un millar de estos registros de entierro es sin duda una estadística. Y la estadística, cuando se combina con otros datos y se sitúa en el marco de ecuaciones cliodinámicas, puede decirnos mucho sobre lo que le está ocurriendo a la sociedad que queremos comprender, incluso si se está acercando a una crisis.

Los registros parroquiales son los datos brutos de una técnica demográfica de reconstrucción familiar desarrollada por los demógrafos franceses Louis Henry y Michel Fleury en los años cincuenta del siglo XX. Antes de que los ordenadores fueran omnipresentes, los investigadores tenían que hacerlo todo a mano. En primer lugar, viajaban a las parroquias y copiaban en fichas los acontecimientos que constaban en los registros parroquiales (bautizos, matrimonios y entierros). A continuación, de vuelta en sus universidades, clasificaban las fichas de diferentes maneras varias veces, siguiendo un protocolo concreto. Este procedimiento les permitía relacionar los acontecimientos correspondientes a una misma familia y

resumirlos después en la ficha familiar. Por ejemplo, una ficha nos dice que Marta nació en 1796. Otra nos dice que se casó en 1828. El registro de entierros dice que murió en 1860. Tuvo cuatro hijos, cuyas trayectorias vitales podemos seguir del mismo modo. A medida que añadimos más y más individuos a nuestra base de datos, nos hacemos una idea cada vez mejor de cómo creció (o disminuyó) la población en general.

Existen muchas dificultades prácticas para aplicar este método. Algunos registros parroquiales han sufrido daños (devorados por los ratones) o se han perdido (al incendiarse la iglesia correspondiente, por ejemplo). Los nombres a veces figuran mal escritos. Los registros familiares suelen estar incompletos porque la gente a menudo se trasladaba de una parroquia a otra. Una forma de solucionarlo es recopilando más datos. Cuantas más parroquias se añadan a la base de datos, menos lagunas habrá. Por supuesto, si una familia se trasladara a otro país, le perderíamos el rastro. En cualquier caso, ningún conjunto de datos, especialmente uno de grandes dimensiones, es perfecto. Siempre hay lagunas y errores, pero no anulan el valor de los datos; solo tenemos que ocuparnos de esos problemas durante la fase de análisis.

Así es como los registros parroquiales permiten a los demógrafos estudiar la historia de la población de un país antes de que hubiera censos oficiales. Por ejemplo, en Gran Bretaña el primer censo se realizó en una fecha muy temprana en comparación con otros países: 1801. Así, conocemos con detalle la historia de la población del Reino Unido de los dos últimos siglos. Pero los registros parroquiales se introdujeron en Inglaterra en 1538. El Cambridge Group for the History of Population & Social Structure empezó a trabajar en ellos en los años sesenta del siglo pasado. En 1981, dos miembros del grupo, E. A. Wrigley y R. S. Schofield, publicaron *The Population History of England, 1541-1871: A*

Reconstruction, que amplió nuestro conocimiento de las dinámicas de población de Inglaterra (y Gales) a casi tres siglos antes del primer censo contemporáneo.

Al mismo tiempo que los demógrafos de Cambridge completaban su análisis de las tendencias demográficas de la Inglaterra de la Edad Moderna, Jack Goldstone, como hemos visto en el capítulo anterior, se había topado con el primer obstáculo en su intento de desarrollar la teoría demográfico-estructural de las revoluciones y rebeliones. Tras la desastrosa reunión de su comisión del programa de doctorado, en la que sus profesores rechazaron sin más su ambiciosa propuesta inicial, Goldstone se retiró a su piso para lamerse las heridas y decidir qué debía hacer.

Gracias al trabajo del Cambridge Group, Goldstone sintió que pisaba terreno firme con datos sobre la dinámica de poblaciones —el motor clave de la teoría que proponía— para al menos uno de sus casos, la Revolución inglesa de 1640. En particular, los datos demográficos de alta calidad del Cambridge Group confirmaban que la población de Inglaterra creció rápidamente antes de 1640 y disminuyó después. También ofrecían datos sólidos sobre los salarios, la movilidad de las élites y las finanzas de la corona. Las tendencias de estos datos coincidían perfectamente con la teoría de Goldstone, quien limitó el alcance de su proyecto de tesis para centrarse en la Inglaterra de la Edad Moderna, y esta propuesta menos ambiciosa fue aceptada por la comisión. El hecho de disponer de grandes cantidades de datos de calidad sobre la Inglaterra de la Edad Moderna fue lo que marcó la diferencia.

La revolución de los ordenadores personales

Otro acontecimiento aparentemente no relacionado con los anteriores que tuvo lugar en 1981 fue la aparición del PC de IBM, que se convirtió en el primer ordenador comercializado a gran escala. Hay que recordar que los datos que Goldstone utilizó en su tesis doctoral fueron el resultado de una investigación que requirió mucho trabajo. Poco a poco, la abundante potencia de cálculo y capacidad de almacenaje de información de los ordenadores revolucionó las ciencias de los datos y marcó el advenimiento de la Era de los Macrodatos. Los historiadores llegaron tarde a la fiesta, pero poco a poco se convirtieron en participantes entusiastas. La historia digital es hoy una disciplina consolidada, que cuenta con revistas académicas y departamentos propios en varias universidades.

Seshat

A diferencia de Goldstone, yo decidí dedicarme a la cliodinámica después de una carrera fecunda como biólogo teórico. Tenía plaza fija en una buena universidad y podía permitirme un cambio de especialidad arriesgado. En mi campo anterior, la dinámica de poblaciones, ya había encontrado resistencia a los modelos matemáticos por parte de los biólogos empíricos, que insistían siempre en estudiar los organismos sobre el terreno. Pero mis colegas de ecología matemática y yo supimos convencer a los empíricos del valor de los modelos. Podíamos señalar el éxito de modelos de ecología de poblaciones como las ecuaciones de Lotka-Volterra para los ciclos de depredadores y presas. Antes del descubrimiento de este modelo por Alfred Lotka en 1925 y Vito Volterra en 1926 (uno de esos casos de avance científico simultáneo que hemos comentado), los ecologistas se preguntaban por qué las poblaciones de muchos animales —por ejemplo,

los lemmings noruegos— experimentan ciclos recurrentes de auge y caída. Su hipótesis era que podía deberse a las fluctuaciones climáticas, pero los datos meteorológicos no apoyan esta idea. El descubrimiento de que la interacción poblacional entre depredadores y presas podía generar ciclos de forma «endógena», sin estar impulsada por factores externos, o exógenos, fue una enorme sorpresa. Como ya mencioné en relación con la ley del cuadrado de Lanchester, una de las ventajas de las matemáticas es que pueden darnos una visión puramente lógica de un problema o rompecabezas que intentamos resolver. Las ecuaciones matemáticas, y más recientemente los modelos informáticos, son una muleta intelectual maravillosa.

Cuando empecé a estudiar los procesos dinámicos de la historia humana, creía que la invasión del territorio de los historiadores por parte de un «forastero» encontraría una enorme resistencia. En lugar de llevar a cabo un ataque frontal, por utilizar una metáfora militar, decidí recurrir a una maniobra de flanqueo. Mientras que la gran mayoría de los historiadores se oponían y se oponen decididamente al uso de métodos matemáticos en la historia, los expertos de una serie de disciplinas afines que podrían denominarse en sentido amplio ciencias sociales históricas se mostraron mucho más receptivos a esas ideas. Hacia el año 2000, muchos científicos sociales interesados en la interpretación de la historia se quejaban de las limitaciones que imponía a su investigación el «giro cultural», que negaba el valor o incluso la necesidad de los planteamientos cuantitativos. Estas fluctuaciones del estado de ánimo colectivo son muy típicas de las ciencias sociales. El giro cultural fue una reacción de las jóvenes generaciones de estudiosos contra los planteamientos cuantitativos de moda durante los años setenta, como la cliometría (historia económica cuantitativa) y la arqueología procesual (cuyos partidarios abogaban por una aplicación rigurosa del método científico). Los críticos se impusieron en su momento e

instauraron una nueva ortodoxia, pero ahora les tocaba a ellos recibir las críticas de las generaciones siguientes. La semilla de la cliodinámica cayó, pues, en terreno abonado.

No tardamos mucho en encontrar aliados en la sociología histórica (incluido Jack Goldstone), en la historia ambiental y económica y en la antropología evolutiva. No estábamos necesariamente de acuerdo en cuáles eran los principales factores que explicaban las diversas pautas empíricas que observábamos, pero sí en que las teorías debían apoyarse en modelos y que las predicciones teóricas debían verificarse con datos.

En aquel momento, hacia el año 2010, había un mar de información en el que nadar, gracias a que los historiadores y arqueólogos empezaban a utilizar profusamente los ordenadores, como indicaba el auge de las humanidades digitales. De hecho, andábamos más sobrados que escasos de materiales. Construir grandes teorías era mucho más fácil en la época de Karl Marx, cuando se disponía de tan pocos datos sobre las sociedades históricas (y el eurocentrismo conllevaba que los datos procedieran de sociedades parecidas). Pero la nueva abundancia de datos permitía construir teorías mejores.

Pero ¿cómo acceder a todo ese conocimiento? Algunos de estos conocimientos ya se habían convertido en datos: números ordenados en filas y columnas dentro de hojas de cálculo, que podían descargarse e introducirse en el análisis. Pero incluso esa información digitalizada no estaba exenta de problemas, porque a menudo carecía de lo que los científicos de datos denominan metadatos, o datos sobre datos, que explicaban el significado de las cifras. Por ejemplo, las columnas de la hoja de cálculo podían tener encabezamientos poco informativos como «Var23», «Var24», etc., que hacían referencia a las variables número veintitrés, veinticuatro, etc. Pero ¿qué significaba «Var23»?

Y solo una pequeña parte de los conocimientos estaba digitalizada. La mayor parte estaba dispersa en libros y artículos de revistas académicas, o en la «literatura gris», difícil de conseguir, como los informes de excavaciones arqueológicas. Otra parte se encontraba en las cabezas de algunos expertos. Habría sido estupendo disponer de un robot araña que se metiera en sus cerebros para recoger la información que necesitábamos. Pero eso es ciencia ficción. Así que tuvimos que hacerlo con gran esfuerzo.

El macroscopio histórico de la vida real se llama Seshat: Global History Databank. El proyecto Seshat se puso en marcha en 2011, cuando conocí al antropólogo social Harvey Whitehouse en una reunión. Cuando le comenté a Harvey la idea de crear una base de datos histórica, enseguida vio su gran potencial, y acordamos incorporarla a una solicitud de subvención pública que Harvey estaba ultimando. Tuvimos la suerte de que nos financiaran la propuesta y empezamos a contratar a ayudantes de investigación, expertos y un investigador posdoctoral. El proyecto se amplió con la incorporación de antropólogos, historiadores, arqueólogos y científicos de datos que nos ayudaron con los aspectos técnicos de la creación de la base de datos.

Al principio, nuestra idea era que todos los datos de Seshat fueran recopilados por expertos: historiadores, arqueólogos y otros estudiosos del pasado. Sin embargo, pronto descubrimos que ese planteamiento tenía serios inconvenientes, incluso en el caso de historiadores muy entusiasmados con el proyecto Seshat. Por ejemplo, pedir a los expertos que rellenen cientos de celdas es un desperdicio terrible de sus conocimientos. Para muchas variables, en cuanto se ha establecido un esquema de codificación válido, el 80-90 por ciento de los datos pueden introducirlos correctamente ayudantes de investigación bien formados que trabajen con textos estándar. Así pues, nos dimos cuenta de que el tiempo y el esfuerzo de los expertos es un recurso muy valioso, que debe emplearse

estratégicamente, donde hace falta de verdad: resolviendo problemas de codificación complicados y localizando información difícil de encontrar. Además, solo un experto está capacitado para decidir que no se sabe nada sobre una variable concreta, o sea, que existe una auténtica laguna de conocimientos.

Los encargados de introducir la mayor parte de los datos en Seshat son ayudantes de investigación. Al principio del proyecto, probamos con distintos tipos de ayudantes. Descubrimos que no era viable emplear a estudiantes universitarios eventuales. No tenía sentido invertir varios meses en formarlos, determinar su precisión y eficacia, y luego perderlos para siempre. Por consiguiente, dedicamos más recursos a la contratación a largo plazo de ayudantes dispuestos a trabajar en el proyecto como mínimo un año, y normalmente muchos más. Todos ellos tienen al menos una licenciatura o equivalente, muchos un máster y algunos incluso un doctorado.

El tercer elemento clave en nuestro proceso de recopilación de datos es que a los ayudantes de investigación los supervisa estrictamente un grupo de científicos sociales doctores, entre los que figuran investigadores posdoctorales propios del proyecto Seshat, responsables territoriales (expertos cada uno de ellos en una determinada zona del mundo), coordinadores de variables (que se centran en un conjunto concreto de las variables de Seshat) y directores del proyecto Seshat (que actualmente son tres historiadores, un antropólogo, un arqueólogo y un científico de la complejidad). Su función es formar a los ayudantes, comprobar que sus decisiones de codificación son correctas y garantizar una aplicación coherente de los esquemas de codificación. No sería posible haber generado tantos datos históricos de alta calidad como hemos hecho sin el increíble trabajo de nuestros ayudantes de investigación y la extrema generosidad de

nuestros colaboradores expertos, que aportan de forma desinteresada su tiempo y sus conocimientos en ayuda de nuestro proyecto.

Descubrimos que recogemos los mejores datos cuando los tres grupos (ayudantes, expertos y científicos sociales) trabajan juntos. Cuando empezamos a codificar un determinado «ente político» en Seshat (una sociedad políticamente independiente cuya existencia está delimitada por una fecha de inicio y otra de fin), nos ayudan expertos que nos recomiendan un conjunto de textos estándar y respuestas a preguntas generales. Por ejemplo, ¿qué fechas deberíamos utilizar como fechas de inicio y fin del ente político? A continuación, se indica a los ayudantes que obtengan tantos datos codificados de fuentes estándar como puedan, guiándose por la ley del mínimo esfuerzo. Dicho de otro modo: si no encuentran pronto una respuesta, dejan de investigar el tema y lo añaden a una lista de problemas que deberán resolver más adelante con la ayuda de los expertos. Una vez superada esta fase, volvemos a los expertos con una lista de preguntas que abordan las lagunas de datos y las decisiones de codificación difíciles. También organizamos a menudo talleres especializados que reúnen a miembros del proyecto Seshat con expertos en territorios concretos del mundo (por ejemplo, Egipto o el sudeste asiático) o en variables específicas (por ejemplo, rituales y religión, productividad agrícola).

En resumen, la ampliación del banco de datos de Seshat, y sobre todo la búsqueda de datos para variables difíciles de codificar, es el resultado de la colaboración entre expertos y el personal de Seshat. Este proceso combina los conocimientos especializados de los expertos sobre determinadas sociedades históricas con nuestra experiencia en la plasmación de conocimientos históricos en datos.

Como ya se ha mencionado, definir un esquema de codificación eficaz es una característica clave para que el proyecto Seshat funcione. Si las

definiciones de las variables son vagas o abstractas en exceso, o requieren demasiada interpretación, resulta difícil codificarlas y aumentan las posibilidades de que surjan desacuerdos entre los codificadores. Por ejemplo, al recopilar datos en Seshat, evitamos forzar la información sobre una sociedad pasada en una escala arbitraria (por ejemplo, «calificar la complejidad social de esta sociedad en una escala de 0 a 10»). Antes de recopilar los datos, organizamos un taller, en el que suelen participar expertos, para entender mejor cómo codificar un aspecto concreto que pretendemos introducir en Seshat. En general, se trata de utilizar una variable cuantitativa (por ejemplo, el cálculo del número de habitantes del municipio codificado) o dividir variables complejas en múltiples variables simples que puedan codificarse de forma binaria (por ejemplo, ausente/presente). A continuación, los ayudantes de investigación prueban el esquema de codificación inicial y lo aplican a varios casos de prueba, siempre en contacto con los expertos. Luego se perfecciona el sistema de codificación a partir de las recomendaciones de los expertos y los asesores, y se aplica a toda la muestra. A veces descubrimos que tenemos que ajustar el sistema de codificación cuando ya se ha codificado un número considerable de entes políticos con el sistema antiguo. El paso a una definición mejor provoca cierta pérdida de eficiencia, ya que los ayudantes tienen que volver a codificar los entes políticos ya codificados y recodificarlos con el nuevo sistema. Es un proceso lento, y a veces hay códigos antiguos que se quedan en la base de datos hasta que los encuentran y corrigen.

Antes de utilizar los datos de Seshat en análisis estadísticos, realizamos una comprobación sistemática de la calidad de los datos. La comprobación de cada dato puntual la lleva a cabo un ayudante distinto del que lo introdujo.

Seshat es un ente enorme, complejo y «vivo» que evoluciona constantemente. En un proyecto tan enorme y poliédrico como Seshat, y con una base de datos tan inmensa, es inevitable que existan algunas limitaciones prácticas a la hora de obtener valores o códigos precisos o representativos para variables concretas porque, por ejemplo, un dato en particular se publicó en una fuente poco conocida, o hay nueva información de la que aún no tenemos conocimiento que altera el valor codificado. No esperamos a que termine el proceso de «limpieza», porque no termina nunca. Nuestro planteamiento consiste en ir solucionando los problemas a medida que los descubrimos, mejorando poco a poco la base de datos, pero sabiendo que siempre habrá algunos errores en los datos. Las sugerencias y críticas de otros especialistas son muy útiles en este sentido. Todos nos beneficiamos de sacar a la luz estas cuestiones: el carácter sistemático de Seshat contribuye a precisar estos debates y a identificar dónde radican los desacuerdos, incertidumbres y lagunas de conocimiento. Además, a medida que se disponga de nuevos conocimientos históricos y arqueológicos, nos proponemos incluirlos en Seshat.

CrisisDB

Hasta 2020, el objetivo principal de nuestra recopilación de datos y del análisis estadístico de los datos recogidos era responder a una Gran Pregunta en concreto. A principios del Holoceno, hace unos diez mil años, todos los seres humanos vivían en sociedades pequeñas relativamente igualitarias de cientos o unos pocos miles de personas. En la actualidad, casi todas las personas (con la excepción de algunos grupos indígenas de la Amazonia y otros lugares remotos) viven en sociedades enormes, dos de las

cuales, China y la India, superan los mil millones de habitantes. A mediados del Holoceno surgió una nueva forma de organización política, el Estado, que se ha extendido por todo el mundo. La tecnología se ha vuelto muy compleja y las economías, muy productivas, lo que ha aumentado la calidad de vida de muchas personas. En el lado negativo, el incremento del bienestar no se ha repartido equitativamente, y las sociedades complejas, tanto en el pasado como en el presente, son muy desiguales. La gran pregunta que queríamos responder era: ¿cómo y por qué se produjo esta «gran transformación del Holoceno»? Aunque no puedo afirmar que hayamos respondido a esta pregunta a satisfacción de todos, lo cierto es que hemos avanzado mucho. Numerosas teorías propuestas por científicos sociales contemporáneos, así como por grandes filósofos del pasado, han sido refutadas por los datos que hemos recopilado en Seshat. Al reducirse el abanico de teorías con una base sólida, comprendemos cada vez mejor las fuerzas motrices que transformaron nuestras sociedades en lo que son hoy. [13]

A medida que íbamos concluyendo la recogida de datos necesarios para responder a esta Gran Pregunta concreta, pasamos gradualmente a una nueva Gran Pregunta: ¿por qué en las sociedades complejas estallan periódicamente conflictos? ¿Cuáles son los factores que explican las oleadas recurrentes de inestabilidad interna, descomposición del Estado y guerras civiles? Esta pregunta suele formularse así: ¿por qué se desmoronan las sociedades complejas? En la última década ha surgido toda una nueva disciplina científica, con el nombre muy apropiado de colapsología[14] que pretende responder a esta pregunta. A decir verdad, no estoy muy entusiasmado con este nuevo enfoque. A fin de cuentas, ¿qué es un «colapso»? Como analizo en el capítulo 2, que relata lo que nuestro macroscopio ve en el pasado, el colapso total es solo uno de los posibles

desenlaces de los conflictos sociales. A veces, las guerras civiles, las matanzas y las disfunciones de las infraestructuras productivas, acompañadas de epidemias, destruyen el tejido social, provocan un enorme descenso de la población, la simplificación de las instituciones de gobierno y la pérdida parcial de conocimientos. Pero algunas sociedades del pasado salieron de sus crisis de forma relativamente airosa gracias a la puesta en marcha de una serie de instituciones que controlaron adecuadamente las profundas fuerzas estructurales que las arrastraban hacia el abismo. Y la mayoría de los desenlaces de las crisis se sitúan entre estos dos extremos. ¿Por qué centrarse solo en el colapso? ¿Acaso no nos interesa saber cómo las sociedades lograron evitarlo para poder extraer lecciones de posible relevancia para el momento presente?

Por eso decidimos llamar CrisisDB a una extensión del proyecto Seshat («DB» por las siglas en inglés de «base de datos»). Hemos identificado unos trescientos casos de crisis, que van desde el Neolítico hasta la actualidad y se encuentran en todos los grandes continentes. Nuestro objetivo es poner a prueba las teorías sobre por qué las sociedades entran en crisis. Pero lo que es igual de importante: pretendemos también entender por qué algunas salidas de crisis fueron un auténtico horror, mientras que otras fueron relativamente benignas. ¿Qué hicieron mal los líderes y la gente en los primeros casos? ¿Y qué hicieron bien en el segundo grupo?

La recopilación de datos para CrisisDB sigue el planteamiento que ya hemos perfeccionado para la base de datos Seshat «original». Se trata de un proceso largo y arduo, y aún no hemos terminado. En la actualidad, disponemos de datos fiables sobre un centenar de casos de crisis, es decir, un tercio de los que contendrá la base de datos. Esto nos basta para discernir las principales pautas. Estas «lecciones de la historia» son el tema del capítulo 2.

A3
El enfoque dinámico-estructural

Selecciones interesadas y lechos de Procusto

El objetivo principal de los ejemplos históricos, que he utilizado profusamente en este libro, es ilustrar cómo funcionan los distintos componentes de la teoría cliodinámica de la descomposición y la renovación social. Mi planteamiento es muy diferente del de los libros escritos por historiadores especializados y de los libros escritos por lo que llamaré teóricos aficionados de sillón.

Los relatos de historiadores que han profundizado en una época y una región que conocen mejor que nadie son siempre esclarecedores. Pero ningún experto, por genial que sea, puede dominar más que un número reducido de casos históricos. Así pues, los relatos de los historiadores nos permiten entender en profundidad cómo una sociedad concreta se encaminó hacia una crisis y luego salió de ella, pero no podemos separar las circunstancias especiales, propias del aquí y el ahora, de los principios generales aplicables al allí y entonces. Y necesitamos comprender los principios generales si queremos aplicar las enseñanzas de la historia para ayudar a nuestra propia sociedad a capear las crisis de forma óptima. Al fin y al cabo, cada sociedad es única, y trasladar mecánicamente lo que aprendimos estudiando la crisis de la Baja Edad Media en Francia, o la rebelión Taiping en China, o incluso la guerra de Secesión a la crisis actual de Estados Unidos, o a los conflictos de Francia y Alemania, no va a funcionar. Para aprender de la historia, tenemos que separar los detalles y peculiaridades de los principios generales. Además, necesitamos

comprender de forma general cómo ciertas características especiales de una sociedad interactúan con los mecanismos generales de crisis y renovación. Como ejemplo de esa interacción entre lo general y lo específico, en el capítulo 2 hemos visto que el grado de poligamia entre las élites influye notablemente en el ritmo al que se desarrolla la sobreproducción de élites. Por tanto, nuestra teoría general debe ser capaz de identificar otras características especiales de las sociedades que configuran los ciclos de ruptura/renovación.

Mientras que los relatos de los historiadores a veces son muy instructivos (aunque no puedan ayudarnos con el problema de separar lo general de lo específico), la labor de los teóricos aficionados de sillón suele ser inútil. Estos autores, por lo general, no son historiadores, y a menudo saben muy poco de historia. La ignorancia es liberadora, pero no lo suficiente. Los teóricos aficionados emplean dos «técnicas» para construir sus grandes relatos. La primera es la selección interesada de ejemplos históricos que encajen con sus teorías. La segunda es el lecho de Procusto, que les permite —estirando un poco por aquí, cortando un poco por allá— forzar varios ejemplos históricos para que encajen en los ciclos inamovibles que defienden sus teorías. El 99 por ciento de la «historia cíclica» adolece de uno de esos defectos o de los dos, hasta el punto de que tiendo a evitar la palabra «ciclo» en mis artículos profesionales por las asociaciones tremendamente negativas que conlleva (en su lugar, hablo de «oscilaciones», «dinámicas de auge y caída», etc.).

La cliodinámica es diferente. Reúne el enorme acervo de conocimientos recopilado por los historiadores profesionales y lo utiliza de forma científica objetiva. Queremos saber tanto cuáles son las pautas generales como el grado de variación respecto a las mismas que presentan las distintas sociedades y las distintas épocas históricas. Las ideas teóricas

deben traducirse en modelos dinámicos explícitos para que podamos estar seguros de qué supuestos conducen a qué predicciones. Y estas predicciones se contrastan con los datos. Esto supone mucho trabajo, y ningún individuo es capaz de hacerlo por sí solo. Se necesita una disciplina científica, división del trabajo, ensayo y error constantes, y discrepancias y debates constructivos. Estamos en los albores de esta nueva ciencia de la historia, y aún queda mucho por hacer. Pero los conocimientos que ya ha aportado la cliodinámica, a pesar de lo novedoso de la disciplina, demuestran que la empresa no es inútil. Tenemos que seguir trabajando porque es mucho lo que está en juego. La descomposición social y los enfrentamientos internos matan a personas, destrozan economías y hacen retroceder las conquistas humanas. Debemos comprender con claridad por qué suceden para evitar el ciclo interminable de oleadas recurrentes de inestabilidad y violencia.

La dinámica social como agregado

Cuando los cliodinamistas quieren entender cómo y por qué nuestras sociedades acaban en crisis, y cómo podemos salir de ellas con el menor derramamiento de sangre posible, construyen modelos matemáticos. Estos modelos monitorizan el funcionamiento interno de los sistemas sociales agregando a miríadas de individuos, cada uno de ellos único y con libre albedrío. Muchos historiadores tradicionales y profanos en la materia consideran que este planteamiento es erróneo o incluso les repugna porque parece deshumanizar en cierto modo a las personas de carne y hueso. Sin embargo, si queremos entender la dinámica social y predecir el efecto de posibles soluciones, tenemos que hacerlo así. ¿Por qué? Porque funciona.

Los demógrafos que trabajan para organismos como la Administración de la Seguridad Social (ASS) están obligados a realizar proyecciones sobre cuánto dinero necesitará la ASS el año que viene, a cinco años vista y a más largo plazo. Para ello utilizan modelos que agrupan a las personas en función de su edad y del importe de las cotizaciones que han pagado a la Seguridad Social. Cada individuo es único, pero los modelos demográficos son extraordinariamente precisos a la hora de predecir lo que ocurrirá con la población total de jubilados en el futuro. Cuando te compras un coche, la prima del seguro se calcula en función de tus características genéricas. Si eres un varón de veinte años, prepárate, porque te van a cobrar una prima más alta. Puede ser injusto, porque quizá seas un conductor prudente en extremo, pero si quieres conducir, tienes que pagar. Si te ponen una multa por exceso de velocidad, te subirán la prima. Cada accidente de tráfico es único, pero los actuarios saben muy bien cómo compensar los riesgos a fin de que las compañías de seguros para las que trabajan no quiebren.

Los cliodinamistas utilizan un planteamiento parecido. Sabemos que las personas de un determinado grupo (por ejemplo, los hombres sin título universitario con ingresos en el quinto decil de la distribución salarial) no son todas iguales. Pero los modelos que suponen que sí lo son funcionan, igual que funcionan los modelos demográficos y actuariales.

Por otra parte, no quiero que las ideas y reflexiones que expongo en este libro se limiten a la monitorización de fuerzas sociales impersonales. Toda acción social es la suma de los actos de personas individuales. Y las fuerzas impersonales conforman la vida y las actitudes de los individuos. Queremos comprender tanto a las sociedades como a las personas. ¿Qué podemos hacer, pues?

El planteamiento que elegí para este libro consistió en ir moviendo el foco del relato entre el punto de vista individual y lo que ocurre a nivel

agregado, social. Por eso, los capítulos 3, 4 y 5 comienzan con escenas relativas a un miembro concreto de un estrato social, o clase, sobre el que trata el capítulo. Cada individuo es totalmente ficticio, pero está basado en mis más de cuatro décadas de estudio de la sociedad estadounidense desde dentro (pido disculpas a los lectores no estadounidenses, pero uno tiene que escribir sobre lo que conoce mejor). Por otra parte, no me formé en este país, sino que emigré a Estados Unidos cuando ya tenía veinte años. Pero, a mi juicio, esto es en realidad una ventaja, igual que un xenosociólogo que observa la Tierra desde Alfa Centauri tiene una ventaja analítica sobre los humanos que viven una época de discordia y cuyo criterio a menudo se ve nublado por el partidismo. El lector será en última instancia quien juzgue si he tenido éxito en el empeño.

Estructura y dinámica

Desde el punto de vista de la ciencia de la complejidad, las sociedades humanas son sistemas dinámicos complejos. Los científicos que estudian estos sistemas han desarrollado un conjunto de herramientas teóricas que les permiten comprender cómo funcionan y evolucionan estas sociedades. Esta comprensión proporciona una base para hacer previsiones sobre posibles trayectorias futuras y, lo que es más importante, predecir posibles respuestas sistémicas a diversas intervenciones. La ciencia de la complejidad funciona. Lo sabemos por sus éxitos en la comprensión de sistemas biológicos (como los ecosistemas) y físicos (por ejemplo, el clima de nuestro planeta). El estudio de los sistemas sociales no está tan avanzado como el de los sistemas naturales, pero también en este campo estamos efectuando grandes progresos. En este libro utilizo las herramientas teóricas

desarrolladas por los científicos de la complejidad. ¿Cómo funciona esto en la práctica?

Lo primero que debemos peguntarnos sobre un sistema es cuál es su estructura, su composición interna. Las sociedades no son como los contenedores de gas ideal que tanto les gustan a los físicos estadísticos. A diferencia de las moléculas, cada ser humano es único. Además, todas las personas pertenecen a varios tipos de grupos, que a su vez pueden formar parte de otros grupos más amplios. La sociedad puede considerarse como una agrupación de grupos de grupos. Las personas que pertenecen a un mismo grupo pueden compartir intereses colectivos, lo que convierte a este conjunto de individuos en un grupo de interés. Un grupo de interés concreto en el que se centra este libro son las élites dirigentes, o la «clase dirigente». Se trata de las personas que concentran en sus manos la mayor parte del poder social dentro de un Estado. Son quienes toman las decisiones a nivel de toda la sociedad en asuntos como la guerra y la paz, la política social y económica, la fiscalidad y la redistribución de los recursos y la elaboración y el cumplimiento de las leyes.

La capacidad de los grupos de interés para promover sus intereses colectivos varía. En parte, esto se debe a la cantidad de poder que ejerce por separado cada uno de los individuos que forman parte del grupo. Por ejemplo, en el caso de las élites económicas, nos interesa conocer la riqueza de un individuo (la riqueza es un tipo de poder). En el caso de las élites militares, como la nobleza medieval, nos interesa saber lo bien armados y adiestrados que están esos guerreros, así como el tamaño de sus ejércitos particulares. Pero el poder individual es solo el principio. El poder de un grupo de interés depende fundamentalmente de su cohesión social y su organización política. Si los miembros del grupo trabajan con objetivos contrapuestos, o incluso luchan activamente unos contra otros, por muy

poderosos que sean los individuos, el poder colectivo será nulo. Del mismo modo, toda acción colectiva eficaz requiere una buena organización. Los ejércitos disciplinados y bien estructurados derrotan siempre a la masa desorganizada de guerreros individualmente poderosos. Del mismo modo, gracias a que cuentan con el marco organizativo de la jerarquía empresarial, los jefes tienen una ventaja estructural sobre los trabajadores, a menos que estos se organicen en forma de sindicato. La organización, aunque no lo es todo, es una de las cosas más importantes que hay que conocer para calibrar el poder de un grupo de interés.

Comprender cómo está estructurada una sociedad —cuáles son los distintos grupos de interés y cuánto poder relativo tienen— es el primer paso en este tipo de análisis. La segunda cuestión se refiere a la dinámica. ¿Cómo afecta al cambio del sistema la interacción de los grupos de interés que compiten o cooperan a lo largo del tiempo? ¿Cómo evolucionan los intereses y las capacidades relativas de los grupos? Aquí es donde importa la historia. Para responder a preguntas como «¿Se halla esta sociedad al borde del colapso?», necesitamos comprender cómo ha llegado a la fase actual de fragilidad (o, viceversa, de estabilidad resiliente). ¿Cuáles son las tendencias que afectan a los intereses y niveles de poder de los distintos grupos? ¿Y es probable que experimenten un cambio de tendencia o sigan desarrollándose en la misma dirección?

Este planteamiento estructural-dinámico es bastante habitual en la ciencia de la complejidad y los sistemas. Es una parte importante del repertorio de herramientas de la cliodinámica porque es explícitamente histórico, de ahí la parte dinámica. También nos permite comprender mejor cómo las acciones individuales se filtran hasta el nivel social, porque la acción individual está mediada por los grupos de interés a los que pertenece el individuo.

Hablemos ahora de lo que entiendo por «interés». El planteamiento que sigo es del todo materialista. Parte de la base de que los seres humanos quieren aumentar su bienestar. En pocas palabras, (casi) todo el mundo prefiere tener más dinero. Así, los trabajadores prefieren cobrar salarios más altos, mientras que los empresarios prefieren pagar salarios más bajos. Es un buen punto de partida, pero los seres humanos somos criaturas complicadas y hay mucha heterogeneidad entre nosotros por lo que se refiere a valores y preferencias. Algunas personas valoran más el ocio y otras, el dinero. Algunas están motivadas por intereses puramente materiales, mientras que otras dan más importancia a intangibles como la equidad y la cooperación. Las personas también pueden actuar en contra de sus intereses materiales porque los malinterpretan o porque son víctimas del engaño de los manipuladores. Preguntar a la gente por sus intereses mediante encuestas sociológicas, por ejemplo, no siempre funciona, porque los encuestados suelen mentir sobre sus motivaciones (a veces incluso a sí mismos). La mente del otro es un enigma envuelto en la oscuridad (al menos hasta que aprendamos a leer la mente).

Afortunadamente, muchos de estos problemas desaparecen cuando lo único que necesitamos saber son los intereses del grupo. Es probable que en los grupos lo suficientemente grandes coexista una mezcla de diferentes tipos, con elementos altruistas y antisociales que en su mayoría se anulan entre sí. Los grupos, sobre todo los organizados, también pueden utilizar canales de comunicación interna para acordar objetivos comunes. En consecuencia, los grupos suelen converger en el denominador común de los intereses materiales compartidos.

Sin embargo, los intereses materiales no se limitan al bienestar económico. Los hombres de negocios del Norte de antes de la guerra de Secesión, por ejemplo, vieron aumentar su riqueza, pero carecían de poder

para influir en la política nacional en la dirección que pretendían (esto es, en los aranceles y las infraestructuras). Así pues, los intereses de un grupo pueden incluir dimensiones económicas y políticas, así como militares (preocupación por la seguridad o la dominación) e ideológicas (mantenimiento de la legitimidad y el estatus). Además, un grupo puede centrarse en sus intereses egoístas y cortos de miras, o adoptar una postura más prosocial, con una perspectiva a largo plazo. Por ejemplo, las organizaciones empresariales pueden luchar a muerte contra las exigencias sindicales de salarios más altos o aceptar un compromiso, entendiendo que pagar salarios más altos aumenta el poder adquisitivo de los trabajadores, que es un importante motor del crecimiento económico, lo que en última instancia beneficia a toda la sociedad. Este dilema entre la ventaja egoísta y cortoplacista y el interés general a largo plazo tiene particular trascendencia para las clases dirigentes, cuyo egoísmo puede verse castigado cuando sus entes políticos se desmoronan.

La motivación por inquietudes prosociales es una posible razón por la que los grupos no siempre defienden sus intereses egoístas. Otra razón por la que los grupos actúan a veces en contra de sus intereses es porque se dejan influir por una propaganda eficaz. Encontramos un ejemplo de esto muy discutido, aunque algo controvertido, en *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, en el que Thomas Frank explica por qué los trabajadores estadounidenses han empezado a votar en contra de sus intereses económicos.

Esto me lleva a la última cuestión que debemos resolver: la mentira. Mi postura general al respecto es que, mientras no exista una tecnología para leer la mente, las motivaciones «reales» de las personas son incognoscibles. Una vez más, la mente del otro es un enigma envuelto en la oscuridad. Afortunadamente, la «mente colectiva», el proceso colectivo de toma de

decisiones, sí se puede conocer. Y eso es lo que en realidad nos importa. Las mentes colectivas son el resultado de un debate colectivo y de la elaboración de un consenso, que puede oírse (a diferencia de las mentes ilegibles). Llegar a un programa de acción común suele dejar un rastro material, como actas de reuniones y documentos programáticos. Por supuesto, algunos grupos son muy reservados sobre sus procesos internos de toma de decisiones. En esos casos, denunciantes como Julian Assange y Edward Snowden se vuelven esenciales para un sociólogo del poder.

Cuando carecemos de esa información privilegiada, nos vemos obligados a deducir los planes de un grupo por las consecuencias de sus actos. Sin embargo, desde el punto de vista pragmático, siempre es una buena idea partir de la base de que el grupo persigue los intereses materiales de sus miembros. Quienes afirmen lo contrario —que el grupo se comporta de forma pro-social, en interés de la sociedad en su conjunto o de toda la humanidad— tendrán que hacer un esfuerzo extra para demostrar que no nos están contando un cuento chino. Del mismo modo, cuando se dice que un grupo va en contra de sus intereses porque sus miembros están engañados por la propaganda, también necesitamos pruebas que respalden esta afirmación. Tal vez mi postura le parezca cínica al lector, pero creo que funciona como programa de investigación. Yo no digo que la gente actúe siempre en interés propio (escribí un libro entero sobre el tema, *Ultrasociety*). Pero cuando investigo grupos de interés (y no individuos), y sobre todo los de las élites, es el planteamiento que sigo, como en este libro.

Notas

Prólogo

[1] Sobre el origen de esta cita, véase <https://quoteinvestigator.com/2015/09/16/history/>.

PRIMERA PARTE
La cliodinámica del poder

1. Élites, sobreproducción de élites y el camino hacia la crisis

[1] Cálculos realizados a partir de los datos de 2019 de la Junta de la Reserva Federal de Estados Unidos: un patrimonio neto de 1.219.126 dólares es el umbral para entrar en el 10 por ciento de los estadounidenses más ricos. Véase «Average, Median, Top 1%, and all United States Net Worth Percentiles», DQYDJ, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://dqydj.com/average-median-top-net-worth-percentiles/>.

[2] Cálculos realizados utilizando las estimaciones de riqueza máxima para 2020 de *24/7 Wall St.* y un patrimonio neto mínimo de ~10 millones de dólares. Véase Michael Sauter, Grant Suneson y Samuel Stebbins, «The Net Worth of the American Presidents: Washington to Trump», *24/7 Wall St.*, 2

de marzo de 2020, <https://247wallst.com/special-report/2020/03/02/the-net-worth-of-the-american-presidents-washington-to-trump-3/>.

[3] Jennifer Taylor, «Here's How Much Every Living US President Is Worth: Where Does Biden Rank?», GOBankingRates, 30 de mayo de 2022, <https://www.gobankingrates.com/net-worth/politicians/heres-how-much-every-living-us-president-is-worth/>.

[4] Esta es una versión condensada de la cita real. Véase Andrew Robinson, «Did Einstein really say that?», *Nature*, 557 (2018), p. 30, <https://doi.org/10.1038/d41586-018-05004-4>.

[5] Nótese que utilizo el término «clase» no en el sentido marxista —que lo define según el papel de los individuos en el proceso de producción—, sino en el sentido de un grupo de individuos que posee el mismo estatus socioeconómico y, más importante aún, niveles parecidos de riqueza y formación.

[6] Edward N. Wolff, «Household Wealth Trends in the United States, 1962 to 2019: Median Wealth Rebounds […] but Not Enough», NBER Working Paper n.º 28383, National Bureau of Economic Research, Cambridge (Massachusetts), enero de 2021, <https://www.nber.org/system/files/working_papers/w28383/w28383.pdf>.

[7] Pero no por todos. Véase Kevin Phillips, *Wealth and Democracy: A Political History of the American Rich*, Nueva York, Broadway Books, 2002; Paul Krugman, *The Conscience of a Liberal*, Nueva York, W. W. Norton, 2007 [hay trad. cast.: *Después de Bush: el fin de los «neocons» y la hora de los demócratas*, Barcelona, Crítica, 2008].; y Joseph E. Stiglitz, *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*, Nueva York, W. W. Norton, 2012 [hay trad. cast.: *El precio de la desigualdad: el 1 % de la población tiene lo que el 99 % necesita*, Madrid, Taurus, 2012].

[8] «Election Trends», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/elections-overview/election-trends>.

[9] Entre las décadas de 1970 y 2010, el gasto público estadounidense osciló entre el 19 y el 21 por ciento del PIB. Véase «Federal Net Outlays as Percent of Gross Domestic Product», Economic Research, Federal Reserve Bank of St. Louis, última modificación: 1 de abril de 2022, <https://fred.stlouisfed.org/series /FYONGDA188S>.

[10] Véase la figura 3.4 de *Ages of Discord*. Peter Turchin, *Ages of Discord: A Structural-Demographic Analysis of American History*, Chaplin (Connecticut), Beresta Books, 2016.

[11] Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton, Princeton University Press, 2020. Volveremos sobre el tema en el capítulo 3.

[12] Zachary Crockett, «Donald Trump is the only US president ever with no political or military experience», *Vox*, 23 de enero de 2017, <https://www.vox.com/policy-and-politics/2016/11/11/13587532/donald-trump-no-experience>.

[13] La expresión técnica es «detección de agencia hiperactiva» o «detección de agencia hipersensible»; véase Karen M. Douglas *et al.*, «Someone Is Pulling the Strings: Hypersensitive Agency Detection and Belief in Conspiracy Theories», *Thinking & Reasoning* 22, n.º 1 (2016), pp. 57-77, <https://doi.org/10.1080/13546783.2015.1051586>.

[14] David Barstow, Susanne Craig y Russ Buettner, «Trump Engaged in Suspect Tax Schemes as He Reaped Riches from His Father», *The New York Times*, 2 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/interactive/2018/10/02/us/politics/donald-trump-tax-schemes-fred-trump.html>.

[15] Esta cifra se superó en 2020, cuando veintinueve candidatos notables compitieron por la nominación del Partido Demócrata a las

elecciones presidenciales.

[16] Para un retrato colorido, aunque poco favorecedor, de la campaña de 2016, véase sobre todo el capítulo 2 de Matt Taibbi, *Insane Clown President: Dispatches from the 2016 Circus*, Nueva York, Random House, 2017.

[17] Stephen B. Oates, *Abraham Lincoln: The Man Behind the Myths*, Nueva York, Harper & Row, 1984.

[18] Para un análisis más detallado de las causas de la guerra de Secesión, véase el capítulo 9 de *Ages of Discord*.

[19] David Brion Davis, «Slavery, Emancipation, and Progress», en Donald A. Yerxa, ed., *British Abolitionism and the Question of Moral Progress in History*, Columbia (Carolina del Sur), University of South Carolina Press, 2012, pp. 18-19.

[20] La combinación concreta de fuerzas que impulsaron estos descensos fue diferente, porque la sociedad estadounidense cambió muchísimo durante los ciento cincuenta años posteriores a los que precedieron a la guerra. Dejo para el capítulo 3 el análisis de por qué han disminuido los salarios relativos en las últimas décadas. Los motivos por los que los salarios relativos disminuyeron entre las décadas de 1820 y 1860 se analizan en los capítulos 8 y 9 de *Ages of Discord*. Por resumir, el declive se debió a la sobreoferta de mano de obra resultante de la llegada en masa de inmigrantes de ultramar, a los que debe sumarse la migración de las zonas rurales superpobladas de la Costa Este.

[21] Todas estas tendencias se describen y referencian en mi libro *Ages of Discord* (2016).

[22] Phillips, *Wealth and Democracy*.

[23] El siguiente gran aumento se produjo en 1873, de 243 a 293. Véase George B. Galloway, *History of the House of Representatives*, Nueva York,

Crowell, 1976.

[24] Joanne B. Freeman, «When Congress Was Armed and Dangerous», *The New York Times*, 11 enero de 2011, <https://www.nytimes.com/2011/01/12/opinion/12freeman.html>.

[25] David M. Potter, *The Impending Crisis, 1848-1861*, Nueva York, Harper & Row, 1976.

[26] En 1820, la economía china era con diferencia la mayor del planeta y representaba el 32,9 por ciento del PIB mundial. Véase Angus Maddison, *The World Economy: Historical Statistics*, París, OECD Publishing, 2003.

[27] Georg Orlandi *et al.*, «Structural-Demographic Analysis of the Qing Dynasty (1644-1912) Collapse in China», edición preliminar, entregado el 2 de noviembre de 2022, <https://osf.io/preprints/socarxiv/5awhk/>.

[28] Stephen R. Platt, *Autumn in the Heavenly Kingdom: China, the West, and the Epic Story of the Taiping Civil War*, Nueva York, Vintage Books, 2012.

[29] Platt, *Autumn in the Heavenly Kingdom*, p. 18.

[30] Orlandi *et al.*, «Structural-Demographic Analysis of the Qing Dynasty (1644-1912) Collapse in China».

[31] Platt, *Autumn in the Heavenly Kingdom*, pp. 114-116.

[32] The Armed Conflict Location & Event Data Project (<https://acleddata.com/>) informó de que en los disturbios políticos de 2020 murieron veinticinco estadounidenses.

[33] *MCCA Report on the 2020 Protests and Civil Unrest*, Salt Lake City, Major Cities Chiefs Association, octubre de 2020, <https://majorcitieschiefs.com/wp-content/uploads/2021/01/MCCA-Report-on-the-2020-Protest-and-Civil-Unrest.pdf>.

[34] Thomas Johansmeyer, «How 2020 protests changed insurance forever», Foro Económico Mundial, 22 de febrero de 2021,

<https://www.weforum.org/agenda/2021/02/2020-protests-changed-insurance-forever/>.

2. Algo de perspectiva: lecciones de historia

[1] Daniel Hoyer *et al.*, «How long were periods of internal peace and stability in historical polities? An analysis with CrisisDB», en preparación.

[2] Este aforismo, que formulé en mi libro *War and Peace and War*, parafrasea la frase del historiador Arnold Toynbee sobre las civilizaciones Véase Peter Turchin, *War and Peace and War: The Rise and Fall of Empires*, Nueva York, Plume, 2007.

[3] Abordo esta temática con mucho más detalle en los capítulos 9 y 10 de *War and Peace and War*.

[4] En el sur, las casas nobles de Armagnac y Foix lucharon por el vizcondado de Béarn. En el norte y el este, los barones de las provincias de Picardía y Borgoña se rebelaron contra la fiscalidad real. También en el norte, Roberto de Artois y su tía Mahaut lucharon por el condado de Artois, mientras que en Flandes la nueva burguesía, utilizando al proletariado urbano como tropas de choque, se rebeló contra el viejo patriciado urbano. En el oeste, Bretaña se sumió en una guerra civil entre las facciones de Blois y Montfort cuando su duque, Juan III, murió sin herederos directos.

[5] Esta máxima suele atribuirse a Mark Twain, pero no existen pruebas claras de que la formulara. Véanse las indagaciones de Quote Investigator sobre esta frase en concreto: <https://quoteinvestigator.com/2014/01/12/history-rhymes/>.

[6] La única ciudad que les quedó fue Calais, que los ingleses conservaron durante otro siglo, hasta que acabaron perdiéndola en 1558.

[7] La otra causa de este declive, además de la elevada mortalidad de los nobles, es la movilidad social descendente: los nobles empobrecidos dejaron de pertenecer a la élite y se vieron obligados a integrarse en la plebe. Véase el capítulo 4 de Peter Turchin y Sergey A. Nefedov, *Secular Cycles*, Princeton, Princeton University Press, 2009.

[8] Fernand Braudel, *The Identity of France*, vol. 2, *People and Production*, Nueva York, HarperCollins, 1991, p. 159. [Hay trad. cast.: *Los hombres y las cosas*, vol. 2 de *La identidad de Francia*, Barcelona, GEDISA, 1993].

[9] Para más información, véase «Anglo-French Wars», Wikimedia Foundation, última modificación: 11 de septiembre de 2022, 19.07, <https://en.wikipedia.org/wiki/Anglo-French_Wars>.

[10] El primer ciclo va de 1200 a 1450, aproximadamente; el segundo, de 1450 a 1660; y el tercero, de 1660 a 1770. Para más información sobre estos ciclos, léanse los capítulos 4 y 5 de mi libro *Secular Cycles*.

[11] Concretamente, en 1215-1217, en 1263-1267 y en 1321-1327. Véase la tabla 2.5 de *Secular Cycles*.

[12] Aquí puede leerse un buen resumen del tema: Charlotte Ahlin, «Learn the History That Inspired the Lannisters & Impress All Your Friends», *Bustle*, 4 de diciembre de 2018, <https://www.bustle.com/p/theinspirationforthelannistersfrom-game-of-thrones-came-from-a-number-of-fascinating-historical-figures-13222107>.

[13] La cita procede de Edward Hall, *Chronicle: Containing the History of England, During the Reign of Henry the Fourth and the Succeeding Monarchs, to the End of the Reign of Henry the Eighth*, impresa por primera vez en Londres en 1809.

[14] Véase *Secular Cycles*.

[15] Para más información, véase «Anglo-French Wars», Wikimedia Foundation, última modificación: 11 de septiembre de 2022, 19.07, <https://en.wikipedia.org/wiki/Anglo-French_Wars>.

[16] Véase el capítulo 7 de Peter Turchin, *Historical Dynamics: Why States Rise and Fall*, Princeton, Princeton University Press, 2003. [Hay trad. cast.: *Dinámicas históricas: por qué surgen y caen las civilizaciones y los estados*, Córdoba, Almuzara, 2022].

[17] Sobre la extraordinaria vida de Ibn Jaldún y sus geniales aportaciones a la sociología de la historia, léase el capítulo 4 de *War and Peace and War*.

[18] Kublai y sus sucesores (la dinastía Yuan) gobernaron China y Mongolia. Los sucesores de Chagatai crearon un imperio en el Turquestán y la Transoxania. Hulagu y sus sucesores (los Il-Kanes) gobernaron Persia y Mesopotamia. Por último, la Horda de Oro, gobernada por los descendientes de Jochi, extendió su control sobre las zonas occidentales de la Gran Estepa, así como sobre Rusia.

[19] El lector más aficionado a la historia encontrará a continuación los detalles. En China, la guerra civil entre los sucesores de Kublai estalló en 1328. En la década de 1350 se produjeron numerosas revueltas encabezadas por líderes nativos y, en 1368, uno de estos líderes expulsó a los mongoles e instauró la dinastía Ming.

El Turquestán estuvo unificado hasta 1333-1334, cuando estalló una insurrección dirigida por los nómadas contra el kanato de Chagatai en el Turquestán oriental. Hacia 1350, el poder en Transoxania había pasado a manos de los nobles turcos locales. Tras un periodo de agitación, Timur (más conocido como Tamerlán en Occidente) instauró una nueva dinastía. Timur unificó Transoxania en 1379 y conquistó Persia entre 1383 y 1385. La dinastía timúrida también duró cerca de un siglo. En 1469, Persia

sucumbió a los turcomanos de la Oveja Blanca, mientras que Transoxania se escindió entre ramas enfrentadas de la dinastía timúrida.

La Persia de los Il-Kanes se desintegró en 1335. Tras un periodo de guerra civil, fue conquistada por Timur. Después de que los timúridas perdieran Persia, en 1469, se produjo otro periodo de turbulencias hasta que, al final, en 1501, Persia fue unificada por una dinastía autóctona, los safávidas.

Los acontecimientos siguieron un curso parecido en la estepa euroasiática occidental. La hegemonía de los descendientes de Jochi terminó en 1359, cuando la Horda de Oro cayó en la anarquía. Tras un periodo de guerra civil, la Horda de Oro experimentó un renacimiento con Timur Qutlugh. En 1399, Timur Qutlugh obtuvo una victoria sobre los lituanos, a los que empujó hacia el oeste, y reafirmó su dominio sobre Rusia. A mediados del siglo XV, sin embargo, la renacida Horda de Oro comenzó a desintegrarse de nuevo. El primero en escindirse fue el kanato de Crimea, en 1443. Le siguieron los kanatos de Kazán y Astracán (en 1445 y 1466, respectivamente).

[20] Véase Veritasium, «The Surprising Secret of Synchronization», 31 de marzo de 2021, vídeo de YouTube, 20:57, <https://www.youtube.com/watch?v=t-_VPRCtiUg>.

[21] Véase Peter Turchin, «Modeling Periodic Waves of Integration in the AfroEurasian World-System», en George Modelski, Tessaleno Devezas y William R. Thompson, eds., *Globalization as Evolutionary Process*, Londres, Routledge, 2007, pp. 163-191.

[22] La cronología que sigue está tomada de «Arab Spring», Wikimedia Foundation, última modificación: 4 de octubre de 2022, 05:37, <https://en.wikipedia.org/wiki/Arab_Spring>.

[23] Por citar a Mao.

[24] Véase Leonid Grinin and Andrey Korotayev, «The Arab Spring: Causes, Conditions and Driving Forces», en Jack A. Goldstone, Leonid Grinin y Andrey Korotayev, eds., *Handbook of Revolutions in the 21st Century: The New Waves of Revolutions, and the Causes and Effects of Disruptive Political Change*, Cham (Suiza), Springer, 2022, pp. 595-624, <https://doi.org/10.1007/978-3-030-86468-2>.

[25] Para más información, véase «Revolutions of 1848», Wikimedia Foundation, última modificación: 23 de septiembre de 2022, 10.12, <https://en.wikipedia.org/wiki/Revolutions_of_1848#Events_by_country_or_region>.

SEGUNDA PARTE

Los motores de la inestabilidad

3. El hartazgo de las masas

[1] Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class*, Londres, Bloomsbury, 2011. [Hay trad. cast.: *El precariado: una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012].

[2] Como dice un post de la página web de Steven Pinker: «¿Se está desmoronando realmente el mundo? ¿Está obsoleto el ideal de progreso? En esta elegante evaluación de la condición humana en el tercer milenio, el científico cognitivo e intelectual mediático Steven Pinker nos insta a alejarnos de los titulares sangrientos y las profecías catastrofistas, que juegan con nuestros prejuicios psicológicos, para dejarnos guiar por los datos: en 75 gráficos asombrosos, Pinker demuestra que la vida, la salud, la prosperidad, la seguridad, la paz, el conocimiento y la felicidad van en

aumento, no solo en Occidente, sino en todo el mundo. Este progreso no es el resultado de ninguna fuerza cósmica. Es un don de la Ilustración: la convicción de que la razón y la ciencia pueden contribuir a la prosperidad del género humano». Véase Steven Pinker, «Enlightenment Now: The Case for Reason, Science, Humanism y Progress», última actualización el 22 de abril de 2022, <https://stevenpinker.com/publications/enlightenment-now-case-reason-science-humanism-and-progress>.

[3] Max Roser, «Extreme poverty: how far have we come, how far do we still have to go?», Our World in Data, 22 de noviembre de 2021, <https://ourworldindata.org/extreme-poverty-in-brief>.

[4] Michael J. Boskin, «The best solution for inequality: economic growth», Foro Económico Mundial, 13 de diciembre de 2019, <https://www.weforum.org/agenda/2019/12/economic-growth-is-the-answer>.

[5] «Historical Income Tables: Households», United States Census Bureau, última actualización: 18 de agosto de 2022, <https://www.census.gov/data/tables/time-series/demo/income-poverty/historical-income-households.html>.

[6] Tonya Garcia, «CEO average pay climbed more than $1 million in 2016», MarketWatch, 13 de abril de 2017, <https://www.marketwatch.com/story/ceo-average-pay-climbed-more-than-1-million-in-2016-2017-04-12>.

[7] «State of Working America Data Library», Economic Policy Institute, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.epi.org/data/>.

[8] Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton, Princeton University Press, 2020. [Hay trad. cast.: *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*, Barcelona, Deusto, 2020].

[9] Todas las estadísticas de este apartado proceden de «State of Working America Data Library», Economic Policy Institute.

[10] En una categoría, la de las mujeres blancas, los salarios de los titulados no universitarios no disminuyeron en términos absolutos.

[11] John Komlos, «Growth of Welfare and Its Distribution in the U.S., 1979-2013», *Journal of Income Distribution*, 28, n.º 1 (2019), pp. 1-19, <https://doi.org/10.25071/1874-6322.40399>.

[12] Véase el capítulo 3 de *Ages of Discord*.

[13] John Komlos y Marieluise Baur, «From the Tallest to (One of) the Fattest: The Enigmatic Fate of the American Population in the 20th Century», edición preliminar, entregado el 14 de septiembre de 2003, <https://doi.org/10.2139/ssrn.444501>.

[14] Véanse la figura 11.1 y el comentario correspondiente en el capítulo 11 de *Ages of Discord*.

[15] Robert William Fogel, *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100: Europe, America, and the Third World*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004. [Hay trad. cast.: *Escapar del hambre y la muerte prematura, 1700-2100: Europa, América y el tercer mundo*, Madrid, Alianza, 2009].

[16] Véase la figura 3.5 de *Ages of Discord*.

[17] Case y Deaton, *Deaths of Despair*, pp. 752-760.

[18] John Komlos, *Foundations of Real-World Economics*, Nueva York, Routledge, 2023.

[19] Case y Deaton, *Deaths of Despair*, figuras 5.1 y 5.2.

[20] *Ibid*., figura 5.1.

[21] *Ibid*., figura 4.1.

[22] Véase Komlos, *Foundations of Real-World Economics*.

[23] El siguiente relato es un resumen del capítulo 12 de *Ages of Discord*.

[24] Véanse la tabla 7.1 y la figura 7.1, junto con el comentario correspondiente, en *Ages of Discord*, donde se explica la base empírica de esta periodización.

[25] Como los conservadores de la Asociación Nacional de Fabricantes. Roosevelt también tuvo que lidiar con el antagonismo del Tribunal Supremo. Para un análisis de las diferentes facciones de la élite durante el New Deal, véase G. William Domhoff y Michael J. Webber, *Class and Power in the New Deal: Corporate Moderates, Southern Democrats and the Liberal-Labor Coalition*, Stanford, Stanford University Press, 2011.

[26] Volveré sobre este punto en el capítulo 6, donde hablo de la «Gran Compresión»; para más detalles, véase el capítulo 4 de *Ages of Discord*.

[27] Robert D. Putnam, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster, 2000. [Hay trad. cast.: *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002].

[28] Véase Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Businessmen's Crusade Against the New Deal*, Nueva York, W. W. Norton, 2009.

[29] Véase George J. Borjas, *We Wanted Workers: Unraveling the Immigration Narrative*, Nueva York, W. W. Norton, 2016.

[30] *Ages of Discord*, capítulo 12.

[31] Véase el comentario en el apartado sobre la modelización del exceso de mano de obra y el bienestar general en el capítulo 12 de *Ages of Discord*.

[32] Anna Stansbury y Lawrence Summers, «Declining Worker Power and American Economic Performance», comunicación presentada en la BPEA Conference, 19 de marzo de 2020, <https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2020/03/stansbury-summers-conference-draft.pdf>.

[33] Lawrence Mishel y Josh Bivens, «Identifying the policy levers generating wage suppression and wage inequality», Economic Policy

Institute, 13 de mayo de 2021, <https://www.epi.org/unequalpower/publications/wage-suppression-inequality/>.

[34] Noam Scheiber, «Middle-class Pay Lost Pace. Is Washington to Blame?», *The New York Times*, 13 de mayo de 2021, <https://www.nytimes.com/2021/05/13/business/economy/middle-class-pay.html>.

[35] Véase Putnam, *Bowling Alone*.

[36] Véase David G. Blanchflower y Andrew J. Oswald, «Trends in Extreme Distress in the United States, 1993-2019», *American Journal of Public Health*, 110, n.º 10 (2020), pp. 1538-1544, <https://doi.org/10.2105/ajph.2020.305811>. Estos autores se centraron en la pregunta: «Si piensa en su salud mental, incluyendo estrés, depresión y problemas emocionales, ¿durante cuántos de los últimos treinta días su salud mental no ha sido buena?» y definieron la «angustia extrema» como la proporción de encuestados que dieron la respuesta con la cifra más alta posible, es decir, treinta días.

[37] George Ward *et al.*, «(Un)Happiness and Voting in U.S. Presidential Elections», *Journal of Personality and Social Psychology*, 120, n.º 2 (2021), pp. 370-383, <https://doi.org/10.1037/pspi0000249>.

[38] Citado en Case y Deaton, *Deaths of Despair*, pp. 54-55.

[39] De *Las doce sillas*, una novela soviética muy popular. La frase es una parodia de un dicho de Karl Marx: «La emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos».

[40] Nick Hanauer, «The Pitchforks Are Coming […] for Us Plutocrats», *Politico Magazine*, julio/agosto de 2014, <https://www.politico.com/magazine/story/2014/06/the-pitchforks-are-coming-for-us-plutocrats-108014/>.

4. Las tropas revolucionarias

[1] Claudia Goldin, «Enrollment in institutions of higher education, by sex, enrollment status, and type of institution: 1869-1995», tabla Bc523-536, en Susan B. Carter *et al.*, eds., *Historical Statistics of the United States, Earliest Times to the Present: Millennial Edition*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006, <http://dx.doi.org/10.1017/ISBN-9780511132971.Bc510-736>.

[2] US Department of Education, Institute of Education Sciences, «Immediate College Enrollment Rate», National Center for Education Statistics, última actualización: mayo de 2022, <https://nces.ed.gov/programs/coe/indicator/cpa>.

[3] Noah Smith, «America Is Pumping Out Too Many Ph.D.s», Bloomberg, 4 de enero de 2021, <https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2021-01-04/america-is-pumping-out-too-many-ph-d-s>.

[4] Guy Standing, «Meet the precariat, the new global class fuelling the rise of populism», Foro Económico Mundial, 9 de noviembre de 2016, <https://www.weforum.org/agenda/2016/11/precariat-global-class-rise-of-populism/>.

[5] Este comentario se basa en los datos de *Ages of Discord* acerca de la sobreproducción de élites (capítulos 4 y 13). Véanse sobre todo las figuras 4.4 y 13.4. Véase asimismo «Salary Distribution Curves», NALP, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.nalp.org/salarydistrib>.

[6] David Callahan, *The Cheating Culture: Why More Americans Are Doing Wrong to Get Ahead*, Boston, Mariner Books, 2004, p. 211.

[7] Associated Press, «College bribery scandal: students sue elite schools in class action», *The Guardian*, 14 de marzo de 2019, <https://www.theguardian.com/us-news/2019/mar/14/college-admisisons-scandal-fraud-lawsuit-yale-usc-stanford>.

[8] Jack A. Goldstone, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press, 1991; Turchin, *Historical Dynamics*; Andrey Korotayev *et al*., «A Trap at the Escape from the TrapDemographic-Structural Factors of Political Instability in Modern Africa and West Asia», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural Evolution*, 2, n.º 2 (2011), pp. 276-303, <https://doi.org/10.21237/c7clio22217>.

[9] Véase Goldstone, *Revolution and Rebellion*.

[10] *Ibid*., p. 417.

[11] *Ibid*., p. 417.

[12] *Ibid*., p. 420.

[13] Keith T. Poole y Howard Rosenthal, «The Polarization of American Politics», *The Journal of Politics*, 46, n.º 4 (1984), pp. 1061-1079, <https://doi.org/10.2307/2131242>; Keith T. Poole y Howard Rosenthal, *Congress: A Political-Economic History of Roll Call Voting*, Oxford, Oxford University Press, 2000; Nolan McCarty, Keith T. Poole y Howard Rosenthal, *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 2006.

[14] Véase el capítulo 4, sobre todo la figura 4.8a, de *Ages of Discord*.

[15] Véase también «Radical Politics», Wikimedia Foundation, última modificación: 31 de agosto de 2022, 17.44, <https://en.wikipedia.org/wiki/Radical_politics>.

[16] Calculado a partir de los datos del Pew Research Center, que indican que en 2020 el 61 por ciento de los votantes con un nivel de estudios más

alto votaron a Biden y el 37 por ciento, a Trump. Entre los votantes jóvenes (de dieciocho a veintinueve años), el 59 por ciento votó a los demócratas y el 35 por ciento, a los republicanos. Muy someramente, podemos calcular que la proporción de jóvenes y de votantes con mayor nivel educativo (que equivaldría a los estudiantes universitarios) que votaron a Biden fue de 1 – (1 – 0,61) (1 – 0,59) = 0,84. Véase Ruth Igielnik, Scott Keeter y Hannah Hartig, «Behind Biden's 2020 Victory», Pew Research Center, 30 de junio de 2021, <https://www.pewresearch.org/politics/2021/06/30/behind-bidens-2020-victory/>.

[17] Gwynn Guilford y Nikhil Sonnad, «What Steve Bannon really wants», *Quartz*, 3 de febrero de 2017, <https://qz.com/898134/what-steve-bannon-really-wants/>.

[18] Steven Greenhouse, «Bernie Sanders says Democrats are failing: "The party has turned its back on the working class"», *The Guardian*, 10 de enero de 2022, <https://www.theguardian.com/us-news/2022/jan/10/berniesanders-democrats-failing-working-class-interview>.

[19] Recuperó su cuenta particular de Twitter en noviembre de 2022 y su cuenta como congresista sigue activa.

[20] Mis fuentes son *Days of Rage* y *An American Radical*: Bryan Burrough, *Days of Rage: America's Radical Underground, the FBI, and the Forgotten Age of Revolutionary Violence*, Nueva York, Penguin Books, 2016; Susan Rosenberg, *An American Radical: Political Prisoner in My Own Country*, Nueva York, Citadel Press, 2011.

[21] Al principio seguía al anarquista Mijaíl Bakunin, pero más tarde se convirtió al marxismo.

5. La clase dirigente

[1] Esta opinión —que Estados Unidos es una plutocracia— la comparten varios intelectuales influyentes, como Paul Krugman, Joseph Stiglitz, Kevin Phillips y Chrystia Freeland. En este mismo capítulo, pero más adelante, analizaré la base empírica de esta afirmación, derivada de los trabajos de Martin Gilens y Benjamin Page.

[2] Esta famosa ocurrencia se debe al politólogo estadounidense Charles Tilly. Nuestro análisis a partir de la base de datos de historia global Seshat, que compara todas las teorías principales sobre la evolución de las sociedades complejas, indica que la guerra es el principal motor de la complejidad social, junto con la agricultura. Véase Peter Turchin *et al.*, «Disentangling the Evolutionary Drivers of Social Complexity: A Comprehensive Test of Hypotheses», *Science Advances*, 8, n.º 25 (2022), <https://doi.org/10.1126/sciadv.abn3517>. Este tema se analiza con más detalle en mi próximo libro, *The Great Holocene Transformation*.

[3] Hablo de este proceso en mi libro *Ultrasociety*: *How 10,000 Years of War Made Humans the Greatest Cooperators on Earth*, Chaplin (Connecticut), Beresta Books, 2016.

[4] Turchin *et al.*, «Disentangling the Evolutionary Drivers of Social Complexity». El tema se analiza con más detalle en mi próximo libro, *The Great Holocene Transformation*.

[5] Véase también «2011 Egyptian revolution», Wikimedia Foundation, última modificación: 2 de octubre de 2022, 12:50, <https://en.wikipedia.org/wiki/2011_Egyptian_revolution>.

[6] Andrey Korotayev y Julia Zinkina, «Egyptian Revolution: A Demographic Structural Analysis», *Entelequia*, 13 (2011), pp. 139-169; Andrey Korotayev y L. Isaev, «The Anatomy of the Egyptian Counter-

revolution», *Mirovaya Ekonomika i Mezhdunarodnye Otnosheniya*, 8 (2014), pp. 91-100.

[7] Datos del Banco Mundial sobre escolarización: <https://data.worldbank.org/indicator/SE.TER.ENRR-end=2018&locations=EG&start=1971&view=chart>.

[8] James Palmer, «Xi's Prosperity Gospel», China Brief, *Foreign Policy*, 25 de agosto de 2021, <https://foreignpolicy.com/2021/08/25/china-xi-jinping-common-prosperity-billionaires/>.

[9] Puede encontrarse información más detallada en el capítulo 9 de *Ages of Discord*.

[10] Phillips, *Wealth and Democracy*, pp. 34-36.

[11] Philip H. Burch, *The Civil War to the New Deal* (vol. 2 de *Elites in American History*), Nueva York, Holmes & Meier, 1981, p. 47.

[12] Charles A. Beard y Mary R. Beard, *The Rise of American Civilization*, Nueva York, Macmillan, 1927, p. 110.

[13] Gabriel Kolko aporta varias citas: «La competencia ciega y sin restricciones, llevada a su conclusión lógica, supone la muerte de algunos de los combatientes y heridas para todos los demás»; «La competencia sin restricciones había demostrado ser un espejismo engañoso y sus víctimas luchaban en todas partes para encontrar algún medio de escapar de los peligros de su entorno. En esta difícil situación, nada más natural que surgiera la idea de la cooperación racional en lugar de la competencia sin cuartel». Véase Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History, 1900-1916,* Nueva York, Free Press, 1963, pp. 13-14.

[14] «Editorial Comment», *The Bankers' Magazine*, 1901, pp. 497-514.

[15] G. William Domhoff, *Who Rules America? Power, Politics and Social Change*, Nueva York, McGraw-Hill, 2006[5].

[16] Véanse también E. Digby Baltzell, *Philadelphia Gentlemen: The Making of a National Upper Class*, Piscataway (New Jersey), Transaction Publishers, 1989; y E. Digby Baltzell, *The Protestant Establishment Revisited*, Nuevo Brunswick (New Jersey), Transaction Publishers, 1991.

[17] El artículo de la Wikipedia ofrece varias citas: «Plutocracy», Wikimedia Foundation, última modificación: 13 de septiembre de 2022, 19.49, <https://en.wikipedia.org/wiki/Plutocracy>.

[18] Esta imagen se parece a la teoría de las clases dominantes que formuló el sociólogo G. William Domhoff en una serie de influyentes publicaciones, entre las que destaca el libro *Who Rules America* (cuya primera edición data de 1967; en 2022 el libro alcanzó la octava). Al igual que el mío, el análisis de Domhoff se enmarca dentro de la teoría de las cuatro redes del poder o, como he explicado en el capítulo 1, las cuatro fuentes del poder social. Sin embargo, como argumentaré más adelante en este libro, la élite económica (o sea, el 1 por ciento) gobierna en coalición con los miembros más destacados de la clase titulada (el 10 por ciento).

[19] «Lobbying Data Summary», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/federal-lobbying/summary>.

[20] «Industries», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/federal-lobbying/industries>.

[21] Una vez más, sigo las ideas de Domhoff en *Who Rules America?*

[22] Véase asimismo «Martha Mitchell effect», Wikimedia Foundation, última modificación: 4 de agosto de 2022, 13.56, <https://en.wikipedia.org/wiki/Martha_Mitchell_efft>.

[23] «Bueno, por desgracia [...] los jueces están en el ajo, al igual que los políticos. Los chinos comunistas han subvertido la nación, se han apoderado de ella de arriba a abajo junto con los globalistas». Véase Banned.Video, «Oath Keeper Stewart Rhodes—“We’re already at war,

Trump needs to be a wartime president right now”», BitChute, 13 de diciembre de 2020, vídeo, 0:24, <https://www.bitchute.com/video/w7ut83CCvRby>.

[24] Trudy Ring, «Maddow: Russians May Be Controlling Our Government», *Advocate*, 10 de marzo de 2017, <https://www.advocate.com/politics/2017/3/10/maddow-russians-may-be-controlling-our-government>.

[25] Véase también G. William Domhoff, «There Are No Conspiracies», *Who Rules America?*, marzo de 2005, <https://whorulesamerica.ucsc.edu/theory/conspiracy.html>.

[26] «Our Vision and Mission: Inform, Empower & Advocate», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/about/>.

[27] «Power Elite Database», *Who Rules America?*, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://whorulesamerica.ucsc.edu/power_elite/>.

[28] Martin Gilens y Benjamin I. Page, «Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups y Average Citizens», *Perspectives on Politics*, 12, n.º 3 (2014), pp. 564-581, <https://doi.org/10.1017/s1537592714001595>.

[29] Véase Michael J. Graetz y Ian Shapiro*, Death by a Thousand Cuts: The Fight over Taxing Inherited Wealth*, Princeton, Princeton University Press, 2006.

[30] Como es habitual en el mundo académico, el artículo de 2014 de Gilens y Page fue objeto de críticas, resumidas por Dylan Matthews en «Remember that study saying America is an oligarchy? 3 rebuttals say it’s wrong», *Vox*, 9 de mayo de 2016, <https://www.vox.com/2016/5/9/11502464/gilens-page-oligarchy-study>. Gilens y Page respondieron a las críticas con un artículo en el *Washington*

Post («Critics argued with our analysis of U.S. political inequality. Here are 5 ways they're wrong»), 23 de mayo de 2016, <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/05/23/critics-challenge-our-portrait-of-americas-political-inequality-heres-5-ways-they-are-wrong/>). Más recientemente, las discusiones sobre aspectos técnicos han cedido su lugar a una serie de artículos de distintas temáticas que coinciden con la tesis de Gilens y Page y presentan nuevas pruebas de que la política estadounidense está dominada por los extremadamente ricos.

[31] «Nearly three-fourths (71%) of Americans say it is "unacceptable" for people to illegally immigrate to the U.S». Véase Emily Ekins y David Kemp, «*E Pluribus Unum*: Findings from the Cato Institute 2021 Immigration and Identity National Survey», Cato Institute, 27 de abril de 2021, <https://www.cato.org/survey-reports/e-pluribus-unum-findings-cato-institute-2021-immigration-identity-national-survey>.

[32] Angela Nagle, «The Left Case Against Open Borders», *American Affairs*, 2, n.º 4 (2018), <https://americanaffairsjournal.org/2018/11/the-left-case-against-open-borders/>.

[33] Véase el capítulo 12 de *Ages of Discord*.

[34] Debo reconocer que la cuestión de si la inmigración presiona a la baja o no los salarios de los trabajadores del país es un tema muy polémico en economía. George Borjas y sus colegas calculan que la elasticidad salarial de la inmigración se sitúa entre -0,3 y -0,4. Dicho de otro modo, cuando el número de inmigrantes aumenta un 10 por ciento, los salarios de los trabajadores del país disminuyen entre un 3 y un 4 por ciento. David Card y sus colegas, en cambio, calculan que el efecto es mucho menor o incluso nulo. Véase Alan de Brauw, «Does Immigration Reduce Wages?», *Cato Journal*, Fall 2017, <https://www.cato.org/cato-journal/fall-2017/does-

immigration-reduce-wages#>. El consenso actual parece ser que la verdad se encuentra en algún punto intermedio entre ambos extremos. En otras palabras, un aumento del 10 por ciento de la inmigración provoca una caída de los salarios de un 2 por ciento. El debate es muy técnico, porque pequeñas variaciones en la forma de analizar los datos dan lugar a grandes cambios en la magnitud de los efectos estimados. Los defensores de la inmigración suelen hacer una lectura selectiva de la bibliografía existente para insistir en que no influye. Un artículo que se cita a menudo en apoyo de su no influencia es el de un coautor de David Card, Giovanni Peri («Do immigrant workers depress the wages of native workers?», *IZA World of Labor*, mayo de 2014, <https://doi.org/10.15185/izawol.42>). Basándose en veintisiete estudios empíricos, Peri concluye que «la mayoría de los estudios para los países industrializados no han encontrado ningún efecto en los salarios, por término medio, y solo efectos reducidos en las diferencias salariales entre los trabajadores inmigrantes y nativos más y menos formados». Sin embargo, su análisis no distingue entre países con instituciones laborales sólidas, como Dinamarca, y países con instituciones laborales débiles o inexistentes, como Estados Unidos. En su lista de razones «por las que los inmigrantes NO pueden presionar a la baja los salarios de los trabajadores de un país», ni siquiera incluye el efecto restrictivo de las instituciones laborales sobre los descensos de salarios resultantes del exceso de oferta de mano de obra. La mayoría de los mecanismos que enumera funcionan a largo plazo. Así, cabe esperar que un *shock* inmigratorio puntual produzca efectos positivos en un plazo de cinco a diez años. Pero cuando la inmigración elevada se prolonga durante décadas, los efectos negativos a corto plazo se convierten básicamente en efectos a largo plazo. En resumen, hay mucha incertidumbre sobre esta cuestión, en gran parte porque, como recalco a lo largo del libro, la

inmigración es solo una de las fuerzas que afectan a los salarios y probablemente ni siquiera la principal (véase el capítulo 3). Es probable que la deslocalización de la producción y la automatización sean factores más importantes. En otro orden de cosas, la cuestión de si la inmigración presiona a la baja los salarios en realidad quizá ni siquiera sea la más importante. Tanto el 1 por ciento más rico como la clase trabajadora creen que sí, lo que crea su propia «realidad social». Y una última reflexión: cuando los representantes de la clase dominante en los medios de comunicación y en los laboratorios de ideas también dominantes remiten a los análisis abstrusos de los economistas (que a su vez forman parte de la clase dominante, el 10 por ciento titulado), no convencen en absoluto a la gente de a pie, que sabe «en el fondo del fondo» que el aumento de la competencia de los inmigrantes mina su bienestar económico. La mejor forma que tiene la clase dominante de demostrar a la clase trabajadora que la inmigración no les baja los salarios es hacer que los salarios medianos vuelvan a crecer, como antes de la oleada de inmigración moderna, al mismo ritmo que aumenta el PIB per cápita (y la productividad de los trabajadores).

[35] Citado en Kitty Calavita, *U.S. Immigration Law and the Control of Labor: 1820-1924*, Londres, Academic Press, 1984, p. 49.

6. ¿Por qué Estados Unidos es una plutocracia?

[1] El siguiente análisis combina ideas de G. William Domhoff, Charles Tilly y el sociólogo Michael Mann.

[2] Sobre la «revolución militar» del siglo XV y otras revoluciones militares anteriores, véase mi próximo libro, *The Great Holocene*

Transformation.

[3] Por eso sería más adecuado denominar a la revolución militar que se produjo en torno a 1500 la «revolución de las cañoneras». Véase Peter Turchin, «A Theory for Formation of Large Empires», *Journal of Global History*, 4, n.º 2 (2009), pp. 191-217, <https://doi.org/10.1017/s174002280900312x>.

[4] La expresión procede de la *Filípica quinta* de Cicerón, que puede leerse en traducción al inglés en el Project Gutenberg: <https://www.gutenberg.org/files/11080/11080-8.txt>. [Hay trad. cast. descargable en línea en <http://ru.juridicas.unam.mx/xmlui/handle/123456789/9743>].

[5] Debo a Nina Witoszek estos detalles sobre los orígenes del modelo escandinavo.

[6] Heather Cox Richardson, *How the South Won the Civil War: Oligarchy, Democracy, and the Continuing Fight for the Soul of America*, Nueva York, Oxford University Press, 2020.

[7] Heather McGhee, *The Sum of Us: What Racism Costs Everyone and How We Can Prosper Together,* Nueva York, One World, 2021.

[8] Thomas Frank*, The People, No: A Brief History of Anti-Populism*, Nueva York, Metropolitan Books, 2020. Los incisos incluidos entre paréntesis en esta cita son las interjecciones de King al pronunciar el discurso. [«Jim Crow» es un término peyorativo empleado a partir de mediados del siglo XIX para referirse a los afroamericanos, que luego pasó a designar cualquier ley o institución relacionada con la segregación racial en Estados Unidos. *Crow* significa literalmente «cuervo»; de ahí el juego de palabras que hace Martin Luther King en su discurso al referirse a Jim Crow como un «ave psicológica» que, como los cuervos, habla y no resulta apetecible como manjar (*N. del T.*)]

[9] Patriotic Millionaires, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://patrioticmillionaires.org>/.

[10] Más detalles en el capítulo 10 de *Ages of Discord*.

[11] Douglas Fraser, *Resignation Letter from the Labor-Management Group*, 17 de julio de 1978, <https://www.historyisaweapon.com/defcon1/fraserresign.html>. [Hay trad. cast.: «Carta de dimisión de Douglas Fraser del Labor-Management Group», *Nuestra Historia*, n.º 4, 2017, pp. 144-148, <https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2017/12/nh4_2017_a4_dfraser.pdf >].

[12] Domhoff y Webber, *Class and Power in the New Deal*.

[13] Phillips, *Wealth and Democracy*.

[14] Véase el capítulo 4 de *Ages of Discord*.

[15] Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *El capital en el siglo XXI*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2014].

[16] Walter Scheidel, *The Great Leveler: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press, 2018. [Hay trad. cast.: *El gran nivelador: violencia e historia de la desigualdad desde la Edad de Piedra hasta el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2018].

[17] Para las fuentes de estas citas, véase el capítulo 12 de *Ages of Discord*.

[18] La familia Morozov era la quinta más rica de Rusia hacia 1900.

[19] Lizunov, V. S., «Orígenes», en *El pasado pasa ante mí* [en ruso], Orekhovo-Zuyevo, Bogorodsk-Noginsk, 2007, <https://www.bogorodsk-noginsk.ru/articles/24_lizunov1.html>.

TERCERA PARTE

Crisis y secuelas

7. La desintegración del Estado

[1] Para saber cómo ejercía el poder Huseín, véase *War and Peace and War*.

[2] Peter Turchin, «Building nations after conflict», *Nature*, 453 (2008), pp. 986-987, <https://doi.org/10.1038/453986a>.

[3] Véase también «Fall of Kabul (2021)», Wikimedia Foundation, última modificación: 3 de octubre de 2022, 18:20, <https://en.wikipedia.org/wiki/Fall_of_Kabul_(2021)#Capture_of_Kabul>.

[4] Para más detalles, véase *Secular Cycles*.

[5] Robert C. Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

[6] Sin embargo, en sus últimas décadas, la Unión Soviética tardía había generado su propia forma de sobreproducción de élites; en concreto, una sobreproducción de «*intelliguentsia* técnica», personas con títulos de ingeniería.

[7] Esto no tiene nada que ver con la ciencia ficticia de la historia de Asimov.

[8] Hugh Trevor-Roper, «Re-inventing Hitler», *The Sunday Times*, 18 de febrero de 1973.

[9] Jack A. Goldstone *et al.*, «A Global Model for Forecasting Political Instability», *American Journal of Political Science*, 54, n.º 1 (2010), pp. 190-208, <https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2009.00426.x>.

[10] Para una crítica del proyecto, véase Zach Jones, «An Analysis of Polity IV and Its Components», <http://zmjones.com/polity/>.

[11] Polity IV ha sido sustituido por la siguiente iteración, el proyecto Polity5. Véase «The Polity Project», Center for Systemic Peace, <http://www.systemicpeace.org/polityproject.html>. Obsérvese, además, que ahora los países con puntuaciones Polity entre -5 y 5 se adscriben a la categoría de «anocracias».

[12] Goldstone *et al.*, «A Global Model», p. 196.

[13] Barbara F. Walter, *How Civil Wars Start: And How to Stop Them*, Nueva York, Crown, 2022, pp. 127-128. Véase también Jonathan Haidt, «Why the Past 10 Years of American Life Have Been Uniquely Stupid», *The Atlantic*, 11 de abril de 2022, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2022/05/social-media-democracy-trust-babel/629369/>.

[14] Lars-Erik Cederman y Nils B. Weidmann, «Predicting Armed Conflict: Time to Adjust Our Expectations?», *Science*, 355, n.º 6324 (2017), pp. 474-476.

[15] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, Nueva York, Basic Books, 1997, p. 45. [Hay trad. cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geostratégicos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998].

[16] «Ukraine is the biggest prize»: Carl Gershman, «Former Soviet states stand up to Russia. Will the U.S.?», *The Washington Post*, 26 de septiembre de 2013, <https://www.washingtonpost.com/opinions/former-soviet-states-stand-up-to-russia-will-the-us/2013/09/26/b5ad2be4-246a-11e3-b75d-5b7f66349852_story.html>. En junio de 2022, la OTAN designó a Rusia como la «amenaza más significativa y directa».

[17] «Aviso a los oligarcas: utilizaremos todos los medios para congelar e incautar sus ganancias delictivas», declara la fiscal general adjunta del Departamento de Justicia de Estados Unidos, Lisa Monaco, al anunciar la creación de un grupo de trabajo especial para la caza y captura de cleptócratas. Véase <https://www.justice.gov/opa/pr/attorney-general-merrick-b-garland-announces-launch-task-force-kleptocapture>.

[18] En marzo de 2022, el Gobierno del Reino Unido congeló el líquido disponible de Mijaíl A. Fridman (fundador del mayor banco privado de Rusia, con una fortuna estimada en más de diez mil millones de dólares). Fridman declaró a Bloomberg News que su tarjeta de débito ya no funcionaba y que el Reino Unido le había limitado los gastos a 2.500 libras esterlinas al mes. Tras la congelación de sus activos, Fridman se lamentó: «No sé cómo voy a vivir. No lo sé. De verdad que no lo sé» (véase Stephanie Baker, «Broke Oligarch Says Sanctioned Billionaires Have No Sway Over Putin», Bloomberg, 17 de marzo de 2022, <https://www.bloomberg.com/news/ features/202203-17/brokerussianoligarch-fridman-says-sanctioned-billionaires-can-t-sway-putin>). Fridman no era el único objetivo. Los gobiernos occidentales afirman haber congelado o incautado más de treinta mil millones de dólares en activos de oligarcas rusos desde el inicio de la guerra entre Rusia y Ucrania (véase «Russian Elites, Proxie, and Oligarchs Task Force Joint Statement», US Department of the Treasury, 29 de junio de 2022, <https://home.treasury.gov/news/press-releases/jy0839>).

[19] Victoria Nuland, «Remarks» (discurso), US-Ukraine Foundation Conference, Washington D. C., 13 de diciembre de 2013, <https://2009-2017.state.gov/p/eur/rls/rm/2013/dec/218804.htm>.

[20] «Ukraine crisis: Transcript of leaked Nuland-Pyatt call», BBC News, 7 de febrero de 2014, <https://www.bbc.com/news/world-europe-

26079957>.

[21] Christian Neef, «Yanukovych's Fall: The Power of Ukraine's Billionaires», *Der Spiegel*, 25 de febrero de 2014, <https://www.spiegel.de/international/europe/how-oligarchs-in-ukraine-prepared-for-the-fall-of-yanukovych-a-955328.html>.

[22] Christian Neef, «Yanukovych's Fall: The Power of Ukraine's Billionaires».

[23] Aaron Maté, «By using Ukraine to fight Russia, the US provoked Putin's war», Aaron Maté (blog de Substack), 5 de marzo de 2022, <https://mate.substack.com/p/by-using-ukraine-to-fight-russia>.

[24] Lally Weymouth, «Interview with Ukrainian presidential candidate Petro Poroshenko», *The Washington Post*, 25 de abril de 2014, <https://www.washingtonpost.com/opinions/interview-with-ukrainian-presidential-candidate-petro-poroshenko/2014/04/25/74c73a48-cbbd-11e3-93eb-6c0037dde2ad_story.html>.

[25] Véanse Shaun Walker, «Azov fighters are Ukraine's greatest weapon and may be its greatest threat», *The Guardian*, 10 de septiembre de 2014, <https://www.theguardian.com/world/2014/sep/10/azov-far-right-fighters-ukraine-neo-nazis>; y Andrew E. Kramer, «Islamic Battalions, Stocked with Chechens, Aid Ukraine in War with Rebels», *The New York Times*, 7 de julio de 2015, <https://www.nytimes.com/2015/07/08/world/europe/islamic-battalions-stocked-with-chechens-aid-ukraine-in-war-with-rebels.html>.

[26] Maté, «By using Ukraine to fight Russia, the US provoked Putin's war».

[27] Ajmétov, por ejemplo, perdió la joya de su imperio empresarial, la siderúrgica Azovstal, destruida durante el asedio de Mariupol, mientras que Firtash perdió la planta química Azot de Severodonetsk.

[28] Casey Michel, «Who Is Ihor Kolomoisky?» *The Spectator*, 13 de marzo de 2022, <https://www.spectator.co.uk/article/who-is-ihor-kolomoisky/>; David Clark, «Will Zelenskyy target all Ukrainian oligarchs equally?» UkraineAlert (blog), Atlantic Council, 10 de julio de 2021, <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/ukrai nealert/will-zelenskyy-target-all-ukrainian-oligarchs-equally/>; véase también Maté, «By using Ukraine to fight Russia, the US provoked Putin's war».

8. Historias del futuro próximo

[1] Peter Turchin *et al.*, «A History of Possible Futures: Multipath Forecasting of Social Breakdown, Recovery, and Resilience», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural Evolution*, 9, n.º 2 (2018), pp. 124-139, <https://doi.org/10.21237/c7clio9242078>.

[2] Peter Turchin, «Multipath Forecasting: The Aftermath of the 2020 American Crisis», edición preliminar, entregado el 4 de abril de 2021, <https://osf.io/preprints/socarxiv/f37jy/>.

[3] Nótese que para estar «expuestos» basta con interactuar a través de las redes sociales. A diferencia de las epidemias biológicas, para las epidemias de radicalización no es preciso el contacto físico.

[4] Véanse Bruce D. Malamud, Gleb Morein y Donald L. Turcotte, «Forest Fires: An Example of Self-organized Critical Behavior», *Science*, 281, n.º 5384 (1998), pp. 1840-1842, <https://doi.org/10.1126/science.281.5384.1840>; y R. Silva *et al.*, «Nonextensive models for earthquakes», *Physical Review*, E 73, n.º 2 (2006), pp. 1-5, <https://doi.org/10.1103/physreve.73.026102>.

[5] Aquí, para no complicar el modelo, me centro únicamente en los dos principales motores de la inestabilidad: la pauperización y la sobreproducción de élites. Como hemos visto en el capítulo 2, otras fuerzas estructurales de la inestabilidad son la debilidad del Estado (mala salud fiscal y escasa legitimidad) y los factores geopolíticos. Estas fuerzas pueden incluirse en el modelo, pero a costa de hacerlo más complejo.

[6] Pueden verse las trayectorias previstas por el modelo en Turchin, «Multipath Forecasting: The Aftermath of the 2020 American Crisis».

[7] G. William Domhoff, *Who Rules America?*, 8.ª edición, *The Corporate Rich, White Nationalist Republicans, and Inclusionary Democrats in the 2020s*, Londres, Routledge, 2022, p. 105.

[8] Domhoff, *Who Rules America?*, p. 106.

[9] Parker Thayer, «Living Room Pundit's Guide to Soros District Attorneys», Capital Research Center, 18 de enero de 2022, <https://capitalresearch.org/article/living-room-pundits-guide-to-soros-district-attorneys/>.

[10] Jeremy B. White, «4 wealthy donors fuel overhaul of California's criminal justice system», *Politico*, 17 de julio de 2021, <https://www.politico.com/states/california/story/2021/07/17/four-wealthy-donors-fuel-overhaul-of-californias-criminal-justice-system-1388261>.

[11] Mark Mizruchi, *The Fracturing of the American Corporate Elite*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2013, p. 286.

[12] Para una crítica de la tesis de Mizruchi, véase asimismo G. William Domhoff, «Is the Corporate Elite Fractured, or Is There Continuing Corporate Dominance? Two Contrasting Views», en *Class, Race and Corporate Power*, 3, n.º 1 (2015), <https://doi.org/10.25148/CRCP.3.1.16092135>.

[13] Stephen Marche, «The next US civil war is already here—we just refuse to see it», *The Guardian*, 4 de enero de 2022, <https://www.theguardian.com/world/2022/jan/04/next-us-civil-war-already-here-we-refuse-to-see-it>.

[14] Southern Poverty Law Center, *The Year in Hate and Extremism 2019*, Montgomery (Alabama), Southern Poverty Law Center, 2020, <https://www.splcenter.org/sites/default/files/yih_2020_final.pdf>; y Southern Poverty Law Center, *The Year in Hate and Extremism 2021*, Montgomery (Alabama), Southern Poverty Law Center, 2022, <https://www.splcenter.org/sites/default/files/splc-2021-year-in-hate-extremism-report.pdf>.

[15] Nicholas Bogel-Burroughs, Shaila Dewan y Kathleen Gray, «F.B.I. Says Michigan Anti-Government Group Plotted to Kidnap Gov. Gretchen Whitmer», *The New York Times*, 13 de abril de 2021, <https://www.nytimes.com/2020/10/08/us/gretchen-whitmer-michigan-militia.html>.

[16] Ryan Lucas, «Oath Keepers face seditious conspiracy charges. DOJ has mixed record with such cases», NPR, 1 de febrero de 2022, <https://www.npr.org/2022/02/01/1076349762/oath-keepers-charged-capitol-riot-seditious-conspiracy>.

[17] Ezra Klein, «Bernie Sanders: The Vox Conversation», *Vox*, 28 de julio de 2015, <https://www.vox.com/2015/7/28/9014491/bernie-sanders-vox-conversation>.

[18] David Weigel, «Bernie Sanders criticizes “open borders” at Hispanic Chamber of Commerce», *The Washington Post*, 30 de julio de 2015, <https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2015/07/30/bernie-sanders-criticizes-open-borders-at-hispanic-chamber-of-commerce/>.

[19] Además, no suelen ser muy eficaces a la hora de influir en las redes sociales. En un análisis de las mismas, *Politico* y el Instituto para el Diálogo Estratégico constataron que, a pesar de las quejas vociferantes contra la censura de izquierdas, «las voces favorables al Partido Republicano superan con creces a los progresistas a la hora de impulsar las conversaciones» en línea. Véase Mark Scott, «Despite cries of censorship, conservatives dominate social media», *Politico*, 26 de octubre de 2020, <https://www.politico.com/news/2020/10/26/censorshipconservatives-social-media-432643>.

[20] Robert E. Scott, «We can reshore manufacturing jobs, but Trump hasn't done it», Economic Policy Institute, 10 de agosto de 2020, <https://www.epi.org/publication/reshoring-manufacturing-jobs/>.

[21] Ronald Radosh, «Steve Bannon, Trump's Top Guy, Told Me He Was "a Leninist"», *The Daily Beast*, 22 de agosto de 2016, <https://www.thedailybeast.com/steve-bannon-trumps-top-guy-told-me-he-was-a-leninist>.

[22] Benjamin R. Teitelbaum, *War for Eternity: Inside Bannon's Far-Right Circle of Global Power Brokers*, Nueva York, Dey Street Books, 2020.

[23] Guilford y Sonnad, «What Steve Bannon really wants».

[24] *Ibid*.

[25] Por ahora. A la espera de lo que pueda ocurrir en 2024…

[26] Por lo menos en el momento de escribir estas líneas. Dado que la mayoría de los republicanos suscriben la opinión de que en las elecciones de 2020 le robaron la victoria a Trump, la batalla continúa.

[27] A largo plazo, una disciplina científica que combine modelos formales con macrodatos e impulsada por una comunidad de investigadores se acabará imponiendo a cualquier individuo, por brillante que sea. Por otra

parte, soy el primero en reconocer que la cliodinámica es una disciplina muy joven y que apenas empezamos a atisbar la silueta del elefante.

[28] Nicholas Confessore, «How Tucker Carlson Stoked White Fear to Conquer Cable», *The New York Times*, 30 de abril de 2022, <https://www.nytimes.com/2022/04/30/us/tucker-carlson-gop-republican-party.html>.

[29] El primer artículo de la serie menciona solo de pasada el libro de Carlson, que tacha de «su típica jeremiada de sus años en Fox sobre el egoísmo de las élites de Estados Unidos».

[30] A continuación, una muestra representativa: «Propagandista deshonesto», Jon Stewart (Dominick Mastrangelo, «Jon Stewart rips "dishonest propagandist" Tucker Carlson for Putin comments», *The Hill*, 3 de marzo de 2022); «Racista gris», *The New Republic* (Matt Ford, «Tucker Carlson Is Deadly Boring», *The New Republic*, 29 de abril de 2021); «Traidor», Cheri Jacobus (@CheriJacobus, «Tucker Carlson is the Trump/Putin "link" and he's now finishing the job of pulling it all together», Twitter, 22 de febrero de 2022, 22.08); «Es un demagogo muy hábil», Bill Kristol (Michael Kranish, «How Tucker Carlson became the voice of White grievance», *The Washington Post*, 14 de julio de 2021); «Agente extranjero», Ana Navarro (Dominick Mastrangelo, «Panel on "The View" calls for DOJ to probe Tucker Carlson over Putin rhetoric», *The Hill*, 14 de marzo de 2022). [Tucker Carlson fue despedido por Fox News el 24 de abril de 2023. El 6 de junio del mismo año, lanzó su programa en la red social Twitter, *Tucker on Twitter [N. del T.)*].

[31] Dominick Mastrangelo, «Jon Stewart rips "dishonest propagandist" Tucker Carlson for Putin comments», *The Hill*, 3 de marzo de 2022, <https://thehill.com/homenews/media/596764-jon-stewart-rips-dishonest-propagandist-tucker-carlson-for-putin-comments>.

[32] Es curiosa la cantidad de personas de la contraélite estadounidense que poseen un título de Derecho de Yale: desde izquierdistas como Chesa Boudin a derechistas como Stewart Rhodes, el cabecilla de los Oath Keepers.

[33] Jason Zengerle, «The Rise of the Tucker Carlson Politician», *The New York Times Magazine*, 22 de marzo de 2022, <https://www.nytimes.com/2022/03/22/magazine/tucker-carlson-politician.html>.

[34] Niall Stanage, «Cruz, Rubio ramp up criticisms of big business», *The Hill*, 3 de mayo de 2021, <https://thehill.com/homenews/campaign/551318-exclusive-cruz-rubio-ramp-up-criticisms-of-big-business/>.

[35] Niall Stanage, «Cruz, Rubio ramp up criticisms of big business».

9. La bomba de la riqueza y el futuro de la democracia

[1] Daniel Hoyer *et al.*, «Flattening the Curve: Learning the lessons of world history to mitigate societal crises», edición preliminar, entregado el 2 de enero de 2022, <https://doi.org/10.31235/osf.io/hyj48>.

[2] John E. Archer, *Social Unrest and Popular Protest in England, 1780-1840*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000, p. 89.

[3] Edward Royle, *Revolutionary Britannia—Reflections on the Threat of Revolution in Britain, 1789-1848*, Mánchester, Manchester University Press, 2000, p. 171.

[4] Las tres guerras anglo-holandesas del siglo XVII por la supremacía marítima se saldaron con la derrota de Inglaterra. El conflicto terminó en 1688 cuando el estatúder holandés, Guillermo III de Orange, invadió

Inglaterra y se proclamó rey (esta conquista se «maquillaría» luego como la Revolución Gloriosa). Rusia sufrió de forma parecida las invasiones de vecinos más poderosos. Por ejemplo, las tropas polacas ocuparon el Kremlin de Moscú durante el Periodo Tumultuoso.

[5] Resumo aquí la descripción más detallada que puede leerse en el capítulo 9 de *Secular Cycles*.

[6] La insurreción de Pugachov (1773-1775) fue una revuelta de campesinos y cosacos encabezada por Yemelián Pugachov, quien decía ser el zar Pedro III (que en realidad había sido asesinado en un golpe de palacio). El principal objetivo de Pugachov era abolir la servidumbre.

[7] Turchin y Nefedov, *Secular Cycles*, capítulo 9.

[8] He aquí algunas de las reformas más importantes: relajación de la censura de los medios de comunicación, reforma judicial, modernización militar, autogobierno local, reformas educativas, reforma de la Iglesia ortodoxa rusa y modernización económica.

[9] Para ser más exactos, es una relación de los esfuerzos de las autoridades para reprimir el extremismo.

[10] Turchin y Nefedov, *Secular Cycles*, capítulo 9.

[11] En la mayoría de los casos, por supuesto, las clases dirigentes no están a la altura del desafío, razón por la cual la gran mayoría de los casos en CrisisDB terminan con una revolución o una sangrienta guerra civil.

[12] Es decir, que los campesinos estaban obligados a trabajar para sus señores sin remuneración durante varios días a la semana.

[13] Turchin y Nefedov, *Secular Cycles*, capítulo 9.

[14] *Ibid*.

[15] Daniel Hoyer *et al.*, «Flattening the Curve: Learning the lessons of world history to mitigate societal crises».

[16] Véase el capítulo 8 de *Ultrasociety*.

[17] Véase la figura 2 de Oscar Ortmans *et al.*, «Modeling Social Pressures Toward Political Instability in the United Kingdom after 1960: A Demographic Structural Analysis», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural Evolution*, 8, n.º 2 (2017), <https://doi.org/10.21237/c7clio8237313>.

[18] Nótese que aquí no me preocupa la desigualdad global, en la que el factor importante es la disminución de la desigualdad entre países, sino las tendencias de la desigualdad dentro de cada país. Este es uno de los indicadores importantes del funcionamiento de una bomba de la riqueza (o no, si la desigualdad se reduce).

[19] Christina Boll *et al.*, «Overeducation—New Evidence for 25 European Countries», HWWI Research Paper n.º 173, Hamburgisches WeltWirtschaftsInstitut, Hamburgo (Alemania), 2016, <https://www.econstor.eu/bitstream/10419/130613/1/857142143.pdf>.

[20] Sarah Babb y Alexander Kentikelenis, «People have long predicted the collapse of the Washington Consensus. It keeps reappearing under new guises», *The Washington Post*, 16 de abril de 2021, <https://www.washingtonpost.com/politics/2021/04/16/people-have-long-predicted-collapse-washington-consensus-it-keeps-reappearing-under-new-guises/>.

[21] Amory Gethin, Clara Martínez-Toledano y Thomas Piketty, «How politics became a contest dominated by two kinds of elite», *The Guardian*, 5 de agosto de 2021, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/aug/05/around-the-world-the-disadvantaged-have-been-left-behind-by-politicians-of-all-hues>.

[22] «World Inequality Database», World Inequality Database, consultada el 10 de agosto de 2022, <https://wid.world/>.

[23] Al mismo tiempo, la proporción del pastel correspondiente a la mitad inferior de los asalariados aumentó (ligeramente), por lo que parece tratarse de una auténtica reducción de las diferencias de ingresos, aunque no precisamente enorme.

APÉNDICES

A1. UNA NUEVA CIENCIA DE LA HISTORIA

[1] Este apartado adapta y reordena un fragmento del libro *En el país de los ciegos*, de Michael Flynn.

[2] Adaptación de Michael Flynn, *In the Country of the Blind*, Nueva York, Tor Books, 2001. [Hay trad. cast.: *En el país de los ciegos*, Barcelona, B, 2004].

[3] Los interesados en cuestiones de detalle pueden consultar mis libros *Quantitative Analysis of Movement* y *Complex Population Dynamics*.

[4] Comento la influencia de Lev Tolstói en la cliodinámica en *War and Peace and War*.

[5] James Gleick, *Chaos: Making a New Science*, Nueva York, Viking Press, 1987. [Hay trad. cast.: *Caos: la creación de una ciencia*, Barcelona, Crítica, 2012].

[6] Arnold Toynbee hizo esta observación en respuesta a las críticas de sus colegas: «La historia no es una puñetera cosa tras otra».

[7] Peter Turchin, «Psychohistory and Cliodynamics», *Cliodynamica* (blog), 3 de septiembre de 2012, <https://peterturchin.com/cliodynamica/psychohistory-and-cliodynamics/>.

[8] James Gleick, *Chaos: Making a New Science*.

[9] William C. Davis, *A Concise History of the Civil War*, Fort Washington (Pennsylvania), Eastern National, 2007, <http://npshistory.com/publications/civil_war_series/1/sec1.htm>.

[10] Peter Turchin *et al.*, «War, space, and the evolution of Old World complex societies», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 110, n.º 41 (2013), pp. 16384-16389, <https://doi.org/10.1073/pnas.1308825110>.

[11] Véase *Ultrasociety*.

[12] Véanse «American Civil War», GWonline, consultado el 10 de agosto de 2022, <https:// gwonline.unc.edu/node/11653>; y Guy Gugliotta, «New Estimate Raises Civil War Death Toll», *The New York Times*, 2 de abril de 2012, <https://www.nytimes.com/2012/04/03/science/civil-war-toll-up-by-20-percent-in-new-estimate.html>.

[13] *War and Peace and War*, capítulo 10.

[14] Véanse Hammad Sheikh, Ángel Gómez y Scott Atran, «Empirical Evidence for the Devoted Actor Model», *Current Anthropology*, 57, n.º S13 (2016), <https://doi.org/10.1086/686221>; Nafees Hamid *et al.*, «Neuroimaging "will to fight" for sacred values: an empirical case study with supporters of an Al Qaeda associate», *Royal Society Open Science*, 6, n.º 6 (2019), <https://doi.org/10.1098/rsos.181585>; y Elaine Reese y Harvey Whitehouse, «The Development of Identity Fusion», *Perspectives on Psychological Science,* 16, n.º 6 (2021), pp. 1398-1411, <https://doi.org/10. 1177/1745691620968761>.

[15] Thomas Carlyle, *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, Londres, James Fraser, 1841. El original en inglés puede leerse gratis aquí: <https://www.gutenberg.org/files/1091/1091-h/1091-h.htm>. [Existen numerosas traducciones al castellano; la más reciente es *Sobre los*

héroes: el culto al héroe y lo heroico en la historia, Sevilla, Athenaica, 2017].

[16] William James, «Great Men, Great Thoughts, and the Environment», *Atlantic Monthly*, octubre de 1880, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/1880/10/great-men-great-thoughts-and-the-environment/632282/>.

[17] Véase Karl R. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, Routledge, 1957. [Hay trad. cast.: *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2014].

[18] Conway Zirkle, «The role of Liberty Hyde Bailey and Hugo de Vries in the rediscovery of Mendelism», *Journal of the History of Biology*, 1, n.º 2 (1968), pp. 205-218, <https://www.jstor.org/stable/4330495>.

[19] Jack A. Goldstone, «Demographic Structural Theory: 25 Years On», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural Evolution*, 8, n.º 2 (2017), <https://doi.org/10.21237/c7clio8237450>.

[20] *Ibid*.

A2. Un macroscopio histórico

[1] Los centaurianos no tienen un sexo tal y como lo entendemos nosotros. En su lugar, cada individuo pasa por etapas vitales que podrían calificarse aproximadamente de femeninas y masculinas.

[2] Los centaurianos disfrutan de una esperanza de vida de 250-300 años terrestres.

[3] «Seshat: Global History Databank», <http://seshatdatabank.info/>, consultado el 10 de agosto de 2022.

[4]La frase exacta es: «El genio es el 1 por ciento de inspiración y el 99 por ciento de transpiración».

[5] Véase asimismo «Domesday Book», Wikimedia Foundation, última modificación: 25 de septiembre de 2022, 1734, <https://en.wikipedia.org/wiki/Domesday_Book>.

[6] Haihui Zhang, «What Are Chinese Local Gazetteers?», Universidad de Pittsburgh, última actualización el 28 de abril de 2021, <https://pitt.libguides.com/chinese_local_gazetteers>.

[7] Por ejemplo: Jed O. Kaplan *et al.*, «Holocene carbon emissions as a result of anthropogenic land cover change», *The Holocene*, 21, n.º 5 (2010), pp. 775-791, <https://doi.org/10.1177/0959683610386983>.

[8] *Los Soprano*, serie de David Chase, quinta temporada, episodio 10, «Fiambres», emitido por primera vez el 9 de mayo de 2004 por la HBO, <https://www.hbo.com/the-sopranos/season-5/10-cold-cuts>.

[9] David Reich, *Who We Are and How We Got Here*: *Ancient DNA and the New Science of the Human Past*, Nueva York, Pantheon Books, 2018. [Hay trad. cast.: *Quiénes somos y cómo llegamos hasta aquí: ADN antiguo y la nueva ciencia del pasado humano*, Barcelona, Antoni Bosch, 2019].

[10] Richard H. Steckel, «Heights and human welfare: Recent developments and new directions», *Explorations in Economic History*, 46, n.º 1 (2009), pp. 1-23, <https://doi.org/10.1016/j.eeh.2008.12.001>.

[11] «Una sola muerte es una tragedia; un millón de muertes, una estadística» es la cita exacta, que suele atribuirse —aunque al parecer, de forma incorrecta— a Stalin.

[12] Se trata de una entrada real del registro de bautismos de la iglesia de San Esteban de Norwich (Inglaterra). Véase «Parish register», Wikimedia Foundation, última modificación: 31 de diciembre de 2021, 7.25, <https://en.wikipedia.org/wiki/Parish_register>.

[13] Las personas interesadas en conocer mi respuesta a esta Gran Pregunta pueden leer mi popular libro *Ultrasociety: How 10,000 Years of War Made Humans the Greatest Cooperators on Earth* (2016), así como una obra más técnica, *The Great Holocene Transformation*, cuya publicación está prevista para 2023.

[14] Guy D. Middleton, «The show must go on: Collapse, resilience, and transformation in 21st-century archaeology», *Reviews in Anthropology*, 46, n.º 2-3 (2017), pp. 78-105, <https://doi.org/10.1080/00938157.2017.1343025>.

[*] En referencia al evangelio de Mateo 13, 12: «Porque a quien tanga se le dará y le sobrará; pero al que no tenga, aun lo que tiene se le quitará». *[N. del T.)*

Bibliografía

Ahlin, Charlotte, «Learn the History That Inspired the Lannisters & Impress All Your Friends», *Bustle*, 4 de diciembre de 2018, <https://www.bustle.com/p/the-inspiration-for-the-lannisters-from-game-of-thrones-came-from-a-number-of-fascinating-historical-figures-13222107>.

Allen, Robert C., *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

Archer, John E., *Social Unrest and Popular Protest in England, 1780-1840*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Associated Press, «College bribery scandal: students sue elite schools in class action», *The Guardian*, 15 de marzo de 2019, <https://www.theguardian.com/us-news/2019/mar/14/college-admisisons-scandal-fraud-lawsuit-yaleusc-stanford>.

Babb, Sarah y Alexander Kentikelenis, «People have long predicted the collapse of the Washington Consensus. It keeps reappearing under new guises», *The Washington Post*, 16 de abril de 2021, <https://www.washingtonpost.com/politics/2021/04/ 16/people-have-long-predicted-collapse-washington-consensus-it-keeps-reappearing-under-new-guises/>.

Baker, Stephanie, «Broke Oligarch Says Sanctioned Billionaires Have No Sway Over Putin», *Bloomberg*, 17 de marzo de 2022,

<https://www.bloomberg.com/news/features/202203-17/ broke-russianoligarch-fridmansayssanctioned-billionaires-can-t-sway-putin>.

Baltzell, E. Digby, *Philadelphia Gentlemen: The Making of a National Upper Class*, Piscataway (New Jersey), Transaction Publishers, 1989.

—, *The Protestant Establishment Revisited*, New Brunswick (New Jersey), Transaction Publishers, 1991.

Banned.Video, «Oath Keeper Stewart Rhodes—"We're already at war, Trump needs to be a wartime president right now"», BitChute, 13 de diciembre de 2020, vídeo, 0.24, <https://www.bitchute.com/video/w7ut83CCvRby>.

Barstow, David, Susanne Craig y Russ Buettner, «Trump Engaged in Suspect Tax Schemes as He Reaped Riches from His Father», *The New York Times*, 2 de octubre de 2018, <https://www.nytimes.com/interactive/2018/10/02/us/politics/donald-trump-tax-schemes-fred-trump.html>.

BBC, «Ukraine crisis: Transcript of leaked Nuland-Pyatt call», BBC News, 7 de febrero de 2014, <https://www.bbc.com/news/world-europe-26079957>.

Blanchflower, David G. y Andrew J. Oswald, «Trends in Extreme Distress in the United States, 1993-2019», *American Journal of Public Health*, 110, n.º 10 (2020), pp. 1538-1544, <https://doi.org/10.2105/ajph.2020.305811>.

Bogel-Burroughs, Nicholas, Shaila Dewan y Kathleen Gray, «F.B.I. Says Michigan Anti-Government Group Plotted to Kidnap Gov. Gretchen Whitmer», *The New York Times*, 13 de abril de 2021, <https://www.nytimes.com/2020/10/08/us/gretchen-whitmer-michigan-militia.html>.

Boll, Christina, Julian Leppin, Anja Rossen y Andre Wolf, «Overeducation —New Evidence for 25 European Countries», HWWI Research Paper n.º 173, Hamburgisches WeltWirtschaftsInstitut, Hamburgo (Alemania), 2016, <https://www.econstor.eu/bitstream/10419/130613/1/857142143.pdf>.

Borjas, George J., *We Wanted Workers: Unraveling the Immigration Narrative*, Nueva York, W. W. Norton, 2016.

Boskin, Michael J, «The best solution for inequality? Economic growth», Foro Económico Mundial, 13 de diciembre de 2019, <https://www.weforum.org/agenda/2019/12/economic-growth-is-the-answer>.

Braudel, Fernand, *People and Production* (vol. 2, libro 2 de *The Identity of France*), Nueva York, HarperCollins, 1991. [Hay trad. cast.: *Los hombres y las cosas*, vol. 2 de *La identidad de Francia*, Barcelona, GEDISA, 1993].

Brzezinski, Zbigniew, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, Nueva York, Basic Books, 1997. [Hay trad. cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geostratégicos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998].

Burrough, Bryan, *Days of Rage: America's Radical Underground, the FBI, and the Forgotten Age of Revolutionary Violence*, Nueva York, Penguin Books, 2016.

Case, Anne y Angus Deaton. *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton, Princeton University Press, 2020. [Hay trad. cast.: *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*, Barcelona, Deusto, 2020].

Chase, David, creador, *The Sopranos*, quinta temporada, episodio 10, «Cold Cuts», emitido el 9 de mayo de 2004 en la HBO,

<https://www.hbo.com/the-sopranos/season-5/10-cold-cuts>.

Clark, David, «Will Zelenskyy target all Ukrainian oligarchs equally?», *UkraineAlert* [blog), Atlantic Council, 10 de julio de 2021, <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/ukrainealert/will-zelenskyy-target-all-ukrainian-oligarchs-equally/>.

Confessore, Nicholas, «How Tucker Carlson Stoked White Fear to Conquer Cable», *The New York Times*, 30 de abril de 2022, <https://www.nytimes.com/2022/04/30/us/tucker-carlson-gop-republican-party.html>.

Crockett, Zachary, «Donald Trump is the only US president ever with no political or military experience», *Vox*, 23 de enero de 2017, <https://www.vox.com/policy-and-politics/2016/11/11/13587532/donald-trump-no-experience>.

Davis, David Brion, «Slavery, Emancipation, and Progress», en Donald A. Yerxa, ed., *British Abolitionism and the Question of Moral Progress in History*, Columbia (Carolina del Sur), University of South Carolina Press, 2012, pp. 18-19.

Davis, William C., *A Concise History of the Civil War*, Fort Washington (Pennsylvania), Eastern National, 2007, <http://npshistory.com/publications/civil_war_series/1/sec1.htm>.

Domhoff, G. William, «Power Elite Database», Who Rules America?, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://whorulesamerica.ucsc.edu/power_elite/>.

—, *Who Rules America? Power, Politics, and Social Change*, Nueva York, McGraw-Hill, 2006[5]. [Hay trad. cast.: *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, Madrid, Siglo XXI de España, 2000].

—, y Michael J. Webber, *Class and Power in the New Deal: Corporate Moderates, Southern Democrats, and the Liberal-Labor Coalition*,

Redwood City, Stanford University Press, 2011.

Douglas, Karen M., Robbie M. Sutton, Mitchell J. Callan, Rael J. Dawtry y Annelie J. Harvey, «Someone Is Pulling the Strings: Hypersensitive Agency Detection and Belief in Conspiracy Theories», *Thinking & Reasoning*, 22, n.º 1 (2016), pp. 57-77, <https://doi.org/10.1080/13546783.2015.1051586>.

DQYDJ, «Average, Median, Top 1%, and all United States Net Worth Percentiles», DQYDJ, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://dqydj.com/average-median-top-net-worth-percentiles/>.

Dupuy, Trevor N., *Understanding War: History and Theory of Combat*, St. Paul, Paragon House, 1987. [Hay trad. cast.: *La comprensión de la guerra: historia y teoría del combate*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército de Tierra, 1990].

Ekins, Emily y David Kemp, «*E Pluribus Unum*: Findings from the Cato Institute 2021 Immigration and Identity National Survey», Cato Institute, 27 de abril de 2021, <https://www.cato.org/survey-reports/e-pluribus-unum-findings-cato-institute-2021-immigration-identity-national-survey>.

Federal Reserve Economic Data, «Federal Net Outlays as Percent of Gross Domestic Product», Economic Research, Federal Reserve Bank of St. Louis, última modificación: 1 de abril de 2022, <https://fred.stlouisfed.org/series/FYONGDA188S>.

Fogel, Robert William, *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100: Europe, America, and the Third World*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004. [Hay trad. cast.: *Escapar del hambre y la muerte prematura, 1700-2100: Europa, América y el tercer mundo*, Madrid, Alianza, 2009].

Frank, Thomas, *The People, No: A Brief History of Anti-Populism*, Nueva York, Metropolitan Books, 2020.

—, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Picador, 2005. [Hay trad. cast.: *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Boadilla del Monte, Machado, 2008].

Fraser, Douglas, carta de dimisión del Labor-Management Group, 17 de julio de 1978, <https://www.historyisaweapon.com/defcon1/fraserresign.html>.

Freeman, Joanne B., «When Congress Was Armed and Dangerous», *The New York Times*, 11 de enero de 2011, <https://www.nytimes.com/2011/01/12/opinion/12freeman.html>.

Garcia, Tonya, «CEO average pay climbed more than $1 million in 2016», *Market- Watch*, 13 de abril de 2017, <https://www.marketwatch.com/story/ceo-average-pay-climbed-more-than-1-million-in-2016-2017-04-12>.

Gethin, Amory, Clara Martínez-Toledano y Thomas Piketty, «How politics became a contest dominated by two kinds of elite», *The Guardian*, 5 de agosto de 2021, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/aug/05/around-the-world-the-disadvantaged-have-been-left-behind-by-politicians-of-all-hues>.

Gilens, Martin y Benjamin I. Page, «Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens», *Perspectives on Politics*, 12, n.º 3 (2014), pp. 564-81, <https://doi.org/10.1017/s1537592714001595>.

Gleick, James, *Chaos: Making a New Science*, Nueva York, Viking Press, 1987. [Hay trad. cast.: *Caos: la creación de una ciencia*, Barcelona,

Crítica, 2012].

Goldin, Claudia, «Enrollment in institutions of higher education, by sex, enrollment status, and type of institution: 1869-1995», tabla Bc523-536 en Susan B. Carter, Scott Sigmund Gartner, Michael R. Haines, Alan L. Olmstead, Richard Sutch y Gavin Wright, eds., *Historical Statistics of the United States, Earliest Times to the Present: Millennial Edition*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006, <http://dx.doi.org/10.1017/ISBN-9780511132971.Bc510-736>.

Goldstone, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press, 1991.

—, «Demographic Structural Theory: 25 Years On», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural Evolution*, 8, n.º 2 (2017), pp. 85-112, <https://doi.org/10.21237/c7clio8237450>.

—, Robert H. Bates, David L. Epstein, Ted Robert Gurr, Michael B. Lustik, Monty G. Marshall, Jay Ulfelder y Mark Woodward, «A Global Model for Forecasting Political Instability», *American Journal of Political Science*, 54, n.º 1 (2010), pp. 190-208, <https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2009.00426.x>.

Graetz, Michael J. y Ian Shapiro. *Death by a Thousand Cuts: The Fight over Taxing Inherited Wealth*, Princeton, Princeton University Press, 2006.

Greenhouse, Steven, «Bernie Sanders says Democrats are failing: "The party has turned its back on the working class"», *The Guardian*, 10 de enero de 2022, <https://www.theguardian.com/us-news/2022/jan/10/bernie-sanders-democrats-failing-working-class-interview>.

Grinin, Leonid y Andrey Korotayev, «The Arab Spring: Causes, Conditions, and Driving Forces», en Jack A. Goldstone, Leonid Grinin y Andrey

Korotayev, eds., *Handbook of Revolutions in the 21st Century: The New Waves of Revolutions, and the Causes and Effects of Disruptive Political Change*, Cham (Suiza), Springer, 2022, pp. 595-624, <https://doi.org/10.1007/978-3-030-86468-2>.

Gugliotta, Guy, «New Estimate Raises Civil War Death Toll», *The New York Times*, 2 de abril de 2012, <https://www.nytimes.com/2012/04/03/science/civil-war-toll-up-by-20-percent-in-new-estimate.html>.

Guilford, Gwynn y Nikhil Sonnad, «What Steve Bannon Really Wants», *Quartz*, 3 de febrero de 2017, <https://qz.com/898134/what-steve-bannon-really-wants/>.

GWonline, «American Civil War», GWonline, consultado el 10 de agosto de 2022, <https:// gwonline.unc.edu/node/11653>.

Haidt, Jonathan, «Why the Past 10 Years of American Life Have Been Uniquely Stupid», *The Atlantic*, 11 de abril de 2022, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2022/05/social-media-democracy-trust-babel/629369/>.

Hanauer, Nick, «The Pitchforks Are Coming […] For Us Plutocrats», *Politico Magazine*, julio/agosto de 2014, <https://www.politico.com/magazine/story/2014/06/the-pitchforks-are-coming-for-us-plutocrats-108014/>.

Igielnik, Ruth, Scott Keeter y Hannah Hartig, «Behind Biden's 2020 Victory», Pew Research Center, 30 de junio de 2021, <https://www.pewresearch.org/politics/2021/06/30/behind-bidens-2020-victory/>.

Johansmeyer, Thomas, «How 2020 protests changed insurance forever», Foro Económico Mundial, 22 de febrero de 2021,

<https://www.weforum.org/agenda/2021/02/2020-protests-changed-insurance-forever/>.

Kaplan, Jed O., Kristen M. Krumhardt, Erle C. Ellis, William F. Ruddiman, Carsten Lemmen y Kees Klein Goldewijk, «Holocene Carbon Emissions as a Result of Anthropogenic Land Cover Change», *The Holocene*, 21, n.º 5 (2010), pp. 775-791, <https://doi.org/10.1177/0959683610386983>.

Kolko, Gabriel, *The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History, 1900-1916*, Nueva York, Free Press, 1963.

Komlos, John, *Foundations of Real-World Economics*, Nueva York, Routledge, 2023[3].

—, «Growth of Welfare and Its Distribution in the U.S., 1979-2013», *Journal of Income Distribution*, 28, n.º 1 (2019), pp. 1-19, <https://doi.org/10.25071/1874-6322.40399>.

—, y Marieluise Baur, «From the Tallest to (One of) the Fattest: The Enigmatic Fate of the American Population in the 20th Century», edición preliminar, entregado el 14 de septiembre de 2003, <https://doi.org/10.2139/ssrn.444501>.

Korotayev, Andrey y Julia Zinkina, «Egyptian Revolution: A Demographic Structural Analysis», *Entelequia*, 13 (2011), pp. 139-169.

—, y L. Isaev, «The Anatomy of the Egyptian Counterrevolution», *Mirovaya Ekonomika i Mezhdunarodnye Otnosheniya*, 8 (2014), pp. 91-100.

—, Julia Zinkina, Svetlana Kobzeva, Justislav Bozhevolnov, Daria Khaltourina, Artemy Malkov y Sergey Malkov, «A Trap at the Escape from the TrapDemographic-Structural Factors of Political Instability in Modern Africa and West Asia», *Cliodynamics: The Journal of*

Quantitative History and Cultural Evolution, 2, n.º 2 (2011), pp. 276-303, <https://doi.org/10.21237/c7clio22217>.

Kramer, Andrew E., «Islamic Battalions, Stocked with Chechens, Aid Ukraine in War with Rebels», *The New York Times*, 7 de julio de 2015, <https://www.nytimes.com/2015/07/08/world/europe/islamic-battalions-stocked-with-chechens-aid-ukraine-in-war-with-rebels.html>.

Krugman, Paul, *The Conscience of a Liberal*, Nueva York, W. W. Norton, 2007. [Hay trad. cast.: *Después de Bush: el fin de los «neocons» y la hora de los demócratas*, Barcelona, Crítica, 2008].

Lizunov, V. S., «Orígenes», en *El pasado pasa ante mí* [en ruso], Orekhovo-Zuyevo, Bogorodsk-Noginsk, 2007, <https://www.bogorodsk-noginsk.ru/articles/24_lizunov1.html>.

Major Cities Chiefs Association, *MCCA Report on the 2020 Protests and Civil Unrest*, Salt Lake City (Utah), Major Cities Chiefs Association, octubre de 2020, <https:// majorcitieschiefs.com/wp-content/uploads/2021/01/MCCA-Report-on-the-2020-Protest-and-Civil-Unrest.pdf>.

Mann, Michael, *The Sources of Social Power: A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. [Hay trad. cast.: *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1991].

Malamud, Bruce D., Gleb Morein y Donald L. Turcotte, «Forest Fires: An Example of Self-organized Critical Behavior», *Science*, 281, n.º 5384 (1998), pp. 1840-1842, <https://doi.org/10.1126/science.281.5384.1840>.

Marche, Stephen, «The next US civil war is already here—we just refuse to see it», *The Guardian*, 4 de enero de 2022,

<https://www.theguardian.com/world/2022/jan/04/next-us-civil-war-already-here-we-refuse-to-see-it>.

Mastrangelo, Dominick, «Jon Stewart rips “dishonest propagandist” Tucker Carlson for Putin comments», *The Hill*, 3 de marzo de 2022, <https://thehill.com/homenews/media/596764-jon-stewart-rips-dishonest-propagandist-tucker-carlson-for-putin-comments>.

Maté, Aaron, «By using Ukraine to fight Russia, the US provoked Putin’s war», *Aaron Mate* (blog de Substack), 5 de marzo de 2022, <https://mate.substack.com/p/by-using-ukraine-to-fight-russia>.

McCarty, Nolan, Keith T. Poole y Howard Rosenthal, *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 2006.

McGhee, Heather, *The Sum of Us: What Racism Costs Everyone and How We Can Prosper Together*, Nueva York, One World, 2021.

Michel, Casey, «Who Is Ihor Kolomoisky?», *The Spectator*, 13 de marzo de 2022, <https://www.spectator.co.uk/article/who-is-ihor-kolomoisky->.

Middleton, Guy D., «The show must go on: Collapse, resilience, and transformation in 21st-century archaeology», *Reviews in Anthropology*, 46, n.º 2-3 (2017), pp. 78-105, <https://doi.org/10.1080/00938157.2017.1343025>.

Mishel, Lawrence y Josh Bivens, «Identifying the policy levers generating wage suppression and wage inequality», Economic Policy Institute, 13 de mayo de 2021, <https://www.epi.org/unequalpower/publications/wage-suppression-inequality/>.

Mizruchi, Mark, *The Fracturing of the American Corporate Elite*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2013.

Nagle, Angela, «The Left Case Against Open Borders», *American Affairs*, 2, n.º 4 (2018), <https://americanaffairsjournal.org/ 2018/11/the-left-case-against-open-borders/>.

Neef, Christian, «Yanukovych's Fall: The Power of Ukraine's Billionaires», *Der Spiegel*, 25 de febrero de 2014, <https://www.spiegel.de/international/europe/how-oligarchs-in-ukraine-prepared-for-the-fall-of-yanukovych-a-955328.html>.

Oates, Stephen B., *Abraham Lincoln: The Man Behind the Myths*, Nueva York, Harper & Row, 1984.

OpenSecrets, «Lobbying Data Summary», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/federal-lobbying/summary>.

—, «Election Trends», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/elections-overview/election-trends>.

—, «Industries», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/federal-lobbying/industries>.

—, «Our Vision and Mission: Inform, Empower & Advocate», OpenSecrets, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://www.opensecrets.org/about/>.

Orlandi, Georg, Daniel Hoyer, Zhao Hongjun, James S. Bennett, Majid Benam, Kathryn Kohn y Peter Turchin, «Structural-Demographic Analysis of the Qing Dynasty (1644-1912) Collapse in China», edición preliminar, enviado el 2 de noviembre de 2022, <https://osf.io/preprints/socarxiv/5awhk/>.

Ortmans, Oscar, Elisabetta Mazzeo, Kira Meshcherina y Andrey Korotayev, «Modeling Social Pressures Toward Political Instability in the United Kingdom After 1960: A Demographic Structural Analysis», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural*

Evolution, 8, n.º 2 (2017), pp. 113-158, <https://doi.org/10.21237/c7clio8237313>.

Palmer, James, «Xi's Prosperity Gospel», dosier sobre China, *Foreign Policy*, 25 de agosto de 2021, <https://foreignpolicy.com/2021/08/25/china-xi-jinping-common-prosperity-billionaires/>.

Patriotic Millionaires, consultado el 10 de agosto de 2022, <https://patrioticmillionaires.org>.

Phillips, Kevin, *Wealth and Democracy: A Political History of the American Rich*, Nueva York, Broadway Books, 2002.

Phillips-Fein, Kim, *Invisible Hands: The Businessmen's Crusade Against the New Deal*, Nueva York, W. W. Norton, 2009.

Platt, Stephen R., *Autumn in the Heavenly Kingdom: China, the West, and the Epic Story of the Taiping Civil War*, Nueva York, Vintage Books, 2012.

Piketty, Thomas, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *El capital en el siglo XXI*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2014].

Poole, Keith T. y Howard Rosenthal, «The Polarization of American Politics», *The Journal of Politics*, 46, n.º 4 (1984), pp. 1061-1079, <https://doi.org/10.2307/2131242>.

—, y Howard Rosenthal, *Congress: A Political-Economic History of Roll Call Voting*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

Popper, Karl R., *The Poverty of Historicism*, Londres, Routledge, 1957. [Hay trad. cast.: *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2014].

Potter, David M., *The Impending Crisis, 1848-1861*, Nueva York, Harper & Row, 1976.

Putnam, Robert D., *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster, 2000. [Hay trad. cast.: *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002].

Radosh, Ronald, «Steve Bannon, Trump's Top Guy, Told Me He Was "a Leninist"», *The Daily Beast*, 22 de agosto de 2016, <https://www.thedailybeast.com/steve-bannon-trumps-top-guy-told-me-he-was-a-leninist>.

Reich, David, *Who We Are and How We Got Here: Ancient DNA and the New Science of the Human Past*, Nueva York, Pantheon Books, 2018. [Hay trad. cast.: *Quiénes somos y cómo llegamos hasta aquí: ADN antiguo y la nueva ciencia del pasado humano*, Barcelona, Antoni Bosch, 2019].

Ring, Trudy, «Maddow: Russians May Be Controlling Our Government», *Advocate*, 10 de marzo de 2017, <https://www.advocate.com/politics/2017/3/10/maddow-russians-may-be-controlling-our-government>.

Robinson, Andrew, «Did Einstein really say that?», *Nature*, 557 (2018), p. 30, <https://doi.org/10.1038/d41586-018-05004-4>.

Rosenberg, Susan, *An American Radical: Political Prisoner in My Own Country*, Nueva York, Citadel Press, 2011.

Roser, Max, «Extreme poverty: how far have we come, how far do we still have to go?», Our World in Data, consultado el 22 de noviembre de 2021, <https://ourworldindata.org/extreme-poverty-in-brief>.

Royle, Edward, *Revolutionary Britannia? Reflections on the Threat of Revolution in Britain, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2000.

Sauter, Michael B., Grant Suneson y Samuel Stebbins, «The Net Worth of the American Presidents: Washington to Trump», *24/7 Wall St.*, 2 de marzo de 2020, <https://247wallst.com/special-report/2020/ 03/ 02/the-net-worth-of-the-american-presidents-washington-to-trump-3/>.

Scheiber, Noam, «Middle-class Pay Lost Pace. Is Washington to Blame?», *The New York Times*, 13 de mayo de 2021, <https://www.nytimes.com/2021/05/13/business/economy/middle-class-pay.html>.

Scheidel, Walter, *The Great Leveler: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press, 2018. [Hay trad. cast.: *El gran nivelador: violencia e historia de la desigualdad desde la Edad de Piedra hasta el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2018].

Scott, Mark, «Despite cries of censorship, conservatives dominate social media», *Politico*, 26 de octubre de 2020, <https://www.politico.com/news/2020/10/26/censorship-conservatives-social-media-432643>.

Scott, Robert E., «We can reshore manufacturing jobs, but Trump hasn't done it», Economic Policy Institute, 10 de agosto de 2020, <https://www.epi.org/publication/reshoring-manufac turing-jobs/>.

Seshat: Global History Databank, consultado el 10 de agosto de 2022, <http://seshatdatabank.info/>.

Silva, R., G. S. França, C. S. Vilar y J. S. Alcaniz, «Nonexten- sive models for earthquakes», *Physical Review E*, 73, n.º 2 (2006), pp. 1-5, <https://doi.org/10.1103/physreve.73.026 102>.

Smith, Noah, «America Is Pumping Out Too Many Ph.D.s», *Bloomberg*, 4 de enero de 2021, <https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2021-01-04/america-is-pumping-out-too-many-ph-d-s>.

Southern Poverty Law Center, *The Year in Hate and Extremism 2019*, Montgomery (Alabama), Southern Poverty Law Center, 2020, <https://www.splcenter.org/sites/default/files/yih_2020_final.pdf>.

—, *The Year in Hate and Extremism 2021*, Montgomery (Alabama), Southern Poverty Law Center, 2022, <https://www.splcenter.org/sites/default/files/splc-2021-year-in-hate-extremism-report.pdf>.

Stanage, Niall, «Cruz, Rubio ramp up criticisms of big business», *The Hill*, 3 de mayo de 2021, <https://thehill.com/homenews/campaign/551318-exclusive-cruz-rubio-ramp-up-criticisms-of-big-business/>.

Standing, Guy, «Meet the precariat, the new global class fuelling the rise of populism», Foro Económico Mundial, 9 de noviembre de 2016, <https://www.weforum.org/agenda/2016/11/precariat-global-class-rise-of-populism/>.

—, *The Precariat: The New Dangerous Class*, Londres, Bloomsbury, 2011. [Hay trad. cast.: *El precariado: una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012].

Stansbury, Anna y Lawrence Summers, «Declining Worker Power and American Economic Performance», comunicación presentada en la Conferencia BPEA, 19 de marzo de 2020, <https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2020/03/stansbury-summers-conference-draft.pdf>.

Steckel, Richard H., «Heights and human welfare: Recent developments and new directions», *Explorations in Economic History*, 46, n.º 1 (2009), pp. 1-23, <https://doi.org/10.1016/j.eeh.2008.12.001>.

Stiglitz, Joseph E., *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*, Nueva York, W. W. Norton, 2012. [Hay trad.

cast.: *El precio de la desigualdad: el 1 % de la población tiene lo que el 99 % necesita*, Madrid, Taurus, 2012].

Storey, R. L., *The End of the House of Lancaster*, Nueva York, Stein and Day, 1967.

Taylor, Jennifer, «Here's How Much Every Living US President Is Worth: Where Does Biden Rank?», GOBankingRates, 30 de mayo de 2022, <https://www.gobankingrates.com/networth/politicians/hereshowmucheveryliving-us-president-is-worth/>.

Teitelbaum, Benjamin R., *War for Eternity: Inside Bannon's Far-Right Circle of Global Power Brokers*, Nueva York, Dey Street Books, 2020.

Thayer, Parker, «Living Room Pundit's Guide to Soros District Attorneys», Capital Research Center, 18 de enero de 2022, <https://capitalresearch.org/article/living-room-pundits-guide-to-soros-district-attorneys/>.

Trevor-Roper, Hugh, «Re-inventing Hitler», *The Sunday Times*, 18 de febrero de 1973.

Turchin, Peter, *Ages of Discord: A Structural-Demographic Analysis of American History*, Chaplin (Connecticut), Beresta Books, 2016.

—, «A Theory for Formation of Large Empires», *Journal of Global History*, 4, n.º 2 (2009), pp. 191-217, <https://doi.org/10.1017/s174002280900312x>.

—, «Modeling Periodic Waves of Integration in the Afro-Eurasian World-System», en George Modelski, Tessaleno Devezas y William R. Thompson, eds., *Globalization as Evolutionary Process*, Londres, Routledge, 2007, pp. 163-191.

—, «Building nations after conflict», *Nature*, 453 (2008), pp. 986-987, <https://doi.org/10.1038/453986a>.

—, Harvey Whitehouse, Sergey Gavrilets, Daniel Hoyer, Pieter François, James S. Bennett, Kevin C. Feeney, *et al.*, «Disentangling the Evolutionary Drivers of Social Complexity: A Comprehensive Test of Hypotheses», *Science Advances*, 8, n.º 25 (2022), <https://doi.org/10.1126/sciadv.abn3517>.

—, Nina Witoszek, Stefan Thurner, David Garcia, Roger Griffin, Daniel Hoyer, Atle Midttun, James Bennett, Knut Myrum Næss y Sergey Gavrilets, «A History of Possible Futures: Multipath Forecasting of Social Breakdown, Recovery, and Resilience», *Cliodynamics: The Journal of Quantitative History and Cultural Evolution*, 9, n.º 2 (2018), pp. 124-139, <https://doi.org/10.21237/c7clio9242078>.

United States Census Bureau, «Historical Income Tables: Households», United States Census Bureau, última actualización: 18 de agosto de 2022, <https://www.census.gov/data/tables/time-series/demo/income-poverty/historical-income-households.html>.

US Department of Education, Institute of Education Sciences, «Immediate College Enrollment Rate», National Center for Education Statistics, última actualización: mayo de 2022, <https://nces.ed.gov/programs/coe/indicator/cpa>.

Veritasium, «The Surprising Secret of Synchronization», 31 de marzo de 2021, vídeo de YouTube, 20:57, <https://www.youtube.com/watch?v=t?_VPRCtiUg>.

Walker, Shaun, «Azov fighters are Ukraine's greatest weapon and may be its greatest threat», *The Guardian*, 10 de septiembre de 2014, <https://www.theguardian.com/world/2014/sep/10/azov-far-right-fighters-ukraine-neo-nazis>.

Walter, Barbara F., *How Civil Wars Start: And How to Stop Them*, Nueva York, Crown, 2022.

Ward, George, Jan-Emmanuel De Neve, Lyle H. Ungar y Johannes C. Eichstaedt, «(Un)Happiness and Voting in U.S. Presidential Elections», *Journal of Personality and Social Psychology*, 120, n.º 2 (2021), pp. 370-383, <https://doi.org/10.1037/pspi0000 249>.

Weigel, David, «Bernie Sanders criticizes "open borders" at Hispanic Chamber of Commerce», *The Washington Post*, 30 de julio de 2015, <https://www.washingtonpost.com/news/postpolitics/wp/2015/07/30/berniesanderscriticizesopenborders-at-hispanic-chamber-of-commerce/>.

Weymouth, Lally, «Interview with Ukrainian presidential candidate Petro Poroshenko», *The Washington Post*, 25 de abril de 2014, <https://www.washingtonpost.com/opinions/interview-with-ukrainian-presidential-candidate-petro-poroshenko/2014/04/25/74c73a48-cbbd-11e3-93eb-6c0037dde2ad_story.html>.

White, Jeremy B., «4 wealthy donors fuel overhaul of California's criminal justice system», *Politico*, 17 de julio de 2021, <https://www.politico.com/states/california/story/2021/07/17/four-wealthy-donors-fuel-overhaul-of-californias-criminal-justice-system-1388261>.

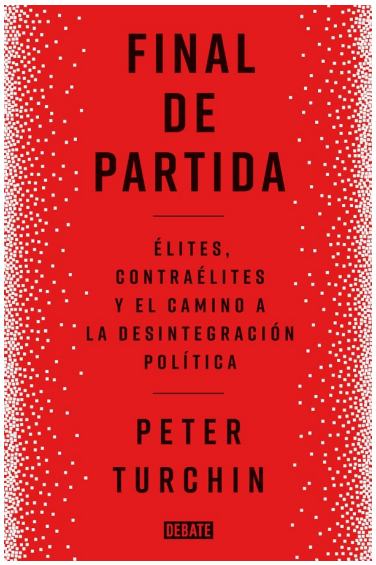
Wolff, Edward N., «Household Wealth Trends in the United States, 1962 to 2019: Median Wealth Rebounds […] but Not Enough», NBER Working Paper No. 28383, National Bureau of Economic Research, Cambridge (Massachusetts), enero de 2021, <https://www.nber.org/system/files/working_papers/w28383/w28383.pdf>.

Zengerle, Jason, «The Rise of the Tucker Carlson Politician», *The New York Times Magazine*, 22 de marzo de 2022, <https://www.nytimes.com/2022/03/22/magazine/tucker-carlson-politician.html>.

Zhang, Haihui, «What Are Chinese Local Gazetteers?», Universidad de Pittsburgh, última actualización: 28 de abril de 2021, <https://pitt.libguides.com/chinese_local_gazetteers>.

Zirkle, Conway, «The Role of Liberty Hyde Bailey and Hugo de Vries in the Rediscovery of Mendelism», *Journal of the History of Biology*, 1, n.º 2 (1968), pp. 205-218, <https://www.jstor.org/stable/4330495>.

¿Qué abre las puertas a la turbulencia política y a la fractura social? ¿Con qué herramientas mantienen las élites su posición dominante? ¿Por qué a veces los gobiernos pierden de repente el control del poder?



Durante décadas, Peter Turchin ha estudiado la historia del mundo como nadie. Tras sumergirse en ingentes cantidades de datos que abarcan diez mil años de actividad humana y desarrollar nuevos modelos a partir de ellos, ha sido capaz de transformar la forma en que aprendemos del pasado a través de la cliodinámica, el estudio de las grandes dinámicas históricas. *Final de partida* es la culminación de su investigación: un innovador y revelador relato sobre cómo funcionan las sociedades.

Las lecciones que se pueden aprender de la historia universal son claras: cuando el equilibrio de poder entre la clase dominante y la mayoría se inclina demasiado a favor de las élites, aumenta la desigualdad de ingresos.

Los ricos se enriquecen y los pobres se empobrecen. A medida que más personas intentan unirse a la élite, la frustración hacia la clase dirigente se desborda, a menudo con consecuencias desastrosas. Ese fenómeno, que Turchin denomina «bomba de la riqueza», condujo al colapso del Estado en la China imperial, en la Francia medieval, en los Estados Unidos anteriores a la guerra de Secesión... y está ocurriendo ahora. ¿Cuánto nos puede ayudar el estudio de la cliodinámica a evitarlo? ¿Aún estamos a tiempo de cambiar el rumbo de la historia?

La crítica ha dicho:

«Un destacado vidente de la era digital... Un gran relato que abarca la esperanza y el fracaso humanos».
Tim Adams, *The Observer*

«Extraordinario. El culmen de muchos años de un trabajo muy original e innovador».
Niall Ferguson, *Bloomberg*

«En *Final de partida*, Turchin ofrece una teoría lúcida y elegante quese sostiene a través del tiempo y los países como una ley natural o un descubrimiento científico».
The Wall Street Journal

«Del hombre que predijo el ascenso de Trump —o de alguien muy parecido a él—, una explicación extraordinariamente clara y basada en datos sobre

por qué las sociedades entran en crisis y cómo lograr que sea lo menos violenta posible».

The Guardian Summer Reading

«Peter Turchin añade ciencia a la historia. A algunos les gusta y otros prefieren la historia sin más. No obstante, todos ellos deberían prestar atención al análisis convincente, documentado y terrorífico presentado en este libro».

Angus Deaton, premio Nobel de Economía

«Turchin es el hombre cuyos extravagantes vaticinios eran acogidos por la comunidad científica con perplejidad desdeñosa. Hasta que empezaron a cumplirse».

Miquel Echarri, *El País*

Peter Turchin creció en la Unión Soviética y es doctor en Zoología por la Universidad de Duke. La publicación de un artículo sobre cliodinámica en 2010, «2020 Visions», en la revista *Nature* lo convirtió en una figura de reconocimiento internacional. En la actualidad es jefe de proyecto en el Centro de Ciencias de la Complejidad de Viena, investigador asociado de la Universidad de Oxford y profesor emérito de la Universidad de Connecticut. Su principal labor de investigación se centra en la coordinación de CrisisDB, una enorme base de datos histórica de sociedades que entran en crisis y salen de ellas.

Título original: *End Times. Elites, Counter-Elites, and the Path of Political Disintegration*

Primera edición: enero de 2024

© 2023, Peter Turchin
Todos los derechos reservados
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Jordi Ainaud i Escudero, por la traducción

Diseño de la cubierta: © Christopher Brian King

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19399-09-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Final de partida

Prólogo
Primera parte. La cliodinámica del poder
1. Élites, sobreproducción de élites y el camino hacia la crisis
2. Algo de perspectiva: lecciones de la historia
Segunda parte. Los motores de la inestabilidad
3. El hartazgo de las masas
4. Las tropas revolucionarias
5. La clase dirigente
6. ¿Por qué Estados Unidos es una plutocracia?
Tercera parte. Crisis y secuelas
7. La desintegración del Estado
8. Historias del futuro próximo
9. La bomba de la riqueza y el futuro de la democracia
Agradecimientos
Apéndices
A1. Una nueva ciencia de la historia
A2. Un macroscopio histórico
A3. El enfoque dinámico-estructural
Notas
Bibliografía

Sobre este libro
Sobre Peter Turchin

Créditos